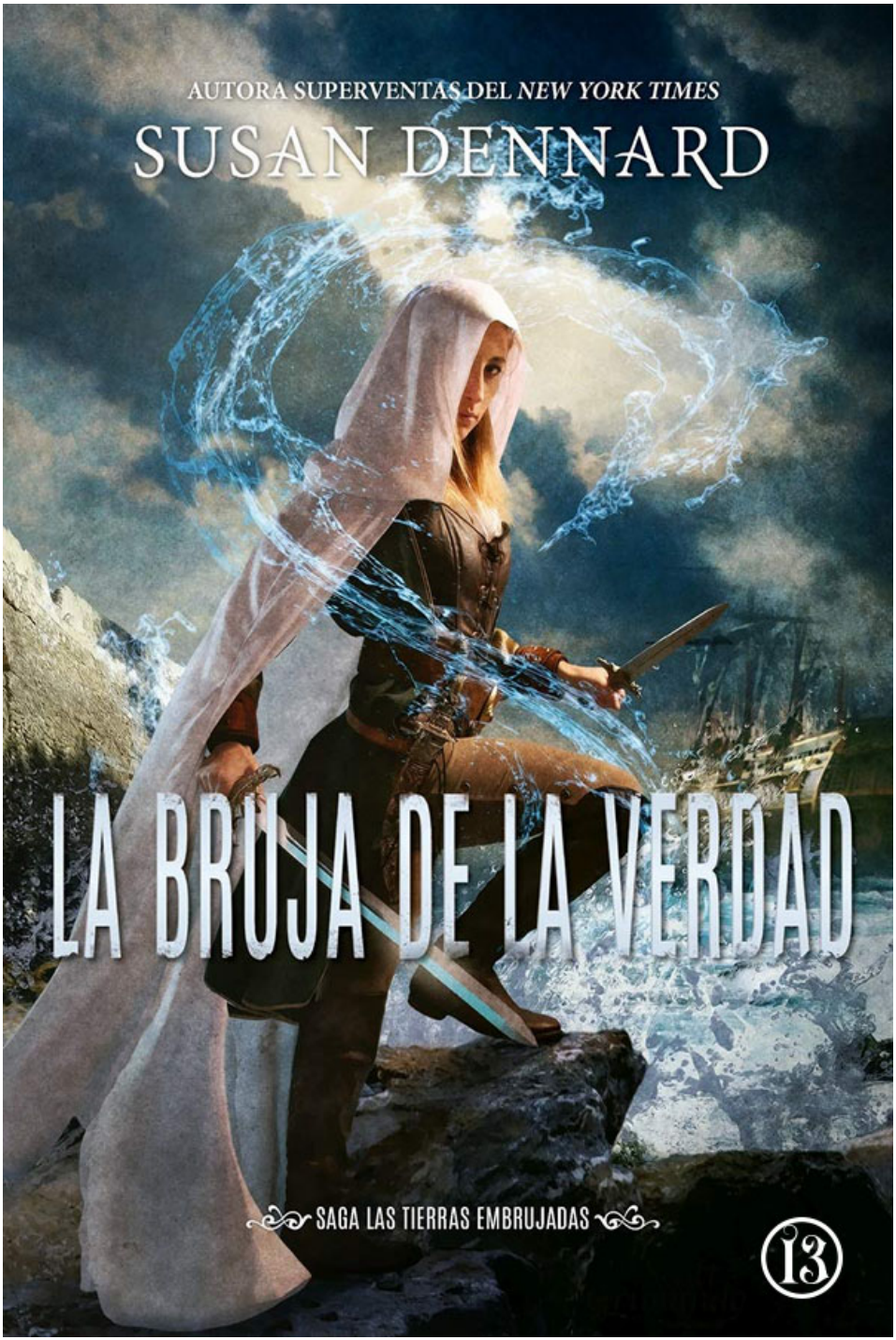

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*
SUSAN DENNARD
LA BRUJA DE LA VERDAD
SAGA LAS TIERRAS EMBRUJADAS
13

En un continente gobernado por tres imperios, algunos nacen con una «brujería»: una habilidad mágica que los distingue del común de los mortales.

Safiya es una bruja de la verdad: tiene el poder de discernir si alguien está contando una mentira. Es un don muy codiciado y muchos matarían con tal de hacerse con él, especialmente los nobles. Así que Safi debe mantener oculto su poder si no quiere ser usada como peón en la lucha entre los imperios.

Iseult, una bruja de los hilos, puede ver los lazos invisibles que relacionan las vidas de los que la rodean, todos menos los que están en contacto con su propio corazón. Su amistad con Safi la ha llevado de ser una marginada a vivir increíbles aventuras en las que siempre actúa de manera impulsiva.

Safiya e Iseult tan solo quieren vivir sus propias vidas, pero una guerra está a punto de asolar las Tierras Embrujadas. Con la ayuda del astuto príncipe Merik (un brujo del viento que además es corsario), las dos amigas deberán huir de un implacable brujo de la sangre cegado por su afán de venganza y hacer frente a emperadores, príncipes y mercenarios que no pararán hasta conseguir capturar a una bruja de la verdad.

Susan Dennard

La bruja de la verdad

Las tierras embrujadas
1

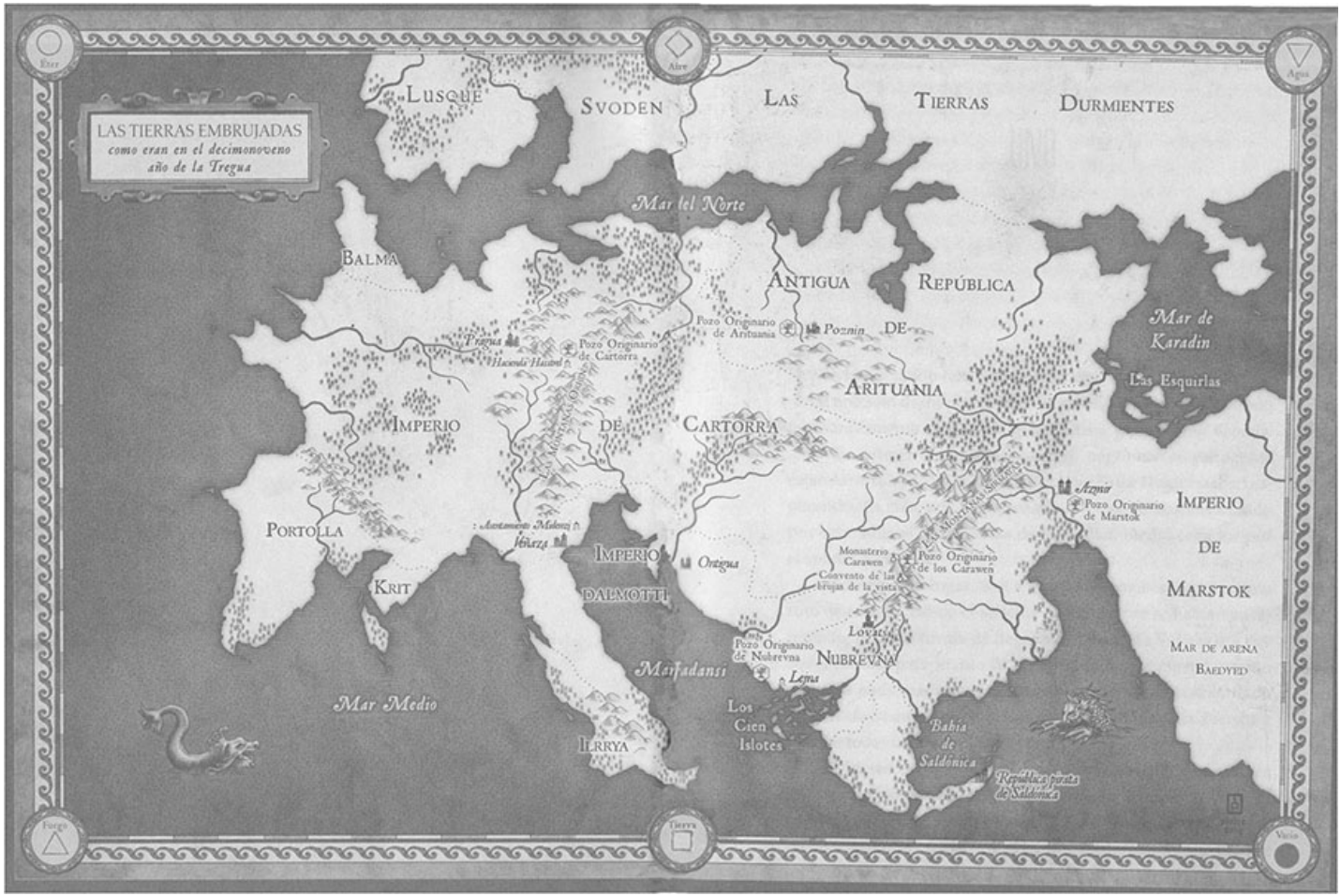
Título original: *Truthwitch*
Susan Dennard, 2016
Traducción: Carlos Loscertales, 2019

-

Revisión: 1.0

12/05/2023

Para Sarah, mi hermana de hilos.


LAS TIERRAS EMBRUJADAS
como eran en el decimonoveno año de la Tregua
Éter
Aire
Agua
Fuego
Tierra
Vacío
LUSQUE
SVODEN
LAS
TIERRAS
DURMIENTES
Mar del Norte
BALMA
ANTIGUA
REPÚBLICA
DE
ARITUANIA
Pozo Originario de Arituania
Poznin
Pragua
Hacienda Haistrel
Pozo Originario de Cartorra
Mar de Karadin
Las Esquirlas
IMPERIO
DE
CARTORRA
Las Montañas Orbita
Azmir
Pozo Originario de Marstok
IMPERIO
DE
MARSTOK
PORTOLLA
Avantamiento Malenzi
Veñaza
IMPERIO
DALMOTTI
Ortigua
Monasterio Carawen
Pozo Originario de los Carawen
Convento de las brujas de la vista
KRIT
Lovats
Pozo Originario de Nubrevna
NUBREVNA
Lejna
Mar de Arena
Baedyed
Mar Medio
Marfadansi
Los Cien Islotes
ILRRYA
Bahía de Saldónica
República pirata de Saldónica

UNO

Todo había salido horrorosamente mal. Ni uno solo de los planes que Safiya fon Hasstrel había trazado apresuradamente para aquel golpe estaba yendo como debería.

En primer lugar, aquel carruaje negro con su refulgente estandarte dorado no era el objetivo que Safi e Iseult estaban esperando. Es más, aquel condenado carruaje estaba custodiado por ocho hileras de guardias de la ciudad, medio cegados por el sol del mediodía.

En segundo lugar, Safi e Iseult no contaban con ninguna ruta de escape. Desde el saliente rocoso al que se habían encaramado, la única forma de llegar a la ciudad de Veñaza era por aquel camino polvoriento. Y al otro lado de ese mismo camino no había nada más que el infinito mar turquesa. Un acantilado de más de veinte metros de altura, azotado por olas fuertes y vientos todavía más fuertes.

Y en tercer lugar (y esto era el verdadero puñetazo en los riñones), en cuanto los guardias pisaran la trampa que habían enterrado las chicas y las vasijas de fuego explotaran… esos mismos guardias registrarían el acantilado palmo por palmo.

—Por las puertas infernales, Is. —Safi se despegó el catalejo del ojo con brusquedad—. Hay cuatro guardias en cada hilera. Ocho

por cuatro son… —Su rostro se retorció en una mueca. «Quince, dieciséis, diecisiete…».

—Son treinta y dos —apuntó discretamente Iseult.

—Treinta y dos guardias, malditos sean tres veces cada uno, con treinta y dos ballestas, malditas sean tres veces ellas también.

Iseult se limitó a asentir y se retiró la capucha de su capa marrón. El sol le iluminó el rostro. Era la antítesis perfecta de Safi: su cabello negro azabache contrastaba con el rubio trigueño de Safi; su piel blanca como la luna con la tez bronceada de Safi, y sus ojos marrón avellana con los ojos azules de Safi.

Unos ojos marrón avellana que ahora miraban de reojo a Safi mientras le arrebataba el catalejo.

—No me gusta decir «te lo dije»…

—Pues entonces no lo digas.

—… pero —prosiguió Iseult— todo lo que te contó anoche era mentira. Estaba claro que no le interesaba solamente jugar a las cartas. —Iseult extendió dos dedos enguantados—. *Tampoco* se marchaba de la ciudad esta mañana por la carretera del norte. Y apostaría —extendió un tercer dedo— a que ni siquiera se llama Caden.

«Caden». Si Safi encontraba… no, *cuando* Safi encontrara a aquel musculitos mentiroso, pensaba romperle hasta el último hueso de su rostro asquerosamente perfecto.

Safi profirió un gemido y se golpeó la cabeza contra la roca. Había perdido todo su dinero contra él. Absolutamente *todo*.

La de anoche no había sido la primera vez que Safi se apostaba todos sus ahorros (y los de Iseult) en una timba de cartas. Pero claro, ella nunca perdía. Como decía el refrán: «No se puede engañar a una bruja de la verdad».

Además, con las ganancias de una única ronda de la partida de taro más cara de toda Veñaza, Safi e Iseult habrían podido comprarse una casa para ellas solas. Iseult habría dejado de vivir en un desván, y Safi ya no habría tenido que seguir en la aburrida habitación de invitados del maestro gremial.

Pero la Dama Fortuna había decidido que Iseult no pudiera

estar con Safi durante la partida: a los de su etnia les estaba vedada la refinada posada en la que se había jugado. Y sin su hermana de hilos a su lado, Safi era propensa a cometer… *errores*.

Sobre todo errores de mandíbula varonil y lengua socarrona, que cubrían a Safi de elogios que, de algún modo, lograban sortear su brujería de la verdad. De hecho, Safi no había percibido ni una pizca de mentira en el cuerpo del Musculitos Mentiroso cuando había ido a recoger sus ganancias a la tesorería de la posada… ni cuando el Musculitos Mentiroso le había ofrecido su brazo para acompañarla a la cálida noche del exterior… ni cuando se había inclinado sobre ella para darle un beso casto pero decididamente embriagador en la mejilla.

«No pienso volver a apostar», se prometió a sí misma, dando golpecitos en la roca caliza con el talón. «Y tampoco pienso volver a flirtear».

—Si vamos a intentar escapar —dijo Iseult, interrumpiendo los pensamientos de Safi—, será mejor que lo hagamos antes de que los guardias lleguen a la trampa.

—No me digas. —Safi miró fijamente a su hermana de hilos, que observaba a los guardias a través del catalejo; se estaban acercando. El viento revolvió el cabello oscuro de Iseult, levantando los mechones que se le habían soltado de la trenza. A lo lejos, una gaviota soltó su graznido de forma estridente.

Safi odiaba a las gaviotas: siempre se le cagaban en la cabeza.

—Más guardias —murmuró Iseult; las olas casi ahogaban sus palabras. Lo repitió en voz más alta—: Llegan veinte guardias más desde el norte.

Durante un breve instante, Safi se quedó sin aliento. Ahora, incluso en el improbable caso de que Iseult y ella pudieran enfrentarse a los treinta y dos guardias que escoltaban el carruaje, los otros veinte se les echarían encima antes de que lograran escapar.

Los pulmones de Safi volvieron a la vida con ganas de venganza. Todas las maldiciones que había ido aprendiendo a lo largo de su vida escaparon de su lengua.

—Solo nos quedan dos opciones —la interrumpió Iseult,

regresando rápidamente junto a Safi—. Entregarnos…

—Por encima del cadáver putrefacto de mi abuela —escupió Safi.

—… o intentar llegar hasta los guardias antes de que hagan saltar la trampa. Entonces solo tendremos que echarle un poco de morro.

Safi miró de reojo a Iseult. Como siempre, el semblante de su hermana de hilos estaba impasible. Inexpresivo. La única parte de su rostro que reflejaba tensión era su larga nariz, que temblaba cada pocos segundos.

—Cuando hayamos pasado —añadió Iseult, volviendo a ponerse la capucha para ocultar su rostro entre las sombras—, seguiremos el plan habitual. Démonos prisa.

A Safi no le hacía falta que Iseult le dijera eso (¿cómo no iba a darse prisa?), pero se mordió la lengua y no rechistó. Una vez más, Iseult iba a salvarles el pellejo a las dos.

Además, si Safi volvía a oír otra vez aquello de «te lo dije», estrangularía a su hermana de hilos y abandonaría su cadáver a merced de los cangrejos ermitaños.

Los pies de Iseult golpearon el camino arenoso mientras Safi descendía ágilmente a su lado. El polvo formó unas nubecillas en torno a sus botas… y entonces le llegó la inspiración.

—Espera, Is. —Con un veloz movimiento, Safi se quitó la capa. Después, con un par de tajos breves de su daga de mano izquierda, cortó la capucha—. Falda y pañoleta. Si nos toman por campesinas, no se fijarán tanto en nosotras.

Iseult entornó los ojos. Acto seguido, se acuclilló.

—Pero entonces se nos verá más la cara. Frótate el rostro con tierra.

Mientras Iseult se restregaba la cara, tiñéndola de un color marrón terroso, Safi se envolvió el cabello con la capucha y se ciñó la capa a la cintura. Después de remeter el borde de la capa marrón en ej cinturón, teniendo buen cuidado de ocultar las vainas que había debajo, ella también se cubrió las mejillas de tierra y barro.

En menos de un minuto, las dos chicas estaban listas. Safi echó

un vistazo rápido y escrutador a Iseult… Era un buen disfraz. Más o menos. Su hermana de hilos parecía una campesina que necesitaba darse un baño urgentemente.

Con Iseult pisándole los talones, Safi echó a andar a buen ritmo hasta rodear la roca caliza. Contuvo la respiración… y exhaló con fuerza, sin aminorar la marcha. Los guardias todavía estaban a unos treinta pasos de las vasijas de fuego enterradas.

Safi saludó bobaliconamente con la mano a un guardia bigotudo que iba en cabeza. Este levantó la mano y los demás guardias frenaron de inmediato. Después, uno tras otro, los guardias fueron apuntando a las dos chicas con sus ballestas.

Safi fingió no darse cuenta, y al llegar hasta el montoncito de piedras grises que señalaban la trampa, lo esquivó con un discreto brinco. Iseult la imitó, dando un salto casi imperceptible.

Entonces, el mostachudo (claramente se trataba del líder) levantó también su ballesta.

—Alto.

Safi obedeció, arrastrando los pies hasta detenerse (y procurando avanzar todo lo posible mientras tanto).

—¿*Onga*? —preguntó; en arituano quería decir «sí». Al fin y al cabo, ya que iban a ser campesinas, bien podían ser campesinas *inmigrantes*.

—¿Habláis dalmotti? —preguntó el líder, mirando primero a Safi y después a Iseult.

Iseult se detuvo torpemente al lado de Safiya.

—*Hablamos*. Uno poco. —Sin duda, era el peor intento de acento arituano que Safiya había oído de boca de Iseult.

—¿Hay… problema? —Safi levantó las manos, un gesto universal de sumisión—. Vamos a Veñaza.

Iseult tosió dramáticamente; Safi tenía ganas de estrangularla. Era lógico que Is fuera siempre la cicatera y Safi el señuelo: su hermana de hilos era una pésima actriz.

—Buscamos un sanador de ciudad —se apresuró a decir Safi antes de que Iseult profiriera otra tos aún más inverosímil—. Por si ella tiene la plaga. Nuestra madre murió de eso y, *oooooh*, cómo tosía

los últimos días. Sangraba muchísimo…

—¿La plaga? —la interrumpió el soldado.

—Oh, sí —asintió Safi enfáticamente—. Mi hermana está muy enferma.

Iseult volvió a toser violentamente… pero esta vez fue tan convincente que hasta Safi se estremeció, antes de sujetarla.

—Oh, necesitas un sanador. Vamos, vamos, deja que te ayude tu hermana.

El guardia se volvió hacia sus hombres, ignorando ya a las chicas y bramando órdenes:

—¡Volved a la formación! ¡Reanudamos la marcha!

La grava crujió y las pisadas resonaron. Las chicas echaron a andar pesadamente, pasando junto a los soldados, que arrugaban la nariz. Por lo visto, nadie quería contagiarse de la «plaga» de Iseult.

Safi e Iseult estaban pasando justo al lado del carruaje negro cuando la puerta se abrió de golpe. Un anciano marchito asomó el torso envuelto en ropajes escarlata. Sus arrugas ondearon al viento.

Era el maestro del gremio del oro, un hombre llamado Yotiluzzi al que Safi había visto desde lejos, precisamente en el establecimiento de la noche pasada.

Sin embargo, claramente el viejo maestro gremial no reconoció a Safiya, y tras un fugaz vistazo, alzó su aguda voz.

—¡Aeduan! ¡Aparta de mí a esta escoria extranjera!

Una figura vestida de blanco apareció por detrás de la rueda trasera del carruaje. Su capa se agitó al viento, y aunque tenía el rostro oculto por una capucha, no escondía el tahalí de cuchillos que llevaba sobre el pecho, ni la espada prendida a su cintura.

Era un monje Carawen, un mercenario entrenado para matar desde niño.

Safi se quedó helada y, sin pensar, soltó a Iseult, que se dio silenciosamente la vuelta. Los guardias llegarían a la trampa de las chicas en cualquier momento, y aquella era su posición de guardia: «Iniciar. Completar».

—Arituanas —dijo el monje. Su voz era áspera, pero no por la edad, sino por la falta de uso—. ¿De qué pueblo? —Avanzó un paso

hacia Safi.

Esta tuvo que reprimir el impulso de apartarse. De pronto, su brujería de la verdad bullía de incomodidad; era una sensación molesta, como si le estuvieran arañando la piel de la nuca.

Y no eran sus palabras lo que había avivado la magia de Safi. Era su presencia. Aquel monje era joven, pero había algo *raro* en él. Algo demasiado despiadado, demasiado peligroso como para confiar en él.

El monje se quitó la capucha, mostrando una tez pálida y un cabello castaño muy corto. Y entonces, el monje empezó a olisquear el aire que rodeaba la cabeza de Safi, y sus pupilas se tiñeron de rojo.

El estómago de Safi se petrificó.

«Un brujo de la sangre».

Aquel monje era un maldito brujo de la sangre. Una criatura mitológica, un ser capaz de olfatear la sangre de una persona, de oler su brujería, y rastrearla de un continente a otro. Si captaba el olor de Safi o el de Iseult, tendrían un serio…

¡Pop, pop, pop!

La pólvora de las vasijas de fuego estalló. Los guardias habían hecho saltar la trampa.

Safi actuó de inmediato… igual que el monje, que desenvainó su espada al mismo tiempo que ella sacaba la daga. Safi golpeó el filo de la espada, desviándola.

El monje se recobró y lanzó una estocada. Safi retrocedió hasta que sus piernas chocaron con Iseult, pero en un solo movimiento fluido, Iseult se arrodilló y Safi rodó sobre su espalda.

«Iniciar. Completar». Así era como luchaban las dos chicas. Así era como vivían.

Safi se incorporó tras la voltereta y desenvainó su espada justo cuando Iseult sacaba sus hoces lunares con un tintineo. Muy por detrás de ellas seguían oyéndose las explosiones, los gritos y los relinchos y coces de los caballos.

Iseult lanzó un ataque giratorio, buscando el pecho del monje. Este saltó hacia atrás y se encaramó de un brinco a la rueda del carruaje. Safi tenía la esperanza de que eso lo distrajera un instante,

pero solo sirvió para que el monje se abalanzara sobre ella desde lo alto.

Era bueno. El mejor oponente al que ella se había enfrentado nunca.

Pero Safi e Iseult eran mejores.

Safi se apartó rápidamente de la trayectoria del golpe al mismo tiempo que Iseult se interponía en el camino del monje. En un torbellino de acero, sus hoces le rajaron los brazos, el pecho, el vientre… antes de alejarse de nuevo como una exhalación.

Y Safi estaba esperando. Observando algo que no podía ser real, pero que claramente sí lo era: todos los tajos del cuerpo del monje se estaban curando delante de sus narices.

Ahora ya no había ninguna duda: aquel monje, maldito fuera tres veces, era un brujo de la sangre, sacado directamente de las pesadillas más oscuras de Safi. Así que hizo lo único que se le ocurrió: arrojar su daga de mano izquierda directamente contra el pecho del monje.

Le atravesó el torso y se hundió profundamente en su corazón. El monje se tambaleó y cayó de rodillas. Sus ojos rojos se clavaron en Safi y le enseñó los dientes. Con un gruñido, se extrajo la daga del pecho con rudeza. De la herida manó sangre…

Y empezó a cerrarse.

Pero Safi no tenía tiempo para atacar de nuevo. Los guardias volvían sobre sus pasos. El maestro gremial chillaba desde su carruaje, y los caballos se acercaban al galope.

Iseult se interpuso delante de Safi, blandió las hoces y desvió dos virotes de ballesta. Durante un breve momento, el carruaje separaba a las chicas de los guardias. Solamente el brujo de la sangre podía verlas, y aunque estaba echando mano a sus cuchillos, no era lo bastante rápido. Su magia curativa lo había agotado.

Sin embargo, sonreía (¡sonreía!), como si supiera algo que Safi desconocía. Como dando a entender que no le costaría trabajo dar caza a la muchacha para hacerle pagar por aquello… y que eso era justo lo que pensaba hacer.

—¡Vamos! —Iseult tiró del brazo de Safi y ambas echaron a

correr hacia el borde del acantilado.

Al menos eso sí formaba parte de su plan. Al menos eso sí lo habían practicado tanto que eran capaces de hacerlo con los ojos cerrados.

Justo cuando los primeros virotes golpeaban el suelo a sus espaldas, las chicas llegaron hasta una gran roca situada al borde mismo del camino, en el lado que daba al océano.

Envainaron sus armas. Después, con un par de brincos, Safi e Iseult se encaramaron a la roca. Al otro lado, una pared de piedra caía en vertical hasta las atronadoras olas blancas.

Dos cuerdas las estaban esperando, atadas a una estaca profundamente hundida en la tierra. Con mucha más fuerza y rapidez de la que admitía aquel medio de huida, Safi cogió su cuerda, enganchó el pie en el lazo del extremo, se agarró a un nudo que quedaba a la altura de su cabeza…

Y saltó.

DOS

Mientras saltaba… mientras caía en dirección a las olas blancas… El aire silbaba en los oídos de Safi y se le metía por la nariz mientras se alejaba del acantilado de veinte metros de alto…

Hasta que Safi llegó al extremo de la cuerda. Con un fuerte tirón que le sacudió todo el cuerpo y le quemó las manos crispadas, Safi salió proyectada hacia la pared rocosa cubierta de bálanos.

Aquello iba a doler.

Se estampó ruidosamente, golpeándose la lengua con los dientes. Un ardiente dolor le recorrió todo el cuerpo. La roca caliza le hizo cortes en los brazos, el rostro, las piernas… Extendió las manos para agarrarse al acantilado, al mismo tiempo que Iseult chocaba también contra las rocas, justo a su lado.

—Préndete —gruñó Safi. La palabra que activaba la magia de la cuerda se perdió bajo el rugido de las olas del océano, pero la orden tuvo éxito. Con una deslumbrante llamarada blanca que se extendió demasiado deprisa como para seguirla con la vista, las cuerdas se prendieron fuego…

Y se desintegraron, dejando tan solo una fina ceniza dispersada enseguida por el viento. Algunas motas quedaron adheridas a las pañoletas y los hombros de las dos muchachas.

—¡Flechas! —rugió Iseult, apretujándose contra las rocas mientras los virotes pasaban silbando a su lado. Algunos rebotaron contras las rocas y otros se hundieron bajo las olas.

Uno de los proyectiles rasgó la falda de Safi, que logró hundir los dedos de los pies en las grietas. Encontró algunos asideros para las manos y empezó a deslizarse lateralmente. Los músculos no dejaron de temblarle y dolerle hasta que finalmente Iseult y ella se guarecieron debajo de un pequeño saliente. Hasta que finalmente pudieron parar, mientras los virotes caían inofensivos a su alrededor.

Las rocas estaban húmedas y los bálanos afilados, y el agua salada les lamía los tobillos y las rociaba una y otra vez. Hasta que por fin dejaron de llover flechas.

—¿Vienen hacia aquí? —preguntó Safi en un susurro.

Iseult negó con la cabeza.

—Siguen ahí arriba. Noto sus hilos esperando.

Safi parpadeó, tratando de limpiarse la sal de los ojos.

—Vamos a tener que nadar, ¿verdad? —Se frotó el rostro con el hombro; no sirvió de mucho—. ¿Crees que llegarás hasta el faro? —Las dos chicas eran buenas nadadoras, pero eso de poco serviría contra unas olas capaces de apalear a un delfín.

—No hay alternativa —dijo Iseult. Miró de reojo a Safi con una fiereza que siempre le infundía fuerzas—. Podemos tirar las faldas hacia la izquierda, y mientras los guardias disparan, nadamos hacia la derecha.

Safi asintió y, con una mueca, inclinó el cuerpo para poder arrancarse la falda. Cuando las dos chicas tuvieron en la mano sus faldas marrones, Iseult echó el brazo hacia atrás.

—¿Preparada? —dijo.

—Preparada. —Safi lanzó la suya. La falda salió volando desde el saliente, y la de Iseult fue justo detrás.

Y entonces, las dos chicas se soltaron de la pared rocosa y se hundieron bajo las olas.

* * *

A Iseult det Midenzi le dolía todo mientras se despojaba con esfuerzo de la ropa empapada: la túnica, las botas, los pantalones y, finalmente, la ropa interior. Con cada capa que se quitaba descubría diez nuevos cortes de la roca caliza y los bálanos, y cada vez que la espuma del mar la rociaba, sentía diez más.

Aquel antiguo faro derruido era un escondite eficaz, pero resultaba imposible escapar de él hasta que bajara la marea. De momento, en el exterior, el agua les llegaba por encima del pecho; con un poco de suerte, esa profundidad (y las fuertes olas que había desde allí hasta la ribera pantanosa) evitaría que el brujo de la sangre las persiguiera.

El interior del faro no era mucho mayor que el dormitorio de Iseult, el desván de la cafetería de Mathew. La luz del sol se filtraba por las ventanas embadurnadas de algas, y el viento arrastraba la espuma del mar por la puerta en forma de arco.

—Lo siento —dijo Safi, con la voz amortiguada por la túnica empapada que se estaba quitando. Después se quitó la camisa y la arrojó sobre el alféizar de una ventana. La piel habitualmente ^ronceada de Safi parecía pálida bajo sus pecas.

—No te disculpes. —Iseult recogió su ropa desperdigada—. Fui yo la que te habló de esa timba de cartas.

—Eso es verdad —admitió Safi con voz temblorosa mientras saltaba a la pata coja, intentando quitarse los pantalones… con las botas puestas. Siempre lo hacía de esa forma; a Iseult le asombraba que una chica de dieciocho años careciera todavía de la paciencia necesaria para desvestirse adecuadamente—. Pero soy yo la que quería un alojamiento mejor —añadió Safi—. Si hubiéramos comprado aquel sitio, hace dos semanas…

—Tendríamos a una familia de ratas por vecinas —la interrumpió Iseult, arrastrándose hacia una zona seca e iluminada por el sol—. Hiciste bien en querer buscar otro sitio. Cuesta más, pero habría valido la pena.

—«Habría valido», tú lo has dicho. —Con un fuerte gruñido, Safi consiguió desembarazarse de los pantalones—. Podemos olvidamos de tener casa propia, Is. Apuesto a que hasta el último

guardia de Veñaza nos estará buscando. Por no hablar del… —Safi miró fijamente sus botas un instante. Después, con un movimiento brusco, se quitó la derecha de un tirón—. El brujo de la sangre.

«Brujo de la sangre. Brujo. Sangre. Brujo. Sangre». Aquellas palabras recorrían a Iseult al ritmo de su corazón. Al ritmo de su sangre.

Iseult nunca había visto a un brujo de la sangre… ni a nadie cuya magia estuviera ligada al vacío. Al fin y al cabo, los brujos del vacío no eran más que cuentos de terror. No eran reales. No escoltaban a los maestros gremiales ni intentaban destriparte con sus espadas.

Después de escurrir los pantalones y alisarlos en un alféizar, Iseult se acercó al zurrón de cuero escondido en la parte trasera del faro. Safi y ella siempre preparaban un equipo de emergencia antes de dar un golpe, por si acaso ocurría lo peor.

Tampoco es que hubieran dado demasiados golpes hasta el momento. Solo de vez en cuando, y siempre para castigar a algún miserable que se lo merecía.

Como a los dos aprendices que habían echado a perder uno de los cargamentos de seda del maestro gremial Alix y luego habían intentado cargarle las culpas a Safi.

O aquellos matones que habían irrumpido en la tienda de Mathew en su ausencia para robarle la cubertería de plata.

Y también estaban las cuatro ocasiones distintas en las que las timbas de taro de Safi habían terminado en reyertas y monedas perdidas. Habían tenido que hacer justicia, por supuesto, por no hablar de recuperar lo robado.

Sin embargo, hoy era la primera vez que necesitaban el zurrón de emergencia.

Después de hurgar entre las mudas de ropa y el odre de agua, Iseult sacó dos paños y un frasco de grasa lanar de oveja. Recogió las armas de las dos, que estaban tiradas por el suelo, y regresó con Safi.

—Vamos a engrasar las armas y a pensar en un plan. Tenemos que volver a la ciudad como sea.

Safi se arrancó la otra bota antes de coger la espada y la daga que le tendía Iseult. Se sentaron en el áspero suelo con las piernas

cruzadas, e Iseult se concentró en el familiar aroma a corral de la grasa, en los cuidadosos y metódicos movimientos del paño al limpiar las hoces.

—¿Cómo eran los hilos del brujo de la sangre? —preguntó Safi en voz baja.

—No me fijé —murmuró Iseult—. Todo ocurrió demasiado deprisa. —Frotó con más fuerza las hojas de acero para asegurarse de proteger del óxido sus hermosas hojas marstokíes, regalo de Habim, el hilo del corazón de Mathew.

El silencio se extendió por las ruinas de piedra. No se oía más que el rechinar del paño sobre el acero y el eterno rumor de las olas del Jadansi.

Iseult sabía que tenía un aspecto imperturbable mientras engrasaba las armas, pero estaba totalmente segura de que sus hilos se estaban tiñendo de los mismos tonos de espanto que veía ella en los de Safi.

Pero Iseult era una bruja de los hilos, y por lo tanto, no podía ver sus propios hilos ni tampoco los de ninguna otra bruja de los hilos.

Su brujería se había manifestado a los nueve años; en un primer momento, Iseult había pensado que su corazón iba a palpitar hasta hacerse polvo. El peso de un millón de hilos la aplastaba, y ninguno de ellos era suyo. Mirara adonde mirara, solamente veía los hilos que crecen, los hilos que unen y los hilos que quiebran. Pero nunca lograba ver sus propios hilos, ni cómo estaba entretejida ella con el mundo.

Por eso, igual que todas las brujas de los hilos nomatsíes, Iseult había aprendido a mantener la sangre fría cuando en realidad le hervía. A que sus dedos no se movieran cuando deberían estar temblando. A ignorar las emociones que dominaban a todos los demás.

—Creo que el brujo de la sangre —dijo Safi, sacando a Iseult de sus pensamientos— sabe que soy una bruja de la verdad.

Iseult dejó de frotar las armas.

—¿Por qué lo piensas? —Su voz era tan fría como el acero que tenía entre las manos.

—Por cómo me sonrió. —Safi se estremeció—. Olió mi magia, tal y como dicen los cuentos, y ahora puede darme caza.

—O sea que… ahora mismo podría estar rastreándonos. —Un escalofrío recorrió la espalda de Iseult. Le crispó los hombros. La muchacha volvió a frotar su hoja con renovado vigor.

Normalmente, el acto de engrasar sus armas la ayudaba a encontrar estabilidad. Hacía que sus pensamientos frenaran y que su pragmatismo saliera a la superficie. Ella era la estratega nata, y Safi la de las ocurrencias.

«Iniciar. Completar».

El problema era que ahora mismo no podía pensar en ninguna solución. Aunque Safi y ella fueran discretas y evitaran a los guardias de la ciudad durante unas cuantas semanas, no podían esconderse de un brujo de la sangre.

Sobre todo si ese brujo de la sangre sabía qué era Safi… y podía venderla al mejor postor.

Cuando Safi tenía enfrente a una persona, la muchacha era capaz de distinguir la verdad de la mentira, la realidad del engaño. Y por lo que Iseult había aprendido de sus lecciones con Mathew, la última bruja de la verdad de la que se tema constancia había muerto hacía un siglo, decapitada por un emperador marstokí como castigo por aliarse con una reina cartorriana.

Si se divulgaba la magia de Safi, se convertiría en una herramienta política que utilizar…

O en una amenaza política que eliminar.

El poder de Safi era muy valioso y muy poco habitual. Y por eso, durante toda su vida, Safi había mantenido su magia en secreto. Al igual que Iseult, era una hereje: una bruja no registrada. El dorso de la mano derecha de Safi no lucía ningún tatuaje, ninguna marca de brujo que anunciara sus poderes. Pero cualquier día, alguien que no fuera uno de los amigos más íntimos de Safi descubriría lo que era, y cuando llegara ese día, los soldados irrumpirían en la habitación de invitados del maestro del gremio de la seda y se llevarían a rastras a Safi, cargada de cadenas.

Las chicas no tardaron en limpiar y envainar sus armas, y

entonces Safi miró fijamente a Iseult con una de sus miradas más contemplativas y expresivas.

—Suéltalo ya —ordenó Iseult.

—Puede que tengamos que huir de la ciudad, Is. Salir del Imperio dalmotti.

Iseult apretó los labios endurecidos por la sal, esforzándose por no fruncir el ceño. Por no sentir.

La sola idea de abandonar la ciudad de Veñaza… No podía hacerlo. La capital del Imperio dalmotti era su *hogar*. Los habitantes del Distrito del Muelle Norte ya habían dejado de fijarse en su piel pálida y sus ojos rasgados nomatsíes.

Y había tardado seis años y medio en labrarse ese hueco.

—Por ahora —dijo Iseult en voz baja— centrémonos en volver a entrar en la ciudad sin ser vistas. Y recemos por que el brujo de la sangre no haya olido tu sangre.

«O tu magia».

Safi soltó un suspiro de cansancio y se arrimó a un rayo de sol que iluminó su piel y sus cabellos.

—¿A quién quieres que rece?

Iseult se rascó la nariz, contenta de que Safi hubiera cambiado de tema de conversación.

—Casi nos mata un monje Carawen. ¿Por qué no rezas a los Pozos Originarios?

Safi se estremeció.

—Si *ese* le reza a los Pozos Originarios, prefiero no hacer lo mismo. ¿Qué tal a ese dios de Nubrevna? ¿Cómo se llamaba?

—Noden.

—Ese. —Safi entrelazó las manos, se las llevó al pecho y miró fijamente al techo—. Noden, dios de las olas de Nubrevna…

—Creo que es el dios de todas las olas, Safi. Y no solo de las olas. De todo lo demás.

Safi puso los ojos en blanco.

—Dios de todas las olas y de todo lo demás, ¿podrías asegurarte de que no venga nadie a por nosotras? Sobre todo… *ese*. Procura que *ese* no se acerque. Y si pudieras libramos también de los guardias

veñazianos, sería genial.

—Creo que es la peor oración que he oído jamás —afirmó Iseult.

—Que te mee una comadreja, Is. No he terminado. —Safi resopló por la nariz y reanudó el rezo—. Por favor, devuélveme todo nuestro dinero antes de que él o Habim vuelvan de su viaje. Y… eso es todo. Muchas gracias, oh, sagrado Noden —dijo, antes de añadir apresuradamente—: Ah, y asegúrate de que el Musculitos Mentiroso reciba su merecido.

Iseult casi se echó a reír al oír aquella última petición, pero entonces, un ola repentina y violenta se estrelló contra las rocas del faro. El agua salpicó el rostro de Iseult, que se secó la cara, sobresaltada. Ahora sentía calor en lugar de frío.

—Por favor, Noden —susurró, limpiándose la espuma de la frente—. Ayúdanos a salir de esta con vida.

TRES

El trayecto hasta la cafetería de Mathew, donde vivía Iseult, resultó ser más complicado de lo que Safi esperaba. Iseult y ella estaban agotadas, hambrientas y tan magulladas como si hubieran caído en las llamas infernales; incluso el simple hecho de andar ya le daba ganas de gemir. O de sentarse. O al menos de aliviar sus dolores con un baño caliente y unas pastas.

Pero de momento no iba a poder hacer ni una cosa ni la otra. Hasta el último rincón de Veñaza estaba infestado de guardias, y cuando las dos chicas consiguieron llegar a duras penas al Distrito del Muelle Norte, ya casi había amanecido. Se habían pasado la mitad de la noche al raso, recorriendo adormiladas el camino entre el faro y la capital, y la otra mitad, deslizándose por los callejones y trepando por las huertas.

Cada destello blanco (cada prenda de ropa tendida, cada trozo de vela rota y cada cortina raída) hacía que a Safi se le saliera el estómago por la boca. Pero, gracias a los dioses, no habían visto al brujo de la sangre, y justo cuando la noche empezaba a fundirse con el amanecer, avistaron el letrero dela cafetería de Mathew; asomaba por una estrecha calle secundaria que se escindía de la avenida principal del muelle.

Auténtico café marstokí
El mejor de Veñaza

En realidad no era auténtico café marstokí; Mathew ni siquiera procedía del Imperio de Marstok. El café era filtrado e insípido, acorde con «los aburridos paladares occidentales», como solía decir Habim.

Y el café de Mathew tampoco era el mejor de la ciudad. De hecho, incluso el propio Mathew reconocía que en el antro infecto del Distrito del Muelle Sur servían un café mucho mejor que el suyo. Pero aquí, en la periferia norte de la capital, la gente no venía a por café. Venía a hacer negocios.

La clase de negocios que tan bien se les daban a los brujos de las palabras como Mathew: comerciar con rumores y secretos, planificar atracos y estafas. Regentaba una red de cafeterías a lo largo y ancho de las Tierras Embrujadas, y siempre era el primero en enterarse de cualquier cosa.

Era su brujería de las palabras la que convertía a Mathew en el mejor tutor posible para Safi, ya que le permitía hablar todas las lenguas.

Y lo más importante, Habim, el hilo del corazón de Mathew, había trabajado toda su vida para el tío de Safi, como hombre de armas y como instructor malencarado de su sobrina. Cuando Safi tuvo que marcharse al sur, que Mathew retomara lo que había empezado Habim parecía la opción más lógica.

Aunque Habim no había desatendido completamente el entrenamiento de Safi. Visitaba a menudo a su hilo del corazón en Veñaza, y durante esas visitas continuaba atormentando a Safi con horas extra haciendo ejercicios de velocidad o estudiando antiguas estrategias de batalla.

Safi llegó la primera a la cafetería. Tras eludir de un salto un charco de aguas residuales de un color sospechosamente anaranjado, se puso a dar los golpes adecuados en la puerta principal protegida por el hechizo de cerradura para abrirla; lo habían instalado poco después del incidente de la cubertería robada. Habim podía quejarse

cuanto quisiera a Mathew por el alto precio de una cerradura con brujería del éter, pero en opinión de Safi, valía lo que costaba. La ciudad de Veñaza tenía un índice de criminalidad considerable: en primer lugar por tratarse de una ciudad portuaria, y en segundo lugar porque los acaudalados maestros gremiales eran una presa muy tentadora para las sabandijas ávidas de piestras.

Por supuesto, esos mismos maestros gremiales mantenían con su dinero a una extensa y aparentemente inagotable colección de guardias de la ciudad… uno de los cuales se acababa de detener a la entrada del callejón. Miraba hacia el lado opuesto, contemplando los barcos anclados del Distrito del Muelle Norte.

—Date prisa —murmuró Iseult, dándole un codazo a Safi en la espalda—. El guardia se está dando la vuelta… se da la vuelta…

La puerta se abrió de golpe, Iseult la empujó y Safi entró a trompicones en la tienda a oscuras.

—¿Pero qué puñetas…? —siseó esta, volviéndose hacia Iseult—. ¡Los guardias de aquí ya nos conocen!

—Exacto —replicó Iseult, mientras cerraba la puerta y corría el cerrojo—. Pero desde lejos parecemos dos campesinas allanando una cafetería cerrada.

—Bien pensado —murmuró Safi a regañadientes. Iseult avanzó un paso.

—Luz —susurró.

Veintiséis mechas embrujadas se prendieron a un tiempo, iluminando los coloridos y sinuosos diseños marstokíes de las paredes, el techo y el suelo. Era un poco excesivo (demasiadas alfombras con patrones discordantes, que parecían abalanzarse sobre Safi), pero al igual que sucedía con el café, los occidentales tenían una idea muy concreta del aspecto que debía tener una tienda marstokí.

Con el suspiro de quien por fin puede respirar, Iseult echó a andar hacia la escalera de caracol del fondo. Safi la siguió. Subieron hasta la segunda planta, donde vivían Mathew y Habim, y después hasta el desván abuhardillado al que Iseult llamaba hogar, un espacio estrecho y casi totalmente ocupado por los dos catres y el armario.

Iseult llevaba seis años y medio viviendo, estudiando y trabajando allí. Después de huir de su tribu, Mathew había sido el único patrón dispuesto a contratar y alojar a una nomatsí.

Iseult no había vivido en ningún otro sitio desde entonces, aunque no por falta de ganas.

«Un sitio propio».

Seguramente, Safi había oído esa frase en boca de su hermana de hilos unas mil veces. O cien mil. Y si Safi hubiera crecido compartiendo cama con su madre en una cabaña de un solo cuarto, igual que Iseult, quizá ella también habría querido disponer de un sitio más grande, más íntimo y personal.

Pero… Safi había arruinado todos los planes de Iseult. Habían perdido hasta la última piestra ahorrada, y ahora todos los guardias de Veñaza buscaban con ahínco a Safi y a Iseult. Literalmente, la situación no podía ser peor, y ningún zurrón de emergencia ni escondite iba a sacarlas de aquel embrollo.

Reprimiendo las náuseas, Safi se acercó tambaleándose a la ventana, al otro lado de la angosta habitación, y la abrió de golpe, dejando entrar el aire caliente y con olor a pescado. Era una sensación familiar y relajante. Ahora que el sol empezaba a alzarse por el este, los tejados de arcilla de la ciudad de Veñaza relucían como llamas anaranjadas.

Por los dioses del subsuelo, cómo le gustaban a Safi aquellas vistas hermosas y apacibles. Al haber crecido entre ruinas por las que se filtraban las frías corrientes de las montañas Orhin, encerrada en el ala este siempre que el tío Eron se ponía de mal humor, la vida de Safi en el castillo Hasstrel había estado repleta de ventanas rotas por las que se colaba la nieve. De vientos gélidos y moho húmedo e invasivo. Mirara donde mirara, sus ojos se posaban en esculturas, cuadros o tapices del murciélago montañés de los Hasstrel, una criatura grotesca y dragontina con el lema «Amor y temor» aferrado entre las garras.

Por el contrario, los puentes y canales de Veñaza siempre estaban bañados por el sol y olían maravillosamente a pescado podrido. La tienda de Mathew siempre estaba animada y

abarrotada. En los muelles siempre bullían las groserías deliciosamente ofensivas de los marineros.

Aquí, Safi se sentía a gusto. Se sentía bienvenida, y a veces incluso deseada.

Safi carraspeó. Soltó el pestillo de la ventana y se dio la vuelta. Iseult se estaba poniendo un vestido verde oliva. Su amiga señaló el armario con la cabeza.

—Puedes ponerte mi otro vestido.

—Pero entonces verán esto. —Safi se arremangó la camisa apergaminada por la sal y le mostró los arañazos y moratones que le salpicaban los brazos. Todo ello quedaría a la vista con las mangas casquillo tan cortas que se llevaban últimamente.

—Entonces tienes suerte de que todavía conserve… —Iseult sacó dos chaquetillas negras del armario—. ¡Esto!

Safi sonrió traviesamente. Esas chaquetas eran el atuendo habitual de todos los aprendices gremiales, y aquellas dos en concreto eran trofeos del primer golpe de las chicas.

—Sigo diciendo —anunció Safi— que deberíamos haberles quitado algo más que las chaquetas cuando los dejamos atados en el almacén.

—Ya, bueno, la próxima vez que alguien arruine un cargamento de seda y te eche la culpa, Safi, te prometo que le quitaremos algo más que la chaqueta. —Iseult le lanzó la prenda de lana negra, y Safi la atrapó al vuelo.

Mientras ella se quitaba apresuradamente la ropa, Iseult se sentó en el borde del camastro, frunciendo los labios.

—He estado pensando —empezó a decir, con el semblante inexpresivo—. Sí ese brujo de la sangre viene a por nosotras de verdad, tal vez el maestro del gremio de la seda pueda protegerte. Al fin y al cabo, técnicamente es tu tutor, y vives en su cuarto de invitados.

—No creo que quiera ocultar a una fugitiva. —Safi tensó el rostro con una mueca—. Además, no estaría bien meter al maestro gremial Alix en todo este asunto. Siempre ha sido muy bueno conmigo, y no querría pagárselo dándole problemas.

—De acuerdo —dijo Iseult, imperturbable—. Mi siguiente idea tiene que ver con los bardas infernales. Han venido a Veñaza por la Cumbre de la Tregua, ¿no? Para proteger al Imperio cartorriano. A lo mejor podrías pedirles ayuda, ya que tu tío solía ser uno de ellos. Y ni siquiera los guardias dalmotti serían lo bastante estúpidos como para meterse con un barda infernal.

Solo de pensarlo, la mueca de Safi se volvió más pronunciada.

—El tío Eron fue licenciado con *deshonor* de los bardas infernales, Is. Ahora toda la brigada de bardas infernales lo odia, y el emperador Henrick lo odia más si cabe. —Resopló con un ruido desdeñoso que rebotó en las paredes y le sacudió las entrañas—. Y por si fuera poco, el emperador está buscando cualquier excusa para despojarme de mi título y dárselo a alguno de sus aduladores lamebotas. Intentar robar a un maestro gremial sin duda sería motivo suficiente para ello.

Durante la mayor parte de la infancia de Safi, su tío la había entrenado como a un soldado y la había tratado como tal… y eso cuando estaba lo bastante sobrio para prestarle atención. Pero cuando Safi cumplió doce años, el emperador Henrick decidió que ya era hora de que Safi se trasladara a la capital cartorriana para educarse. «¿Qué sabe de organizar a los jornaleros o administrar una cosecha?», le había bramado Henrick a su tío mientras Safi esperaba, tímida y callada, detrás de él. «¿Qué experiencia tiene Safiya llevando una casa o pagando diezmos?».

Era eso último, el pago de los exorbitantes impuestos cartorrianos, lo que tenía más preocupado al emperador Henrick. Ya tenía a toda la nobleza comiendo de su enjoyada mano, y quería asegurarse de que Safi también se pusiera la correa.

Pero el intento de Henrick de ganarse la lealtad de otra domna se había ido al traste, porque el tío Eron no había enviado a Safi a estudiar a Pragua con los demás jóvenes nobles. En vez de eso, Eron la había mandado al sur, con los maestros gremiales y los tutores de la ciudad de Veñaza.

Era la primera y la última vez que Safi había sentido por su tío algo parecido a la gratitud.

—En tal caso —dijo Iseult en tono inapelable, dejando caer los hombros—, creo que tendremos que marcharnos de la ciudad. Podemos escondemos… en algún sitio hasta que todo esto se olvide.

Safi se mordió el labio. Iseult lo decía como si «esconderse en algún sitio» fuera muy sencillo, pero la realidad era que la ascendencia claramente nomatsí de Iseult la convertía en una víctima allá donde iba.

La única vez que las chicas habían intentado salir de Veñaza para visitar a un amigo que vivía cerca, habían vuelto vivas de milagro.

Por supuesto, los tres tipos de aquella taberna que habían decidido atacar a Iseult no habían vuelto, o al menos no con los fémures intactos.

Safi caminó a grandes zancadas hasta el armario y lo abrió violentamente, imaginando que el pomo era la nariz del Musculitos Mentiroso. Si alguna vez volvía a ver a aquel bastardo, iba a romperle hasta el último hueso de su condenado cuerpo.

—Nuestra mejor opción —continuó Iseult— sería el Distrito del Muelle Sur. Los barcos mercantes dalmotti atracan allí, y es posible que alguno acceda a llevamos a cambio de trabajo. ¿Necesitas coger algo de casa del maestro Alix? —Safi negó con la cabeza, e Iseult continuó—: Bien. Entonces dejaremos una nota para Habim y Mathew, explicándoselo todo. Y luego… supongo que… nos iremos.

Safi se quedó en silencio mientras sacaba un vestido dorado. Tenía un nudo en la garganta y no podía hablar. El estómago le daba demasiadas vueltas.

Y entonces, mientras Safi abrochaba los diez millones de botones de madera e Iseult se cubría el cabello con un pañuelo de color gris claro, alguien llamó con brusquedad a la puerta de la tienda.

—¡Guardia de Veñaza! —dijo una voz amortiguada—. ¡Abrid! ¡Os hemos visto entrar!

Iseult soltó un largo, larguísimo, suspiro de sufrimiento.

—Ya —gruñó Safi, metiendo el último botón en su ojal—. Vas

a decir «te lo dije».

—Me vale con que seas consciente.

—Como si fueras a dejar que se me olvidara.

Iseult intentó formar una sonrisa con los labios, pero le salió muy forzada y a Safi no le hizo falta su brujería de la verdad para darse cuenta.

Mientras las dos muchachas se ponían a toda prisa las ásperas chaquetas de aprendiz, el guardia volvió a ladrar:

—¡Abrid! ¡Esta tienda solamente tiene una salida!

—No es verdad —apuntó Safi.

—¡No dudaremos en utilizar la fuerza!

—Nosotras tampoco. —A una señal de su hermana de hilos, Safi fue rápidamente hasta la cama de Iseult y entre las dos la arrastraron hasta la puerta. Las patas de madera chirriaron, y enseguida la pusieron de lado para formar una barricada; sabían que funcionaría bien, ya que no era la primera vez que Safi e Iseult se veían obligadas a salir a hurtadillas.

Aunque en las demás ocasiones, los que estaban gritando al otro lado de la puerta siempre habían sido Mathew y Habim, no unos guardias armados.

Momentos después, Safi e Iseult estaban encaramadas a la ventana, respirando agitadamente y escuchando cómo cedía la puerta delantera. Toda la tienda temblaba y los cristales se rompían.

Safi trepó hasta el tejado, sintiéndose avergonzada. Primero había perdido todo su dinero, y ahora destrozaba la tienda de Mathew. Tal vez… tal vez fuera una suerte que sus tutores estuvieran fuera de la ciudad, de viaje de negocios. Al menos no tendría que mirar a la cara a Mathew ni a Habim hasta dentro de un tiempo.

Iseult salió también, al lado de Safi; llevaba el zurrón de emergencia a la espalda, repleto de suministros. Iseult guardaba sus armas bajo la falda, en dos vainas sujetas a las pantorrillas, pero Safi solo había podido guardarse la daga en la bota.

Su espada, su preciosa espada de acero plegado, iba a quedarse allí.

—¿Por dónde? —preguntó Safi; sabía que su hermana de hilos ya tenía una ruta trazada detrás de esos ojos brillantes.

—Iremos tierra adentro, como si nos dirigiéramos a casa del maestro Alix, y luego al sur.

—¿Por los tejados?

—Hasta donde sea posible. Ve delante.

Safi asintió fugazmente antes de echar a correr hacia el oeste, hacia el corazón de Veñaza. Al llegar al borde del tejado de Mathew, saltó hacia el siguiente.

Aterrizó violentamente sobre las tejas. Las palomas echaron a volar, aleteando para apartarse, y justo entonces, Iseult cayó a su lado.

Pero Safi ya estaba en movimiento, corriendo hacia el próximo tejado. Y luego hacia el siguiente y el siguiente, e Iseult siempre le iba a la zaga.

* * *

Iseult se deslizó por la calle adoquinada, dos pasos por detrás de Safi. Las chicas habían ido tierra adentro desde la cafetería, cruzando canales y dando rodeos en los puentes para evitar a los guardias. Por suerte, el tráfico matinal ya estaba en marcha: una masa hirviente de carros cargados de fruta, asnos, cabras y gentes de todas las razas y naciones. Sus hilos, de colores tan variopintos como la tez de sus dueños, ondulaban perezosamente en aquel aire caliente.

Safi se coló delante de un carro de cerdos, e Iseult tuvo que apretar el paso para seguirla. Después rodearon a un mendigo y pasaron junto a un grupo de puristas que denunciaban a voces los pecados de la magia. Luego tuvieron que atravesar un rebaño de ovejas malhumoradas, antes de llegar hasta un atasco. Por delante de ellas, los hilos de la gente estaban teñidos del rojo del enfado por la aglomeración.

Iseult supuso que sus propios hilos estaban igual de rojos; las chicas estaban tan cerca del Distrito del Muelle Sur que Iseult ya podía ver los centenares de barcos de velas blancas atracados allí.

Pero aceptó su frustración. Otras emociones, que no quería nombrar y que ninguna bruja de los hilos decente permitiría que afloraran jamás, temblaban en su pecho. «Estabilidad», se dijo a sí misma, tal y como le había enseñado su madre años atrás. «Estabilidad en los dedos de las manos y los pies».

Enseguida, los hilos del tráfico empezaron a parpadear con el azul cian de la comprensión. El color avanzaba como una culebra por un estanque, como si los viandantes estuvieran descubriendo, uno tras otro, el motivo de aquella retención.

El color siguió avanzando y avanzando en su dirección, hasta que una anciana que estaba cerca de ellas chilló:

—¿Qué? ¿Un registro? ¡Me quedaré sin cangrejos frescos!

Las entrañas de Iseult se helaron, y en los hilos de Safi parpadeó el gris del miedo.

—Puertas infernales —siseó—. ¿Qué hacemos ahora. Is?

—Volver a echarle morro, supongo. —Con un gruñido, Iseult sacó un grueso libro gris de su zurrón—. Pareceremos dos aprendices muy aplicadas si llevamos libros. Toma, este es *Breve historia de la independencia dalmotti*.

—¡¿Breve?! —murmuró Safi, pero aceptó el enorme libro. Iseult sacó a continuación un volumen encuadernado en piel azul, titulado *Guía ilustrada del monasterio Caraxoen*.

—Ah, ahora entiendo por qué los has traído. —Safi levantó las cejas, retando a Iseult a negarlo—. No son para disfrazarnos. Es que no querías abandonar tu libro preferido.

—¿Y? —Iseult resopló desdeñosamente—. ¿Quieres decir que no quieres llevarlo?

—No, no, me lo quedo. —Safi levantó el mentón—. Pero prométeme que me dejarás a mí lo de actuar cuando lleguemos hasta los guardias.

—Despliega tu magia, Saf. —Sonriendo para sus adentros, Iseult se caló el pañuelo. Estaba empapado en sudor, pero le

ocultaba el rostro. La piel. Después se recolocó los guantes para que no se le viera ni un centímetro de piel de las muñecas. Safi, y solo Safi, debía acaparar la atención de los guardias.

Como decía siempre Mathew: «Con la mano derecha les das lo que esperan, y con la izquierda les cortas la bolsa». Safi siempre representaba el papel de la mano derecha, la distracción (y se le daba de maravilla), mientras que Iseult acechaba en las sombras, lista para ocuparse de cualquier bolsa que necesitara un nuevo dueño.

Iseult se resignó a una sofocante espera y abrió las grandes tapas de su libro. Desde que una monja Carawen había socorrido a Iseult cuando era una niña, Iseult estaba un poco… bueno, «obsesionada» era la palabra que solía usar Safi. Pero no era únicamente la gratitud lo que suscitaba la fascinación de Iseult por los Carawen. También eran sus túnicas del blanco más puro y sus resplandecientes pendientes opalinos. Su entrenamiento mortífero y sus votos sagrados.

La vida en el monasterio Carawen parecía muy sencilla. Muy recogida. Fuera cual fuera tu origen, cuando te unías, recibías una aceptación instantánea. Un respeto instantáneo.

Era una sensación que Iseult apenas podía imaginar, pero su corazón palpitaba con ansia cada vez que pensaba en ello.

El libro se abrió solo por la página treinta y siete, donde brillaba una piestra de bronce. Había guardado aquella moneda allí para señalar su última lectura, y el león alado de su anverso parecía estar riéndose de ella.

«La primera piestra para nuestra nueva vida», pensó Iseult. Luego sus ojos recorrieron la ornamentada escritura en dalmotti de la página. Por ella desfilaban descripciones e imágenes de los distintos monjes Carawen, el primero de los cuales era el «monje mercenario»; la ilustración era todo espada, cuchillos y expresión pétrea.

Se parecía muchísimo al brujo de la sangre.

«Brujo. Sangre. Brujo. Sangre».

Las entrañas de Iseult se fueron helando al recordar sus ojos rojos, sus dientes desnudos. Helando… y llenando de algo más

vacío. Más pesado.

«Decepción», concluyó para sus adentros; parecía un gigantesco error que semejante monstruo pudiera ser admitido en las filas del monasterio.

Iseult miró de reojo el texto del pie de la ilustración, como si allí fuera a encontrar una explicación. Pero lo único que leyó fue: «Entrenado para luchar en el exterior en nombre de los Cahr Awen».

Iseult se quedó sin aliento al leer el final de la frase: «Cahr Awen»… Se le tensó el pecho. De niña, había pasado horas trepando a los árboles e imaginando que era una de los Cahr Awen, que *ella* era una de los dos brujos nacidos en los Pozos Originarios y capaces de erradicar incluso los males más tenebrosos.

Pero del mismo modo que muchos de los manantiales que alimentaban los Pozos Originarios llevaban siglos secos, hacía quinientos años que no nacía ningún Cahr Awen, y las fantasías de Iseult habían terminado inevitablemente con las bandas de niños de las aldeas. Se agolpaban en torno a cualquier árbol al que ella se hubiera encaramado y le escupían las maldiciones y el odio que habían aprendido de sus padres. «¡Una bruja de los hilos que no sabe hacer piedras hilanderas no pinta nada aquí!».

Iseult siempre había sabido en esos momentos, mientras se abrazaba con fuerza a una rama y rezaba por que su madre fuera a buscarla pronto, que los Cahr Awen no eran más que un hermoso cuento.

Iseult tragó saliva y apartó aquellos recuerdos. Aquel día ya estaba siendo bastante penoso sin necesidad de regodearse en sus antiguas miserias. Además, Safi y ella casi habían llegado hasta los guardias, y oía en su mente, en un susurro, la primera lección de Habim:

«Evalúa a tus adversarios», decía siempre. «Analiza el terreno. Elige el campo de batalla siempre que puedas».

—¡Fila de a uno! —exclamaron los guardias—. ¡Las armas bien visibles!

Iseult cerró el libro de golpe, con un soplido de aire mohoso.

«Diez guardias», contó. «Distribuidos a lo ancho de la carretera, con carros detrás para detener a la multitud. Ballestas. Sables». Si aquel breve interrogatorio no salía bien, no tendrían forma de abrirse paso luchando.

—Muy bien —murmuró Safi—. Nos toca. Tápate la cara.

Iseult obedeció y se colocó en posición, detrás de Safi, que avanzó con decisión hasta el primer guardia malencarado.

—¿Qué significa esto? —Safi proyectó la voz para hacerse oír con claridad sobre el rumor constante del tráfico—. Vamos a llegar tarde a nuestra reunión con el maestro del gremio del trigo. ¿Tenéis idea del mal humor que tiene ese hombre?

El guardia frunció el ceño con hastío, pero en sus hilos parpadeaba un interés considerable.

—Nombres.

—Safiya. Y esta es mi criada Iseult.

Aunque el semblante del guardia seguía imperturbable, en sus hilos brillaba un interés cada vez mayor. Volvió la cabeza hacia atrás, indicándole a un segundo guardia que se acercara, e Iseult tuvo que morderse la lengua para no rendirse al impulso de avisar a Safi.

—¡Exijo saber a qué se debe esta demora! —le gritó Safi al recién llegado, un verdadero gigante.

—Buscamos a dos muchachas —respondió este con voz grave —. Se las busca por salteadoras de caminos. ¿No llevaréis algún arma?

—¿Te parezco de la clase de chicas que llevan armas?

—En ese caso, no os importará que os registremos.

Iseult tuvo que reconocer que el miedo que ella veía en los hilos de Safi no se reflejaba en absoluto en su rostro. Se limitó a levantar aún más la barbilla.

—Desde luego que me importa. Si se os ocurre ponerme un dedo encima, haré que os despidan de inmediato. ¡A todos! —Les amenazó con el libro, y el primer guardia se encogió un poco—. Mañana mismo a estas horas estaréis de patitas en la calle, deseando no haber importunado a la aprendiz de un maestro gremial…

Safi no llegó a terminar su amenaza, porque en ese momento,

una gaviota graznó por encima de ellas… y un manchurrón blanco aterrizó en su hombro.

En sus hilos destelló el color turquesa de la estupefacción.

—No —susurró Safi—. *No*.

Los guardias abrieron los ojos de par en par; sus hilos se tiñeron de un divertido color rosa.

Rompieron a reír a carcajadas. Empezaron a señalarla, y hasta Iseult tuvo que taparse la boca con la mano enguantada. «No te rías, no te rías…».

Pero no pudo contenerse, y los hilos de Safi se inflamaron con el color rojo de la furia.

—¿Por qué? —chilló, mirando a Iseult, antes de volverse hacia los guardias de nuevo—. ¿Por qué siempre a mí? ¡Las gaviotas podrían cagarse en un millar de hombros distintos, pero siempre me eligen *a mí*!

Los guardias se retorcían de la risa, y el segundo de ellos levantó la mano con benevolencia.

—Pasad. Anda… pasad.

Le lloraban los ojos; Safi no pudo contenerse mientras pasaba hecha una furia a su lado.

—¿Por qué no hacéis algo útil con vuestro tiempo? ¡En vez de reíros de las damas en apuros, podríais detener a los delincuentes o algo así!

Un segundo después, Safi había atravesado la barricada y se dirigía a toda velocidad hacia los inmensos barcos mercantes; Iseult iba justo detrás de ella, sin dejar de reírse entre dientes.

CUATRO

Los dedos de Merik Nihar se cerraron en torno al cuchillo de la mantequilla. Frente a él, al otro lado de la amplia mesa de roble, estaba sentada una domna cartorriana por cuyo velludo mentón goteaba grasa de pollo.

Como si presintiera que Merik la estaba mirando, la domna levantó una servilleta *beige* y se limpió los labios y la barbilla arrugados.

Merik detestaba a esa mujer, igual que detestaba a todos los demás diplomáticos allí reunidos. Aunque había pasado años domeñando el famoso temperamento irascible de su familia, a esas alturas no le hacía falta más que un empujoncito. Un grano de sal más y el océano se desbordaría.

Por todo el largo comedor se oían voces en al menos diez idiomas distintos. La Cumbre de la Tregua Continental empezaría mañana, y se hablaría sobre la Gran Guerra y el fin de la Tregua de los Veinte Años. Centenares de diplomáticos de todas las Tierras Embrujadas habían acudido a Veñaza para tomar parte.

Aunque el dalmotti fuera el más pequeño de los tres imperios, era el que tenía un comercio más potente. Y al estar estratégicamente situado entre el Imperio de Marstok al este y el

Imperio cartorriano al oeste, era el lugar ideal para aquella negociación internacional.

Merik estaba allí como representante de Nubrevna, su patria. En realidad había llegado hacía tres semanas, con la esperanza de encontrar nuevas oportunidades de comercio, o tal vez reestablecer viejos contactos con los gremios. Pero había sido una absoluta pérdida de tiempo.

Los ojos de Merik se desviaron de la vieja aristócrata y se posaron en la enorme superficie de cristal que tenía detrás. Los jardines del palacio del Dogo refulgían al fondo, bañando la estancia con una luz verdosa y un aroma a jazmín. Como líder elegido del Consejo dalmotti, el Dogo no tenía familia (ninguno de los maestros gremiales dalmotti la tenían, puesto que se consideraba que las familias eran una distracción para su devoción al gremio), así que no necesitaba para nada un jardín como aquel, en el que cabían holgadamente doce de los barcos de Merik.

—¿Estáis admirando la pared de cristal? —preguntó el pelirrojo maestro del gremio de la seda, sentado a la derecha de Merik—. Toda una hazaña de nuestros brujos de la tierra. Es de una sola pieza, ¿sabéis?

—Toda una hazaña, ya lo creo —dijo Merik, aunque su tono daba a entender que no se lo parecía—. Aunque me pregunto, maestro gremial Alix, si alguna vez habéis considerado menesteres más útiles para vuestros brujos de la tierra.

El maestro gremial tosió discretamente.

—Nuestros brujos son individuos muy especializados. ¿Por qué insistir en que un brujo de la tierra con talento para los suelos trabaje exclusivamente en una granja?

—Pero no es lo mismo ser un brujo del campo que *solamente* puede trabajar en el campo que ser un brujo de la tierra que *decide* trabajar solamente en el campo. O fundiendo arena para hacer cristal. —Merik se reclinó en su silla—. Vos, sin ir más lejos, maestro Alix. Sois un brujo de la tierra, supongo. Seguramente vuestra magia funciona con los animales, pero no creo que se aplique únicamente a los gusanos de seda.

—Ah, pero es que yo no soy un brujo de la tierra. —Alix agitó levemente la mano, mostrando su marca de brujo: el círculo del éter y la línea diagonal de su especialización en arte—. Soy sastre de profesión. Mi magia reside en imbuir el espíritu de una persona en las prendas.

—Por supuesto —se limitó a responder Merik. El maestro del gremio de la seda acababa de confirmar la hipótesis de Merik, aunque no parecía haberse dado cuenta. ¿Por qué desperdiciar la habilidad mágica para el arte confeccionando ropa, y además con un único tipo de tejido? El sastre de Merik había hecho un trabajo más que decente con el traje de lino que llevaba ahora, y sin necesidad de magia.

Era un abrigo largo de color gris plateado sobre una camisa de color crema; aunque ambas prendas tenían más botones de lo que debería ser legal, a Merik le gustaba el traje. Llevaba las calzas negras y ajustadas metidas en sus botas nuevas y rechinantes, y su ancho cinturón era más que un simple adorno. Cuando Merik estuviera de nuevo a bordo de su barco, se pondría de nuevo las pistolas y el sable al cinto.

Notando claramente el descontento de Merik, el maestro Alix centró su atención en la dama del lado opuesto.

—¿Qué opináis de los rumores de matrimonio del emperador Henrick, señora mía?

Merik frunció el ceño aún más. En aquel almuerzo, nadie quería hablar más que de chismorreos y frivolidades. Había un hombre en la antigua República de Arituania (aquella tierra salvaje y anárquica del norte) que estaba uniendo a las facciones de saqueadores y que se hacía llamar «rey», pero ¿acaso les importaba a aquellos diplomáticos imperiales?

Ni lo más mínimo.

Se rumoreaba que la brigada de bardas infernales estaba alistando por la fuerza a los brujos, y sin embargo, ni uno solo de aquellos domes y domnas parecían alarmados por la noticia. Pero claro, seguramente no eran sus hijos e hijas los que se verían obligados a alistarse.

La mirada furiosa de Merik regresó a su plato. Estaba totalmente rebañado. Hasta se había guardado los huesecillos en la servilleta. El caldo de huesos era sencillo de preparar y alimentaría a los marineros durante días. Varios comensales se habían dado cuenta, porque Merik no había sido precisamente discreto al envolver los huesos del plato en la servilleta *beige*.

Merik se había sentido tentado incluso de pedir a sus vecinos de mesa que le dieran sus huesos de pollo, la mayoría de los cuales estaban sin tocar y rodeados de judías verdes. Los marineros no desperdiciaban la comida, sobre todo cuando no sabían si volverían a pescar un pez o a ver tierra firme.

Y sobre todo cuando su patria se moría de hambre.

—Almirante —dijo un noble obeso sentado a la izquierda de Merik—. ¿Cómo va la salud del rey Serafín? He oído que su enfermedad se encuentra en la fase final.

—Pues habéis oído mal —respondió Merik, con una frialdad que cualquiera que conociera el mal humor de la familia Nihar habría identificado como peligrosa—. Mi padre se está recuperando. Gracias… ¿cómo os llamabais?

Las mejillas del hombre se tensaron.

—Dom Phillip fon Grieg. —Mostró una sonrisa falsa—. Grieg es una de las haciendas más extensas del Imperio carterriano, seguro que la conoceréis… ¿o no? Supongo que un nubrevnés no tiene necesidad de estar familiarizado con la geografía cartorriana.

Merik se limitó a sonreír. Por supuesto que sabía dónde estaba la hacienda Grieg, pero dejó que el dom lo creyera ignorante de los entresijos de Cartorra.

—Tengo tres hijos en la brigada de bardas infernales —continuó el dom, estirando sus dedos gruesos como salchichas para alcanzar su cáliz de vino—. El emperador les ha prometido una hacienda a cada uno en un futuro próximo.

—Vaya. —Merik procuró mantener el semblante impasible, pero en su cabeza la furia rugía por salir. La brigada de bardas infernales, aquel contingente de despiadados guerreros de élite encargados de «purificar». Cartorra de los brujos elementales y los

herejes, era uno de los motivos principales por los que Merik odiaba a los cartorrianos.

Después de todo, Merik era un brujo elemental, y también lo eran casi todas las personas que le importaban en las Tierras Embrujadas.

Mientras dom fon Grieg bebía de su cáliz, un reguero de carísimo vino dalmotti le cayó por las comisuras de la boca. Era un derroche. Un asco. La ira de Merik creció… y creció… y creció.

Hasta que llegó al último grano de sal, y Merik sucumbió a la inundación.

Inspirando con fuerza, Merik atrajo el aire de toda la estancia hacia él, y luego lo soltó de golpe.

El viento golpeó al dom. La copa del hombre se volcó y el vino le salpicó el rostro, el cabello y la ropa. Llegó incluso hasta la ventana, manchando el cristal de gotas rojas.

Se hizo el silencio. Durante medio segundo, Merik sopesó qué debía hacer. Ni hablar de disculparse, faltaría más, y amenazarle parecía demasiado dramático. Entonces, los ojos de Merik se detuvieron en el plato a medio terminar del maestro Alix. Sin pensarlo dos veces, Merik se puso en pie y recorrió con una tempestuosa mirada los rostros de los nobles que lo miraban boquiabiertos, y los de los sirvientes que acechaban en los umbrales y en las sombras, con los ojos como platos.

Luego, Merik cogió la servilleta del regazo del maestro gremial.

—No vais a comeros eso, ¿verdad? —Merik no esperó a que le respondiera, y se limitó a murmurar—: Estupendo, estupendo, porque mi tripulación sí que se lo comerá. —Recogió los huesecillos, las judías e incluso los restos de calabaza estofada. Ató con fuerza la servilleta de seda y la guardó en el bolsillo de su chaleco, junto con los huesos que había rescatado antes.

Después se volvió hacia el Dogo dalmotti, que no paraba de parpadear, y anunció:

—Gracias por vuestra hospitalidad, mi señor.

Y sin nada más que un saludo burlón, Merik Nihar, príncipe de Nubrevna y almirante de la Marina nubrevnesa, abandonó la mesa

del Dogo, el comedor del Dogo y, finalmente, el palacio del Dogo.

Y mientras caminaba, empezó a trazar planes.

* * *

Cuando Merik llegó hasta el extremo más bajo del Distrito del Muelle Sur, ya sonaban a lo lejos las campanadas de la decimoquinta hora y había bajado la marea. El calor del día había impregnado los adoquines de las calles, que desprendían ahora un desagradable bochorno.

Cuando intentó evitar de un salto un charco de solo Noden sabía qué, calculó mal y hundió sus botas nuevas en el borde.

Un agua negruzca le salpicó, arrastrando consigo un denso tufo a pescado pasado, y Merik luchó contra el impulso de darle un puñetazo al escaparate más cercano. La ciudad no tenía la culpa de que los maestros gremiales fueran irnos bufones.

En los diecinueve años y cuatro meses que habían pasado desde que la Tregua de los Veinte Años interrumpiera todas las guerras de las Tierras Embrujadas, los tres imperios (Cartorra, Marstok y Dalmotti) habían conseguido asfixiar la patria de Merik por medios diplomáticos. Cada año, una caravana comercial menos cruzaba el país, y una exportación nubrevnesa menos encontraba comprador.

Nubrevna no era la única nación pequeña que había sufrido. Supuestamente, la Gran Guerra había comenzado, hacía siglos, por una disputa por la posesión de los cinco Pozos Originarios. En aquellos días, eran los Pozos los que escogían a los gobernantes. Era algo que guardaba relación con los Doce Paladines… aunque Merik nunca había entendido del todo cómo doce caballeros o un manantial inanimado podían escoger a un rey.

Pero ahora todo eso no era más que una leyenda, y con el paso de las décadas y, más tarde, los siglos, habían surgido tres imperios a partir del caos de la Gran Guerra, y los tres querían lo mismo: *más*. Más brujos, más cosechas, más puertos.

En resumen, había tres imperios gigantescos enfrentados con un puñado de naciones diminutas y feroces, naciones que lentamente estaban ganando ventaja, porque las guerras cuestan dinero e incluso los imperios se agotan.

«Paz», había proclamado el emperador cartorriano. «Paz durante veinte años, y después una renegociación». Parecía perfecto.

Demasiado perfecto.

Lo que la madre de Merik y otras personas como ella no habían comprendido al estampar su firma en la Tregua delos Veinte Años era que, cuando el emperador Henrick había dicho «paz», en realidad quería decir «pausa». Y cuando había dicho «renegociación», quería decir «asegurarse de que las demás naciones caigan bajo nosotros en cuanto nuestros ejércitos marchen de nuevo».

Y ahora, mientras Merik observaba a los ejércitos dalmotti que llegaban desde el oeste, a los brujos del fuego marstokíes reuniéndose al este y a las tres flotas imperiales acercándose lentamente a la costa de su patria, le parecía que él y toda Nubrevna se estaban ahogando. Se hundían bajo las olas, contemplando como se extinguía la luz del sol hasta que, con los pulmones llenos de agua, no pudieran ver nada más que los peces bruja de Noden.

Pero los nubrevneses todavía no estaban perdidos.

Merik todavía tenía que acudir a una reunión más, esta vez con el gremio del oro. Si Merik conseguía abrir aunque fuera una sola línea comercial, estaba seguro de que le seguirían otros gremios.

Cuando Merik llegó finalmente a su buque de guerra, una fragata de tres mástiles con la proa afilada y esa forma de pico tan característica de los barcos de Nubrevna, lo encontró reposando tranquilamente sobre la marea baja. Las velas estaban recogidas, los remos guardados y la bandera nubrevnesa, con el fondo negro y el lirio barbado (un vivido destello azul en el centro de la enseña), ondeando lánguidamente en la brisa de la tarde.

Mientras Merik cruzaba la pasarela para subir a bordo del Jana, su mal humor se aplacó ligeramente, pero enseguida fue reemplazado por una ansiedad que le tensó los hombros y por la

apremiante necesidad de comprobar si llevaba la camisa bien metida.

Aquel era el barco del padre de Merik; la mitad de la tripulación era del rey Serafín, y a pesar de llevar tres meses con Merik como capitán, a aquellos hombres no les hacía demasiada gracia tenerlo por allí.

Una figura alta y de cabello ceniciento cruzó la cubierta para reunirse con Merik. Sorteó a varios lampaceros, pasó por encima de una caja estirando sus largas piernas y después hizo una rígida reverencia ante su príncipe. Era el hermano de hilos de Merik, Kullen Ikray, el primer oficial del Jana.

—Vuelves pronto —dijo Kullen. Cuando se levantó, Merik se fijó en las manchas rojas de las pálidas mejillas de Kullen y en su respiración levemente entrecortada. Eran claros indicios de la posibilidad de un ataque respiratorio.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Merik, guardándose bien de levantar la voz.

Kullen fingió no haberle oído, aunque el aire se enfrió a su alrededor. Claramente, Kullen no quería hablar del tema.

A primera vista, el aspecto del hermano de hilos de Merik no parecía especialmente adecuado para la vida en el mar: su altura le impedía estar cómodo en las bodegas, su piel pálida se quemaba con vergonzosa facilidad y no le gustaba la esgrima. Por no mencionar que sus espesas cejas blancas eran demasiado expresivas para un marinero respetable.

Pero, por Noden, no había otro como Kullen a la hora de controlar el viento.

A diferencia de Merik, la magia elemental de Kullen no se limitaba a las corrientes de aire: él era un brujo del aire absoluto, capaz de controlar los pulmones de un hombre, de dominar el calor y las tormentas; una vez incluso había logrado detener un terrible huracán. Los brujos como Merik eran relativamente comunes, y poseían un grado variable de dominio sobre los vientos, pero por lo que sabía Merik, Kullen era la única persona viva con un control total sobre *todos* los aspectos del aire.

Pero no era la magia de Kullen lo que Merik valoraba más. Era

su mente afilada como una cuchilla y su calma constante como la marea.

—¿Qué tal el almuerzo? —preguntó Kullen, mientras el aire se calentaba y él mostraba su habitual sonrisa terrorífica. No se le daba demasiado bien sonreír.

—Una pérdida de tiempo —contestó. Caminó por la cubierta, haciendo sonar la superficie de roble con los tacones de sus botas. Los marineros se detuvieron a saludarle, golpeándose el corazón con el puño, y Merik les devolvió el saludo distraídamente con un asentimiento de cabeza.

Entonces recordó lo que tenía en el bolsillo. Sacó las servilletas y se las tendió a Kullen.

—¿Las sobras? —dijo Kullen, después de un momento de silencio.

—Intentaba hacerles ver algo —murmuró Merik, y sus pisadas se hicieron más fuertes—. Una estupidez, y además nadie lo ha entendido. ¿Se sabe algo de Lovats?

—Sí. Pero… —se apresuró a añadir Kullen, levantando las manos—. Nada relacionado con la salud del rey. Lo único que sé es que sigue postrado en cama.

La frustración tensó de nuevo los hombros de Merik. Llevaba semanas sin saber detalles sobre la convalecencia de su padre.

—¿Y mi tía? ¿Ha vuelto ya de ver al sanador?

—Sí.

—Bien. —Merik asintió; por fin una buena noticia—. Trae a mi tía Evrane a mi camarote. Quiero preguntarle acerca del gremio del oro… —Se interrumpió, frenando en seco—. ¿Qué ocurre? Siempre que me miras con los ojos entornados es que pasa algo malo.

—Sí —reconoció Kullen, rascándose la nuca. Sus ojos se desviaron hacia el enorme tambor de viento situado en el alcázar de la nave. Un nuevo recluta (Merik nunca se acordaba de su nombre) estaba limpiando los dos mazos del tambor. El mazo embrujado producía ráfagas de viento como cañonazos, y el mazo normal servía para dar mensajes y acompañar salomas—. Deberíamos hablarlo en privado —dijo finalmente Kullen—. Es tu hermana. Ha… *llegado*

algo para ella.

Merik reprimió un juramento, y sus hombros se alzaron todavía más. Desde que Serafín había nombrado a Merik enviado nubrevnés para la Cumbre de la Tregua, lo cual también lo convertía temporalmente en almirante de la Marina real, Vivía había probado mil formas distintas de hacerse con el control en su ausencia.

Merik entró en su camarote con fuertes zancadas que hicieron retumbar las vigas encaladas del techo. Se dirigió a la cama atornillada del rincón derecho.

Kullen, mientras tanto, se acercó a la larga mesa central, destinada a las cartas náuticas y los libros de cuentas. También estaba atornillada al suelo, y su reborde elevado de cinco centímetros de altura impedía que los papeles cayeran cuando el mar estaba picado.

La luz del sol entraba por las ventanas en todas direcciones, reflejándose en la colección de espadas del rey Serafín, meticulosamente expuestas en la pared del fondo, un lugar perfecto para que Merik tocara una por accidente mientras dormía y dejara una huella indeleble en ella.

Aunque en aquellos momentos el barco era de Merik, este no se hacía ilusiones: sabía que algún día dejaría de serlo. En tiempos de guerra, la reina gobernaba en tierra y el rey en el mar. El Jana era el barco del padre de Merik, bautizado en honor a la difunta reina, y volvería a ser el barco de Serafín cuando recuperara la salud.

Si es que la recuperaba… Tenía que hacerlo. Si no, Vivia era la siguiente en la línea de sucesión… y Merik no quería ni imaginárselo. Ni tampoco afrontarlo. Vivia no era la clase de persona que se contentaría con gobernar solamente en tierra o mar. Ella quería controlar ambas cosas (y mucho más), y no se molestaba en disimularlo.

Merik se arrodilló junto a su único objeto personal en aquel barco: un baúl amarrado firmemente a la pared. Tras rebuscar un poco, sacó una camisa limpia y su uniforme de almirante de color azul tormenta. Quería librarse cuanto antes del traje de gala, porque no hay nada que desinfle el ego de un hombre como un cuello de

lechuguilla.

Mientras los dedos de Merik desabrochaban los diez millones de botones de su camisa de gala, se reunió con Kullen frente a la mesa.

Kullen había abierto un mapa del mar Jadansi, la franja de océano que dividía en dos el Imperio dalmotti.

—Esto es lo que ha llegado para Vivia. —Colocó sobre el mapa un barco en miniatura que parecía idéntico a los barcos de los gremios dalmotti atracados en el exterior. La miniatura se deslizó por el mapa, deteniéndose sobre la ciudad de Veñaza—. Está claro que lo han hechizado con brujería del éter y que sigue los movimientos de un barco determinado. —Kullen miró a los ojos a Merik—. Según el ganapán que lo ha entregado, el barco al que corresponde pertenece al gremio del trigo.

—¿Y qué le importa a Vivia —dijo Merik, dejando los botones por imposibles y quitándose la camisa por la cabeza toscamente— un barco mercante? —Arrojó la camisa al baúl y plantó ambas manos sobre la mesa. Su marca de brujo desdibujada se extendió hasta formar un rombo asimétrico—. ¿Qué espera que hagamos con él?

—Zorros —dijo Kullen, y el ambiente se volvió gélido.

—Zorros —repitió Merik, mientras la palabra rebotaba dentro de su cráneo, sin encontrarle sentido. De repente, la pieza del puzle se encajó en su sitio y Merik reaccionó de inmediato, girándose hacia su baúl—. Es lo más estúpido que le he oído decir, y ha dicho cosas de lo más estúpidas a lo largo de su vida. Dile a Hermin que contacte con el brujo de la voz de Vivia. Ya. Quiero hablar con ella con la próxima campanada.

—Sí. —Las pisadas de Kullen resonaron mientras Merik sacaba la primera camisa que encontraron sus dedos. Se la puso mientras la puerta del camarote se abría de par en par… antes de cerrarse.

Al oír aquel sonido, Merik apretó los dientes y luchó por contener su temperamento. Por encerrarlo bajo llave.

Aquello era típico de Vivia. ¿Por qué demonios debería sorprenderle o enfadarle?

Hacía mucho tiempo, los Zorros habían sido piratas

nubrevneses. Sus tácticas se basaban en el uso de galeotas pequeñas, de menor calado que el Jana, con tan solo dos mástiles y remos que les permitían navegar entre bancos de arena y flechas litorales con facilidad… y emboscar a barcos de mayor tamaño.

Pero el estandarte de los Zorros, un sinuoso zorro marino enroscado alrededor del lirio barbado, llevaba siglos sin ondear en los mástiles. No lo habían necesitado desde que Nubrevna poseía una auténtica Marina propia.

Mientras Merik estaba allí plantado, tratando de pensar en algún argumento que su hermana pudiera escuchar, algo se movió al otro lado de la ventana más cercana. Pero aparte de las olas que se agolpaban contra la línea de flotación y el barco mercante que daba bandazos junto al suyo, no había nada raro.

Salvo que… la marea estaba baja.

Merik se aproximó rápidamente a la ventana. Estaban en Veñaza, una ciudad de marismas, y solo había dos cosas capaces de provocar una marea antinatural: un terremoto.

O la magia.

Y solo había un motivo por el que un brujo invocaría a las olas en un puerto.

«La sajadura».

Merik salió corriendo hacia la puerta del camarote.

—¡Kullen! —rugió en cuanto sus pies pisaron la cubierta. Las olas ascendían cada vez más alto, y el Jana empezaba a escorarse.

Al norte, a dos barcos de distancia del suyo, un corpulento marinero bajaba tambaleándose por la pasarela de un barco mercante, en dirección a la calle empedrada. Se rascaba furiosamente los antebrazos y el cuello. Incluso a esa distancia, Merik distinguió las pústulas negras e hinchadas que cubrían la piel del hombre. Su magia no tardaría en alcanzar su punto de ruptura, y se alimentaría de la vida humana más cercana.

Las olas, convocadas por el brujo sajado, eran cada vez más altas y fuertes. Aunque varias personas repararon en el marinero y chillaron de terror, la mayoría no había visto las olas ni oído los gritos. Estaban indefensos y desprevenidos.

Así que Merik hizo lo único que se le ocurrió. Llamó a Kullen a gritos una vez más, y luego recurrió a su magia para que lo transportara bien alto y bien lejos.

Momentos después, con una ráfaga de aire, Merik salió volando.

CINCO

El temperamento de Safi estaba a punto de estallar, entre la mierda de gaviota en el hombro, el asfixiante calor de la tarde y el hecho de que ni uno solo de los seis barcos de aquel muelle necesitaran nuevos trabajadores (y menos si iban vestidos de aprendices gremiales).

Iseult, que iba delante, ya había llegado al final del muelle y se había mezclado con la muchedumbre del puerto. Incluso desde aquella distancia, Safi distinguió a Iseult recolocándose la bufanda y los guantes mientras examinaba algo en el agua turbia.

Safi alzó las cejas y dirigió la mirada a las olas salobres. El aire estaba cargado; le erizaba el vello de los brazos y le recorría el espinazo con un escalofrío…

Y entonces su brujería de la verdad explotó: era una sensación de picor en la nuca que anunciaba problemas. Problemas tremendamente graves.

La magia de alguien se estaba sajando.

Safi ya se había sentido así en otra ocasión, había sentido la sobrecarga de su propio poder, como si este también estuviera a punto de sajarse. Cualquier persona que poseyera una brujería podía notar su proximidad, la ruptura en el equilibrio mágico del mundo. Por supuesto, si no tenías magia, como la mayoría de la gente que

caminaba por el puerto, podías darte por muerto.

Un grito cayó como un trueno en los oídos de Safi. «Iseult». Mientras corría y gritaba a la gente para que se apartara de su camino, Safi se inclinó, bajó la barbilla hasta tocarse el pecho y dio una voltereta. Mientras su cuerpo rodaba sobre la superficie de madera, sacó su daga de mano izquierda de la bota. Estaba diseñada para defenderse de una espada, pero no por ello estaba menos afilada.

Y podría destripar a un hombre si era necesario.

La inercia de la voltereta permitió a Safi ponerse de pie; bajó la daga y de un rápido tajo se cortó las faldas. Después echó a correr de nuevo, esta vez con las piernas libres para poder levantarlas cuanto necesitara, y con el cuchillo en la mano.

Las olas se alzaban cada vez más alto. Con más fuerza. Ráfagas de poder que arañaban la piel de Safi como un millar de mentiras pronunciadas a un tiempo.

La magia del sajado debía de estar vinculada con el agua. Los barcos mercantes daban bandazos, rechinaban y se estrellaban contra el muelle.

Safi llegó hasta el embarcadero de piedra. En medio segundo, estudió la escena: un brujo de las mareas sajado; su piel supuraba el aceite de la magia purulenta, y de una herida del pecho le rezumaba una sangre tan negra como la brea.

Unos pasos más allá, Iseult estaba agazapada; también se había rasgado las faldas. «Esa es mi chica», pensó Safi.

Y desde la izquierda, volando con la misma gracia que un murciélago primerizo y con las alas rotas, se acercaba algún tipo de brujo del aire. Tenía las manos extendidas, llamando al viento para que este le transportara.

Safi solo tuvo tiempo de pensar dos cosas. «¿Quién puñetas es ese brujo del viento nubrevnés?». Y luego: «Tendría que aprender a abrocharse la camisa».

Entonces, el joven descamisado aterrizó directamente en su camino.

Safi gritó tan alto como pudo, pero lo único que consiguió fue

una mirada de alarma del joven mientras ella dejaba caer su cuchillo a un lado para lanzarse sobre su cuerpo. Cayeron al suelo y él se la quitó de encima de un empujón, gritando:

—¡Atrás! ¡Yo me encargo!

Safi lo ignoró (evidentemente, era un cretino). Aunque tardó más tiempo del necesario, consiguió desembarazarse del nubrevnés y recuperar su daga.

Se volvió hacia el brujo de las mareas sajado justo cuando Iseult se acercaba, convertida en un torbellino de acero para atraer su atención. Pero no tuvo efecto. El brujo de las mareas no hizo ademán de esquivarla. Las hoces de Iseult se hundieron en su vientre, y brotó más sangre negra.

También asomaron los órganos ennegrecidos.

El agua se abatió sobre las calles. Los barcos embistieron contra la piedra con el ensordecedor crujido de la madera. Una segunda ola llegó después, y detrás venía una tercera.

—¡Kullen! —aulló el nubrevnés, a espaldas de Safi—. ¡Contén el agua!

Con una explosión de magia que recorrió el cuerpo de Safi, el aire se concentró y se abalanzó contra las inminentes olas.

El viento embrujado golpeó el agua, y las olas se deshicieron en espuma.

Pero el brujo de las mareas sajado no se inmutó. Sus ojos ennegrecidos se acababan de clavar en Safi. Levantó y cerró sus manos manchadas de sangre y salió corriendo hacia ella como un vendaval.

Safi saltó y le golpeó con una patada voladora. Su talón se estrelló contra las costillas del marino; este cayó hacia delante justo cuando Iseult giraba para propinarle una patada circular. Su bota golpeó el mentón del hombre, modificando el ángulo de la caída.

Se estrelló contra los adoquines. Las pústulas negras de su piel reventaron, salpicando la calle con su sangre.

Pero seguía vivo; seguía consciente. Con un rugido de huracán, luchó por ponerse en pie.

Fue entonces cuando el nubrevnés decidió reaparecer. Se acercó

rápidamente al sajado, y el pánico le atenazó la garganta a Safi.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Te he dicho que yo me encargo! —bramó. Echó ambos brazos hacia atrás y, con una descarga de poder que hizo temblar los pulmones de Safi, golpeó con las manos ahuecadas las orejas del marinero sajado. El aire atravesó con un estallido el cerebro del hombre, y sus ojos ennegrecidos se volvieron hacia el cielo.

El brujo de las mareas se desmoronó. Estaba muerto.

* * *

Iseult apartó sus faldas y guardó de nuevo las hoces lunares en las vainas de las pantorrillas. A su alrededor, los dalmotti se pasaban frenéticamente dos dedos extendidos por delante de los ojos; era un signo para alejar el mal, pidiendo a sus dioses que protegiesen sus almas. Algunos miraban al sajado muerto mientras se persignaban, pero más de uno miraba a Iseult.

Ni que ella tuviera interés en arrebatarles el alma.

Lo que tampoco le interesaba en absoluto era ser perseguida y linchada por una turba, así que se volvió hacia el brujo de las mareas muerto y se recolocó el pañuelo, agradeciendo a la Madre Luna no haberlo perdido durante la refriega.

También agradeció a la Diosa que nadie más se hubiera sajado. Era muy fácil que un estallido de magia tan potente empujara a otros brujos al abismo, un abismo del que no había vuelta posible.

Aunque nadie sabía qué provocaba la sajadura, Iseult había leído teorías que relacionaban la corrupción con los cinco Pozos Originarios repartidos por las Tierras Embrujadas. Cada pozo estaba vinculado con uno de los cinco elementos: éter, tierra, agua, aire y fuego. Aunque se rumoreaba la existencia de un sexto elemento, el vacío, y de brujos del vacío como aquel brujo de la sangre, no se conocía la existencia de un pozo del vacío.

Tal vez sí que existiera un pozo del vacío, y simplemente había

sido olvidado hacía mucho. Los manantiales que lo alimentaban se habían secado. Los árboles que habían florecido durante todo el año se habían marchitado hasta convertirse en cáscaras resecas. Ese mismo estancamiento ya les había ocurrido a los pozos de la tierra, el aire y el agua, y tal vez algún día la historia también los olvidaría por completo.

Pero independientemente del destino de los Pozos Originarios, a los eruditos no les parecía una mera coincidencia que los únicos brujos vulnerables a la sajadura fueran aquellos vinculados a la tierra, el aire o el agua. Y si lo que afirmaban los monjes Carawen era cierto, solamente el regreso de los Cahr Awen podría restaurar los pozos muertos o sanar los sajados.

En cualquier caso, eso no iba a ocurrir a corto plazo. Los Cahr Awen no iban a regresar, y ella tampoco podía escapar de aquellas miradas de odio.

Cuando Iseult se aseguró de que llevaba el pelo lo bastante cubierto, el rostro lo bastante oculto y las mangas lo bastante bajas como para tapar su piel pálida, buscó los hilos de Safi para localizar a su hermana de hilos entre la muchedumbre.

Pero sus ojos y su magia captaron algo. Unos hilos que no había visto nunca. Justamente a su lado… sobre el cadáver.

Su mirada se desvió hacia el cadáver del sajado. Sangre negruzca… y quizás algo más rezumaba de sus oídos, derramándose entre los adoquines. Las pústulas de su cuerpo habían reventado, y una parte del aceitoso líquido había salpicado las faldas ajironadas de Iseult y su corpiño sudado.

Y aun así, aunque el hombre estaba inequívocamente muerto, seguía habiendo tres hilos agitándose sobre su pecho. Como unos gusanos, temblaban y se enroscaban. Hilos cortos. Hilos quebrados.

No debería ser posible: la madre de Iseult siempre le había asegurado que los muertos no tenían hilos, y en ninguna de las ceremonias de incineración nomatsíes a las que había asistido de niña había visto hilos en un cadáver.

Cuanto más miraba Iseult, más se acercaba la multitud. Por doquier había espectadores curiosos junto al cuerpo. Iseult tuvo que

entornar los ojos para ver algo a través de sus hilos. Para acallar todas las emociones que la rodeaban.

Entonces, un hilo furioso de color carmesí destelló muy cerca de ella, acompañado por un rugido irritable:

—Por las llamas del infierno, ¿quién te crees que eres? Lo teníamos bajo control.

—¿Bajo control? —replicó una voz masculina con un fuerte acento—. ¡Acabo de salvaros la vida!

—¿Es que tú también estás sajado? —exclamó Safi, e Iseult se estremeció al oír la desafortunada elección de palabras de su hermana de hilos. Pero claro, Safi estaba descargando su dolor.

Su terror. Sus hilos impulsivos. Siempre se comportaba así cuando sucedía algo malo, malo de verdad. O bien huía de sus emociones tan deprisa como se lo permitían las piernas, o bien las golpeaba hasta someterlas.

Iseult llegó finalmente hasta su hermana de hilos, justo a tiempo para ver como Safi agarraba bruscamente la camisa desabotonada del joven.

—¿Es así como os vestís todos en Nubrevna? —Safi agarró también el lado contrario de la camisa—. Esto va dentro de esto otro.

El nubrevnés no se movió, pero su rostro se tiñó del mismo color escarlata que sus hilos, y apretó con fuerza los labios.

—Conozco perfectamente —dijo entre dientes— el funcionamiento de un botón. —Se desembarazó de las manos de Safi—. Y no necesito que me dé consejos una mujer con mierda de pájaro en el hombro.

«Oh, no», pensó Iseult, abriendo la boca para advertirle…

Unos dedos se cerraron en torno al brazo de Iseult. Antes de que pudiera levantar la mano y sujetar la muñeca de su atacante, este le giró la muñeca *a ella* y le retorció el brazo detrás de la espalda.

Iseult vio el destello de un hilo de color rojo arcilla. Era el color de la irritación, pero una tonalidad muy concreta y familiar, fruto de años soportando las pataletas de Safi. Habim había llegado.

El marstokí le retorció la muñeca con más fuerza y le espetó:

—Camina, Iseult. Hacia ese callejón.

—Puedes soltarme —respondió ella con voz inexpresiva. Veía a Habim por el rabillo del ojo. Vestía la librea gris y azul de la familia Hasstrel.

—¿Bruja del vacío? ¡¿Me has llamado bruja del vacío?! ¡Que entiendo el nubrevnés, pedazo de jamelgo! —Safi siguió profiriendo gritos despiadados, pero lo hizo en nubrevnés, y se los tragó la multitud.

Iseult odiaba que los hilos de Safi brillaran tanto que destacaban sobre cualquier otra cosa. Odiaba que se le grabaran en los ojos, en el corazón.

Pero Habim no frenó. Siguió empujando a Iseult, esquivando a un mendigo que cantaba «El lamento de Eridysi». Llegaron a un hueco estrecho entre una sórdida taberna y una tienda de segunda mano aún más sórdida. Iseult avanzó a trompicones, metiendo las botas en charcos que no veía; el tufo a orina de gato se le metía hasta el cerebro.

Liberó su muñeca y se volvió hacia su mentor. Aquel comportamiento no era propio del afable Habim. Era un hombre letal, sin duda, pues había servido a Eron fon Hasstrel durante veinte años como hombre de armas, pero Habim también era educado y prudente. Frío y moderado.

Al menos normalmente.

—¿Qué crees que hacías —empezó, caminando hacia Iseult— sacando tus armas así? Por las puertas infernales, Iseult, deberías haber huido.

—El brujo sajado… —empezó a replicar ella, pero Habim se limitó a acercarse más. No era un hombre muy alto, y hacía tres años que sus ojos estaban a la altura de los de Iseult.

Ahora mismo, esos ojos perfilados estaban abiertos de ira, y en sus hilos resplandecía un color rojo iracundo.

—Los sajados son problema de la guardia de la ciudad, y la guardia ahora es *tu* problema. ¿Salteadora de caminos, Iseult?

Se quedó sin aliento.

—¿Cómo lo has sabido?

—Hay controles por todas partes. Mathew y yo nos topamos con uno al entrar en la ciudad, y averiguamos que la guardia de Veñaza busca a dos chicas, una de ellas con una espada y la otra con hoces lunares. ¿Cuánta gente crees que lucha con hoces lunares, Iseult? Son inconfundibles —dijo, señalando las vainas de la muchacha—. Además, una nomatsí carece de protección legal en este país, y el solo hecho de portar armas en público bastaría para enviarte a la horca. —Habim giró sobre los talones y se alejó tres pasos, antes de retroceder otros tres—. ¡Piensa, Iseult! ¡Piensa!

Iseult apretó los labios. «Estabilidad. Estabilidad en los dedos de las manos y los pies».

A lo lejos se empezaba a oír el tañido de los tambores que indicaban la cercanía de la guardia de Veñaza. Decapitarían el cuerpo del brujo de las mareas, tal y como mandaba hacer la ley con todos los cadáveres sajados.

—¿Y… ya has acabado de gritarme? —preguntó finalmente Iseult; su viejo tartamudeo le atenazaba la lengua, distorsionaba sus palabras—. Porque tengo que volver con Safi, y t-tene-mos que salir de la ciudad.

Habim inspiró hondo, abriendo mucho las fosas nasales, e Iseult lo observó apartar sus emociones. Las arrugas de su rostro se alisaron y sus hilos recuperaron la calma.

—No puedes volver con Safi. De hecho, no saldrás de este callejón por el mismo sitio por el que has entrado. El maestro gremial Yotiluzzi tiene un brujo de la sangre a su servicio, una criatura sacada directamente del vacío, sin piedad ni miedo. —Habim sacudió la cabeza, y los primeros matices del gris del miedo se entrelazaron en sus hilos.

Y eso solo consiguió que a Iseult se le cerrara aún más la garganta. Habim *nunca* tenía miedo.

«Brujo. Sangre. Brujo. Sangre».

—El tío de Safi está en la ciudad —prosiguió Habim—. Ha venido a la Cumbre de la Tregua, así que…

—¿Dom fon Hasstrel está aquí? —Iseult se quedó boquiabierta. Habim podía haber dicho mil cosas más y ninguna la habría

sorprendido tanto. Había coincidido dos veces con el veterano Eron, y su embriaguez y zafiedad habían confirmado al instante todas las historias y las quejas de Safi.

—Toda la nobleza de Cartorra tiene la obligación de estar aquí —explicó Habim, reanudando su paseíllo de tres zancadas. Izquierda. Derecha—. Henrick piensa anunciar algo importante, y como de costumbre, va a utilizar esta cumbre como palco.

Iseult apenas le escuchaba.

—¿Y Safi se i-incluye en «toda la nobleza»?

La expresión de Habim se ablandó, y sus hilos se tiñeron del gentil color melocotón de la ternura.

—Safi incluida. Por eso, ahora mismo tiene a su tío y a toda una corte de domes y domnas para protegerla del brujo de la sangre de Yotiluzzi. Pero tú…

No hizo falta que Habim terminara la frase. El título de Safi la protegía, y la ascendencia de Iseult la maldecía.

Iseult levantó las manos y se frotó las mejillas y las sienes. Pero sus dedos no eran más que una sensación distante sobre la piel; la multitud era un zumbido palpitante, y el tañido de los tambores de los guardias, un siseo grave.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó por fin—. No puedo permitirme el pasaje en un barco, y aunque pudiera, no tengo adonde ir.

Habim señaló hacia el final del callejón.

—Hay una posada llamada «El canal del espino» no muy lejos de aquí. He alquilado una habitación y un caballo. Te quedarás esta noche. Mañana, con la puesta de sol, podrás ir al segundo establecimiento que tienen en el lado norte de la ciudad. Mathew y yo te estaremos esperando allí. Mientras tanto, nos ocuparemos del brujo de la sangre.

—¿Por qué solamente una noche? ¿Qué p-podría pasar en una sola noche?

Durante un largo momento, Habim la miró con tanta intensidad que cualquiera habría dicho que él era el brujo capaz de leer sus hilos, o de escudriñarla para saber si mentía o decía la verdad.

—Safi nació siendo domna. Recuérdalo, Iseult. Todo su entrenamiento ha estado orientado a eso. Esta noche se requiere su presencia en la Cumbre de la Tregua. Henrick ha requerido específicamente su asistencia, lo que significa que no puede negarse… y que tú no puedes interponerte en su camino.

Con esas sencillas palabras, «no puedes interponerte en su camino», el aliento de Iseult se congeló en sus pulmones. Por mucho que Safi hubiera perdido sus ahorros, y que un brujo de la sangre estuviera tras su pista, Iseult había seguido creyendo que todo terminaría por arreglarse. Que aquel nudo en el tapiz se desenredaría de algún modo y sus vidas volverían a la normalidad en unas semanas.

Pero aquello… aquello parecía el final. Safi iba a tener que convertirse en domna, lisa y llanamente, y en esa vida no había lugar para Iseult.

«La pérdida», pensó vagamente mientras intentaba identificar el sentimiento de su pecho. «Debe de ser la pérdida».

—No es la primera vez que te lo digo —añadió bruscamente Habim. Su mirada la recorrió de arriba abajo, como un general pasando revista a un soldado—. Te lo he dicho cien veces, Iseult, pero nunca me haces caso. Nunca me crees. ¿Por qué alentamos Mathew y yo tu amistad con Safi? ¿Por qué decidimos entrenaros juntas?

Iseult soltó el aire que tenía retenido en el pecho, obligando a los pensamientos y la vergüenza a alejarse.

—Porque —recitó— nadie puede proteger a Safi como su familia de hilos.

—Exacto. Los vínculos de la familia de hilos son irrompibles, y tú lo sabes mejor que nadie. Cuando le salvaste la vida a Safi, hace seis años, las dos quedasteis unidas para siempre como hermanas de hilos. Desde entonces, tú darías la vida por Safi y ella haría lo mismo por ti. Así que haz esto por ella, Iseult. Escóndete esta noche, deja que Mathew y yo nos encarguemos del brujo de la sangre, y podrás volver junto a Safi mañana.

Tras un momento de pausa, Iseult asintió con solemnidad.

«Deja de portarte como una boba fantasiosa», se riñó, exactamente igual que hacía siempre su madre. Aquel no era el final en absoluto, e Iseult debería haber sido lo bastante lista como para darse cuenta de inmediato.

—Dame tus hoces —le ordenó Habim—. Te las devolveré mañana.

—Son mis únicas armas.

—Sí, pero eres nomatsí. Si te paran en otro control… No podemos arriesgarnos.

Iseult se frotó con fuerza la nariz y murmuró:

—Bien.

Se desató las vainas de sus preciadas hojas y con gesto displicente, casi infantil, se las entregó a Habim. Los hilos de este resplandecieron con un triste color azul mientras se adentraba en el callejón y sacaba una bolsa de tela encerada de las sombras. Extrajo de ella una tosca manta negra.

—Es de fibra de salamandra. —Se la echó por los hombros a Iseult y la aseguró con un sencillo broche—. Mientras la lleves puesta, el brujo de la sangre no podrá olerte. *No te la quites* hasta que nos veamos mañana por la noche.

Iseult asintió; la tela rígida le estorbaba al moverse. Y qué calor daba, por la Madre Luna.

Habim rebuscó en su bolsillo y sacó una bolsita de monedas tintineantes.

—Debería bastar para pagar la posada y el caballo.

Tras aceptar las piestras, Iseult se volvió hacia una puerta desvencijada. El ruido de los cuchillos picando comida y los calderos hirviendo se filtraba a través de la madera, pero su mano se detuvo en el pomo oxidado.

Aquello… no estaba bien.

¿Qué clase de hermana de hilos era Iseult si abandonaba a Safi sin una despedida, o *al menos* un plan de emergencia para aquellos desastres que tan inevitables parecían?

—¿Puedes darle un mensaje a Safi? —preguntó Iseult, procurando mantener la compostura. Habim asintió y ella continuó

—: Dile que siento tener que irme y que más le vale no perder mi libro preferido. Y… oh. —Iseult alzó las cejas, fingiendo que acababa de ocurrírsele algo más—. Por favor, dile de mi parte que no te raje el cuello, porque no me cabe duda de que intentará hacerlo en cuanto se entere de que me has ordenado que me vaya.

—Se lo diré —dijo Habim; su voz y sus hilos tenían un tono solemne—. Y ahora date prisa. Seguro que el brujo de la sangre está de camino ahora mismo.

Iseult inclinó la cabeza una sola vez, como un soldado ante su general, antes de abrir la puerta de un tirón y adentrarse en la cocina humeante y abarrotada.

SEIS

A medida que se aproximaban los tambores, la ira de Safi crecía y nubrevnes que caminaba de vuelta hacia su barco (con la camisa *todavía* desabotonada) era porque a su lado iba el hombre más alto y pálido que había visto en toda su vida… y porque Safi había perdido de vista a Iseult.

Pero la frenética búsqueda de su hermana de hilos se vio interrumpida cuando las pisadas y el tamborileo de los guardias que se acercaban se acallaron bruscamente. Cuando la multitud del puerto se quedó en silencio.

Un tajo, un golpe sordo… y una salpicadura.

Durante un buen rato, solo se oyeron las palomas, la brisa y las suaves olas.

Entonces, un sollozo reprimido (tal vez de alguien que conocía al muerto) cortó el silencio como un cuchillo de sierra. Resonó en los oídos de Safi y le hizo temblar las costillas. Un acorde menor para llenar el agujero que había quedado atrás. Una mano se posó en el brazo de Safi. Era Habim.

—Por aquí, Safi. Hay un carruaje…

—Tengo que encontrar a Iseult —respondió ella, sin moverse.

Sin parpadear.

—Está a salvo. —La expresión de Habim era sombría, pero eso no era nada fuera de lo común—. Te lo prometo —añadió, y la magia de Safi susurró «verdad», como un cálido ronroneo en su pecho.

Tiesa como el mástil de un barco, Safi siguió a Habim hasta un carruaje techado sin blasón. Cuando se hubo sentado dentro, Habim cerró la puerta y cubrió la ventana con una gruesa cortina negra. Entonces, en tono seco, Habim le explicó que Mathew y él habían reconocido a las chicas por la descripción de sus armas, y que poco después habían encontrado la tienda de Mathew arrasada.

La vergüenza trepaba lentamente por el espinazo de Safi mientras le escuchaba. Mathew era algo más que su tutor. Era su familia, y ahora, los errores de Safi habían arruinado su hogar.

Pero cuando Habim mencionó que había enviado a Iseult a una posada, sola y sin protección, todos los horrores de la tarde fueron absorbidos por una ira que le estremecía el cráneo. Safi se lanzó hacia la portezuela…

Y Habim la inmovilizó con una llave asfixiante antes de que pudiera girar el picaporte.

—Si abres esa puerta —gruñó—, el brujo de la sangre te olerá. Pero si la mantienes cerrada, ese monje no podrá rastrearte. La cortina está hecha de fibra de salamandra, Safi, y también la capa que lleva ahora mismo Iseult.

Safi se quedó paralizada, mientras su vista se oscurecía por la falta de aire y las cicatrices de la mano de Habim se convertían en un borrón. No podía creer que Iseult se hubiera marchado sin luchar. Sin Safi…

No tenía sentido, pero la magia de Safi vociferaba en su pecho que era cierto.

Asintió, Habim la soltó y volvió a sentarse lentamente. Habim siempre había sido el más severo de los mentores de Safi. Un mecanismo que iba más rápido que el resto del mundo, y no le quedaba paciencia para tolerar la impulsividad de Safi.

—Sé que ese robo fue cosa tuya, Safi. —Habim hablaba en voz

baja, pero de algún modo llenaba todo el carruaje—. Solo tú podrías ser tan imprudente, e Iseult te siguió como de costumbre.

Safi no se lo discutió; era innegablemente cierto. La partida de cartas había sido idea de Iseult, pero todas las malas decisiones posteriores podían echársele en cara a Safi.

—Este error —continuó Habim— ha complicado y posiblemente arruinado veinte años de planificación. Ahora que Eron está aquí, haremos lo que podamos para arreglar la situación.

Safi se irguió.

—¿El tío Eron está aquí? —repitió.

Mientras Habim le contaba una historia sobre el llamamiento de Henrick a toda la nobleza cartorriana para un gran anuncio, Safi se obligó a imitar a Habim, a reclinarse y relajarse. Tenía que pensarlo todo bien, como hacía siempre Iseult. Tema que analizar el terreno y a sus oponentes.

Pero el análisis y la estrategia no eran su fuerte. Cada vez que intentaba poner orden en las piezas del día, se desperdigaban y resultaba mucho más difícil recolocarlas. El único pensamiento que lograba retener era «El tío Eron está aquí, en Veñaza». Llevaba dos años sin verlo, y albergaba la esperanza de no volver a verlo nunca. El solo hecho de *pensar en* Eron le recordaba que, aunque se había labrado una vida en Veñaza, había otra muy distinta esperándola en Hasstrel.

Safi necesitaba a Iseult cuanto antes. *Dependía* de Iseult para mantener la mente concentrada y despejada. Actuar, correr y luchar… era lo único que Safi sabía hacer bien.

Sus dedos se morían por abrir la portezuela. Flexionó los dedos de los pies por la ansiedad, mientras estiraba la mano hacia el picaporte con exasperante lentitud.

—No la toques —le advirtió Habim—. Además, ¿qué harías, Safi? ¿Huir?

—Encontrar a Iseult —dijo en voz baja, con los dedos aún estirados—. Y luego huir.

—Y así, el brujo de la sangre os encontraría —replicó él—. Mientras te quedes con tu tío, estarás a salvo.

—Sí, proteger a mis padres se le dio de maravilla —gruñó Safi sin poder contenerse. Pero aunque esperaba una réplica vengativa por parte de Habim, este guardó silencio.

—Los bardas infernales protegen a su familia, sí, pero el imperio debe ir primero —dijo en tono pétreo—. Y en ese caso, hace dieciocho años, el imperio fue primero.

—Y por eso el emperador Henrick lo licenció con deshonor, ¿verdad? ¿Fue por *gratitud* por lo que le dio al tío Eron la vergonzosa tarea de ser mi administrador y mi ayo?

Habim no contestó. De hecho, su expresión no cambió en absoluto. No era la primera vez que Safi interrogaba a Habim sobre el pasado de su tío, y tampoco la primera que este le respondía con un frío silencio.

—Te vas a casa, con el maestro Alix —dijo finalmente Habim, abriendo una esquina de la cortina y asomándose al exterior—. Debiste recurrir a él desde el principio; te protegerá del brujo de la sangre.

—¿Y cómo iba yo a saberlo? —Safi apartó los dedos del picaporte y se sentó erguida—. Pensaba que estaba haciendo lo correcto al procurar no causarle problemas a Alix.

—Qué considerada. Pero la próxima vez, prueba a confiar en los hombres cuya tarea consiste en protegerte.

—Iseult también me protege —dijo Safi—. Pero veo que la has alejado de mí.

Una vez más, Habim ignoró el anzuelo de Safi, bajó el mentón y la miró fijamente.

—Hablando de Iseult, me ha encargado que te pida que no me rajes el cuello. Se disculpa por marcharse y te pide que no pierdas su libro.

—¿Iseult… se ha disculpado? —Aquello no era propio de Iseult, sobre todo cuando la culpa de todo la había tenido claramente Safi.

Es decir, que se trataba de un mensaje cifrado.

Las dos chicas llevaban años jugando a aquel juego. Se lo había enseñado Mathew («Decid una cosa que signifique otra distinta»), y había sido tremendamente divertido durante las aburridas lecciones

de historia de Mathew.

Pero ahora ya no era divertido.

«No le rajes el cuello a Habim» quería decir que esperara. Que hiciera lo que ordenaba Habim. Muy bien. Safi obedecería por el momento. Pero el libro… no lograba descifrar aquella parte del mensaje.

—Mis cosas y las de Iseult —dijo lentamente Safi— están en un zurrón, en el puerto.

—Ya lo he recogido. Lo tiene el conductor. —Habim volvió a mirar furtivamente por la ventanilla antes de golpear el techo. El carruaje se detuvo traqueteando, y Habim le dijo en tono inexpresivo—: No te metas en líos, por favor. —Después bajó del carruaje y se perdió en la cacofonía del tráfico de la tarde.

Apretando los puños hasta que le pareció que se los iba a partir, Safi se adentró en la ciudad. Los cascos de los caballos, las ruedas de los carruajes y los tacones de las botas elegantes ahogaban el rechinar frustrado de sus dientes. El hogar de Alix era una mansión con múltiples columnas, rodeada por una selva de rosas y jazmines. Como todos los maestros gremiales dalmotti, vivía en el rincón más acaudalado de la ciudad: el Distrito del Canal Oriental.

Safi tenía un dormitorio allí, y el joven y rubio Alix siempre había sido gentil con ella. Pero aquella casa lujosa y laberíntica nunca había sido su hogar, a diferencia de la buhardilla de Iseult.

A diferencia del nuevo alojamiento que su amiga iba atener.

Durante largo rato, Safi se quedó frente a la verja de hierro y consideró echar a correr. En su garganta ardía un ansia de velocidad. Pero sabía que no podría encontrar a Iseult, al menos no sin arriesgarse a que el brujo de la sangre las descubriera.

Por los dioses del subsuelo, todo se estaba cayendo a pedazos, y era culpa de Safi. Había sido Safi la que había cedido ante los encantos del Musculitos Mentiroso, y también la que había sugerido dar el golpe.

Siempre ocurría lo mismo: Safi empezaba algo que la sobrepasaba, y después, otros tenían que arreglar el desaguisado. Iseult llevaba seis años siendo esa «otra», pero ¿cuántos desaguisados

más tendría que provocar Safi antes de que Iseult se hartara? Cualquier día, Iseult la abandonaría, igual que todos los demás. Safi solamente podía rezar, desesperada y violentamente, por que ese día no fuera hoy.

«Pero no puede serlo», razonaba su lógica. «Si lo fuera, Iseult no le habría dado ese mensaje a Habim ni te hubiera dicho que buscaras el libro». En fin, Safi solamente podría desentrañar el mensaje cifrado de Iseult si entraba en la mansión de Alix, tal y como le habían ordenado.

Así que, apretando los nudillos contra sus muslos, Safi avanzó hasta la verja e hizo sonar la campana.

* * *

Pese a las flores y los frascos de incienso que el maestro del gremio de la seda tenía en su casa, el olor que desprendía el canal cercano siempre dominaba el olfato de Safi. No había forma de huir de él. Safi miraba desde la ventana de su dormitorio de la segunda planta, dando golpecillos con los dedos de los pies sobre la alfombra azul claro, siguiendo el ritmo desbocado de su corazón.

Sobre la gran cama de cuatro postes en la que rara vez dormía habían extendido unos hermosos vestidos de seda. No era la primera vez que el maestro gremial Alix mandaba confeccionar vestidos para Safi, aunque aquellos eran mucho mejores que cualquier otro que hubiera recibido nunca.

Unos pasos resonaron a sus espaldas. «Mathew». Safi conocía aquellas zancadas, y cuando se volvió hacia su tutor, descubrió su rostro delgado y pecoso convertido en una máscara de severidad; su cabello pelirrojo relucía bajo la luz de la tarde.

Mathew y Habim no podían ser más distintos, tanto en aspecto como en personalidad, y Safi siempre había preferido al primero. Tal vez porque sabía que Mathew la tenía en mejor estima que Habim. Safi y Mathew tenían espíritus afines, más dados a actuar

que a pensar, a reír que a preocuparse.

Incluso sin su brujería de las palabras, Mathew era un maestro criminal, un estafador del más alto calibre. Habim había enseñado a Safi a usar el cuerpo como arma, pero Mathew le había enseñado a utilizar la mente. Las palabras. Y aunque Safi nunca había entendido por qué Mathew insistía en que desarrollara su confianza, siempre le había dado demasiado miedo preguntárselo, no fuera a ser que Mathew dejara de intentarlo.

Al igual que Habim, Mathew vestía la librea gris y azul de los Hasstrel, pero a diferencia de él, Mathew no era sirviente del tío de Safi.

—Tus cosas. —Mathew lanzó sobre la cama una bolsa que le resultaba familiar, y Safi no hizo ademán de cogerla, aunque sí que la miró de reojo, buscando en ella la silueta de los libros de Iseult…

Ahí estaban: una esquina azul asomaba por la parte superior.

—Mi tienda está destrozada. —La silueta desgarbada de Mathew se acercó a Safi, interponiéndose entre ella y el libro, impidiéndole ver nada que no fueran sus ojos verdes y centelleantes —. La puerta y la ventana, rotas. ¿Qué llamas infernales te poseyeron para que intentaras robar a un maestro gremial?

Safi se humedeció los labios.

—Fue… un accidente. Un objetivo inesperado se cruzó con nuestra trampa.

—Ah. —Mathew relajó los hombros. De repente, se acercó y cogió a Safi por la barbilla, como había hecho mil veces antes en los últimos seis años. Le giró la cabeza a izquierda y derecha, buscando cortes, moratones o cualquier indicio de que estuviera al borde del llanto. Pero Safi estaba ilesa, y en lo último que pensaba era en llorar.

Mathew bajó la mano y retrocedió un paso.

—Me alegro de que no estés herida.

Al oír esa frase, Safi suspiró profundamente y se abrazó a su cuello.

—Lo siento —murmuró, con el rostro hundido en la solapa de su traje, una solapa que lucía el maldito murciélago montañés de los

Hasstrel bordado—. Siento mucho lo de tu tienda.

—Al menos estás sana y salva.

Safi se apartó, deseando que Habim lo viera de igual modo.

—Tu tío te necesita esta noche —prosiguió Mathew, caminando hacia la cama. Cogió uno de los vestidos que descansaban sobre la colcha; la seda de color pistacho resplandeció bajo el sol de la tarde.

Safi observó el vestido con furia. Le irritó comprobar que era muy bonito, exactamente la clase de prenda que habría elegido ella.

—¿Me necesita a mí, o necesita mi brujería?

—Te necesita a ti —dijo Mathew—. Esta noche hay un baile para inaugurar la Cumbre de la Tregua. Henrick ha solicitado expresamente tu asistencia.

El estómago de Safi dio un vuelco.

—¿Por qué? Todavía no estoy lista para ser domna ni para gobernar las fierras Hasstrel…

—No es eso —la interrumpió Mathew, mirando de nuevo el vestido que tenía en la mano… antes de sacudir la cabeza desdeñosamente y extenderlo sobre la cama de nuevo—. No se te ha convocado por eso.

«Verdad».

—El hecho es que no sabemos por qué Henrick quiere que vayas, pero Eron no ha podido negarse.

La magia de Safi estremeció su piel. «Mentira».

—No me mientas —dijo, en tono tranquilo pero letal.

Mathew no respondió, sino que cogió otro de los vestidos, más grueso y de color rosa pálido. Safi le enseñó los dientes.

—No puedes alejar de mí a mi hermana de hilos y no explicarme *por qué*, Mathew.

Mathew le sostuvo la mirada a Safi durante largo rato; por una vez, parecía tan inflexible como su hilo del corazón. Luego su pose se relajó y en sus hombros se dibujó una disculpa. Soltó el vestido, que cayó arrugado sobre la cama.

—Hay engranajes muy grandes que empiezan a moverse, Safi. Engranajes que tu tío y otros muchos se han pasado veinte años

colocando en posición. La tregua terminará dentro de ocho meses, y entonces la Gran Guerra se reanudará. No… podemos permitir que eso suceda.

Safi inclinó la cabeza hacia atrás. Eso sí que no se lo esperaba.

—¿Cómo es posible que tú o mi tío cambiéis el curso de la Gran Guerra?

—Pronto lo sabrás —contestó Mathew—. Ahora lávate y ponte este vestido esta noche. —Una sutilísima capa de poder recubrió las palabras de Mathew, y mientras le tendía un vestido blanco plateado, la marca de brujo de su mano (el círculo vacío del éter y la «P» de la brujería de las palabras) casi pareció brillar.

Las fosas nasales de Safi se hincharon. Agarró bruscamente el vaporoso vestido; el tejido se deslizaba entre sus dedos como la espuma del mar.

—No malgastes tu magia conmigo. —Su brujería de la verdad tenía algo que cancelaba los poderes de sugestión de Mathew.

—Hmmm —se limitó a responder Mathew, como si supiera más de lo que ella podía imaginar. Entonces se giró con elegancia hacia la puerta—. Una doncella llegará enseguida para asistirte en el baño. No olvides lavarte detrás de las orejas y debajo de las uñas.

Safi se mordió el pulgar a espaldas de Mathew… pero aquel acto de rebeldía parecía vacío. Débil. La ira que había sentido en el carruaje ya empezaba a rezumar y a gotear sobre la tarima de madera como la sangre negra y oleosa de aquel sajado.

Safi arrojó el vestido sobre la cama y sus ojos se detuvieron en la esquina del libro de los Carawen. Estaba decidida a solucionar el lío que había provocado. Cuando comprendiera el mensaje de Iseult, Safi analizaría a sus oponentes (su tío, el brujo de la sangre, la guardia de la ciudad) y estudiaría el terreno (Veñaza, el baile de la Cumbre de la Tregua).

Y entonces lo arreglaría todo.

SIETE

Iseult se deslizó discretamente hasta la calle que discurría detrás del puerto, como le había ordenado Habim. Encorvada bajo la áspera capucha, se abrió paso entre caballos y carros, mercaderes y lacayos e hilos de todos los colores y tamaños imaginables. Finalmente, avistó un letrero de madera grabada que anunciaba «El canal del espino».

Iseult reconoció el lugar: Safi había jugado allí al taro unos meses antes. Pero a diferencia de la noche pasada, en esa ocasión había ganado.

Un destello blanco justo debajo del letrero llamó la atención de Iseult por lo llamativo que resultaba, en medio del borrón de colores de las calles de Veñaza.

Era un monje Carawen sin hilos. Ni uno solo.

A Iseult se le helaron las entrañas. Se quedó inmóvil con el pie en el aire, observando al monje que caminaba alejándose de ella. Claramente, iba de cacería. Cada pocos pasos, se detenía, y la parte posterior de su capucha temblaba, como si estuviera olisqueando el aire.

Pero era la ausencia de hilos lo que había dejado paralizada a Iseult. El día anterior pensaba que sencillamente había pasado por alto los hilos del brujo de la sangre debido al frenesí de la lucha,

pero no: seguía sin tener hilos.

Lo cual era imposible.

Todo el mundo tenía hilos. Punto final.

—¿Buscas una alfombra? —le preguntó un mercader, acercándose a Iseult con su túnica manchada de sudor y respirando pesadamente—. Las mías vienen directamente desde Azmir, pero te haré un buen precio.

Iseult agitó la mano.

—Atrás, o te cortaré las orejas y se las daré a comer a las ratas.

Normalmente, aquella amenaza funcionaba. Pero claro, normalmente estaba en el Distrito del Muelle Norte, donde por lo general ignoraban su piel nomatsí. Y *normalmente* tenía a su lado a Safi, enseñando los dientes con un aspecto adecuadamente aterrador.

Pero hoy Iseult no tenía nada de eso, y a diferencia de Safi, que habría reaccionado al instante, que habría echado a correr nada más ver al monje, Iseult perdió más tiempo evaluando el terreno.

En esos dos segundos, el vendedor de alfombras se acercó más a ella y echó un vistazo bajo su capucha.

Sus hilos brillaron con el gris del miedo y el negro del odio.

—Escoria matsí —siseó, pasándose dos dedos frente a los ojos. Después estiró el brazo, levantando la voz mientras le quitaba la capucha a Iseult—. ¡Largo, escoria matsí! ¡Largo!

A Iseult no le hizo falta que se lo repitiera; finalmente estaba haciendo lo que Safi habría hecho desde el principio: largarse.

O más bien lo estaba intentando, pero el tráfico se detenía para observarla. Para acercarse a ella. Se girara hacia donde se girara, solamente veía ojos clavados en su rostro, su piel y su cabello. Se apartaba sobresaltada de los hilos grises y metalizados del miedo y la violencia.

El tumulto atrajo la atención del Carawen, que detuvo su avance, se volvió hacia los crecientes gritos de la muchedumbre…

Y miró directamente a Iseult.

El tiempo se ralentizó y la multitud se empequeñeció, convertida en un borroso tapiz de hilos y sonido. Durante una fracción de

segundo que pareció durar una eternidad, Iseult no vio otra cosa que los ojos del joven monje. Un ribete rojo bordeaba el azul más claro que había visto nunca. Eran como sangre disuelta en el hielo. Como un hilo del corazón entrelazado con los hilos azulas de la comprensión. Distraídamente, Iseult se preguntó cómo había podido pasar por alto aquel color azul tan puro durante la refriega.

Mientras todos aquellos pensamientos cruzaban su cerebro a toda velocidad, se preguntó si de verdad aquel monje iba a hacerle daño, como todos se temían…

Y entonces los labios del monje se abrieron. Descubrió los dientes y aquella pausa en el mundo se rompió. El tiempo avanzó de nuevo, retomando su marcha normal.

E Iseult finalmente echó a correr, pasando por detrás de un caballo gris. Le dio un codazo bastante fuerte en la grupa, y el animal soltó una coz. La joven que lo montaba gritó, y con aquel repentino sonido agudo y el violento relincho del caballo, toda la calle se apartó de su camino.

Por todas partes relucían hilos anaranjados y frenéticos, pero Iseult apenas reparó en ellos. Ya estaba corriendo a toda velocidad y abriéndose paso a empujones, tratando de llegar al siguiente cruce. Allí había un puente sobre el canal más cercano. Tal vez, si conseguía cruzar el canal, despistaría al brujo de la sangre.

Sus pies chapotearon en el barro, saltaron por encima de los mendigos y sortearon los carros, pero a mitad de camino miró de reojo hacia atrás… y deseó no haberlo hecho. Definitivamente, el brujo de la sangre la perseguía, y definitivamente era muy veloz. Las mismas personas que parecían empeñadas en ralentizar a Iseult ahora se apartaban del camino del monje.

—¡Fuera! —le gritó Iseult a un purista con una pancarta que decía «¡Arrepentios!». No se movió, así que le golpeó con el hombro al pasar.

El hombre y su pancarta dieron vueltas como un molino. Pero eso benefició a Iseult, porque a pesar de perder velocidad, y a pesar de verse obligada a agacharse para pasar por debajo de una litera transportada por cuatro hombres, daba la impresión de que se

dirigía hacia la izquierda, hacia el puente. Y oyó al purista dando voces para que fueran tras ella, asegurando que se dirigía hacia el canal.

Así que Iseult no fue hacia la izquierda, como tenía pensado. Giró bruscamente sobre sus talones y regresó de nuevo a lo más denso del tráfico, rezando por que el monje hubiera oído al purista y se dirigiera hacia la izquierda. Rezando, rezando desesperadamente por que no fuera capaz de seguir el olor de su sangre a través de las fibras de salamandra.

Se caló la capucha y se lanzó hacia delante. Había otro cruce enfrente, y un denso tráfico de gente que iba de este a oeste hacia otro puente. Tendría que atravesar a la multitud y seguir recto.

O no. Justo cuando pasaba por detrás del carro de un leñador y rodeaba el puesto de un quesero, sus pies se despegaron del suelo.

Iseult abrió los brazos, balanceándose al borde de un inesperado canal de aguas verdes y cenagosas casi tan lleno de gente como la propia calle.

Entonces, una larga barcaza pasó por debajo de Iseult, y en medio segundo sopesó el terreno: «La cubierta está llena de redes. El pescador me mira».

Iseult dejó de resistirse a la caída y se precipitó hacia el canal.

El aire la sacudió. Las redes nudosas de color blanco se acercaban rápidamente. En un instante estaba sobre la cubierta, flexionando las piernas y extendiendo las manos para sujetarse.

Algo le cortó la palma de la mano. Mientras luchaba por ponerse de pie, vio que se trataba de un anzuelo oxidado. La barcaza daba violentos bandazos. El pescador rugió, pero Iseult ya estaba corriendo hacia la siguiente embarcación, un pontón chato con un toldo rojo con volantes.

—¡Cuidado! —gritó Iseult, saltando tan alto como pudo y agarrándose al pasamanos. Se aupó mientras los pasajeros se apartaban, con los ojos como platos. Los postes del pasamanos se mancharon de sangre. Distraídamente, rezó por que aquel corte que tanto le escocía no la convirtiera en un blanco más fácil de seguir para el brujo de la sangre.

Con cuatro zancadas, cruzó de un lado a otro el pontón; parecía que sus ocupantes tenían tantas ganas de que Iseult abandonara el barco como ella misma. Se subió a la borda y tomó aire mientras otra barcaza pasaba cerca, en este caso cubierta de caballas frescas.

Saltó. Sus pies resbalaron al aterrizar y de repente estaba tendida sobre un montón de escamas plateadas y ojos viscosos. El pescador gritó, más disgustado que sorprendido, e Iseult se incorporó y se topó con su barbaza negra cerniéndose sobre ella.

Se abrió paso dándole un codazo en el estómago, justo cuando pasaban junto a una escalera de poca altura atestada de pescadores de caña.

Tras un torpe salto, Iseult se agarró a las escaleras de piedra. Ninguno de los pescadores hizo ademán de ayudarla, sino que se echaron hacia atrás. Uno de ellos incluso intentó golpearla con su caña de pescar; sus hilos eran del color gris del terror.

Iseult agarró el extremo de la caña. Los hilos del hombre brillaron con más fuerza, e intentó tirar de la caña para recuperarla, pero lo único que consiguió fue darle impulso a Iseult. «Gracias», pensó ella mientras subía a trompicones por las escaleras. Miró fugazmente hacia atrás y vio un reguero de sangre sobre las piedras. La mano le sangraba mucho más de lo que daba a entender el dolor entumecido que sentía.

Llegó a la calle. El tráfico era denso, y buscó desesperadamente una estrategia. Todos sus planes estaban cayendo en picado por las puertas infernales, pero Iseult podía pararse un momento a pensar. Se le daba fatal la huida improvisada; por eso Safi iba delante en tales situaciones. Cuando no había tiempo para trazar una estrategia, Iseult siempre acababa en callejones sin salida.

Mientras caminaba junto al canal, envolviendo su mano sangrante en la capa, tuvo el momento de respiro que necesitaba.

«Es una calle ancha», pensó. «Una de las arterias principales de la ciudad; seguramente siga el canal de principio a fin. El tráfico está organizado en dos direcciones, y veo a un hombre que lleva de las riendas a una yegua pinta ensillada. No se ve sudor en la piel del animal. Si me hago con ella, podré salir de la ciudad y pasar la noche

con la tribu».

Aunque regresar al hogar que llevaba evitando casi toda su vida no era precisamente una solución ideal, el asentamiento Midenzi era el único lugar que conocía de donde no la expulsarían en cuanto vieran sus rasgos.

También estaba segura de que era el único lugar al que el brujo de la sangre no podría seguirla aunque rastreara su sangre. Las tierras que rodeaban el asentamiento estaban sembradas de trampas que nadie que no fuera un Midenzi podría evitar.

Así que, con un rápido acelerón, Iseult se quitó la capa de los hombros, se la echó por la cabeza al hombre y saltó a la silla de la yegua, rezando por que las orejas gachas de la yegua significaran que estaba lista para cabalgar.

—Lo siento mucho —gritó, mientras el hombre manoteaba bajo la capa de salamandra—. ¡Se la devolveré! —Clavó los talones y dejó al hombre atrás.

Mientras la yegua se lanzaba a un veloz trote a través del tráfico, Iseult miró hacia el lado opuesto del canal y descubrió que el brujo de la sangre la estaba mirando. Ahora había grandes huecos entre los barcos, y no podía cruzar el canal como había hecho ella.

Pero lo que sí pudo hacer fue sonreír a Iseult y saludarla con la mano. Agitó los dedos de la mano derecha y se señaló la palma.

El brujo sabía que la mano le sangraba, y le estaba diciendo que podía seguirla. Que *iba* a seguirla, y que seguramente lo haría sin perder en ningún momento aquella aterradora sonrisa.

Iseult apartó la mirada de su rostro, obligándose a atender a lo que tenía delante. Se inclinó sobre el lomo de la yegua y aceleró el ritmo, rezando por que la Madre Luna (o Noden, o cualquier otro dios que tuviera a bien escucharla) la ayudara a salir con vida de aquella ciudad.

Merik miraba fijamente el barco dalmotti en miniatura que se deslizaba por el mapa del mar Jadansi. Eso quería decir que el barco mercante que representaba estaba zarpando en ese momento del

puerto de Veñaza. Merik tenía ganas de tirar aquella condenada miniatura por la ventana del camarote.

Hermin, el brujo de la voz del Jana, estaba sentado a la cabecera de la mesa. Aunque no eran precisamente comunes, los brujos de la voz poseían la brujería del éter más habitual, y gracias a que eran capaces de comunicarse entre sí a enormes distancias, todos los barcos de la Marina real nubrevnesa tenían uno a bordo, incluido el de Vivia, con quien estaba conectado ahora mismo el brujo de la voz Hermin.

Los ojos de Hermin tenían un brillo rosado, señal inconfundible de que estaba accediendo a los hilos de los brujos de la voz, y la luz de la tarde bañaba su rostro arrugado. Por las ventanas abiertas se colaban voces lejanas, el traqueteo de los carros y el ruido de los cascos de los caballos.

Merik sabía que era mejor cerrarlas, pero había demasiada humedad y calor sin la brisa. Además, el sebo de las lámparas humeaba y apestaba; era un hedor aún más nauseabundo que el de las aguas negras de los canales veñazianos.

Pero Merik era de la opinión de que merecía la pena ahorrar dinero con aquella apestosa grasa animal antes que pagar una fortuna por las lámparas sin humo de los brujos del fuego. Y desde luego, en eso Vivia y él disentían.

Como en tantas otras cosas.

—Creo que no lo entiendes, *Merry*. —Aunque Hermin hablaba con su propia voz cavernosa, lo hacía con un tono idéntico al de Vivia, repleto de palabras arrastradas y énfasis condescendientes—. Los Zorros infundían un miedo inmediato en las flotas enemigas. Izar su pabellón en este momento nos dará una gran ventaja cuando se reanude la Gran Guerra.

—Olvidas —dijo Merik lacónicamente— que estamos aquí para negociar la paz. Y aunque admito que las banderas de los Zorros solían ser muy efectivas como arma intimidatoria, eso fue hace siglos. Antes de que los imperios tuvieran flotas capaces de aplastar a nuestra Marina.

Superficialmente, parecía una idea de lo más caballeresca: atacar

barcos mercantes para dar de comer a los pobres; las historias sobre las viejas flotas de los Zorros seguían siendo muy queridas en su patria. Pero Merik era sensato. Robar a los más afortunados no dejaba de ser un robo, y era mucho más fácil prometer prescindir de la violencia que cumplir esa promesa.

—Todavía tengo una reunión —insistió Merik—. Con el gremio del oro.

—Y fracasará, como han hecho todas las demás. Pensaba que querías alimentar a tu pueblo, Merry.

En su pecho se prendieron unas chispas.

—Nunca —gruñó— cuestiones mi deseo de alimentar a Nubrevna.

—*Afirmas* que eso es lo que quieres, pero cuando te ofrezco una forma de conseguir comida, de darles una lección a los imperios, te resistes a aprovecharla.

—Porque lo que propones se llama piratería. —A Merik le resultaba difícil mirar a Hermin mientras el brujo de la voz seguía repitiendo las palabras de Vivia.

—Lo que propongo se llama equilibrar la balanza. Y me permito recordarte, Merry, que a diferencia de ti, yo ya he asistido a otras cumbres. Ya he visto cómo los imperios nos aplastan bajo sus botas. Esa miniatura embrujada es un medio para resistir. Lo único que tienes que hacer es decirme cuándo llegará a la costa de Nubrevna el barco mercante, y yo me ocuparé del trabajo sucio.

«De la matanza, querrás decir». Merik tuvo que hacer acopio de todo su escaso autocontrol para no gritarle eso mismo a Vivia… Pero no tenía sentido. No cuando dos brujos de la voz y un centenar de kilómetros se interponían entre ellos.

Rotó los hombros una vez. Dos veces.

—¿Y qué opina Padre de esto? —dijo finalmente.

—*Nada*. —Hermin arrastró la palabra exactamente igual que lo habría hecho Vivia—. Padre está al borde de la muerte, y sigue tan mudo como cuando te marchaste. Nunca entenderé qué le llevó a nombrarte *a ti* su enviado y almirante… pero parece jugar a nuestro favor, porque ha surgido una oportunidad, Merry.

—Una que se ajusta muy bien a tu estrategia para construir un imperio propio, querrás decir.

Se hizo un momento de silencio.

—Debe hacerse justicia, *hermanito*. —Las palabras de Vivia se habían vuelto más afiladas—. ¿O acaso has olvidado lo que hicieron los imperios en nuestra patria? La Gran Guerra terminó para ellos, pero no para nosotros. Lo menos que podemos hacer es devolverles el pago a los imperios en especie, empezando por un poco de noble piratería.

Al oír esas palabras, el calor que sentía Merik en el pecho salió al exterior. Se acumuló en sus puños. De haber estado con Vivia, habría dejado que la tormenta se desatara; después de todo, la misma rabia corría por las venas de su hermana.

Cuando Merik era un niño, su padre estaba seguro de que era un brujo tan poderoso como su hermana, que los berrinches de Merik eran una manifestación del gran poder que albergaba. De modo que, a los siete años, el rey Serafín obligó a Merik a hacer el examen de brujería.

Pero las rabietas de Merik no eran en absoluto una señal de poder. Merik apenas había sido capaz de demostrar la magia suficiente para ganarse su marca de brujo, y el rey Serafín apenas había podido disimular su desagrado ante el tribunal de examen.

Esa misma mañana, en el viaje de vuelta al palacio real en carruaje, con su nuevo tatuaje en forma de rombo ardiéndole en el dorso de la mano, Merik había descubierto con todo lujo de detalles lo profunda que era la decepción de su padre. Un príncipe débil no servía de nada a su familia. Merik se reuniría con su tía, la exiliada de los Nihar, en las tierras familiares del sudoeste.

—Olvidas —dijo Hermin, reproduciendo las palabras de Vivia — quién gobernará cuando muera Padre. Puede que ahora tengas autoridad, pero tu almirantazgo es solo temporal. Yo seré reina y almirante cuando el sueño acuático reclame finalmente a Padre.

—Ya sé lo que serás —dijo Merik en voz baja, mientras su enfado retrocedía ante un miedo helador.

La reina Vivía. La almirante Vivía. Enviaría a los nubrevneses a

morir como corderos en el matadero. Los granjeros y los soldados, los mercaderes y los mineros, los pastores y los panaderos… todos esos hombres morirían bajo las espadas de Cartorra o en las llamas marstokíes, mientras Vivía se limitaba a observar.

Y la única solución de Merik, revitalizar el comercio y demostrar a Vivia que era posible alimentar a su pueblo por medios pacíficos… Ese plan había fracasado.

Pero lo peor de todo era que, incluso si renunciaba a ayudar a Vivia en su empresa pirata, Merik sabía que su hermana encontraría otro modo. Se las arreglaría para izar la bandera de los Zorros, y así, condenaría a toda su patria al infierno de Noden.

Se hizo un breve silencio mientras Merik luchaba por dar con alguna solución para aquella pesadilla, y justo entonces llamaron a la puerta del camarote.

Ryber, la grumete del barco y el hilo del corazón de Kullen, asomó la cabeza.

—¿Almirante? Lamento interrumpir, señor, pero es urgente. Ha venido un hombre a veros. Dice que se llama fon… —Su rostro oscuro esbozó una mueca—. Fon Hasstrel, eso era. Es de Cartorra. Y quiere hablar con vos sobre un posible acuerdo comercial.

Merik se quedó boquiabierto. Comercio… con *Cartorra*. Parecía imposible, pero la expresión sincera de Ryber no cambió.

El mismísimo Noden estaba intercediendo por Merik, y lo había hecho justo cuando más lo necesitaba.

Merik no pensaba ignorar un regalo semejante, así que se volvió hacia Hermin.

—Vivía —ladró—, te ayudaré, pero con una condición.

—Te escucho.

—Si logro negociar una sola línea comercial con Nubrevna, abandonarás la piratería. De inmediato.

Se hizo el silencio.

—Tal vez, Merry —dijo lentamente. Si te las arreglas para establecer relaciones comerciales, me… pensaré lo de arriar la bandera de los Zorros. Y ahora dime: ¿dónde está ahora mismo la miniatura dalmotti?

Merik no pudo contener una sonrisa astuta mientras miraba de reojo el mapa. La miniatura estaba abandonando la pantanosa bahía de Veñaza.

—Todavía no ha zarpado —anunció, con una sensación ufana y esperanzada en el pecho—. Pero te informaré en cuanto lo haga. Hermin. —Merik le palmeó el hombro al brujo de la voz, y el viejo marinero se estremeció—. Ya puedes interrumpir el vínculo. Y Ryber… —Merik se giró hacia la puerta, ensanchando su sonrisa—. Haz pasar al tal fon Hasstrel.

* * *

Después de lavarse, Safi siguió a urta doncella de cabello castaño a la que no conocía hasta su cuarto; la mujer la atavió con el vestido blanco plateado que había elegido Mathew. Después la doncella domeñó el cabello de Safi hasta peinarlo en una serie de tirabuzones que caían y botaban con elegancia, resplandeciendo a la luz del atardecer.

Se sentía muy rara mientras la vestían y acicalaban; Safi llevaba más de siete años sin experimentar algo así. El tío Eron nunca había podido permitirse más que un puñado de sirvientes en la hacienda Hasstrel, así que Safi solamente había tenido una doncella durante sus viajes anuales a Pragua.

Puede que el tío Eron fuera un barda infernal caído en desgracia, que hubiera sido despojado de su rango por algo que solo los dioses sabían y designado dom provisionalmente, hasta que Safi estuviera en condiciones de ocupar su lugar, pero seguía pagando sus diezmos exactamente como lo exigía Henrick. Año tras año, Eron y Safi viajaban a la capital cartorriana para entregar sus exiguas ganancias y rendir pleitesía al emperador Henrick.

Y año tras año, la experiencia había sido horrible.

Safi siempre había sido más alta y fuerte que los chicos, y las otras chicas siempre cuchicheaban sobre el tío beodo de Safi y se

burlaban de sus vestidos anticuados.

Pero no era la vergüenza lo que le amargaba los viajes. Era el miedo.

El miedo a los bardas infernales. El miedo a que reconocieran en Safi a la hereje que era, a la bruja de la verdad que era.

De hecho, de no ser porque el príncipe Leopold (o Polly, como lo había llamado siempre Safi) la había protegido cada vez que los visitaba, estaba segura de que los bardas infernales ya la habrían atrapado. Al fin y al cabo, el cometido de la brigada de bardas infernales era descubrir a los herejes no marcados.

Y por orden de la corona, tenían permiso para decapitar a dichos herejes si parecían peligrosos o reacios a cooperar.

«Seguramente Polly estará en el baile esta noche», pensó Safi mientras se contemplaba en un estrecho espejo junto a la caima. Habían pasado ocho años desde la última vez que se habían escapado juntos a curiosear en la gigantesca biblioteca imperial. No podía imaginar cómo habrían evolucionado sus largas pestañas y sus rizos dorados en un joven de veintiún años.

Desde luego, Safi sí que había cambiado, y aquel vestido claro subrayaba los cambios. El corpiño ceñido resaltaba la fuerza de su cintura y su abdomen y las escasas curvas que poseía. Las mangas largas y ajustadas mostraban sus brazos robustos, y las faldas voluminosas suavizaban sus caderas dándoles una redondez femenina. Los tirabuzones acentuaban la curva de la mandíbula y el brillo de sus ojos.

El maestro Alix y su personal se habían superado a sí mismos esta vez.

Cuando la doncella se marchó, tras extender una exuberante capa blanca sobre la cama, Safi se abalanzó sobre su zurrón y extrajo el libro de los Carawen de Iseult. Después se acercó a la ventana; el sol del atardecer se reflejaba en los canales, iluminados como llamas.

Una luz rosada y vaporosa se posó sobre la portada azul del libro, y cuando Safi lo abrió con un crujido, las páginas se separaron por la número treinta y siete. Un león alado de bronce resplandeció, marcando la última página que había leído Iseult.

Safi repasó rápidamente el texto: era una lista de las divisiones de los monjes Carawen.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe. Safi tuvo el tiempo justo para volver a guardar el libro antes de que su tío irrumpiera en la habitación.

Dom Eron fon Hasstrel era un hombre alto, musculoso y nervudo como Safi. Pero a diferencia de ella, en su cabello rubio asomaban canas plateadas, y tenía unas profundas ojeras oscuras bajo los ojos enrojecidos. Por muy soldado que hubiera sido, ahora no era más que un borracho.

Eron se detuvo a unos pasos de distancia y se rascó la coronilla, despeinándose por completo.

—Por los Doce —dijo lentamente—, ¿por qué estás tan blanca? Parece que se te hubiera metido dentro el vacío. —Eron levantó el mentón y Safi se fijó en su pose levemente vacilante—. Estarás nerviosa por el baile de esta noche.

—Y tú también —replicó ella—. ¿Por qué si no ibas a estar tan borracho antes de la cena?

Los labios de Eron formaron una sonrisa, una sonrisa sorprendentemente lúcida.

—Esa es la sobrina que recordaba. —Avanzó hasta la ventana, miró hacia el exterior y se puso a juguetear con un fino colgante de oro que llevaba siempre.

Safi se mordió el labio; odiaba que, como de costumbre, se hubiera abierto un boquete en su pecho nada más ver al tío Eron. Aunque por sus venas corría la misma sangre azul de los Hasstrel, su tío y ella eran unos desconocidos.

Y cuando Eron estaba borracho (lo que ocurría la mayor parte del tiempo), la brujería de Safi no detectaba nada. Ni verdades, ni mentiras, ni la menor reacción; era como si su persona desapareciera en cuanto el vino empezaba a correr.

Había, y siempre seguiría habiendo, un muro de piedra y silencio entre los dos.

Safi enderezó los hombros y se acercó a Eron.

—¿Qué hago aquí, tío? Mathew me ha dicho que planeas

interferir en la Gran Guerra. ¿Cómo piensas hacerlo exactamente?

Eron soltó una carcajada ronca.

—A Mathew se le ha escapado, ¿eh?

—¿Necesitas mi brujería? —insistió Safi—. ¿Ese es el secreto? ¿Se trata de la argucia de un borracho para recuperar su honor de barda infernal…?

—No. —La palabra brotó de sus labios con fuerza. Con firmeza —. No es la argucia de un borracho, Safiya. En absoluto. —Eron extendió las manos sobre el cristal, y las viejas cicatrices de quemaduras que lucían sus dedos y sus nudillos se tensaron.

Safi odiaba aquellas cicatrices. Se había quedado mirando aquellos bultos blancos un millón de veces durante su infancia, mientras sujetaban un jarrillo de vino o pellizcaban el trasero de una ramera. Aquellas cicatrices eran lo único que Safi conocía en realidad de su tío, el único destello de su pasado que había visto, y cada vez que las miraba, no podía evitar temer que *aquel* era el futuro que la aguardaba a ella: una sed insaciable de algo imposible.

Eron quería su honor.

Safi quería ser libre.

Libre de su título, de su tío y de los gélidos salones Hasstrel. Libre del temor a los bardas infernales y a las decapitaciones. Libre de su brujería y de todo el Imperio de Cartorra.

—No tienes ni idea de lo que es la guerra —dijo Eron en tono distraído, como si su mente también estuviera pensando en sus viejas cicatrices—. Ejércitos saqueando aldeas, flotas hundiendo barcos, brujos prendiéndote fuego con un mero pensamiento. Todo cuanto amas te es arrebatado, Safiya… y después masacrado. Pero pronto lo sabrás. Lo sabrás con todo lujo de detalles, a menos que hagas lo que te pido. Después de esta noche, podrás marcharte para siempre.

El silencio llenó la estancia durante un segundo… y a Safiya se le aflojó la mandíbula.

—Espera. ¿Podré *marcharme*?

—Sí. —Eron le mostró una sonrisa casi triste y volvió a juguetear con el colgante. Cuando habló de nuevo, las primeras

chispas de verdad, de calidez y felicidad, despertaron en el pecho de Safi—. Cuando hayas representado tu papel de la domna que baila y bebe delante de todos los imperios… Bueno, después de eso tendrás total libertad para marcharte.

«Libertad para marcharte». Las palabras reverberaban en el aire como si fueran la última nota de una explosiva sinfonía.

Safi se tambaleó hacia atrás. Aquello era más de lo que su mente y su brujería eran capaces de asimilar. En las palabras de Eron temblaba y *ardía* la verdad.

—¿Por qué —empezó a decir Safi, temerosa de que una sola palabra errónea pudiera destruir todo lo que había dicho su tío— ibas a permitir que me marchara? Mi deber es convertirme en la domna de las tierras Hasstrel.

—No exactamente. —Levantó un brazo sobre su cabeza y se apoyó en el cristal. Su pose era ahora extrañamente indulgente, y el colgante, que ya se había quitado, descansaba entre sus dedos—. Dentro de poco, los títulos dejarán de tener importancia, Safiya. Y, seamos francos, ni tú ni yo esperábamos de verdad que alguna vez gobernaras la hacienda. No estás precisamente hecha para el liderazgo.

—¿Y tú sí? —bufó ella—. ¿Para qué he estado estudiando toda mi vida si este era tu plan desde el principio? Podría haberme marchado sin más…

—Ese no era mi plan —la interrumpió Eron, tensando los hombros—. Pero las cosas cambian cuando se avista una guerra en el horizonte. Además, ¿te arrepientes del entrenamiento y las lecciones que has recibido? —Ladeó la cabeza—. Tu encuentro con el maestro del gremio del oro ha estado a punto de arruinar todo cuanto he planeado, pero he logrado salvar la noche. Ahora, lo único que tienes que hacer es fingir ser una domna frívola una sola noche, y entonces habrás acabado con tus obligaciones. Para siempre.

Safi soltó una risotada.

—¿Y ya está? ¿Es lo único que quieres de mí? ¿Lo único que has querido de mí desde siempre? Perdóname si no te creo.

Él se encogió de hombros desdeñosamente.

—No hace falta que me creas, pero ¿qué dice tu magia?

En el interior de su cuerpo, justo detrás de las costillas, la brujería de Safi emitía el cálido zumbido de la verdad. Y sin embargo, le resultaba imposible tragarse aquella historia. De repente le ponían en bandeja todo lo que siempre había querido. Parecía demasiado bueno para ser verdad, sin ninguna duda.

Eron enarcó una ceja rubia; claramente, encontraba divertida la estupefacción de Safi.

—Cuando las campanas den la medianoche, Safiya, el brujo de la sangre dejará de ser un problema. Entonces podrás hacer lo que te plazca y seguir viviendo la misma vida sin ambiciones con la que tanto has disfrutado siempre. Pero… —Se interrumpió, mirándola fijamente. Ya no había ni rastro de embriaguez—. Si tú quisieras, Safiya, podrías dar forma al mundo. Tienes el entrenamiento adecuado, me he asegurado de ello. Por desgracia —extendió las manos llenas de cicatrices, tensando la cadena del colgante—, parece que te falta iniciativa.

—Si me falta iniciativa —susurró Safi, dejando escapar las palabras antes de poder contenerlas— es porque tú me has hecho así.

—Muy cierto. —Eron sonrió, un gesto preñado de sinceridad —. Pero no me odies por ello, Safiya. Quiéreme… —abrió los brazos distraídamente— y *témeme*. Al fin y al cabo, ese es el lema de los Hasstrel. Termina de vestirte, nos iremos con la próxima campanada.

Sin decir una palabra más, Eron pasó al lado de Safi y salió de la habitación. Safi lo observó mientras se iba. Se *obligó* a observar aquellos andares bruscos y aquellas espaldas anchas.

Safi se sumergió en aquella injusticia durante varios segundos de agonía. ¿Sin ambiciones? ¿Sin iniciativa? Quizá fuera cierto en lo referente a vivir en un gélido castillo en medio de un mundo de nobles hambrientos de poder y bardas infernales siempre avizores, pero no en lo que a una vida con Iseult respectaba.

Safi volvió a sacar el libro de los Carawen y lo abrió. La piestra

resplandeció, como una rosa al anochecer. Aquella página concreta era importante, y Safi tenía que averiguar por qué…

Deslizó el dedo por los rangos y las divisiones de los monjes. «Monje mercenario, monje preceptor, monje guardián, monje artesano…». Su mano se detuvo sobre «monje sanador». Era uno de esos monjes, una mujer, la que había encontrado a Iseult cuando esta huía de su tribu. Iseult se había perdido en un cruce de caminos al norte de Veñaza, y una amable monja sanadora la había ayudado a orientarse.

Y aquella vieja encrucijada estaba al lado del faro que las dos chicas utilizaban ahora como refugio. Iseult debía de estar planeando abandonar Veñaza y regresar al escondite habitual.

Safi dejó caer el libro e inclinó la cabeza hacia atrás. No podía ir allí todavía; primero tenía que superar aquella noche. Tenía que conseguir que el brujo de la sangre perdiera su rastro y encargarse definitivamente de su tío. Después, cuando ya no corriera peligro de ser perseguida nunca más, podría dirigirse al norte de la ciudad y reunirse con su hermana de hilos.

Safi exhaló con fuerza, bajando la cabeza y girando el cuerpo hacia el espejo. Conque Eron quería a una domna responsable, ¿eh? Bueno, pues la iba a tener. A lo largo de su infancia, la nobleza cartorriana la había visto como a un ser callado y vergonzoso, una niña que se escondía detrás de su tío y daba golpecillos en el suelo con los pies.

Pero Safi ya no era aquella niña, y los bardas infernales no tenían autoridad en *aquel* imperio. Safi sacó pecho; le gustaba que el vestido resaltara sus hombros, que las mangas dejaran al descubierto las palmas de sus manos, tan encallecidas como las de un soldado.

Safi estaba orgullosa de sus manos, y se moría de ganas de que los domes y las domnas las miraran fijamente con repugnancia. De que la nobleza sintiera sus dedos ásperos como la arenisca cuando bailara con ellos.

Durante una noche, Safi podía ser la domna de Cartorra. Diablos, podía ser una maldita emperatriz si con eso conseguía regresar junto a Iseult y escapar del brujo de la sangre.

Después de esta noche, Safiya fon Hasstrel sería libre.

OCHO

Iseult miraba fijamente la oscura crin de su yegua pinta, con una mano en las riendas y la otra en alto, en un vano intento por contener la hemorragia de su herida.

A su lado, el canal resplandecía con el brillo anaranjado del atardecer, y la peste de Veñaza finalmente empezaba a desvanecerse de su nariz, junto con el calor del día. Pronto, Iseult abandonaría por completo aquellas tierras pantanosas y entraría en las agrestes praderas que rodeaban su hogar nomatsí. Los mosquitos la hostigarían y los tábanos se darían un festín a su costa.

El denso tráfico que salía del punto de control oriental le había permitido escabullirse de la ciudad sin ser vista. Una vez las carreteras se vaciaron de gente, Iseult había saltado de nuevo sobre su recién adquirida montura y la había azuzado para que saliera al galope.

La hemorragia de su mano no se había restañado, así que se arrancó el ribete verde oliva de su falda y se vendó la mano con él. Cada vez que la sangre empapaba el vendaje, se arrancaba otro trozo de tela, se vendaba la herida con más fuerza y levantaba la mano más alto.

«Es solo una noche», repetía para sus adentros una y otra vez,

como un estribillo que acompañaba al galope tendido de cuatro tiempos de la yegua, y más tarde al galope sostenido de tres tiempos. Finalmente, cuando ya estaba a dos kilómetros de los límites de la ciudad y la piel de su yegua se había oscurecido por el sudor, Iseult pasó a un trote de dos tiempos, uno por palabra. «Una noche, una noche».

Bajo aquel recordatorio de percusión palpitaba la esperanza desesperada de no haber puesto en peligro a Safi al dirigirla hacia el viejo faro. Los planes en el último segundo no eran lo suyo, y así había sido su mensaje para Habim: apresurado y descuidado.

Un rato después, Iseult llegó hasta un inconfundible bosquecillo de alisos y frenó a su yegua antes de bajar de la silla. Le ardían los muslos, y la parte baja de la espalda gemía lastimeramente. Hacía semanas que no montaba a caballo (y meses que no galopaba). Todavía notaba los dientes castañeteando por el traqueteo. O tal vez fuera el zumbido de las cigarras en los espinos albares.

Aunque aparentemente Iseult estaba siguiendo un simple rastro de caza que avanzaba sinuoso por la hierba, ella sabía lo que era en realidad: un camino nomatsí.

Avanzó con más lentitud, procurando leer las señales nomatsíes que iba viendo. Un palo clavado en la tierra, *casi* por accidente: un cepo para osos en el siguiente recodo. Una mata de campanillas «silvestres» a la izquierda del camino: una bifurcación más adelante; el sendero del este conducía hasta la niebla de un brujo de los venenos, y el del oeste al asentamiento.

Si seguía aquel camino, despistaría al brujo de la sangre. Luego, tras unas pocas horas dentro de los gruesos muros del asentamiento, Iseult podría partir de nuevo para reunirse con Safi.

Aunque técnicamente el Imperio dalmotti permitía que los nomatsíes vivieran como quisieran (siempre que sus caravanas se abstuvieran de acercarse a menos de treinta kilómetros de cualquier ciudad), también habían sido declarados «animales». No disfrutaban de ninguna protección legal, pero sí del *abundante* odio dalmotti. Por eso, decir que los Midenzi no veían con buenos ojos a los forasteros era quedarse muy corto. Su tribu, una de las pocas que se

habían asentado y habían abandonado la vida nómada, tenían allí un lugar seguro al que se aferraban con todas sus fuerzas.

Los muros eran gruesos y los arqueros certeros, y si el brujo de la sangre se las arreglaba de algún modo para llegar hasta allí, solo conseguiría un centenar de flechas arponadas clavadas en su pecho.

Sin embargo, del mismo modo que los Midenzi luchaban por mantener a los forasteros fuera del asentamiento, también luchaban por mantener a su gente dentro. Si abandonabas el asentamiento, pasabas a ser considerado un «otro», y «otro» era lo único que un nomatsí nunca querría ser, ni siquiera Iseult.

Cuando aparecieron finalmente los característicos robles que camuflaban los muros del asentamiento, negros y amenazantes en la oscuridad de la noche, Iseult se detuvo. Era su última oportunidad de echarse atrás. Podía darse la vuelta y pasar el resto de su vida sin volver a ver a la tribu… aunque esa vida podría ser muy corta con el brujo de la sangre persiguiéndola.

La luna estaba saliendo al este de Iseult y su luz la iluminaba por completo. Se había recogido y atado la coleta bajo el pañuelo. Las mujeres nomatsíes llevaban el cabello cortado a la altura de la barbilla, mientras que el de Iseult le caía hasta la mitad de la espalda. Tenía que disimularlo.

—Nombre —dijo una voz en la gutural lengua nomatsí. A su izquierda, Iseult vislumbró un hilo gris metalizado, hostil, además de las tenues siluetas de los arqueros entre los árboles.

Levantó las manos en actitud sumisa, esperando que los vendajes de su mano no fueran demasiado evidentes.

—Iseult —exclamó—. Iseult det Midenzi.

Se oyó el crujido de las hojas y de las ramas de los robles. Más hilos resplandecieron y se movieron mientras los guardias caminaban entre los árboles para debatir y decidir. Los segundos pasaron con exasperante lentitud. El corazón de Iseult latía con fuerza contra sus pulmones y el sonido reverberaba en sus oídos, mientras la yegua sacudía la cabeza y piafaba. Necesitaba que la cepillaran.

Un grito dividió el cielo nocturno.

Dos gorriones alzaron el vuelo.

Entonces se oyó otro grito de una garganta que Iseult conocía bien, y sintió que se caía, que se desplomaba desde la cumbre de una montaña y el estómago se le salía por la boca a medida que la tierra se acercaba más y más deprisa.

«Estabilidad», gritó para sus adentros. «Estabilidad en los dedos de las manos y los pies».

Pero no encontró esa estabilidad. No antes de oír el rechinar de la enorme verja. Después, unas pisadas resonaron por el suelo y una figura vestida con el color negro de una bruja de los hilos avanzó corriendo hacia ella.

—¡Iseult! —exclamó su madre; las lágrimas corrían por un rostro casi idéntico al de Iseult. Lágrimas falsas, claro, porque las verdaderas brujas de los hilos no lloraban, y Gretchya era una bruja de los hilos de los pies a la cabeza.

Iseult tuvo el tiempo justo para reparar en lo pequeña que parecía su madre (Iseult le sacaba media cabeza), antes de que Gretchya tirara de ella y le diera un abrazo tan fuerte que pensó que le iba a partir las costillas. Su mente se llenó con un único pensamiento. Una plegaria, más bien: que el brujo de la sangre siguiera estando muy muy lejos de allí.

* * *

Iseult descubrió que caminar por el asentamiento Midenzi bañado por la luna era al mismo tiempo más fácil y más difícil de lo que esperaba.

Era más fácil porque, aunque muy pocas cosas habían cambiado en los tres años que habían pasado tras su última visita a la tribu, todo parecía más pequeño de lo que recordaba. Los muros de pradera que rodeaban el pueblo estaban tan desvencijados y grisáceos como ella recordaba, pero ahora ya no parecían tan infranqueables. Simplemente eran… altos. Sin el camino nomatsí

secreto y los arqueros de los árboles, el muro sería un mero incordio para el brujo de la sangre.

Las casas redondas, construidas con piedras tan marrones como el barro sobre el que se asentaban, parecían miniaturas. Casitas de juguete con puertas bajas y estrechas y ventanas cerradas.

Incluso los robles que crecían tímidamente en el asentamiento parecían más raquíticos de lo que Iseult recordaba. No eran lo bastante grandes ni fuertes como para trepar por sus ramas, como solía hacer antes.

Lo que hacía que el paseo por el asentamiento fuera más *difícil* de lo que Iseult recordaba era la gente… o más bien sus hilos. Mientras seguía a su madre hacia su hogar, en el centro del asentamiento, las ventanas se abrían a su paso, revelando rostros curiosos. Sus hilos eran extrañamente débiles, arrugados como toallas viejas.

Iseult se estremecía cada vez que una silueta doblaba una esquina o una puerta se abría de par en par. Pero, una vez tras otra, Iseult se daba cuenta de que no reconocía los rostros iluminados por la luna que la escudriñaban.

No tenía sentido. ¿Gente nueva en la tribu? ¿Hilos descoloridos y casi invisibles?

Cuando Iseult llegó por fin a la casa redonda de su madre, le pareció tan extrañamente diminuta como todo lo demás. Aunque la cabaña de Gretchya tenía las mismas alfombras naranjas sobre el mismo suelo de tablas anchas que Iseult recordaba de su infancia, todo era muy *pequeño*.

La mesa de trabajo que antes le llegaba por la cintura ahora solamente le llegaba a media pierna, al igual que la mesa de comedor situada bajo la ventana del lado este. Detrás del fogón había una trampilla que conducía a un sótano excavado en el suelo. Parecía tan pequeña que Iseult no estaba segura de poder entrar.

Las dos veces que había regresado (una sola noche en cada visita), el sótano le había parecido aterrador y angosto en comparación con la amplia buhardilla de Mathew. Y después de haber tenido cama propia, el camastro que siempre había

compartido con su madre se le había antojado estrecho. Agobiante.

—Ven. —Gretchya cogió a Iseult por la muñeca y la arrastró hasta los cuatro escabeles situados alrededor del fogón, habituales en el hogar de una bruja de los hilos. Iseult tuvo que reprimir el impulso de soltarse de los dedos de su madre. La mimo de Gretchya era aún más fría de lo que la recordaba.

Y por supuesto, su madre no reparó en los vendajes ensangrentados de la mano de su hija, o quizá sí se había fijado pero no le importaba. Iseult no podía analizar las emociones de su madre, porque las brujas de los hilos no eran capaces de ver ni sus propios hilos ni los de otras brujas de los hilos. Y a Gretchya se le daba muchísimo mejor que a Iseult disimular sus sentimientos.

Pero bajo la luz titilante de la lámpara, Iseult pudo comprobar al menos que el rostro de su madre había cambiado muy poco en tres años. Tal vez estaba algo más delgado y tenía algunas arrugas más alrededor de la boca, de tanto fruncirla, pero esas eran las únicas diferencias.

Gretchya finalmente soltó la muñeca de Iseult, acercó uno de los taburetes y lo dejó frente al hogar.

—Siéntate mientras te sirvo un poco de *borgsha*. Hoy es de carne de cabra, espero que todavía te guste. ¡Cogote! ¡Ven, Cogote!

Iseult se quedó sin aliento. «Cogote». Su viejo perro.

Unas pisadas sordas se oyeron en las escaleras de la casa, y entonces apareció, viejo, flácido y cojitranco.

Iseult se deslizó del taburete y cayó de rodillas sobre la alfombra, soltando una risa alegre y cálida. Abrió los brazos y el viejo sabueso de pelaje rojizo corrió hacia ella y frotó su hocico grisáceo en el pelo de Iseult, sin dejar de menear la cola.

«Cogote», pensó Iseult, temerosa de pronunciar su nombre. Temerosa de que aquel inesperado aluvión de emociones le devolviera su tartamudeo. Emociones contradictorias que no quería tener que vadear ni interpretar. Si Safi estuviera allí, sabría decirle a Iseult lo que sentía.

Iseult le rascó las largas orejas a Cogote. En los extremos tenía restos endurecidos de lo que parecía ser perejil.

—¿Has c-comido *borgsha*? —Iseult volvió a sentarse en el taburete, sin dejar de rascar a Cogote e intentando ignorar lo vidriosos que tenía los ojos. Las canas que abundaban en su hocico.

Se oyó de pronto una voz melodiosa:

—¡Oh! ¡Has vuelto!

Los dedos de Iseult se quedaron paralizados en el pelaje de Cogote. Su visión se emborronó, distorsionando la estancia y el rostro del perro. Tal vez, si fingía no haber oído a Alma, la chica se desvanecería en el vacío.

No hubo suerte. Alma se acercó a Iseult desde la puerta. Al igual que Gretchya, llevaba el vestido tradicional de las brujas de los hilos, ceñido en el pecho pero más holgado en los brazos, la cintura y las piernas.

—¡Que la Madre Luna me guarde! ¡Iseult! —Alma la miró boquiabierta con sus ojos verdes de largas pestañas que no paraban de parpadear—. ¡Te has vuelto igual que Gretchya!

Iseult no respondió. Su garganta estaba tensa de… de algo. Enfado, supuso. No quería parecerse a Gretchya, una *auténtica* bruja de los hilos; nunca podría ser como ella. Y detestaba que Cogote estuviera meneando la cola y rozando la cabeza en la rodilla de *Alma*. Que le diera la espalda a Iseult y se volviera hacia *Alma*.

—Ya eres una mujer —añadió Alma, sentándose en un escabel.

Iseult asintió secamente, recorriendo con la mirada a la otra bruja de los hilos. Alma también era una mujer. Una mujer hermosa, lo que no era de extrañar. Su cabello negro azabache hasta la barbilla era abundante, lustroso… perfecto. Tenía la cintura estrecha y las caderas redondeadas; en su silueta todo era femineidad y… *perfección*.

Alma era y siempre había sido la bruja de los hilos perfecta. La mujer nomatsí perfecta. Pero cuando Iseult se fijó en las manos de Alma, vio unos gruesos callos.

Iseult cogió la mano de Alma y examinó la palma.

—Has estado practicando esgrima.

Alma miró furtivamente a Gretchya, que asintió lentamente.

—De sable —admitió Alma—. Llevo irnos años entrenando.

Iseult soltó la muñeca de Alma. Pues claro que Alma había aprendido a luchar. Pues claro que también sería perfecta en ese aspecto. No podía haber nada en lo que Iseult destacara sobre ella; era como si la Madre Luna se hubiera asegurado de que Alma adquiriera y perfeccionara cualquier habilidad que Iseult intentara aprender.

Cuando quedó claro que Iseult nunca sería capaz de fabricar piedras hilanderas ni de mantener lo bastante a raya sus emociones, Alma pasó de ser una bruja de los hilos de una tribu itinerante a ser la aprendiz de bruja de los hilos oficial del asentamiento Midenzi. Cuando Gretchya fuera demasiado anciana para guiar a la tribu, Alma ocuparía su puesto.

En las caravanas nomatsíes, la bruja de los hilos tenía la responsabilidad de unir a las familias de hilos, organizar matrimonios y amistades y desenmarañar los telares que eran las vidas de la gente. Algún día, tal y como Gretchya hacía ahora, Alma emplearía su magia para guiar a los Midenzi.

—Tu mano —dijo Alma—. ¡Estás herida!

—No es nada —mintió Iseult, ocultando la mano bajo la falda —. Ya ha dejado de sangrar.

—Lávala de todas formas —dijo Gretchya con tono inescrutable.

La nariz de Iseult tembló. Allí había dos mujeres cuyos hilos no podía ver. Pero antes de que Iseult pudiera pedir un momento a solas para ponerlo todo en orden (su vuelta a casa, la persecución del brujo de la sangre, la *perfección* de Alma…), un hombre moreno asomó la cabeza por la puerta.

—Bienvenida a casa, Iseult.

Iseult sintió que le reptaban unas arañas por el espinazo. Los dedos de Alma aferraron el cuello de Cogote y Gretchya palideció.

—Corlant —empezó a decir, pero el hombre la interrumpió, introduciendo en la casa el resto de su largo cuerpo.

Corlant det Midenzi no había cambiado prácticamente nada desde la última vez que Iseult lo había visto. Tal vez tuviera el cabello menos abundante y las sienes algo plateadas, pero las arrugas

de su ceño eran tan profundas como las recordaba Iseult: unas trincheras paralelas por su tendencia a las miradas de estupor.

Ahora también parecía estupefacto, ceñudo y con los ojos resplandecientes mientras escudriñaba el rostro de Iseult. Se acercó a ella, y Gretchya no hizo ademán de impedírselo. En vez de eso, Alma se puso en pie de un salto.

—Levántate —le siseó a Iseult.

Iseult se levantó, aunque no sabía por qué debía hacerlo. La líder de la tribu era Gretchya, no aquel purista de lengua artera que había sembrado la discordia durante la infancia de Iseult. Corlant debería ser el que se sentara.

Se detuvo delante de ella; en sus hilos resplandecía el verde de la curiosidad y el ocre de la suspicacia.

—¿Te acuerdas de mí?

—Por supuesto —dijo Iseult, apoyando las manos entrelazadas en el regazo e inclinando la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. A diferencia del resto de la tribu, él seguía siendo tan alto como lo recordaba, e incluso vestía la misma túnica marrón sucio y la misma cadena de oro alrededor del cuello.

Era un triste intento por parecerse a un sacerdote purista. Pero Iseult ya había visto suficientes sacerdotes *de verdad*, instruidos en recintos puristas *de verdad*, como para darse cuenta de lo pobre que era la imitación de Corlant.

Pero eso no parecía cambiar el hecho de que Alma y Gretchya mostraban deferencia hacia Corlant. Que intercambiaban fugaces miradas de pánico a sus espaldas mientras él examinaba a Iseult.

Caminó afectadamente a su alrededor, recorriéndola con la mirada. A Iseult se le erizó el vello de los brazos.

—Tienes en ti la mácula del exterior, Iseult. ¿Por qué has vuelto?

—Esta vez tiene pensado quedarse —intercedió Gretchya—. Volverá a ocupar su posición como mi aprendiz.

—¿Entonces esperabas su llegada? —Los hilos de Corlant se volvieron oscuramente hostiles—. No me habías dicho nada, Gretchya.

—No era algo seguro —intervino Alma, con una sonrisa radiante—. Ya sabes que Gretchya detesta perturbar el tapiz de la tribu innecesariamente.

Corlant respondió con un gruñido, centrando su atención en Alma. En sus hilos creció el ocre de la suspicacia y, muy por debajo de ella, apareció el lila de la lujuria. Entonces su mirada se clavó en Gretchya, y la lujuria salió a la superficie.

A Iseult se le revolvió el estómago. La dinámica había cambiado desde su marcha. Cuando ella era niña, Corlant había sido una molestia, siempre despotricando sobre los peligros y los pecados de la brujería. Siempre afirmando que la verdadera devoción a la Madre Luna consistía en rechazar la magia de cada uno. En erradicarla.

Pero Iseult lo había ignorado, al igual que el resto de la tribu. Sí, Corlant había merodeado cerca de su casa y había suplicado las atenciones de Gretchya. Incluso le había pedido que fuera su esposa, aunque Gretchya no podía casarse. Solamente los hilos del corazón podían casarse en una tribu nomatsí, y las brujas de los hilos no los tenían.

Al principio, Gretchya había ignorado las insinuaciones de Corlant. Después había recurrido a la razón, recordándole las leyes tribales nomatsíes, así como las normas de la Madre Lima. Pero cuando Iseult había huido de la tribu, Gretchya ya se había visto obligada a cerrar las puertas de noche con candados de hierro y a contratar a dos hombres de la tribu para mantener alejado al taimado Corlant.

Sin embargo, en la última visita de Iseult, Corlant había desaparecido, y ella había dado por sentado que se había marchado para siempre. Pero claramente se había equivocado, y claramente las cosas habían cambiado. De algún modo, Corlant se había hecho con el control.

—He alertado a la tribu de la llegada de Iseult —dijo Corlant, irguiéndose cuan largo era. Su cabeza casi tocaba el techo—. La Bienvenida empezará pronto.

—Qué buena idea —dijo Gretchya, pero a Iseult no se le escapó el estremecimiento de la mandíbula de su madre.

Gretchya tenía miedo. *Miedo* de verdad.

—Me ha distraído tanto el regreso de Iseult —prosiguió Gretchya— que me he olvidado totalmente de la Bienvenida. Tendremos que cambiarla de ropa…

—No —rugió la voz de Corlant. Se giró hacia Iseult, de nuevo con ojos crueles e hilos hostiles—. Que la tribu la vea exactamente como está, manchada por el exterior. —Pellizcó la manga de la chaqueta de aprendiz de Iseult, y esta se obligó a agachar la cabeza.

Tal vez no fuera capaz de leer a su madre ni a Alma, pero sí que podía leer a Corlant. Deseaba el poder; deseaba la sumisión de Iseult, así que se inclinó con una reverencia que le hizo crujir las rodillas por la falta de práctica, y profirió un gemido que salió directamente de su estómago. Se aferró el vientre con las manos.

Era un gesto horriblemente artificial, y durante un fugaz instante, Iseult volvió a desear desesperadamente que Safi estuviera con ella. Safi no tenía rival a la hora de echarle morro.

Pero si Alma detectó la falsedad del gemido de Iseult, no lo dejó ver. Se limitó a inclinarse hacia Iseult.

—¿Estás enferma?

—Es mi ciclo lunar —gruñó Iseult, mirando a los ojos a Corlant; le agradó comprobar que sus hilos palidecían de repugnancia—. Necesito paños limpios para la sangre.

—¡Oh, pobrecilla! —exclamó Alma—. Tengo una tintura de hojas de frambuesa justo para eso.

—Debemos quemar tus paños sucios y darte ropa limpia —intervino Gretchya, volviéndose hacia Corlant, quien (para sorpresa y satisfacción de Iseult) se estaba retirando—. Si haces el favor de cerrar la puerta al salir, sacerdote Corlant, iniciaremos la Bienvenida enseguida. Gracias de nuevo por informar a la tribu del regreso de Iseult.

Las cejas de Corlant se alzaron, pero no rechistó ni dijo una palabra mientras se marchaba y cerraba con fuerza la puerta. Una puerta sin candados pero con viejas marcas astilladas que señalaban que los había tenido.

—Bien pensado —le siseó Alma a Iseult, ya sin rastro de su

alegría anterior—. No estás en tu ciclo lunar, ¿verdad?

Iseult negó con la cabeza, pero Gretchya la agarró con fuerza del brazo.

—Tenemos que actuar deprisa —susurró—. Alma, tráele a Iseult uno de tus vestidos y busca el ungüento del brujo sanador de la tierra para la herida de la mano. Iseult, quítate la pañoleta. Hay que hacer algo con tu pelo.

—¿Qué pasa aquí? —Iseult procuró mantener la voz fría a pesar de sus frenéticos latidos—. ¿Por qué Corlant está al mando? ¿Y por qué lo has llamado «sacerdote Corlant»?

—Chsst —dijo Alma—. Que no te oiga nadie. —Después se acercó rápidamente a la trampilla del sótano y despareció escaleras abajo.

Gretchya llevó a Iseult hasta su mesa de trabajo.

—Todo ha cambiado. Ahora Corlant dirige la tribu. Utiliza su brujería para…

—¿Su brujería? —la interrumpió Iseult—. Pero si es un purista.

—No del todo. —Su madre se volvió hacia la mesa, apartando piedras y madejas de hilos de varios colores; solo los dioses sabían qué podía estar buscando—. Las normas se han vuelto mucho más estrictas desde que te fuiste —continuó Gretchya—. Desde que empezaron los rumores sobre la Titiritera y las sajaduras se hicieron más frecuentes, Corlant ha logrado introducirse más y más en la tribu. Se alimenta de su miedo y lo aviva hasta convertirlo en llamas.

Iseult parpadeó, estupefacta.

—¿Quién es la Titiritera?

Su madre no contestó; sus ojos se iluminaron al encontrar lo que necesitaba: unas tijeras. Las cogió inmediatamente.

—Tenemos que cortarte el pelo. Está muy… te hace parecer demasiado forastera. Y si creemos a Corlant, hace que te parezcas demasiado a la Titiritera. Gracias a la Madre Lima que has tenido la prudencia de cubrirte la cabeza; les haremos creer que ya lo llevabas corto. —Gretchya le hizo un gesto a Iseult para que se sentara—. Tenemos que convencer a la tribu de que eres inofensiva. De que no eres una otra.

Gretchya miró fijamente a Iseult y se hizo el silencio. Finalmente, Iseult asintió, diciéndose a sí misma que no le importaba. No era más que cabello, y volvería a crecer. No significaba nada. Su vida en Veñaza había terminado; tenía que dejar el pasado atrás.

Se sentó. Las tijeras arañaron el primer mechón de cabello… y se acabó. Ya no había vuelta atrás.

—Aunque Corlant finja ser un purista —continuó Gretchya, adoptando el mismo tono frío que Iseult recordaba desde su infancia —, también es un brujo del vacío. De los maleficios, concretamente. Lo deduje poco después de tu última visita.

Me di cuenta de que, cuando estaba cerca, todos los hilos se atenuaban. ¿Te habías fijado?

Iseult asintió, y un escalofrío le recorrió la espalda. Corlant era el responsable de todos los hilos mortecinos de la tribu. Iseult ni siquiera sabía que fuera posible una cosa así.

—Cuando me di cuenta de lo que era —prosiguió Gretchya— y comprobé que su poder drenaba el mío, pensé que podría usarlo en su contra. Le amenacé con contarle a la tribu qué era… pero él, a su vez, me amenazó con despojarme de mi brujería.

»Al final me puse yo misma la soga al cuello, Iseult, porque desde esa conversación, Corlant me amenazaba con destruir mi magia cada vez que quería algo de mí.

Gretchya hablaba con total naturalidad, como si ese *algo* que Corlant quería de ella fuera un simple cuenco de *borgsha* o que le prestara a Cogote durante un día. Pero Iseult sabía que no era así. Recordaba a Corlant acechando entre las sombras, junto al corral de las gallinas, observando a Gretchya por la ventana. Recordaba sus palpitantes hilos púrpuras, por culpa de los cuales Iseult había aprendido demasiado pronto lo que era la lujuria.

Que la Diosa la ayudara, ¿qué le habría pasado a Iseult si no hubiera escapado del asentamiento a tiempo? ¿Había estado cerca de terminar llevando la misma soga al cuello que su madre?

Pese a los seis años y medio de odio que Iseult había estado cultivando con gran cuidado y voluntad, sentía que un cuchillo se

estaba clavando en su esternón. «Es culpa», declaró su cerebro. «Y compasión por tu madre».

Y pensar que Corlant había sido un brujo de los maleficios desde el principio. Capaz de destruir la magia de una persona con la misma facilidad con la que Iseult veía sus hilos.

Era otra de las brujerías vinculadas al vacío, otro mito que resultaba ser de lo más real.

Iseult suspiró, procurando no mover la cabeza mientras Gretchya seguía cortando.

—¿Q-qué…? —empezó a decir, consternada por su voz temblorosa. Prácticamente podía notar el ceño fruncido de su madre mientras la miraba, casi oía su eterna reprimenda: «Controla la lengua. Controla la mente. Una bruja de los hilos no tartamudea»—. ¿Quién es la Titiritera? —logró decir al fin.

—Una joven bruja de los hilos. —Las tijeras seguían rasgando el cabello de Iseult, cada vez más deprisa y con más fuerza. El pelo se desparramaba por el suelo como si fuera arena—. Cada caravana nomatsí ha contado una historia ligeramente distinta, pero la idea general es la misma. No puede fabricar piedras hilanderas, no puede controlar sus emociones y… abandonó a su tribu.

Iseult tragó saliva con dificultad. La verdad es que la tal Titiritera *sí* le sonaba familiar.

—Dicen que, a diferencia de *nuestra* conexión etérea con los hilos —continuó Gretchya—, el poder de esa muchacha proviene del vacío. Dicen que es capaz de controlar a los sajados y que tiene ejércitos enteros a sus órdenes. Y las versiones más sombrías del cuento afirman que puede resucitar a los muertos.

Iseult se quedó helada.

—¿Cómo?

—Los hilos segados —respondió Gretchya en voz baja—. Dice que es capaz de controlar los hilos de los sajados. De doblegarlos a su voluntad incluso después de muertos.

—Los tres hilos negros de los sajados —susurró Iseult, y el chasquido de las tijeras se detuvo repentinamente. Al mismo tiempo, Alma salió del sótano, llevando un vestido negro en una

mano y unos paños blancos en la otra. Se acercó rápidamente al fogón y abrió la puerta de hierro.

Gretchya se volvió para mirar a Iseult.

—¿Conoces los hilos segados?

—Los he visto.

Gretchya abrió los ojos de par en par, con el rostro demudado.

—No puedes contárselo a nadie, Iseult. *A nadie*. Alma y yo pensábamos que era una mentira, un truco de la tal Titiritera, y de Corlant, para asustar a la gente.

Iseult notaba la garganta seca.

—¿Vosotras no podéis ver esos hilos?

—No. Y ya hemos visto antes a los sajados.

—Y yo no puedo fabricar piedras hilanderas —dijo Iseult con dificultad—. ¿Y por qué entonces soy *yo* la que ve esos hilos segados?

Gretchya se quedó en silencio un momento, pero luego tiró del pelo de Iseult y volvió a oírse el chasquido de la tijera. Poco después, del fogón empezaron a elevarse volutas de humo. Alma regresó a la mesa de trabajo y le ofreció a Iseult el vestido negro tradicional de las brujas de los hilos. El negro era el color de la suma de todos los hilos. En el cuello, los puños de las mangas ceñidas y el dobladillo de la falda, el vestido lucía tres líneas de colores: una línea recta magenta por los hilos que unen, una línea ondulada de color salvia por los hilos que crecen y una línea discontinua gris por los hilos que quiebran.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —preguntó Alma en un áspero susurro, no más fuerte que el crepitar del fuego.

—Una sola noche —dijo Iseult, obligando a su mente a no pensar en el brujo de la sangre. Ya tenía bastantes preocupaciones con la tribu.

Distraídamente, cogió un trozo de piedra roja sin cortar de la mesa. Era un rubí, y estaba envuelto con una larga hebra de hilo de color rosa atardecer, diestramente enrollada con nudos y lazos.

Su gemela estaba un poco más lejos, mezclada con otras piedras. Iseult reparó también en los zafiros que había junto a la esquina de

la mesa; también había unos cuantos ópalos.

Solamente en casa de una bruja de los hilos se podrían encontrar joyas tan valiosas desprotegidas. Pero claro, las brujas de los hilos conocían bien sus propias piedras, e incluso podían rastrearlas, y ningún nomtasí cometería la estupidez de robar a una bruja de los hilos.

—¿Te gusta esa piedra hilandera? —preguntó Alma. Se inclinó sobre la mesa, sin dejar de frotarse las manos en los muslos como si le sudaran.

Sin embargo, Gretchya no le dijo a Alma ni una sola vez «Deja las manos quietas. Una bruja de los hilos no se pone nerviosa».

—Alma lo ha conseguido —dijo Gretchya.

«Pues claro». Iseult nunca había sido capaz de hacer funcionar una piedra hilandera, pero ahí estaba Alma, con un ejemplar capaz de eclipsar cualquier otro.

—Sí —dijo Alma, pero las palabras brotaron casi en forma de pregunta: «¿Sí?».

Iseult miró repentinamente a Alma.

—¿Para qué me has hecho a mí una piedra hilandera? —Notó que fruncía el ceño y que enseñaba los dientes. Era una mueca de desagrado, una expresión incontrolada e impropia de una bruja de los hilos, y deseó de inmediato poder retirarla.

Alma se estremeció, pero se obligó rápidamente a perder toda expresión y cogió el segundo rubí envuelto en hilo rosa.

—Es un… —Se interrumpió y miró de reojo a Gretchya, como si no supiera qué decir.

—Un regalo —continúo Gretchya—. No seas tímida. Si Iseult frunce el ceño es solo porque está confundida y no puede controlar sus emociones.

Iseult notó que su rostro se encendía de calor. El calor de la ira. O tal vez de la vergüenza.

—Pero ¿cómo la has hecho? —insistió—. Soy bruja de los hilos y no puedes ver los míos, así que no puedes vincularlos a una piedra.

—Tu… tu madre… —empezó a responder Alma.

—Yo le he enseñado —dijo Gretchya. Dejó las tijeras sobre la

mesa de trabajo y se acercó al fogón—. Los paños terminarán de arder pronto y Corlant regresará. Hay que darse prisa.

Iseult apretó los labios. La respuesta de su madre no era tal.

—Deberías estar agradecida —continuó Gretchya mientras removía las llamas del fogón—. Esos rubíes brillarán cuando Safiya o tú corráis peligro. Incluso os permitirán localizaros la una a la otra. Semejante regalo no debería ser tomado a la ligera.

No se estaba tomando el regalo a la ligera, pero tampoco iba a sentir gratitud por Alma. Jamás. Alma lo había hecho por remordimiento. Al fin y al cabo, ella era el motivo de que a Iseult le hubiera sido negado el puesto de aprendiz de bruja de los hilos, y también de que hubiera sido rechazada como heredera de Gretchya.

—Vístete —le ordenó Gretchya a Iseult—. Y deprisa, mientras Alma barre los restos de pelo. Debemos anunciar a Corlant y a la tribu que has cambiado de opinión y deseas regresar como bruja de los hilos.

Iseult abrió la boca para decir que su madre no podía tener *dos* aprendices, y que la tribu era más que consciente de los fracasos mágicos de Iseult, pero apretó los labios y no dijo nada. Alma ya había echado mano a la escoba y seguía las órdenes, como debería hacer toda bruja de los hilos. Porque las brujas de los hilos no discutían; seguían el frío sendero de la lógica allá donde este las condujera.

La lógica había llevado a Iseult hasta allí, así que ignoraría su dolor y su miedo y seguiría la lógica, tal y como le habían enseñado. Tal y como había hecho siempre durante su estancia en Veñaza, cuando estaba con Safi.

NUEVE

Nunca, ni en diez millones de vidas, habría esperado Safi adaptarse con tanta facilidad a su papel de domna. Desde luego no con tanta gente a su alrededor, llenando con su calor corporal el salón de baile abovedado y arañándole la piel con sus constantes mentiras. Los niños de su pasado habían entrado en la edad adulta, y sus padres habían llegado a la vejez.

Y con todo el vino espumoso y el brillo de los candelabros, con la pared de cristal reluciente con vistas a la pantanosa costa del Jadansi, a Safi le estaba costando trabajo no pasárselo bien.

En realidad, aquello era muy parecido a cualquiera de sus estafas con Iseult. Ella hacía de mano derecha mientras su tío cortaba la bolsa de algún desconocido. Si eso era lo único que su tío Eron quería de ella, Safi le complacería, casi con gusto. Sobre todo con el príncipe Leopold de Cartorra a su lado.

Se había convertido en un magnífico espécimen masculino, aunque seguía siendo demasiado guapo como para tomárselo en serio. De hecho, era sin lugar a dudas la persona más guapa del salón, hombre o mujer. Sus rizos eran de un lustroso color rubio rojizo, tenía la piel dorada y las mejillas sonrosadas, y aquellas largas pestañas rubias que Safi recordaba con tanta claridad seguían

enmarcando sus ojos verdes como el mar.

Y sin embargo, pese a todos sus cambios externos, era el mismo muchacho socarrón y bromista que recordaba.

Leopold inclinó la cabeza para beber un sorbo de vino, agitando sus rizos y suscitando los suspiros de varias domnas cercanas.

—¿Sabes? —dijo, arrastrando las palabras—. El terciopelo azul de mi traje no tiene la intensidad que esperaba. Pedí específicamente el color zafiro imperial. —Su potente voz de barítono y su manera de intercalar pausas al hablar le daban un tono casi musical—. Pero a mí me parece más bien azul marino apagado, ¿no crees?

Safi resopló.

—Me alegra ver que no has cambiado, Polly. Pese a todo tu ingenio, sigues igual de enamorado de tu aspecto que siempre.

Él se ruborizó al oír ese apodo: «Polly». Llevaba toda la noche ruborizándose cada vez que Safi lo pronunciaba, y por tanto, Safi cada vez tenía más ganas de repetirlo.

—Pues claro que no he cambiado. —Leopold se encogió de hombros con elegancia—. Mi perfecto rostro es lo único que tengo, y en Cartorra nadie llega muy lejos estudiando. —Señaló a Safi con su mano, desprovista de marca de brujo—. Pero *tú*, Safiya —una pausa— has cambiado bastante, ¿verdad? Tu entrada ha sido de lo más dramática.

Ella apartó la vista, notando que se le encendían las mejillas, pero no por vergüenza, sino por rabia.

Había llegado una hora tarde al baile, cuando el ocaso ya daba paso a la luz de la luna, solo porque el tío Eron había insistido en terminarse un jarro entero de vino antes de partir. Sin embargo, al llegar al palacio del Dogo, Safi había entendido por qué: los antiguos compañeros de Eron, los bardas infernales, estaban de servicio.

Cuatro de aquellos caballeros blindados montaban guardia en el jardín del Dogo. Las ramas de los cipreses silbaban con la brisa, y las ranas de los árboles daban su concierto. Dos bardas infernales más vigilaban la entrada del palacio, y los últimos seis estaban detrás del

emperador Henrick, quietos como estatuas.

Cada vez que Safi veía a otro de aquellos enormes caballeros armados con hachas, el estómago se le hundía hasta los pies y apretaba los puños con fuerza. Pero siempre mantenía la cabeza alta y los hombros atrás.

Lo cierto era que ninguno de los bardas infernales reparó en Safi ni en su tío. En realidad, solamente uno de ellos mostró una mínima reacción cuando ellos entraron; y a juzgar por lo que Safi entrevió bajo el yelmo de acero que llevaban todos los bardas infernales, era muy joven. Demasiado como para haber servido con el tío Eron.

De hecho, ahora que Safi lo pensaba mejor, quizás el audaz guiño que les había hecho aquel barda infernal en los jardines no iba destinado al tío Eron, sino a ella.

La verdad era que esta noche estaba increíblemente preciosa.

Cuando Safi y el tío Eron llegaron al vestíbulo, hacía tiempo que el resto de domes y domnas habían pasado al salón de baile. Sin embargo, el emperador había insistido en esperar con el príncipe Leopold hasta que llegara el último dom.

Cuando Polly vio a Safi caminando hacia él, se puso delante del trono de su tío (como para protegerla de las miradas de los bardas infernales, como había hecho siempre durante su infancia) e hizo una encantadora reverencia. Incluso intervino cuando Henrick sostuvo la mano de Safi durante demasiado tiempo después de que ella se arrodillara para rendirle pleitesía (por los dioses del subsuelo, ya había olvidado lo mucho que el emperador cartorriano se parecía a un sapo, y lo sudorosa que tenía la mano).

Leopold llegó al extremo de escoltar personalmente a Safi hasta el baile. Oh, cómo se habían quedado los chismosos al verlos. Casi se había echado a reír al ver a la primera domna con la boca abierta de par en par. Era como si todo el mundo hubiera olvidado la complicidad que habían tenido Leopold y ella desde niños.

Después de que el príncipe acompañara a Safi hasta un sirviente con una bandeja de vinos espumosos, le puso una copa en la mano y cogió otra para él antes de guiarla hasta la comida.

¡La comida!

Junto al ventanal había una hilera de mesas, todas ellas cargadas con mil manjares provenientes de los tres imperios. Safi estaba decidida a probarlo todo antes de que terminara el baile.

—Un volcán de chocolate —dijo Leopold, señalando un cuenco de plata en el que parecía haber burbujas de chocolate—. La única desventaja de prohibir a los brujos del fuego en Cartorra es que —una pausa— nos perdemos trucos como este. —Le hizo un gesto a un sirviente vestido de satén *beige*. Con un cucharón, el hombre sirvió el chocolate en un tazón lleno de fresas recién cortadas.

Safi abrió los ojos de par en par, pero cuando agarró el tazón, Leopold se lo arrebató hábilmente, sonriendo.

—Permite que te sirva *yo*, Safiya. Hemos pasado demasiados años separados.

—Y yo he pasado demasiadas horas sin comer. —Lo fulminó con la mirada—. Dámelo, Polly, o te castraré con un tenedor.

Esta vez fue él quien abrió los ojos de par en par.

—Por los Doce, ¿tú te has oído? —Sin embargo, soltó el cuenco de fresas. Al morder la primera, Safi soltó un gemido de deleite.

—Están divinas —dijo, con la boca llena de chocolate—. Me recuerdan a las de… —Se interrumpió, casi sin aliento.

Había estado a punto de decir que las fresas le recordaban a las de casa. ¡De *casa*! Como si las montañas y los valles que rodeaban la hacienda Hasstrel hubieran sido su hogar alguna vez, como si las fresas le hubieran sabido tan divinas como aquellas.

Leopold no pareció notar el repentino silencio de Safi. Su mirada recorría a los coloridos diplomáticos. A las domnas con sus faldas negras y ajustadas y sus corpiños de cuello alto de mil colores terrosos. A los domes con sus chalecos negros y sus calzones abolsados de terciopelo que daban a sus piernas un aspecto flaco y ridículo.

Leopold parecía ser el único hombre al que los calzones y las medias le quedaban bien. Y vaya si lo sabía, a juzgar por su forma de caminar. Las medias acentuaban sus piernas fuertes y sorprendentemente musculosas, y el terciopelo azul resaltaba pequeñas notas del mismo color en sus ojos verdes.

A Safi le agradó comprobar que su vestido también estaba provocando miradas de envidia, y el único que le parecía mejor que el suyo era el de Vaness, la emperatriz marstokí. Unas tiras de tela blanca cubrían de mil maneras distintas la piel broncínea de la mujer, y su cabello oscuro caía sobre el hombro derecho, audazmente desnudo. Unos broches de oro enmarcaban su marca de bruja (el cuadrado de la tierra y la línea vertical del hierro), y dos pulseras con aspecto de grilletes adornaban sus muñecas: se decía que representaban su servidumbre para con su pueblo. No llevaba corona y, en opinión de Safi, era la simplicidad y la elegancia personificadas.

Aunque Safi solamente había visto a Vaness desde lejos, había reparado de inmediato en el gesto aburrido de los hombros de la joven, la pose ausente de quien tiene mejores cosas que hacer y mejores lugares donde estar.

Safi había intentado imitar esa pose rápidamente, pero se le olvidó igual de rápido en cuanto vio el primer dulce relleno de crema.

Como si le hubiera leído la mente, Leopold preguntó:

—¿Has visto el atrevido vestido de la emperatriz? Todos los hombres están barriendo el suelo con la lengua.

—¿Y tú no? —preguntó Safi, entornando los ojos.

—No, yo no.

La mentira de su respuesta le arañó la piel, pero Safi no se molestó en insistir. ¿Qué le importaba a ella que Leopold quisiera ocultar su interés en los hombros perfectos de la emperatriz?

—¿Quieres conocer a la emperatriz? —preguntó él repentinamente. Safi se quedó sin aliento.

—¿En serio?

—Pues claro.

—Entonces *sí*, por favor. —Safi le pasó las fresas a medio comer a un camarero mientras Leopold se adentraba con elegancia en la multitud. Ella lo siguió hacia un estrado no muy alto, al fondo de la sala, donde una pequeña orquesta afinaba sus instrumentos.

Pero era extraño, porque mientras Safi y Leopold avanzaban

entre la curiosa nobleza de todas las edades y nacionalidades, había una misma y acuciante pregunta en labios de todos. Safi no podía oír lo que murmuraban ni leer sus pensamientos, pero fuera lo que fuera, aquella pregunta ardía con la intensa luz de la verdad. Hormigueaba en la nuca y la garganta de Safi, y le entró una *enorme* curiosidad por saber de qué estaban hablando.

Leopold pasó junto a un enjambre de mujeres vestidas con vivos colores y la misma tela rasgada y drapeada que lucía la emperatriz, y después llegó hasta un grupo de hombres. Hombres nubrevneses, pensó Safi cuando sus ojos se detuvieron sobre su cabello negro suelto y su piel curtida por la sal. Los gabanes les caían hasta la rodilla, y la mayoría eran de color azul tormenta, pero uno de ellos, que vestía de gris plateado, se cruzó en su camino.

—Me ruegue que lo disculpe —murmuró Safi, intentado esquivarlo.

Pero el hombre se detuvo en seco, obstaculizando por completo a Safi, antes de mirarla de reojo.

Safi se atragantó. Era el nubrevnés del puerto, pero aseado y casi resplandeciente bajo la luz de las velas.

—Vaya, eres tú —dijo ella en nubrevnés, con voz demasiado musical—. ¿Cómo tú por aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. —No parecía impresionado mientras se giraba hacia ella.

—Soy una domna de Cartorra.

—No sé por qué, pero no me sorprende.

—Ya veo que has descubierto el funcionamiento del botón. Enhorabuena por tu hazaña, te aseguro que te cambiará la vida.

Él se rio con sorpresa e inclinó la cabeza.

—Y yo veo que ya te has quitado esa mierda de pájaro del hombro.

Safi hinchó las fosas nasales.

—Discúlpame, pero el príncipe Leopold fon Cartorra me está esperando, y seguro que tu príncipe también te necesitará. —Hablaba con frivolidad, apenas consciente de lo que decía.

Pero el resultado fue totalmente inesperado, porque el joven

sonrió. Fue una sonrisa sincera y hermosa que hizo desaparecer todo cuanto había en el salón. Durante un único y balbuceante segundo, lo único que vio Safi fue como sus ojos oscuros casi se cerraban, su frente se alisaba y su mentón se inclinaba ligeramente hacia arriba, mostrando los músculos del cuello.

—No, no tengo que ir a ningún sitio —dijo en voz baja—. A ningún sitio más que aquí. —Después, por si Safi no se había quedado bastante estupefacta, el joven hizo una corta reverenda y dijo—: ¿Me honras con un baile?

Y tal que así, todos los escudos de Safi se desmoronaron. Se olvidó de ser una domna. Perdió el control de su frialdad displicente. Incluso el idioma nubrevnés le parecía imposible de pronunciar.

Porque aquel joven parecía estar burlándose de ella, igual que los domes y las domnas de su infancia, igual que su tío Eron. Pretendía dejarla en evidencia.

—No hay música —se apresuró a decir, pasando de largo a su lado.

Pero él la agarró por el brazo con la destreza de un luchador.

—La habrá —le prometió—. ¿Kullen?

El hombre gigantesco del puerto se materializó a su lado.

—¿Le pides a la orquesta que toque un cuadripaso? —La mirada del nubrevnés no se despegó del rostro de Safi, pero su sonrisa adoptó un toque pícaro—. Si no conoces el cuadripaso nubrevnés, domna, podemos escoger cualquier otra cosa, por supuesto.

Safi se mantuvo en un estratégico silencio. Sí que conocía el cuadripaso, y si aquel hombre planeaba avergonzarla en la pista de baile, estaba a punto de llevarse una gran sorpresa.

—Conozco la danza —murmuró—. Ve delante.

—En realidad —respondió él, con la voz llena de satisfacción—, yo no necesito moverme, domna. Los demás lo hacen por mí. —Agitó una mano y de pronto todos los nubrevneses les dejaron espacio.

Entonces, Safi captó las palabras de los espectadores más cercanos.

—¿Veis con quién baila el príncipe Merik?

—El príncipe Merik está bailando con la fon Hasstrel.

—¿Ese es el príncipe Merik?

«El príncipe Merik». Ese nombre rodaba y se deslizaba por el suelo hasta los oídos de Safi, brillando con la pureza propia de una verdad.

Por las puertas infernales, no era de extrañar que aquel tipo fuera tan engreído. Era el puñetero príncipe de Nubrevna.

* * *

El baile dio comienzo, y Merik no tardó mucho en comprender que había cometido un error.

Esperaba enseñarle modales a aquella chica (al fin y al cabo, se suponía que era una domna, no una granuja callejera) y tal vez aliviar también un poco de la rabia que siempre estaba presente en su pecho, pero Merik solo estaba consiguiendo humillarse a sí mismo.

Porque aquella domna malhablada era una bailarina mucho mejor de lo que él había imaginado. No solamente conocía el cuadripaso, una danza nubrevnesa muy popular entre los amantes o como demostración de destreza atlética, sino que lo bailaba muy bien.

Cada vez que Merik zapateaba tres veces con el tacón y la puntera, ella repetía el movimiento siguiendo el ritmo a la perfección. Cada vez que él hacía un doble giro y rotación de la muñeca, ella se lo devolvía.

Y no habían llegado ni a la mitad del cuadripaso nubrevnés. Cuando empezaran a bailar cuerpo a cuerpo, seguro que se pondría a sudar y a jadear.

Si Merik se hubiera parado a pensar antes de invitarla a bailar, se habría dado cuenta de la inminente humillación. Después de todo, había visto pelear a aquella chica, y le había impresionado su forma

de usar la velocidad y la astucia para superar a un hombre más grande y fuerte que ella.

La música detuvo su sencillo punteo de cuatro tiempos y los arcos empezaron a deslizarse sobre las cuerdas de los violines. Con una muda plegaria a Noden, el del trono de coral, Merik avanzó. «La marcha del mar dominante», se llamaba. Se detuvo y extendió una mano con la palma hacia arriba.

La joven domna avanzó a su vez, guiñándole el ojo al dar el segundo paso y girando sobre sí misma casi sin esfuerzo antes de llegar hasta él, levantando la palma también. «El vals del río caprichoso», en efecto.

Los dos levantaron la mano restante, uniendo las palmas, y el único consuelo de Merik mientras la domna y él pasaban al siguiente movimiento del baile era que el pecho de ella parecía tan agitado como el suyo.

La mano derecha de Merik cogió la de la chica y, no sin cierta ferocidad, la hizo girar para que mirara en la misma dirección que él, antes de atraerla hacia su pecho. La mano de Merik, con los dedos extendidos, se deslizó sobre el vientre de ella. La chica levantó de pronto la mano izquierda y Merik la atrapó.

Entonces comenzó la parte verdaderamente difícil del baile. El juego de pies con una marea de saltos y movimientos alternos.

El contoneo de las caderas contrarrestaba el movimiento de los pies, como un barco sobre el mar picado.

El golpeteo rítmico de los dedos de Merik en los brazos, las costillas y la cintura de la chica era como la lluvia sobre las velas de un barco.

Siguieron bailando y bailando al ritmo de la música hasta que los dos terminaron sudando. Hasta que llegaron al tercer movimiento.

Merik hizo girar de nuevo a la chica para que le mirara a la cara. El pecho de ella chocó contra el suyo. Por los Pozos Originarios, qué alta era. No se había dado cuenta de lo alta que era hasta ese preciso instante, cuando sus ojos se clavaron en los suyos a la misma altura y sus jadeos parecían competir con los de él.

Entonces la música volvió a acelerar, sus piernas se enredaron en

las de Merik, y este olvidó por completo quién era ella, qué era y por qué estaba bailando con ella.

Porque aquellos ojos suyos eran del color del cielo después de una tormenta.

Sin darse cuenta de lo que hacía, su brujería del viento cobró vida. Algo de aquel instante avivaba los aspectos más salvajes de su poder. Cada respiración agitada de sus pulmones levantaba una brisa que agitaba el cabello y las faldas de la chica.

Ella no mostró la menor reacción. De hecho, no dejó de mirar a Merik ni un solo momento, y había en esa mirada una cierta fiereza, un desafío que sumergía más profundamente a Merik bajo las olas del baile. De la música. De aquellos ojos.

Cada vez que el cuerpo de la muchacha saltaba hacia atrás, con un movimiento como el empuje de la marea contra el río, Merik la atrapaba y la atraía de nuevo hacia él con un potente choque. Entre cada salto con choque, la chica añadía una floritura con los talones: otro desafío que Merik no había visto nunca, pero que aceptaba y ante el cual se crecía. El viento soplaba alrededor de los dos como un huracán creciente, y Merik y aquella chica estaban en el mismo centro.

Y la chica no apartó la mirada. No retrocedió.

Ni siquiera cuando empezaron a sonar los últimos compases de la danza, el abrupto cambio del ciclón de cuerdas al sencillo punteo grave que sigue a toda tormenta, ni siquiera entonces Merik redujo la potencia de su empuje. Figuradamente. Literalmente.

Sus cuerpos estaban pegados y sus corazones palpitaban con fuerza contra el pecho del otro. Merik deslizó los dedos por su espalda, por sus hombros y sus manos. Las últimas gotas de una lluvia intensa.

La música se ralentizó. Ella se apartó primero, retrocediendo los cuatro pasos de rigor. Merik no apartó los ojos de su rostro, y apenas notó que su brujería del viento parecía apaciguarse a medida que ella se apartaba. Las faldas de la muchacha dejaron de ondear y su cabello volvió a posarse sobre sus hombros.

Merik retrocedió también cuatro pasos y entrelazó los brazos

sobre el pecho. La música se detuvo por completo.

Y Merik regresó a su propio cerebro con la enfermiza certeza de que Noden y sus peces bruja se reían de él desde el fondo del mar.

DIEZ

Bienvenida a Iseult. A estudiar a la única muchacha que había abandonado la tribu y que ahora quería regresar.

Uno no por uno, los miembros de la tribu Midenzi vinieron a dar la

Iseult notaba la cabeza demasiado ligera y le picaba la nuca por los restos de pelo, pero como la buena bruja de los hilos que se suponía que era, no se rascó. Procuró no moverse, sentada en su taburete junto al hogar, ni mostrar ninguna expresión aparte de la obligatoria sonrisa.

Los hilos de los nomatsíes estaban tan descoloridos que resultaba escalofriante. Solo los hilos de Corlant que palpitaban a espaldas de Iseult mientras, de pie junto al fogón, supervisaba la Bienvenida, ardían con un brillo pleno. Tal vez demasiado pleno, incluso.

Cuando llegó el trigésimo visitante, Iseult ya estaba agotada de fingir que Corlant no estaba allí mismo, observándola como un ave rapaz. El rostro de Alma permaneció sereno de principio a fin (faltaría más), y la sonrisa que mostraba a los visitantes parecía sincera. E infatigable.

Cuando llegó el sexagésimo visitante, Iseult acariciaba a Cogote con tanto ahínco que el perro casi parecía incómodo.

Cuando llegó el octogésimo visitante, el animal se levantó y se marchó.

«Estabilidad. Estabilidad en los dedos de las manos y los pies».

—Solamente han venido ciento noventa y uno —afirmó Corlant una vez que se marchó el último visitante—. Me pregunto dónde estará el resto de la tribu. —El tono de Corlant no era en absoluto interrogativo, y mientras caminaba hacia la puerta, sus hilos se tiñeron del rosa de la excitación—. Me aseguraré de que toda la tribu se entere de la Bienvenida. —Clavó una mirada penetrante en Gretchya y, con una voz que era una avalancha de lodo, añadió—: No. Os. Vayáis.

—Desde luego —dijo Gretchya, sentándose en un taburete junto a Iseult.

En cuanto Corlant se marchó, Gretchya se puso inmediatamente de pie. Levantó a Iseult mientras Alma salía corriendo hacia la trampilla del sótano.

—Hay que darse prisa —susurró Gretchya—. Está claro que Corlant sabe lo que hemos planeado Alma y yo. Intentará detenernos.

—¿Planeado? —preguntó Iseult, pero en ese momento se oyó un repentino chasquido, como el de las tijeras que habían cortado el cabello de Iseult. Con una espiral explosiva, todo cuanto las unía con la tribu se estrelló contra el pecho de las tres brujas.

Los hilos que unían se habían quebrado.

Iseult no podía verlo, pero lo sentía. Una repentina sacudida en su corazón que casi la tiró al suelo.

Alma empujó a Iseult hacia la puerta.

—Corre —siseó—. ¡A las puertas! ¡Corre!

Los ojos verdes y llenos de pánico de Alma taladraban el cerebro de Iseult. Cruzó la puerta a la carrera… y frenó en seco, agitando los brazos para mantener el equilibrio.

Porque había una turba esperando fuera. Con faroles, antorchas y ballestas. Los cuatrocientos nomatsíes que no habían acudido a la Bienvenida se habían reunido silenciosamente, ocultando sus hilos gracias a la magia de Corlant.

Y allí estaba también el propio Corlant, serpenteando entre la multitud, una cabeza más alto que cualquier otro, con hilos que se retorcían y palpitaban de hambre púrpura.

La gente se apartaba de su camino. Los rostros acechaban desde las sombras, rostros que Iseult reconocía, rostros odiosos de su infancia que hacían que le flaquearan las rodillas y el aliento.

Miró de reojo a sus espaldas, pero la casa estaba vacía. Solamente quedaba. Cogote, gruñendo y con el pelaje erizado.

Iseult esperó, conteniendo la respiración, mientras Corlant la recorría con una mirada voraz que tiñó aún más de púrpura sus hilos. Después, con deliberada lentitud, cruzó los pulgares delante de Iseult. Era una señal para alejar el mal.

—Otra —dijo en voz baja, de forma casi inaudible sobre los grillos nocturnos y los jadeos de la multitud—. Ahorcad a la otra. —Lo repitió, más fuerte—: Otra, otra. Ahorcad a la otra.

La tribu coreó el cántico: «Otra. Otra. Ahorcad a la otra». Sus lenguas escupían aquellas palabras venenosas y cada vez más potentes. La gente se arremolinaba. Iseult no se movió. Intentó adentrarse más profundamente en la lógica de una bruja de los hilos. Había una solución para aquello, tenía que haberla. Pero no la veía. No sin Safi a su lado. No sin tiempo para respirar y trazar un plan.

La gente se le echó encima. Sus hilos cobraron vida repentinamente, como si los hubieran liberado de pronto: mil tonalidades distintas del blanco del terror y el púrpura de la sed de sangre cayeron sobre Iseult. Luego las manos chocaron contra ella. Los dedos la agarraban y palpaban. Le tiraron del pelo, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás. Le brotaron lágrimas de los ojos.

«Otra, otra, ahorcad a la otra».

Ya nadie pronunciaba las palabras; estaban demasiado ocupados profiriendo sus cánticos de guerra hacia la noche y reclamando entre chillidos la muerte de Iseult. Pero sus hilos vibraban con el ritmo de esas palabras mientras la empujaban, pateaban y palpaban. Mientras la obligaban a avanzar penosamente, paso a paso, hacia el roble más alto del asentamiento.

Y por debajo de aquel ritmo («Otra, otra, ahorcad a la otra»)

sentía una vibración más rápida: «Titiritera. Titiritera». El bajo asustado de un contrapunto que ya era violento de por sí.

Corlant había convencido a la tribu de que Iseult era la Titiritera, y ahora iba a morir por ello.

El roble ya se cernía sobre Iseult, una masa de líneas zigzagueantes sobre el cielo iluminado por la Irma. Un hombre agarró a Iseult por el pecho; sus hilos temblaban erráticamente. Una mujer le arañó la mejilla con las uñas; sus hilos estaban famélicos de violencia.

Mientras la visión de Iseult quedaba salpicada de motas de dolor, su corazón finalmente se endureció, convertido en la piedra que debía ser. Su pulso se ralentizó, la temperatura de su cuerpo se desplomó y todas las imágenes, los sonidos y el dolor de aquel momento se desvanecieron tras un muro de pensamientos objetivos.

Aquel ataque había sido avivado por Corlant. Por el miedo. La gente temía a los sajados y a la misteriosa Titiritera… y por lo tanto, temían a Iseult.

«Con la mano derecha les das lo que esperan, y con la izquierda les cortas la bolsa».

—Segar. —La palabra bullía en la garganta de Iseult, que la escupió con un siseo—. Segar —repitió, con idéntico siseo. Con el mismo semblante absolutamente impasible—. Torcer y segar. —Volvió a empezar—: Segar, segar. Torcer y segar. —Era el mismo ritmo que seguían los palpitantes hilos de la multitud, el ritmo de su miedo. Iseult se aferró a aquella canción…

Y entonces les dio lo que querían ver.

Les dio a la Titiritera.

—Segar, segar. Torcer y segar. Hilos que quiebran. Hilos que *mueren*. —Estaba gritando sinsentidos. Iseult no podía tocar los hilos de aquellas personas, y mucho menos controlarlos. Pero los nomatsíes no lo sabían, así que siguió cantando—: Segar, segar. Torcer y segar. Hilos que quiebran. Hilos que *mueren*.

Iseult siguió vociferando cada vez más fuerte, hasta que le dejaron espacio suficiente para erguirse. Para tomar aire y gritar todavía más. Hasta que finalmente los hilos sanguinarios empezaron

a ahogarse bajo los cegadores hilos blancos del miedo. No veía a Corlant por ninguna parte.

Entonces apareció una nueva distracción: una vasija de fuego surcó el aire y la voz de Gretchya exclamó:

—¡Préndete!

La vasija estalló. Iseult se tiró al suelo mientras los fragmentos ardientes pasaban silbando. Su madre no la había abandonado.

La gente corría, e Iseult hizo lo mismo. Corrió hacia la voz de su madre, hacia su casa. Pero mientras sus pies golpeaban la tierra y veía los destellos de las vasijas de fuego sobre otras casas, incendiando los tejados de paja y provocando la huida desesperada de los nomatsíes, Iseult notó que los hilos que la rodeaban volvían a cambiar.

Siempre pasaba lo mismo: el momento en que una víctima comprendía que había sido engañada; eso era justo lo que estaba sucediendo ahora. La gente empezaba a darse cuenta deque habían perdido a su Titiritera, pero su sed de sangre no había sido saciada, solo aumentada.

Iseult llegó hasta la casa de su madre, pero no vio a Gretchya por ninguna parte.

—¡Iseult!

Miró hacia su izquierda. Alma cabalgaba hacia ella sobre una yegua sin ensillar. Su piel parda y sus patas negras, sumadas al vestido negro de Alma, las volvían casi invisibles en la oscuridad.

Alma tiró de las riendas del caballo para detenerlo y aupó a Iseult, que se sentó delante de ella. Alma llevaba sujeto a la espalda el tradicional escudo nomatsí, una pieza de madera cuadrada diseñada para proteger a un nomatsí durante la huida.

Alma llevó a la yegua al galope hacia las puertas. El ansia de los hilos de la gente aumentaba. Palpitaban más deprisa. Sabían que habían sido burlados.

Empezaron a llover piedras alrededor de las dos chicas, y el aire se llenó del inconfundible ruido de las cuerdas de arco y los rugidos de Corlant:

—¡Detenedlas! ¡Matadlas!

Pero Iseult y Alma ya habían llegado a los robles del muro. Las piedras golpeaban los troncos de los árboles y las flechas repiqueteaban entre sus ramas y se clavaban en el escudo de Alma con un ruido sordo.

—¿Y mi madre? —exclamó Iseult. La puerta se acercaba cada vez más. Estaba cerrada.

No… no estaba cerrada. Estaba entreabierta, y la abertura cada vez era mayor.

Alma dirigió a la yegua hacia aquel hueco. El animal cambió la trayectoria de su galope, exponiendo brevemente el costado derecho de ambas muchachas. Algo golpeó el brazo derecho de Iseult.

La fuerza del golpe la empujó de lado, pero Alma la sostuvo entre sus brazos. No sabía qué la había golpeado (una piedra, quizás…). Pero el dolor era palpitante. Se miró el brazo, alarmada, y descubrió la punta de una flecha de aguja asomándole entre la piel, por encima del codo. Por el otro lado, una larga asta de cedro con plumas blancas y negras.

Miró hacia atrás una única vez y vio a Corlant, que bajaba su arco con una sonrisa de satisfacción en el rostro iluminado por la luna. La voz de Alma le gritó al oído:

—¡Aguanta!

De modo que Iseult se dio la vuelta y aguantó mientras galopaban hacia la pradera bañada por la luz de la luna; los gritos de los nomatsíes quedaron amortiguados momentáneamente por la puerta. Iseult apretó las piernas y orientó los dedos de los pies hacia arriba, tal y como le había enseñado su madre.

«Madre».

Iseult entornó los ojos y creyó ver una silueta a caballo que avanzaba sobre la hierba, con otra más pequeña justo detrás. Cogote. Gretchya debía de haber abierto la puerta antes de escapar, confiando en que Alma rescataría a Iseult.

«Está claro que Corlant sabe lo que hemos planeado Alma y yo». Eso había dicho Gretchya… Un plan. Un plan contra Corlant, que evidentemente quería ver muerta a Iseult, aunque ella no tenía ni la menor idea del porqué.

Durante medio segundo, Iseult deseó haberse enfrentado al brujo de la sangre en lugar de a Corlant. En lugar de a la tribu. Pero la idea se desvaneció casi de inmediato, porque al menos ahora seguía con vida. Si aquel disparo lo hubiera hecho el brujo de la sangre, seguramente no habría errado el blanco.

Aunque Corlant casi lo había conseguido. Si su flecha se hubiera clavado diez centímetros más a la izquierda, le habría atravesado el pecho a Iseult. Tres centímetros más a la derecha y le habría rasgado una arteria vital.

Así que Iseult le dio las gracias en silencio a la lima bajo la cual galopaban, además de rezar una plegaria por que Safi todavía estuviera esperándola…

Y por que el brujo de la sangre no estuviera haciendo lo mismo.

ONCE

El brujo de la sangre llamado Aeduan se aburría. Ya estaba harto de realizar sus ejercicios de muñecas, dedos y tobillos para mantener los músculos listos para el combate y su temperamento bajo control.

Habían pasado cuatro campanadas desde que se había tumbado en aquel cadalso, construido sobre las vigas del techo del palacio del Dogo; hacía tiempo que se había quitado la capucha, e incluso se había soltado las hebillas de la capa. Como las únicas personas que lo habían visto eran los otros dieciséis guardias que vigilaban la pasarela de madera (y una familia de palomas que no habían dejado de arrullar desde que Aeduan se había tendido junto a su nido), no le preocupaba en exceso que su infracción del protocolo Carawen llegara a oídos del monasterio.

Y aunque así fuera, a los viejos monjes les preocupaban más los trabajos mercenarios que el respeto a los Cahr Awen. Al fin y al cabo, los Cahr Awen eran un mito, mientras que las piestras de bronce eran contantes y sonantes.

Unas piestras que seguían fuera del alcance de Aeduan. Yotiluzzi había ofrecido una recompensa por las dos chicas que habían emboscado su carruaje, y Aeduan quería esa recompensa. La ansiaba. Había rastreado a la bruja de la verdad hasta el Distrito del

Muelle Sur… y allí le había perdido el rastro.

Y poco después, por pura suerte, se había topado con la chica nomatsí en los canales… pero ella también le había dado esquinazo. Y lo que era peor, Aeduan no había sido capaz de seguirla, ya que esa muchacha no tenía esencia sanguínea.

Jamás, en los veinte años de vida de Aeduan, se había encontrado con alguien cuya sangre no pudiera oler.

Jamás.

Aquella sorpresa le había… perturbado. Le había hecho rechinar los dientes más que por haber perdido a la valiosa bruja de la verdad. Y ahora allí estaba Aeduan, atrapado en un techo en lugar de dando caza a esas dos muchachas.

Aeduan se llevó al ojo su fino catalejo de bronce y espió por una mirilla abierta en el techo. La gente se deslizaba por los suelos de mármol: tonalidades vibrantes de terciopelo naranja, verde y azul se mezclaban con sedas de colores pastel. Menuda pérdida de tiempo. No iba a suceder nada en aquel baile diplomático. Como solía decir el padre de Aeduan, la Tregua de los Veinte Años había vuelto a la gente perezosa y poco ambiciosa.

Cuando los primeros compases del cuadripaso nubrevnés llegaron a oídos de Aeduan y empezaron a oírse los zapateados, decidió cambiar de aires. Después de recorrer reptando la diminuta galería, Aeduan llegó hasta una escalerilla. Pasó junto a otros dos mercenarios, que lo miraron nerviosamente.

—Un diablo del vacío —susurraron, y Aeduan fingió no haberles oído. Le gustaba suscitar tales rumores. Al fin y al cabo, que la gente le temiera tenía sus ventajas, como poder elegir el mejor puesto de vigilancia. Incluso los bardas infernales cartorrianos y los víboras marstokíes (los guardaespaldas personales de la emperatriz Vaness) habían permitido que Aeduan fuese el primero en cruzar los muros del palacio.

Cuando Aeduan llegó al final de la plataforma, comprobó que detrás de los muros del salón de baile había otro hueco para espiar. Una escalera de cuerda sin un mínimo de calidad ni utilidad defensiva descendía unos quince metros hasta el suelo. Un ejemplo

más de la laxitud de los dalmotti (y de todos los demás). En caso de que los guardias del techo fueran realmente necesarios, tardarían demasiado en descender.

Justo cuando el cuadripaso llegaba a su segundo movimiento, las botas de Aeduan tocaron el suelo. El canto de los violines llegaba hasta el sombrío hueco tras la pared, haciendo temblar la madera polvorienta con sus vibraciones. Y por encima de los violines, el ruido de los tacones al golpear la pista de baile en una intrincada danza.

Curiosamente, Aeduan conocía el cuadripaso nubrevnés, aunque no demasiado, y habría preferido ensartarse en un espetón antes que bailarlo. Pero sí que conocía los pasos. Su mentora le había obligado a aprenderlo durante sus primeros años en el monasterio.

Aeduan se dirigía a la izquierda cuando llegó a su nariz una esencia sanguínea familiar. «Secretos envenenados y mentiras infinitas». Aeduan no sabía si los rumores eran ciertos, si la sangre de un víbora marstokí estaba verdaderamente hecha de ácido, pero sí sabía que era mejor evitar a los brujos de los venenos guardaespaldas, aunque solo fuera por lo desagradable de su esencia.

Aeduan renunció al camino de la izquierda y fue hacia la derecha. Cuando finalmente encontró una mirilla, más pequeña incluso que las del techo, y se acercó para observar, el tercer movimiento del cuadripaso ya había comenzado.

Y Aeduan levantó las cejas.

Solo había una pareja bailando, haciendo chocar los talones y las punteras contra el suelo de mármol a una velocidad que Aeduan nunca había visto. Además, y lo que era todavía más impresionante, un viento había empezado a soplar a su alrededor. Claramente, uno de los dos bailarines poseía algún tipo de brujería aérea.

Los espectadores retrocedían como una marea mientras la pareja giraba, moviendo vertiginosamente los pies. El rostro de ambos, por el contrario, permanecía inalterable, con los ojos entornados de concentración. El viento continuó creciendo, girando al ritmo de la música. Al ritmo de sus pasos. Agitaba las faldas y el cabello de la joven, y azotaba a los espectadores boquiabiertos cuando la pareja

pasaba girando cerca de ellos.

Pero cuanto más los miraba Aeduan, ligeramente entretenido por la habilidad necesaria para bailar con tanta velocidad y elegancia, más empezaba a picarle la nariz.

Por instinto, escudriñó los rostros más cercanos y olisqueó. Detectaba… una sangre fuerte. Salvaje.

Una sangre que le recordaba a las montañas y los acantilados, a las praderas cubiertas de dientes de león y a una verdad oculta bajo la nieve.

Se le hizo un nudo en el estómago de puro júbilo. La bruja de la verdad estaba allí, en aquella fiesta.

Sonaron las últimas notas del cuadripaso, y Aeduan volvió a mirar a los bailarines. El viento amainaba; la pareja se separaba para la pose final de la danza. El joven nubrevnés era claramente alguien importante, a juzgar por la expresión de miedo o respeto de quienes lo miraban. Pero ese hombre no tenía apenas interés para Aeduan, porque su esencia sanguínea le era desconocida.

Era la chica la que atraía la atención de Aeduan, la que atraía su brujería. Aeduan ensanchó su sonrisa, y sus dedos buscaron el estilete que llevaba enfundado sobre el corazón. Un corazón que ella había atravesado ayer mismo.

Pero mientras se preguntaba quién podía ser esa mujer (sin duda Aeduan habría oído hablar de una domna bruja de la verdad), un fuerte aplauso se apoderó del salón de baile. Provenía de una sola persona, y aunque el resto de los espectadores se unieron, aquel aplauso siguió siendo el más fuerte.

Finalmente, y a pesar de su limitado campo de visión, Aeduan se fijó en el rubio heredero imperial, Leopold. Estaba al lado de la emperatriz Vaness, y esperó a que la gente despejara el camino antes de levantar siquiera el pie para acercarse a los bailarines.

—Bien hecho —dijo finalmente Leopold, sin dejar de aplaudir. Pero en aquel aplauso había un deje artificial—. Qué magníficos bailarines.

El nubrevnés giró su rostro brillante y sonrojado hacia el príncipe imperial. Hizo una profunda reverencia.

—Príncipe Leopold.

Leopold se limitó a asentir.

—Príncipe Merik. Nos habéis robado a Safiya. —La oscuridad de su tono de voz era inconfundible, y también su forma intencionada de ignorar al otro príncipe y mirar enfáticamente a su tío, el achaparrado emperador cartorriano.

La expresión de Safiya pasó de la intensidad embriagada por el baile a un sencillo bochorno sonrosado.

—Polly —murmuró de forma casi inaudible—. Lo siento, te he perdido entre el gentío.

—No hay necesidad de disculpas. —Leopold hablaba mucho más alto de lo que su proximidad requería. Abrió los brazos de par en par—. ¡Otro baile! Que sea un vals de Pragua. —Hizo una majestuosa reverencia ante la bruja de la verdad y la tomó de la mano.

Los dedos de Aeduan tamborileaban aceleradamente sobre el estilete. La noche acababa de ponerse muy interesante. La bruja de la verdad que había intentado robar al maestro gremial Yotiluzzi ahora estaba bailando, ya no con uno, sino con dos príncipes.

Oh, el brujo de la sangre llamado Aeduan ya no se aburría. En absoluto.

Ahora tenía trabajo que hacer.

* * *

Safi estaba harta de bailar. Se había mareado de dar tantas vueltas, y no había tenido ni un instante para recuperar el aliento desde el baile con… Merik.

Con el *príncipe* Merik.

Aquel hombre incapaz de vestirse correctamente había resultado ser de la realeza. El hombre que se había abalanzado contra un sajado era un príncipe. Era casi imposible de creer, pero eso explicaba su porte altanero, su aplomo cuando Safi le había

increpado… y su disposición a devolverle sus pullas.

Algo había sucedido entre Safi y Merik durante aquel baile. Algo tan poderoso como el viento y la música que los habían rodeado. El cambio en el aire que anunciaba una tormenta.

Por las llamas infernales, Safi necesitaba a Iseult ya. Necesitaba a su hermana de hilos para que le ayudara a poner orden en el caos de su pecho.

Mientras la estancia y los rostros volvían a girar a su alrededor durante otro vals estomagante, mientras las mentiras y las verdades se estrellaban contra Safi desde todas direcciones, supo que necesitaba parar. Marcharse de allí.

Sin embargo, al igual que algo había cambiado dentro de Safi después de aquel baile, después de *Merik*, algo había cambiado en el salón de baile. Era una tensión que se enroscaba sobre sí misma, como una serpiente al acecho.

Y el baile no acababa nunca. Seis veces la llevó Leopold por la pista en sus brazos. Y seis veces más el propio emperador insistió en ser su pareja de baile. Tenía las manos húmedas y la sujetaba con demasiada fuerza. El sudor se acumulaba en su piel picada. Safi deseó que Leopold volviera a ser su pareja.

Hasta que la música se detuvo abruptamente, y todo el mundo dejó de bailar a un tiempo.

Hasta que Henrick pidió que todos guardaran silencio y le indicó a Safi que le acompañara hasta un pequeño estrado.

Hasta que una frase imposible brotó pesadamente de la boca de Henrick:

—Contemplen a Safiya fon Hasstrel, mi prometida y futura emperatriz de Cartorra.

A Safi le flojearon las rodillas. Se dejó caer sobre Leopold, que (gracias a los dioses) estaba cerca. Leopold consiguió enderezarla y girarla hacia una estancia llena de aplausos artificiales, como si el anuncio hubiera dejado a todo el mundo tan estupefacto como a Safi.

—Polly —dijo Safi con un hilo de voz, mirándole fijamente a los ojos—. Polly, por favor… dime… Polly…

—Es cierto —murmuró él, apretándole la mano.

Safi intentó retroceder, con el corazón a punto de salírsele del pecho. Había confiado en Leopold. Y también en su tío Eron. Pero esto… No estaba representando el papel de domna, sino el de *novia*.

Pero Leopold no la soltaba. Sus ojos de color verde mar se habían vuelto duros como el acero. La gentil curva de su mandíbula se había tensado con un gesto inesperado de determinación.

—Sabías que iba a pasar esto —dijo ella sin aliento—. ¿Por qué no me lo has dicho?

Su única respuesta fue conducirla, con energía pero sin brusquedad, hacia su tío. El emperador.

El futuro marido de Safi.

—¡Por muchos años dichosos juntos! —exclamó Leopold, empujando a Safi hacia delante. Ella trastabilló hasta caer en brazos de Henrick, cuyas manos sudorosas se cerraron sobre las suyas.

Safi casi retrocedió de un tirón, para huir de sus manos y de su sonrisa de dientes torcidos. Casi se puso a gritar que aquella no era la libertad que le habían prometido. Casarse con un emperador era lo menos parecido a la libertad que Safi podía imaginar. ¿Qué estúpido cuento le había colado su tío?

Todo había terminado para Safi. Aquel era el final.

Escudriñó todos los rostros de la multitud; su brazo, enlazado en el de Henrick, temblaba. Buscó los ojos azules del tío Eron. El cabello pelirrojo de Mathew. Alguien conocido, maldita sea. Solamente necesitaba que alguien le sostuviera la mirada y le confirmara que hacía bien en estar furiosa. En estar asustada hasta la médula.

Pero ningún rostro de la multitud le era familiar. Incluso buscó al príncipe Merik y su gabán gris plateado, pero él y el resto de los nubrevneses también se habían esfumado del baile.

Safi estaba sola con sus rodillas temblorosas. Con la bilis de su garganta. Con las manos húmedas de Henrick aplastándole los dedos.

Entonces, la mirada frenética de Safi se posó sobre un rostro arrugado y un cuerpo rechoncho que recordaba vagamente de su

infancia: domna fon Brusk. El mentón velludo de la mujer se movía como si fuera una vaca rumiando. Asintió secamente, con gesto tranquilizador.

Cuando las veinticuatro campanadas empezaron a sonar y los aplausos se sosegaron, domna fon Brusk empezó a caminar hacia Safi. Sus ojos no se despegaron del rostro de la bruja de la verdad, ni tampoco frenó a medida que se acercaba. Cuatro pasos con cada campanada.

Entonces sonó la última campanada, que reverberó por la estancia.

Todas las llamas del salón de baile, los jardines y el puerto silbaron y se apagaron. La fiesta quedó totalmente a oscuras.

* * *

Aeduan seguía detrás de la pared cuando se apagaron las luces.

Había ido pasando de mirilla en mirilla, sin perder de vista a la bruja de Ja verdad y su esencia sanguínea, desde que el emperador Henrick la había llamado a su lado.

Estaba claro que la chica no sabía lo que iba a pasar. Aeduan nunca había visto a nadie quedarse tan pálido tan deprisa, y durante una breve fracción de segundo había sentido compasión por ella.

Pero mientras Aeduan observaba a la muchacha, que caminaba a trompicones hacia el emperador Henrick, se le erizó el vello de los brazos. Y luego el de la nuca.

Tuvo el tiempo justo para pensar: «Magia». Entonces su poder le dio una información más precisa: «Un brujo del fuego», y todas las llamas se apagaran con un soplido.

Aeduan tomó aire con fuerza dos veces y su brujería de la sangre rugió hasta alcanzar la cima de su poder. Realizó un reconocimiento sanguíneo de todos los invitados que chillaban en el salón de baile, y también de todos los guardias ocultos tras las paredes y en el techo. Solo quería registrar rápidamente los distintos olores para poder

moverse a ciegas.

Y para poder seguir a cualquiera que *también* se estuviera moviendo a ciegas.

Porque alguien había orquestado aquel apagón, y Aeduan supo de inmediato que guardaba relación con la muchacha, Safiya, porque su esencia se alejaba.

También se marchaba una segunda esencia que tenía el aroma acre de los campos de batalla y los cuerpos incinerados. Y una tercera que olía a cumbres montañosas… y a venganza.

Aeduan echó a correr hacia la más cercana de las dos salidas que tenía la falsa pared, y entonces las lámparas se encendieron de nuevo con una segunda oleada de magia que le erizó el vello. Oyó a través de las paredes los suspiros y gemidos de alivio, y por las mirillas se filtraron pequeños haces de luz amarilla.

Aeduan corrió hasta la más cercana, y su mirada voló hacia donde su brujería de la sangre le decía que estaba la muchacha…

Pero no había nadie. Absolutamente nadie. Y donde antes estaba la chica… seguía estando. De algún modo, no se había movido del lado de Henrick. Aeduan se concentró en rastrear su esencia.

Aquella no era la esencia de la muchacha llamada Safiya, sino la de alguien totalmente distinto. Alguien con una sangre más antigua; mucho más antigua, de hecho.

«Brujería del éter», pensó. Y enseguida concretó más: «Un brujo de las ilusiones».

Aeduan estudió el limitado grupo de personas que podía ver y oler desde allí. Pero no había indicios de que alguien estuviera realizando una magia poderosa. Sin embargo, Aeduan no tenía duda de que un brujo de las ilusiones se encontraba en aquella estancia, manipulando lo que veía la gente.

Y tampoco tenía la menor duda de que él era la única persona del edificio, y posiblemente de todas las Tierras Embrujadas, capaz de darse cuenta de lo que estaba pasando. No lo pensaba por arrogancia; era la pura verdad.

Una verdad con la que se ganaba el pan, y que tal vez, después

de esa noche, le daría acceso a patrones más ricos que el maestro gremial Yotiluzzi. Aquella chica era una bruja de la verdad y la futura esposa del emperador cartorriano. Alguien querría saber quién se la había llevado, y seguro que ese alguien pagaría generosamente.

Aeduan se puso en marcha de nuevo con agilidad. La chica estaba llegando al límite de su alcance. Aunque podía rastrearla a largas distancias, era más sencillo si se mantenía a menos de cien pasos.

Pero mientras corría, la persona cuya sangre olía a campos de batalla acres se interpuso en su camino, y con ese hombre llegó el tufo humeante de las auténticas llamas.

El brujo del fuego estaba quemando la entrada de la falsa pared.

Aeduan notó una sutil punzada de miedo. Las llamas… le incomodaban.

Pero apartó el instinto de detenerse, de hundirse en *ese lugar*, y haciendo gala de una gran fuerza mental, recondujo de nuevo su mente hacia lo que era importante e introdujo más poder en sus pulmones.

También se aseguró de abrocharse la solapa antihumo de la capa para que le cubriera la nariz. El refrán que decía que un monje Carawen estaba preparado para cualquier cosa no mentía, y Aeduan llevaba esa frase hasta sus últimas consecuencias. Su blanca capa Carawen estaba hecha de fibras de salamandra, de modo que ningún fuego podía prenderla. Aunque la solapa le impediría utilizar su habilidad para detectar esencias sanguíneas, solo precisaba llevarla puesta el tiempo justo para atravesar las llamas.

Aeduan llegó a la salida, se lanzó de cabeza hacia el fuego y arrojó su primer cuchillo. Después, dando una voltereta para alejarse de las llamas y ponerse de pie, lanzó el segundo.

El brujo del fuego se echó a un lado, ocultándose detrás de una gran maceta del largo vestíbulo del palacio. El segundo cuchillo chocó contra la maceta de arcilla, sacudiendo el arbusto de azaleas que crecía en ella.

Aeduan bajó de un tirón la solapa de su capa, y el olor de la

sangre lo abrumó. Su primer cuchillo debía de haber alcanzado al brujo del fuego. «Bien». Aeduan recorrió el vestíbulo con la mirada. No vio nada, pero presentía que la muchacha casi había llegado a las grandes puertas del fondo.

El brujo del fuego apareció por el lado opuesto de la maceta. Las llamas brotaban de su boca y sus ojos con un rugido, a pesar de la sangre que manaba del cuchillo clavado en su rodilla.

Aeduan nunca había visto nada parecido. No sabía que un brujo del fuego pudiera poseer un poder semejante.

Pero ya habría tiempo para reflexionar sobre eso más tarde. Se apartó de un salto y echó a correr a una velocidad imposible de seguir. Aeduan era capaz de controlar su propia sangre; por tanto, durante breves intervalos de agotadora intensidad, su cuerpo podía alcanzar niveles extremos de velocidad y de poder.

Mientras corría por el suelo de mármol, más siluetas se materializaron delante de él. Salían de detrás de las macetas e incluso descendían desde el techo mediante cuerdas.

Aeduan trastabilló y frenó en seco mientras, por instinto, echaba mano a sus cuchillos arrojadizos.

Pero no. A medida que las figuras sombrías corrían hacia Aeduan, este se percató de que no podía olerías. No tenían esencia, no tenían sangre.

Aquello era obra del brujo de las ilusiones. Aeduan echó a correr de nuevo, acelerando su sangre. Sus pies apenas tocaban el mármol; las sombras se acercaban; las llamas tronaban, abrasadoras y desesperadas, a sus espaldas.

Cuando Aeduan se acercó lo bastante a las puertas de entrada, redujo su velocidad. Al tomar aire y destinar toda su brujería a rastrear a la bruja de la verdad, casi se olvidó de prestar atención a las personas *reales*.

Un error fatal para cualquiera que no fuera un brujo de la sangre. Un cuchillo con empuñadura de oro se hundió en el hombro de Aeduan, y en ese momento, una ira que rara vez liberaba cobró vida… y estalló.

Profiriendo un grito de batalla, Aeduan arrancó su espada de la

vaina y atacó a la persona que tenía delante, la persona cuyo cuchillo arañaba ahora el hueso de su hombro. Un hombre de cabello rubio.

El maestro del gremio de la seda, Alix. Aquel hombre diminuto y afeminado estaba desarmado. Esperando la muerte. Dispuesto a morir.

Pero Aeduan no atacaba a los indefensos. Apenas tuvo tiempo para redirigir su ataque, y su espada pasó silbando junto al hombro de Alix, rozando su túnica de seda.

El maestro gremial se limitó a extender los brazos, como diciendo «mátame», y no abrió los ojos en ningún momento. Su ceño fruncido denotaba concentración, una brujería enfocada en otro lugar.

Y Aeduan olió una esencia sanguínea de tomados y seda, de espejismos e ilusiones tejidas.

Aquel hombre era el brujo de los espejismos. Un hombre con quien el propio amo de Aeduan, Yotiluzzi, había compartido mesa en más de un millar de ocasiones. El hombre que lideraba el gremio de la seda no tenía ninguna conexión mágica con la seda.

Mientras Aeduan lo iba asimilando, comprendió también que había perdido el rastro de Safiya. Esta se había alejado a más de cien pasos, y tendría que rastrearla igual que un perro de caza. Aeduan echó a correr, a ritmo normal esta vez, y salió al exterior… donde le esperaban veinte guardias de la ciudad bajo la deslumbrante luna blanca.

Nada que Aeduan no pudiera manejar. En realidad, era casi ridículo. Veinte hombres no podían detenerlo. Lo único que podían hacer era ralentizarlo, como mucho. Pero mientras la espada de Aeduan describía un arco y su magia se lanzaba hacia el soldado más cercano, y mientras cuatro virotes de ballesta se clavaban en su pecho, se dio cuenta de que aquellos hombres actuaban con la coordinación de un ejército. Cuando Aeduan consiguiera abrirse paso entre todas aquellas espadas, flechas y cuchillos, estaría demasiado agotado como para seguir persiguiendo a Safiya.

Por eso hizo algo a lo que rara vez recurría, aunque solo fuera porque detestaba contraer deudas vitales. Apretó el ópalo azul que le

atravesaba la oreja izquierda y susurró:

—A mí.

Percibió un destello de luz azulada por el rabillo del ojo, y la magia le recorrió el costado con un escalofrío. La piedra hilandera se había activado.

Y todos los monjes Carawen de la zona acudirían en auxilio de Aeduan.

DOCE

Safi corría por el vestíbulo de mármol del Dogo, arrastrada por su tío. Eron a una velocidad que Safi *nunca* había visto en él, y no tenía ni la más remota idea de lo que estaba sucediendo.

Las luces se habían apagado, y entonces Habim le había dado la mano a Safi. De algún modo, tal vez por tantos años agarrando esas mismas manos endurecidas por la empuñadura de la espada, había reconocido a Habim y le había seguido sin rechistar.

Pero las luces habían vuelto a prenderse antes de que ella, Habim o el tío Eron salieran del salón de baile. La mayoría de las miradas seguían clavadas en el lugar que ocupaba Safi antes, y los pocos ojos que miraron en su dirección la pasaron por alto.

Safi se había arriesgado a mirar de reojo hacia atrás… y se había visto a sí misma de pie, exactamente igual que estaba antes de que se apagaran las luces. «¡Falso!», dijo su magia, mientras un estremecimiento le recorría la espalda.

Entonces Habim la había arrastrado hacia el vestíbulo a oscuras, y Safi había tenido que concentrarse en no tropezar con sus faldas plateadas mientras el tío Eron y ella recorrían el vestíbulo a la carrera. Habim se quedó atrás.

—Más deprisa —siseó Eron, sin mirar a su sobrina. Sin darle ni

una mínima explicación de lo que estaba pasando. El tío Eron le había ocultado cosas y había deformado la verdad, sí, pero en el fondo no había mentido. Era medianoche y Safi se marchaba.

Las pisadas de Safi y Eron reverberaban por el vestíbulo como los tambores de la guardia de Veñaza. Se oyó un estallido. Una llamarada.

Pero Safi mantuvo la mirada fija en el cabello encanecido de Eron, y la mente concentrada en dirigir hasta el último gramo de energía y velocidad a sus piernas. No iba a mirar atrás. Se tropezaría si lo intentaba.

Estaban a punto de llegar a las puertas cuando Safi avistó al maestro gremial Alix, sudoroso y concentrado. Pero Safi no tuvo tiempo para preguntarse qué estaba haciendo ni por qué. Se limitó a cruzar el umbral de un salto… y se dio de bruces contra un ejército.

Se le escapó un grito de la garganta, pero Eron atravesó directamente a los hombres… que le fueron saludando uno por uno.

Safi nunca, *nunca* había visto a alguien mostrando respeto por su tío. Estuvo a punto de perder el control de sus pies y sus pulmones. Pero Eron la miró de reojo, y la dureza de sus ojos, el anticipo de una ira que Safi reconocía y entendía, la hizo lanzarse de nuevo a una carrera frenética.

Los pies de Safi no frenaron al llegar al sendero de piedra ni al pasar bajo los jazmines colgantes. Finalmente había alcanzado aquella extraña indiferencia que tan sencilla era de encontrar para Iseult, el lugar que Habim llevaba años intentando enseñarle.

Igual que le había enseñado a defenderse.

Igual que le había enseñado a pelear y a mutilar.

Y a correr como si el vacío le pisara los talones.

Mientras Eron la guiaba por el estrecho camino secundario del jardinero, hacia una anodina puerta de servicio en la verja de hierro que rodeaba el palacio, Safi se dio cuenta de que el tío Eron *nunca* había querido que ella se convirtiera en domna. Cada aspecto de su entrenamiento, cada lección que Mathew y Habim le habían metido en el cerebro a martillazos, había tenido como fin este momento.

El momento en el que sería declarada futura emperatriz de

Cartorra y tendría que huir a todo correr.

Cuando Eron alcanzó la puerta, esta se abrió de par en par; Mathew estaba detrás. Pero Eron no frenó. De hecho, una vez en la calle, aceleró, y lo mismo hicieron Safi y Mathew.

Los oídos de Safi pronto se llenaron con tres respiraciones agitadas. Eran más fuertes que el viento nocturno o que el choque de los aceros; dentro de los muros de palacio se estaba librando una batalla.

Llegaron hasta un cruce, y Eron corrió para ocultarse a la sombra de un soportal. Safi le siguió, parpadeando cuando la luz de la lima dejó de iluminarlos. Después, a medida que sus ojos se acostumbraban, una carreta y un asno aparecieron delante de ella. Un campesino enjuto estaba sentado delante, con pinta de aburrido; llevaba un cargamento de tallos de girasol.

Eron agarró unos cuantos girasoles y les dio la vuelta. Estaban cosidos a una manta de fibras de salamandra.

—Métete debajo —le ordenó Eron, con la voz ronca por el esfuerzo—. Nos ocuparemos del brujo de la sangre, pero hasta entonces tienes que esconderte.

Safi no se metió debajo. En vez de eso, agarró a su tío por el brazo.

—¿Qué está pasando? —preguntó entre jadeos—. ¿Adónde voy?

—Tienes que escapar —respondió él—. No solo de Veñaza; del Imperio dalmotti. Si nos atrapan, nos ahorcarán por traición. —Eron soltó el borde de la manta y sacó una petaca de su chaleco. Bebió un trago, se enjuagó la boca y escupió el líquido sobre los adoquines. Lo hizo tres veces más, mientras Safi lo miraba boquiabierta.

Entonces Eron se revolvió el cabello con la mano y miró con severidad a Safi.

—No nos falles —dijo en voz baja, antes de darse la vuelta y marcharse a trompicones.

Fue como ver el paso de verano a invierno. Eron fon Hasstrel se transformó ante los ojos de Safi. El hombre frío y disciplinado que acababa de ver se convirtió en un borracho risueño de rostro

cansado… y la magia de Safi no reaccionó en absoluto. Era como si ambas versiones de su tío fueran ciertas.

O falsas, porque Safi no sentía nada, ni verdad ni mentira.

En aquel momento, un horror enfermizo y abrasador se adueñó de ella. Su tío *nunca* había sido un borracho. Por inconcebible que resultase, por abrumador y complejo que fuera para su mente, no había forma de negar lo que Safi tenía ante sus ojos. El tío Eron había convencido a Safi, a la magia de Safi y a toda Cartorra de que no era más que un viejo necio y beodo.

Y había utilizado esa mentira para ayudarla a escapar esta noche.

Antes de que Safi pudiera llamarlo e implorarle que le diera respuestas, su silueta se estremeció una sola vez… y se desvaneció. Safi no veía más que adoquines y luz de luna donde antes había estado su tío.

Se giró hacia Mathew.

—¿Adónde ha ido? ¿Es cosa del brujo de las ilusiones?

Mathew asintió.

—Te dije que el plan de tu tío era ambicioso. Tememos… no, *sabemos* que la tregua se disolverá en cualquier momento, sin esperanzas de renovación.

Al ver que Safi sacudía la cabeza, confundida, Mathew suspiró.

—Sé que es imposible que lo entiendas ahora mismo, pero confía en mí: estamos trabajando por la paz, Safi. Pero tu unión con el emperador Henrick lo habría arruinado todo.

—Pero —tartamudeó Safi— *¿por qué* querría Henrick casarse conmigo? Las tierras Hasstrel no valen nada. ¡Y yo tampoco!

Mathew titubeó, desviando la mirada antes de decir finalmente:

—Creemos que el emperador puede haberse enterado de tu brujería.

A Safi se le hizo un nudo en la garganta al intentar decir «¿Cómo?». Llevaba dieciocho años ocultándola, y ningún barda infernal la había atrapado todavía.

—Un matrimonio con Henrick —continuó Mathew— habría supuesto la esclavitud para ti, Safi. No habrías tenido escapatoria. Pero como ni Eron ni yo podemos oponemos formalmente al

enlace, vamos a fingir un rapto. *Por eso* Eron no te advirtió. De haber sabido las intenciones del emperador, no te habrías mostrado lo bastante sorprendida. Henrick y sus bardas infernales habrían sospechado de inmediato.

Safi tragó saliva, o más bien lo intentó. Tenía la garganta atascada. No solo el brujo de la sangre sabía qué era Safi; también el emperador de Cartorra. ¿Quién más lo había averiguado? ¿Quién más vendría a por ella?

—No te preocupes —dijo Mathew, notando claramente su espanto—. Está todo dispuesto, Safi, y te pondremos a salvo.

—La empujó hacia la manta negra, pero ella clavó los pies en el suelo.

—¿Qué hay de Iseult? No pienso abandonarla.

—Habim y yo la encontraremos…

—No. —Safi se desembarazó de su mano, sin importarle el humo que se iba alzando sobre los tejados ni el rugido de la batalla cercana, que crecía cada segundo que permanecía allí—. No voy a marcharme sin Iseult. Dime adonde tengo que ir, y llegaré allí por mi cuenta.

—Después de todo esto, ¿sigues sin confiar en nosotros? —El rostro de Mathew estaba oculto por la oscuridad, pero el dolor de su voz era inconfundible—. Lo hemos arriesgado todo para sacarte de esa fiesta.

—No confío en el tío Eron —dijo Safi—. No después de lo que he visto esta noche.

—Pues *deberías* confiar en él. Construyó una vida de sombras y mentiras, pero nunca te arrastró a ella. ¿Tienes idea de cuánto le costó eso? ¿De cuánto nos costó a todos? —Mathew señaló distraídamente la carreta—. Créeme si te digo que lo único que quiere dom Eron es protegerte. Es lo mismo que queremos todos. Ven, ya no queda tiempo.

Mathew agarró a Safi por el codo, y sus ojos sombríos se clavaron en los de ella.

—Esta carreta te llevará al norte, Safi, hasta un barco. No te apartes de ella hasta que lleguéis allí. Cruzarás el mar en el barco

hasta un lugar llamado Lejna, en los Cien Islotes, y te quedarás esperando en una cafetería, uno de mis establecimientos. Alguien irá a buscarte dentro de cuatro días y te acompañará el resto del camino. Hacia la libertad, Safi, para que no tengas que casarte con Henrick. Y te prometo, por mi vida y por la de Habim, te prometo que traeremos a Iseult con nosotros.

Sus palabras vibraron sobre la piel de Safi; un estremecimiento le recorrió el brazo que Mathew le agarraba. La estaba embrujando. Safi sabía que lo estaba haciendo, porque su brujería de la verdad chillaba histéricamente que aquello era un engaño. Pero la magia de Mathew era más poderosa que la de Safi. Intentar resistirla era como intentar resistir la fuerza de una corriente marina.

Sus pies la llevaron hasta la carreta, su cuerpo se arrastró bajo la manta, y su boca dijo:

—Nos veremos al otro lado del mar, Mathew.

El semblante de su tutor se tensó con una mueca. Safi no supo si era de dolor o de arrepentimiento, porque se hundía bajo el poder de su brujería.

Pero cuando Mathew se inclinó para besarle la frente, Safi no tuvo dudas de que su emoción era de amor. De familia.

Después, Mathew cubrió la cabeza de Safi con la manta, todo quedó a oscuras y la carreta empezó a moverse con un traqueteo.

* * *

A Safi le parecía que llevaba años bajo aquella horrenda manta de salamandra, con el rumor de las hojas de girasol sobre su cabeza. Apenas oía nada más que los cascos del asno y el chirrido de las ruedas; no olía nada más que su propio aliento cálido, y no veía nada más que oscuridad.

Pero la brujería de las palabras de Mathew mantenía su influjo, y las palabras estaban tan profundamente enterradas en su cerebro que tenía que obedecerlas: tenía que quedarse allí tumbada, callada e

inmóvil, mientras la carreta marchaba hacia el norte.

Mathew *nunca* le había hecho algo así. Sí le había soltado alguna que otra frase convincente, pero su brujería de la verdad siempre las había contrarrestado. Aquello, en cambio, tenía tanto poder que seguía sintiendo su influencia una campanada después.

Un grito mudo hervía en el pecho de Safi. Eron la había utilizado. Había ocultado aquel gigantesco secreto solo para que estuviera «adecuadamente sorprendida» en la fiesta. Menuda estupidez. Safi no era una marioneta que pudieran menear sobre un escenario, ni una carta de taro que su tío pudiera jugar según sus caprichos.

¿Y cómo sabía Safi que era verdad que el tío Eron la enviaba hacia la libertad? Estaba claro que su brujería no había servido de nada frente a sus mentiras y sus promesas. Si Eron había retorcido la verdad sobre los acontecimientos de aquella noche con tanta facilidad, podía volver a hacerlo.

Un calor enfermizo llenó la boca de Safi y le recubrió la lengua. Iseult era la única persona en quien Safi podía confiar, y las dos chicas tenían una vida en Veñaza. Una vida sencilla tal vez, pero una de la cual eran dueñas. Safi no podía renunciar a eso.

Pero ¿cuánto tiempo la esperaría Iseult en el faro? Y a propósito, si Iseult estaba en el faro ahora mismo, ¿no significaba eso que Mathew y Habim no sabrían dónde encontrarla? ¿Cómo iban a llevarse a Iseult con ellos si no estaba donde debería estar?

No podían, y por lo tanto era hora de que Safi manejara sus propios hilos. De que volviera a jugar sus propias cartas.

El tiempo pasó, y la determinación de Safi fue creciendo hasta que finalmente la magia de Mathew perdió su influencia. Con movimientos frenéticos y bruscos, Safi se arrastró hasta el borde de la carreta para levantar la manta…

El aire fresco la abrumó, y también la luz de la luna. Safi los asimiló, parpadeando y entornando los ojos, agradecida por poder moverse de nuevo. Las posadas y tabernas con tejados de paja pasaban brincando a su lado. Y también los establos.

Estaba en los límites de Veñaza, donde se acumulaban las

posadas y empezaban a vaciarse las carreteras. Si Safi seguía viajando mucho más, no tendría forma de encontrar una montura, de continuar hacia el norte, hacia el faro. Además, Safi necesitaba un arma. Una chica que viajaba sola con un rico vestido de seda estaba pidiendo a gritos meterse en líos.

Mientras los ojos de Safi recorrían uno de los establos, avistó a un joven palafrenero de aspecto cansado que llevaba de las riendas a un caballo capón gris moteado con la cabeza erguida. El animal estaba alerta y listo para cabalgar.

Y lo que era mejor, había una horca junto a la entrada del establo. No era una espada, y sin duda era más pesada que las armas a las que Safi estaba acostumbrada, pero podría usarla contra cualquiera que se interpusiera en su camino.

Retiró la manta unos centímetros más y se asomó para mirar al campesino que conducía la carreta. Al ver que este no se giraba, Safi se impulsó con los brazos y las piernas y bajó rodando de la carreta. Se quedó inmóvil sobre el barro seco, mientras su cuerpo se reorientaba. No se oía el ruido del océano, pero el ritmo del viento (y el leve tufo a pescado) sugería que la costa estaba cerca.

Aunque no reconoció aquel barrio, Safi supuso que el faro no estaba lejos, a unos pocos kilómetros al norte, como mucho.

Echó a correr hacia el patio de la posada tan deprisa como se lo permitieron sus pies. Miró de reojo la carreta, que continuaba avanzando, y luego al caballo gris, que casi estaba al lado de la puerta del establo.

Safi se detuvo un instante bajo la puerta de la posada para coger la horca. Definitivamente era más pesada que su espada, pero no estaba oxidada y las puntas eran muy aguzadas.

Safi levantó el apero y le agradó comprobar que el palafrenero flacucho la vio llegar corriendo en su dirección. Palideció, soltó las riendas y se apretujó contra la puerta del establo.

—Gracias por ponérmelo fácil —declaró Safi, cogiendo las riendas. El caballo la miró con curiosidad, pero no hizo ademán de echar a correr.

Antes de que Safi pudiera poner el pie en el estribo, sus ojos se

detuvieron en una pequeña vaina de cuero que colgaba del cinturón del muchacho. Volvió a bajar el pie y blandió de nuevo la horca.

—Dame tu cuchillo.

—P-pero es un regalo… —empezó a decir el muchacho.

—¿Te parece que me importa? Si me das el cuchillo, te daré tanta seda que podrás comprarte veinticinco como ese.

El muchacho titubeó (claramente el trato no terminaba de convencerle) y Safi le mostró los dientes. El palafrenero se soltó el cuchillo del cinturón.

Safi lo cogió, clavó la horca en el barro y se agarró las faldas del vestido. Pero el cuchillo estaba bastante romo y la seda era resistente. Tardó demasiados segundos en cortarla con la hoja…

Se oyó un grito de alarma en la posada. El dueño de aquel rucio, fuera quien fuera, había decidido que prefería conservarlo.

Safi arrojó los trozos de seda a la cara del muchacho. Luego, con mucha menos elegancia de la que solía hacer gala al montar a caballo, trepó hasta la silla del capón, agarró bien su nuevo cuchillo, dejó la horca apoyada en el borrén de la silla y salió al galope sostenido.

El dueño del caballo llegó a la puerta justo a tiempo para ver a Safi despedirse con la mano y para oírla gritar:

—¡Gracias!

Le dedicó al hombre una de sus sonrisas más radiantes e hizo girar al caballo hacia el sur, para alejarse de la carreta que seguía rumbo norte. Daría un rodeo por otra calle.

Pero no llegó muy lejos. De hecho, el rucio apenas acababa de galopar hasta la siguiente posada cuando Safi se dio cuenta de que algo iba mal.

Había cinco hombres en la calle, delante de ella. Se colocaron en una hilera perfecta; sus capas blancas ondeaban a sus espaldas y sus vainas y armas tintineaban.

Eran monjes Carawen, y el que estaba situado en el centro iba cubierto de sangre. Incluso tenía astas de flecha sobresaliéndole del pecho, las piernas y los brazos.

«El brujo de la sangre».

Sintió que el estómago se le salía por la boca. Eron había intentado detener al monje… y había fracasado. Con movimientos que se le antojaban increíblemente lentos, Safi tiró de las riendas y orientó al caballo nuevamente hacia el norte. Gracias a los dioses, el animal estaba bien domado. Sus cascos levantaron el barro seco y salió al golpe en la nueva dirección.

Safi no miró atrás; sabía que los monjes la perseguirían. Dejó atrás la última posada, convertida en un borrón, y una inmensa costa pantanosa apareció delante de ella. A lo lejos, la carretera descendía hacia los acantilados y las rocas calizas.

Un momento después, la carreta y el conductor de los que acababa de escapar aparecieron ante ella, y pudo ver una marca de brujo en la mano del hombre. Su forma era tan familiar que la reconoció a pesar de la velocidad. Aquel hombre no era ningún campesino, sino un brujo de la voz.

Safi tuvo el tiempo justo para vociferar:

—¡El brujo de la sangre me persigue! ¡Avisa a mi tío!

Un segundo después, pasó como una exhalación a su lado, en dirección a la carretera vacía e iluminada por la luna.

TRECE

Los gritos las persiguieron durante un rato, y también los retorcidos hilos grises de los violentos, pero solo dos flechas más se clavaron en el escudo de Alma. Y aunque Alma no siguió los caminos nomatsíes, los pasos de su yegua eran seguros.

Iseult y Alma alcanzaron a Gretchya enseguida.

Después de lo que a Iseult le pareció una hora, Alma dirigió a los caballos hacia un gran sauce junto a un riachuelo apacible. Gretchya desmontó la primera; llevaba una vasija de fuego en la mano. Cogote iba a su lado. Rodeó el árbol antes de indicarles que no había peligro.

Iseult se deslizó de la silla del caballo, y a punto estuvo de chocar con su madre. Tenía las piernas de mantequilla, y el brazo…

—Has perdido demasiada sangre —dijo Gretchya—. Ven. —Cogió de la mano a Iseult y la condujo a un mar de ramas colgantes y rumor de hojas. Su alazana las siguió dócilmente, como si conociera el lugar. Sin embargo, Alma tardó un rato en convencer a la pinta robada.

—Lo tenías planeado —graznó Iseult, siguiendo a su madre hasta un tronco de árbol bañado por la luz de la luna.

—Sí, pero no para esta noche. —Gretchya cogió un largo palo

apoyado en el árbol y lo levantó hacia dos bultos escondidos entre las ramas, fuera del alcance y de la vista. Gretchya los golpeó.

¡Pof, pof! Los sacos repletos cayeron a tierra, levantando polvo. Una manzana verde salió rodando de uno de ellos.

Iseult se arrastró hasta las raíces del sauce, apoyando la espalda en el grueso tronco. Cogote se sentó a su lado e Iseult le rascó las orejas con la mano izquierda mientras Alma continuaba persuadiendo a la yegua para que se resguardara bajo las ramas. Todavía llevaba sujeto a la espalda el escudo nomatsí, erizado de flechas.

Aunque Iseult no veía la sangre de su manga derecha con aquella oscuridad, sí que sentía el dolor. «Al menos», pensó distraídamente, «el corte de la mano ya no me duele».

Después de hurgar en los sacos, Gretchya regresó junto a Iseult, llevando la manzana polvorienta y un morral de curandera de cuero. Limpió la manzana en su corpiño.

—Come.

Iseult la cogió, pero apenas se la había llevado a la boca cuando su madre le tendió un colgante. Un pequeño cuarzo rosa que colgaba de un cordón trenzado.

—Póntela —le ordenó Gretchya, agachándose al lado de Iseult.

Pero Iseult no cogió el collar. Una manzana era una cosa, pero las piedras doloras eran escasas y costaban cientos de piestras.

Gretchya le lanzó la piedra al regazo con impaciencia; el cuarzo desprendió una tenue luz rosada. Al instante, el dolor retrocedió e Iseult volvió a respirar con normalidad. Ya se sentía capaz de pensar.

No era de extrañar que esas piedras fueran adictivas.

Iseult miró a Alma de nuevo; estaba de pie, junto a las ramas más periféricas del sauce, dándoles la espalda a Iseult y a Gretchya. Montaba guardia mientras los caballos pacían algo de hierba.

—Corlant —empezó a decir Iseult mientras Gretchya se acercaba a su costado, con una lanceta en una mano y unos paños de lino en la otra— quería matarme. ¿Por qué?

—No lo sé —titubeó Gretchya—. Su… supongo que piensa que tu llegada significaba que Alma y yo nos marcharíamos. Creo que

adivinó nuestros planes, y confiaba en que nos quedáramos en el asentamiento si te ahorc… —Se interrumpió, humedeciéndose los labios, y no terminó la frase.

Antes de que Iseult pudiera replicar que las medidas de Corlant parecían excesivas si solamente pretendía retener a Gretchya en la tribu, su madre estaba cortando el asta de flecha que sobresalía del brazo de Iseult. Luego agarró la punta de la flecha del lado opuesto… y tiró de ella.

La sangre empezó a manar al ritmo del corazón de Iseult, pero ella no lo notaba. Se limitó a mordisquear su manzana, acariciando de cuando en cuando la cabeza de Cogote y viendo trabajar a su madre.

A continuación le puso ungüentos de bruja sanadora para evitar las infecciones y cremas para acelerar la curación. Eran sustancias caras, pero antes de que Iseult pudiera protestar, Gretchya empezó a hablar e Iseult se fue rindiendo a la voz familiar e imperturbable de su infancia.

—Alma y yo empezamos a hacer los preparativos para escapar poco antes de que te fueras, hace seis años y medio —le explicó Gretchya—. Reunimos piestras y gemas, una por una. Después, una por una, las fuimos cosiendo en nuestros vestidos. Fue un trabajo lento. Corlant solía merodear por allí, y entraba en la casa cuando quería. Pero también se ausentaba a menudo, y desaparecía del asentamiento durante varios días seguidos.

»En esas ocasiones, Alma venía hasta aquí con la yegua para dejar suministros. Trajo nuestras últimas cosas ayer mismo. Nuestro plan era huir dentro de cuatro días. Le debo a la Madre Luna mil gracias por no habernos ido antes de tu llegada.

De algún modo, entre todas aquellas palabras, las que brillaban con más fuerza para Iseult eran las no pronunciadas.

—¿Lo planeasteis todo… antes de que yo me marchara de la tribu? ¿Por qué me tuve que ir? ¿Por qué no vinisteis conmigo? ¿P-por qué no me avisasteis c-cuando os visitaba?

—Controla tu lengua, Iseult. —Gretchya le lanzó una mirada severa—. Puede que no te des cuenta, pero tardé años en planificar

tu marcha. Tuve que buscarte alojamiento en Veñaza. Tuve que encontrarte trabajo. Y todo ello sin que Corlant se diera cuenta. Cuando Alma y yo decidimos marchamos también, hicieron falta más años de planificación. Habríamos ido a buscarte, Iseult. A Veñaza. ¿Por qué te has ido de allí? —quiso saber.

—Me… metí en problemas. —Iseult notó que su tartamudeo estaba agazapado y listo para saltar, así que mordió la manzana para disimular—. El asentamiento era el único escondite que se me ocurría…

—Deberías haberte quedado en la ciudad, tal y como te dije. Te ordené no volver jamás.

—Me lo «ordenaste» hace tres años —replicó Iseult—. P-perdóname por haber enredado tu meticulosa trama.

Su madre le siguió vendando el brazo, pero con más brusquedad y tensión. Sin embargo, no sintió dolor, y por suerte ella no hizo más alusiones a su tartamudeo.

—Nos marchamos a Saldónica —dijo finalmente Gretchya—. Puedes venir con nosotras.

Iseult alzó las cejas. Saldónica estaba al otro lado del mar Jadansi. Era una dudad estado salvaje, un hervidero de comercio ilegal y de todos los delitos imaginables.

—¿Por qué allí?

Alma carraspeó y abandonó su puesto de vigilancia junto a las ramas.

—Tengo parientes que viven en las montañas Sirmayas. Su tribu viaja a Saldónica todos los años.

—Mientras tanto —añadió Gretchya— venderemos piedras hilanderas. Por lo visto la demanda está creciendo en Saldónica.

—Los piratas también necesitan amor. —Los labios de Alma formaron aquella sonrisa suya tan sincera y miró de reojo a Gretchya, como si aquella fuera una broma que solo conocían ellas dos.

Y el dolor que se fraguaba en la garganta de Iseult creció. Apenas podía tragar la manzana.

Gretchya cerró su bolsa de curandera.

—Tenemos suficiente dinero ahorrado para comprar tres pasajes para Saldónica, Iseult. Pensábamos invitarte.

A Iseult le costaba trabajo creerlo, aunque no tenía ni idea de lo que sentían su madre y Alma en aquel momento. Ni idea de qué colores teñían sus hilos, qué emociones estaban conteniendo.

Pero de todas formas no importaba, porque Iseult tenía sus propios planes. Una vida propia que construir con Safi.

—No puedo acompañaros —dijo Iseult.

—Si no vienes con nosotras, ¿adónde irás? —Gretchya se puso de pie con naturalidad y casi… con alivio. Esto era lo que ella siempre había querido: una hija como Alma. Una auténtica bruja de los hilos.

—Safi me espera cerca de aquí.

—No es verdad —le espetó Alma, y con la mano extendida, se acercó rápidamente a Iseult.

En la palma de la mano tenía un rubí resplandeciente. La segunda piedra hilandera.

Iseult se atragantó y soltó la manzana. Sacó su piedra hilandera, que también brillaba con una luz roja. Safi estaba en peligro.

Iseult se puso en pie de un salto. La piedra dolora cayó de su regazo, y una terrible agonía la sacudió.

Primero llegó el dolor, en una gran oleada descendente. Luego el agotamiento, que convirtió su cuerpo en un haz de paja. Se tambaleó y cayó en brazos de Gretchya. Pero antes de que perdiera el equilibrio del todo, antes de que se recostara en el hombro de su madre y se desmayara, Alma cogió el collar del suelo y se lo puso a Iseult.

Alivio instantáneo. Un alivio sorprendente y terrorífico.

Y mientras Iseult se apartaba de su madre, Gretchya se volvió hacia Alma.

—¿Puedes percibir la ubicación de Safi?

Alma asintió, y apretó la piedra en su mano hasta que le palidecieron los nudillos. Después señaló al sudeste.

—Por allí. Pero se dirige rápidamente al norte. Debe de correr un gran peligro.

—Iremos allí —afirmó Gretchya, acercándose a la yegua—. Tenemos dos sables y el arco…

—No. —Iseult se irguió. Una brisa penetró bajo el sauce, agitando las ramas y su cabello recién cortado. De algún modo, esa ráfaga de viento fresco y frío consiguió que Iseult recuperara por fin el control de su lengua. De su corazón—. Por favor, seguid vuestro plan y marchaos a Saldónica. —Los dedos de Iseult rodearon la piedra dolora para devolverla.

—Quédatela. —Gretchya tocó la muñeca de Iseult—. Si no, nunca llegarás hasta Safiya.

—Y llévate a Alichi —dijo Alma, señalando a la yegua gris—. Conoce el terreno.

—Me basta con la pinta.

—No, no te basta —le soltó Gretchya, e Iseult se estremeció. La voz de su madre reflejaba una emoción real—. Alichi está descansada y conoce el camino. Te llevas a Alichi, la piedra dolora y algo de dinero. Y un sable. —Gretchya tiró de Iseult en dirección a la yegua—. ¿O prefieres un arco? También puedes quedarte el escudo.

—Estaré bien.

—¿Cómo voy a saberlo? —Gretchya se volvió hacia Iseult con una mirada severa—. No sabía si volvería a verte. ¿Crees que me resultó fácil dejarte marchar? ¿Crees que me resulta fácil ahora? Pero te quería demasiado como para retenerte dentro de esos muros. —Su madre se acercó, hablando velozmente y en tono insistente—. Te llevarás a Alichi e irás a rescatar a Safiya, como has hecho siempre. Te irás de mi lado otra vez, porque estás destinada a grandes cosas, a más de lo que yo puedo ofrecerte. Y como siempre, rezaré a la Madre Luna por que te mantenga a salvo.

Le puso las riendas a Iseult en la mano izquierda, pero Iseult se dio cuenta de que sus dedos habían dejado de funcionar. Su voz también, porque ahora había un agujero profundo y abierto donde antes había estado su corazón.

—Toma. —Alma apareció al lado de Iseult y le tendió un sable enfundado en una sencilla vaina con cinturón.

Pero Iseult no podía contestar. Todavía no se había repuesto de las palabras de su madre. Alma abrochó el cinto alrededor de las caderas de Iseult y le colgó del cuello la segunda piedra hilandera. Las dos intensas luces rojas parpadeaban sobre la tenue luz rosada del cuarzo. Después agarró a Iseult por el brazo izquierdo.

—La tribu de mi familia se llama Korelli —dijo Alma—. Viajan a Saldónica a finales de otoño. Pregunta por ellos si vienes alguna vez. Espero que vengas.

Iseult no contestó, y no tuvo tiempo para regodearse en su confusión, porque en unos segundos estaba sentada y agarrada al cuello de la yegua, con el sable retirado hacia atrás para que no estorbara.

—Ven a buscarme —dijo Gretchya—. Por favor, Iseult. Hay muchas cosas que no te he contado acerca de… *todo*. Ven a buscarme algún día.

—Lo haré —murmuró Iseult. Después, sin otra palabra, sin otra mirada, hundió los talones en los flancos de Alichi y las dos se marcharon en busca de Safi.

* * *

Iseult y Alichi llegaron a la carretera sin demasiados problemas. Tal y como había prometido Alma, Alichi conocía la ruta y avanzaba con seguridad. Cogote la siguió durante unos minutos, pero finalmente se rindió.

El corazón de Iseult se estremecía con cada paso que daba el perro mientras ella se alejaba, y se despidió de él con la mano cuando finalmente se detuvo.

Un cuarto de hora después, las praderas plateadas se convirtieron en marismas y bancos de arena iluminados por la luna. La brisa empezó a oler a sal y a azufre, y un amplio camino de tierra apareció ante ella.

Pero en lugar de chasquear las riendas de la yegua para que

corriera a galope tendido, Iseult detuvo al animal. Estaba justo al norte del cruce cubierto de maleza en el que había conocido a la monja de cabello plateado, una mujer tan distinta de aquel brujo de la sangre como el éter del vacío.

Entonces, las orejas de la yegua se giraron hacia el sur. Alichi presentía que tenían compañía. Iseult miró hacia el horizonte y vio que por la carretera se acercaban al galope un caballo y su jinete. Iseult distinguió el inconfundible halo del cabello rubio de Safi. Pero también pudo ver las inconfundibles capas blancas de cuatro mercenarios Carawen a menos de medio kilómetro de ella.

¿En qué llamas infernales se había metido Safi? ¿Y cómo iba Iseult a sacarlas de esta?

Iseult cerró los ojos y tomó aire tres veces, para encontrar ese lugar en el que nunca conseguía quedarse cuando su madre o Alma estaban cerca. Alichi se agitó, nerviosa y claramente dispuesta a alejarse de lo que fuera que se acercaba. Iseult le dio la razón a la yegua. Los caballos no podían galopar eternamente, e Iseult estaba segura de que sería difícil detener a cuatro monjes Carawen sin un baluarte.

Y qué mejor baluarte que el faro.

Iseult avanzó a galope sostenido. Necesitaba la velocidad perfecta para que Safi…

—¡Aparta! —chilló la voz de Safi—. ¡Quita de en medio, pedazo de idiota!

Iseult se volvió una única vez para exclamar:

—¡Safi, soy yo! —Acto seguido salió a galope tendido, justo cuando Safi aparecía a su lado.

Galoparon codo con codo.

—¡Siento haberte hecho esperar! —rugió Safi para hacerse oír sobre el ruido de cuatro tiempos de aquella vertiginosa carrera. Traía las piernas desnudas, el vestido de seda hecho jirones y una horca de labranza pegada al estómago—. ¡Y perdona por lo que traigo pegado al trasero!

—¡Menos mal que tengo un plan! —le respondió Iseult. No oía a los monjes que las perseguían, pero sí sentía sus hilos. Estaban

tranquilos y preparados—. El faro está lo bastante cerca como para hacernos fuertes allí.

—¿La marea está baja?

—¡Debería estarlo!

Los hilos blancos de Safi parpadearon con el gélido color azul del alivio. Miró de reojo a Iseult antes de fijar la vista otra vez en el camino.

—¿Dónde está tu pelo? —exclamó—. ¿Y qué te ha pasado en el brazo?

—¡Me he cortado el pelo, y me han disparado una flecha!

—¡Por los dioses del subsuelo, Iseult! ¡Nos separamos unas horas y toda tu vida se cae de bruces por las puertas infernales!

—Yo podría decirte lo mismo a ti —respondió Iseult, aunque no era fácil gritar y cabalgar al mismo tiempo—. ¡Cuatro enemigos pisándote los talones y un vestido echado a perder!

Los hilos de Safi se tiñeron de un rosa casi divertido, pero luego se inflamaron con el naranja del pánico.

—Espera, ¿solo hay cuatro Carawen?

—¡Sí!

—Debería haber un quinto. —Los hilos de Safi brillaron con más intensidad—. Y es él, el brujo de la sangre.

Iseult soltó un juramento, y una abrumadora oleada gélida dio al traste con su calma. Si un soldado como Habim no había logrado detener al brujo de la sangre, Safi y ella no tenían la menor oportunidad.

Pero al menos el faro estaba empezando a tomar forma en la distancia: sus recias paredes estaban separadas del camino por una larga franja de playa y por la marea que se retiraba. Los caballos saltaron a la costa y a las olas, y el agua salada las salpicó. La vieja torre con sus bálanos y sus heces de gaviota solo estaba a treinta pasos de distancia… a veinte… a cinco…

—¡Desmonta! —gritó Iseult, tirando de las riendas con mucha más fuerza de la necesaria. Bajó del caballo y, con manos casi temblorosas, desenvainó el sable. Safi aterrizó junto a ella, con el agua por los tobillos y aferrando su horca.

Y entonces, sin decir palabra, las dos chicas se colocaron en posición defensiva, de espaldas a la torre, y esperaron a que los cuatro monjes que galopaban por la playa las alcanzaran.

CATORCE

El Jana se deslizaba por las aguas costeras sin que su casco, habitualmente quejumbroso, emitiera apenas sonido. Merik sujetaba con fuerza la gastada caña del timón, guiando el buque de guerra desde el alcázar. A su lado estaban Kullen y tres brujos de las mareas.

Como uno solo, Kullen y los oficiales entonaban un cántico entre dientes, con los ojos abiertos de par en par tras los cristales de sus anteojos de viento. Las lentes les protegían del aire embrujado, y la saloma marinera que cantaban los mantenía concentrados. Normalmente Ryber se habría ocupado de tañer el tambor de viento con el mazo no embrujado, para dar a los hombres un ritmo que cantar. Y normalmente la tripulación al completo estaría bramando aquella saloma.

Pero esta noche hacían falta sigilo y silencio, de modo que los cuatro hombres eran los únicos que cantaban, mientras el viento y las mareas que invocaban impulsaban el barco hacia delante. El resto de la tripulación de Merik estaba sentada de brazos cruzados en la cubierta principal, ya que la magia hacía todo el trabajo por ellos.

Merik miraba de reojo a Kullen cada poco tiempo, aunque sabía que su hermano de hilos lo detestaba. Pero Merik también detestaba

ver cómo se hinchaba el pecho de Kullen, cómo boqueaba como un pez; los ataques tenían tendencia a aparecer siempre que Kullen invocaba más magia de la que debía.

Y ahora mismo, a juzgar por cómo el Jana volaba por la superficie del mar, Merik estaba seguro de que Kullen estaba desatando un poder inmenso.

Merik y sus hombres habían abandonado el palacio del Dogo antes de lo planeado. Tras el desastroso cuadripaso nubrevnés, Merik había preferido estar en cualquier sitio antes que en la fiesta. Su magia había estado fuera de control, su temperamento había estallado en sus venas… y todo por aquella cartorriana de ojos de tormenta.

Aunque nunca lo habría admitido, claro. En vez de eso, le echaba la culpa de su temprana marcha al nuevo trabajo que le había encargado dom Eron fon Hasstrel.

Aquel hombre había llegado en el momento perfecto, y la conversación subsiguiente había sido más fructífera de lo que Merik se habría atrevido a soñar.

Dom Eron era soldado; su porte y su voz hosca eran claros indicios de ello, y a Merik le había caído bien desde el primer momento.

Sin embargo, Eron no era un gran negociador. Por muy bien que le cayera, Merik se había guardado de decirle a dom Eron que su propuesta le beneficiaba mucho más a él.

Lo único que Merik tenía que hacer era transportar a una única pasajera (la sobrina o la hija de dom Eron, o algo parecido) hasta una ciudad portuaria abandonada en el extremo occidental de los Cien Islotes. Siempre que la mujer llegara ilesa a Lejna (dom Eron había hecho especial hincapié en la palabra «ilesa»), el documento embrujado que ahora se encontraba sobre la mesa de Merik se consideraría cumplido, y podrían iniciarse las negociaciones con los granjeros Hasstrel.

Era un milagro. El comercio cambiaría por completo su nación: se reducirían los muertos por inanición y mejorarían sus negociaciones en la Cumbre de la Tregua. A Merik ni siquiera le

molestaba tener que navegar otra vez hasta Veñaza después de descargar a la chica Hasstrel en el muelle de Lejna. ¿Para qué servían los brujos de las mareas y del viento, si no para cruzar el Jadansi en apenas unos días?

Merik y dom Eron habían firmado el contrato, y en cuanto el hombre se marchó, Merik hizo llamar a Hermin a su camarote.

—Informa a Vivia de que la empresa pirata ya no es necesaria, y menciona también que el barco mercante dalmotti acaba de abandonar el puerto veñaziano. Por si decide no dar su brazo a torcer.

Tal y como Merik había supuesto, Vivia no estaba dispuesta a abandonar sus planes, pero no pasaba nada. Merik podía seguir mintiendo. Pronto abriría una línea comercial, y eso era lo único que importaba.

—¡Almirante! —La voz aguda de Ryber atravesó los pensamientos de Merik.

Kullen y los demás brujos se estremecieron, y Merik soltó un juramento. Había ordenado guardar silencio, y su tripulación sabía cuál era su castigo para los desobedientes.

—No os detengáis —le dijo a Kullen en un murmullo, y mientras sus dedos jugueteaban con los faldones de la camisa, rodeó la rueda del timón y bajó del alcázar. Los marineros lo observaron boquiabiertos mientras caminaba a grandes zancadas. Varios hombres levantaron la vista hacia la cofa; Ryber agitaba los brazos frenéticamente, como si Merik no tuviera claro cuál era el puesto de la grumete.

Mañana le pondría los grilletes a Ryber, eso estaba claro. No le importaba que Kullen y ella fueran hilos del corazón, solo que Ryber siguiera siendo una marinera competente. Pero aquello era una desobediencia directa, y se había ganado seis horas amarrada con los grilletes, sin agua, comida ni sombra.

—¡Almirante! —Una voz distinta recorrió la cubierta, una voz cascada: la de Hermin—. ¡Almirante! —bramó de nuevo.

Merik casi perdió el control de su propia voz. ¿Dos de sus mejores marineros infringían las normas? Diez horas con los

grilletes. Cada uno.

Los pies descalzos de Ryber golpearon la cubierta.

—¡Una batalla, señor! En un viejo faro cercano.

A Merik no le importaban los viejos faros. No sabía qué batalla había visto Ryber, pero no era problema suyo.

—Señor —resopló Hermin, cojeando hasta Merik. El pie rengo del brujo de la voz apenas podía seguirle el ritmo al pie sano, pero caminaba tan deprisa como podía—. Señor, un mensaje del brujo de la voz de Eron fon Hasstrel. —Tomó aire—. Nuestra pasajera ha escapado. Fue vista por última vez a caballo, al norte de la ciudad, y se dirigía a un viejo faro. Los hombres de Hasstrel no pueden llegar hasta la domna a tiempo. Todo depende de nosotros.

—¿Monjes Carawen? —le preguntó Ryber a Hermin, antes de volverse hacia Merik—. Porque eso es lo que he visto con el catalejo, almirante. Dos personas luchando contra cuatro monjes.

—Sí, son los Carawen —asintió Hermin—. Y si no rescatamos a la pasajera, cualquier acuerdo se considerará anulado.

Durante medio segundo, Merik se quedó mirando fijamente a Hermin. A Ryber. Después, la ira de los Nihar lo dominó. Inclinó la cabeza hacia atrás y soltó un rugido, apretando los puños.

Por lo visto, la batalla en el viejo faro *sí* que era problema suyo, y ya no había la menor razón para ser sigilosos. Necesitaba el documento de Hasstrel impoluto. Estaba hechizado con brujería de las palabras, de modo que si Merik no cumplía los requisitos del contrato, su firma se desvanecería sin más de la página.

Y un acuerdo comercial no rubricado era inútil.

Bramando a los remeros para que se colocaran en posición, Merik giró sobre sus talones y regresó con los oficiales. No habían interrumpido su magia concentrada, aunque habían virado el rumbo. El Jana navegaba ahora hacia el oeste, hacia la costa. Hacia el faro.

—Quietos —ordenó Merik.

Cuatro bocas se detuvieron en mitad de la saloma. El viento amainó… y se desvaneció. El Jana siguió avanzando, pero su velocidad aminoró inmediatamente.

Merik miró fijamente a Kullen. El labio del primer oficial estaba

perlado de sudor, pero no mostraba signos de agotamiento.

—Voy a desembarcar —dijo Merik—. El navío queda bajo tu mando. Quiero que lleves al Jana tan cerca del faro como te lo permita el calado. —Kullen inclinó la cabeza y se llevó el puño al corazón—. Que Ryber vigile con el catalejo —prosiguió Merik—. Cuando haya alejado de esos monjes a la pasajera, te haré una señal de viento. En ese momento, quiero que traigas a la pasajera a bordo. En cuanto ponga un pie en cubierta, ordena a los remeros y a los brujos de las mareas que se pongan en marcha.

Merik no esperó a oír la respuesta de Kullen antes de caminar hacia la amurada. A sus espaldas, los brujos de las mareas y Kullen reanudaron la saloma marinera. El viento y las corrientes volvieron a crecer.

Merik se apoyó en la regala, hinchando el pecho al máximo. Después exhaló con fuerza y volvió a inhalar, expandiendo los pulmones.

El aire empezó a girar en tomo a sus piernas, y su magia se concentró en su interior. Las ráfagas de aire crecieron en velocidad y fuerza.

Y los pies de Merik se despegaron del suelo.

Le lagrimearon los ojos. El viento salado le entraba por la nariz y la garganta. El corazón amenazaba con salírsele del pecho.

Durante aquellos breves instantes, cuando toda su brujería del viento estaba concentrada en una única columna de aire bajo sus pies, cuando se elevaba hacia el cielo con la facilidad de un petrel sobre las olas… se sentía invencible. Una criatura de júbilo, fuerza y poder.

Después su altura descendía en picado. Caía hasta casi tocar el mar y conservaba la energía gracias al movimiento natural del aire, pues sus poderes eran limitados y su magia se agotaba deprisa. No podía mantener el vuelo mucho tiempo.

El faro se acercaba más y más. El agua perdió profundidad y las olas se coronaron de espuma blanca.

Ya estaba lo bastante cerca de la torre como para ver a dos muchachas que aparecían por un lateral. Subían por unos escalones

que Merik ni siquiera había visto.

Una iba vestida de negro y blandía una espada corta.

Y la otra era una chica vestida de blanco plateado…

Una chica que Merik reconoció al instante, incluso desde lejos. Incluso con la mitad del vestido rasgado. Tuvo el tiempo justo para maldecir a Noden (y también su trono de coral) antes de centrar toda su atención en frenar el aterrizaje…

Y en hacer trizas a cualquier monje que se atreviera a acercarse a su pasajera.

QUINCE

La Dama Fortuna había querido que Aeduan fuera el único Carawen incapaz de encontrar un caballo. Su magia los había guiado, a él y a los demás Carawen, hasta las afueras de Venaza. Al llegar a un grupo de posadas, la bruja de la verdad había aparecido cabalgando por la calle. Aeduan no había tenido más que señalarla con el dedo. Los cuatro monjes se habían colocado en formación y había dado comienzo la verdadera persecución… al menos para los otros Carawen, que habían «tomado prestados» fácilmente sus caballos de las primeras dos posadas.

Cuando Aeduan encontró por fin una yegua picaza frente a una taberna, los demás ya le llevaban por lo menos cinco minutos de ventaja. Por suerte, Aeduan era buen jinete y la yegua se fiaba de él. Como todos los caballos.

Poco después, recorría al galope la larga carretera costera; las flechas que llevaba todavía clavadas en el pecho rebotaban y le estorbaban. Eran flechas arponadas, y si se las arrancaba solo lograría abrirse más la carne. Su cuerpo se curaría automáticamente, pero era un derroche de energía que prefería invertir en la persecución.

Aeduan llegó hasta una carreta que avanzaba hacia el norte a

toda velocidad. Olía levemente a la bruja de la verdad, y Aeduan entrevió una manta bajo unos tallos de girasol.

Una sonrisa de satisfacción afloró a sus labios. Era una manta de fibras de salamandra. Si la muchacha hubiera permanecido debajo, tal vez Aeduan no habría sido capaz de volver a captar su rastro.

Peor para ella.

Aeduan no tardó en adelantar a la carreta y a su asustado conductor, y durante varios minutos de velocidad extrema y estimulante, no existieron nada más que la yegua y él.

Después apareció una torre, una mancha oscura contra el cielo nocturno. Aeduan la habría pasado por alto de no haber sido por las cuatro siluetas blancas junto a las ruinas de piedra y por los caballos sin jinete que galopaban hacia él.

Cuando Aeduan se dirigía hacia las olas, su yegua decidió que el rumbo de aquellos caballos era mejor. Aeduan no intentó persuadirla de lo contrario. Sus botas golpearon el agua con un chapoteo y echó a correr.

Estaba a mitad de camino cuando los cuatro Carawen rodearon la torre y desaparecieron detrás del edificio. Momentos después, una figura bajó desde el cielo. «Un brujo del viento».

Aeduan rodeó la torre… y un vendaval se estrelló contra él. A duras penas logró agarrarse a las piedras del faro antes de que dos monjes pasaran volando a su lado, en medio de un torbellino de aire y agua. El viento se los llevó a veinte pasos, a cincuenta… Cayeron a la playa como marionetas… y probablemente tardarían bastante en levantarse.

Mientras el viento amainaba, deslizándose sobre las suaves olas, Aeduan se puso en pie de nuevo y siguió corriendo hasta unas escaleras. El rastro de la bruja de la verdad ascendía por ellas, así que Aeduan lo siguió.

Solo había recorrido un tramo de escalones cubiertos de bálanos cuando dos monjes aparecieron en su camino, tambaleándose. Aeduan agarró la capa del primero.

—¿Qué sucede?

El monje se estremeció, como si Aeduan acabara de sacarlo de

un trance.

—Cahr Awen —dijo con voz ronca—. Las he visto. Debemos retiramos.

—¿Qué? —Aeduan retrocedió—. Es imposible…

—Cahr Awen —insistió el monje—. ¡Hombres, retirada! —dijo después, con un rugido que pasó por encima de Aeduan, del ruido del viento y de las olas. El monje liberó su capa de manos de Aeduan, y descendió por las escaleras.

Aeduan observó con horror como el segundo monje le seguía.

—Necios —gruñó Aeduan—. ¡Necios! —Subió de un salto los últimos escalones, llegó hasta el piso superior… y frenó en seco.

La muchacha nomatsí estaba allí, vestida de negro y agazapada en posición de guardia baja, blandiendo un sable; la hoja se alzaba trazando un arco de acero plateado, mientras su vestido negro de bruja de los hilos se agitaba en la misma dirección… Y a su lado, erguida y con un vestido blanco, estaba Safiya, lanzando un golpe descendente con una horca, tan veloz que el arma no era más que una estela de metal oscuro que contrastaba vivamente con sus faldas blancas y rasgadas que se agitaban hacia abajo.

Era el círculo del movimiento perfecto. El círculo de quien trae la luz y quien da la oscuridad, del creador del mundo y el destructor de sombras. De la iniciación y la culminación.

Era el símbolo de los Cahr Awen.

«Cahr Awen».

En aquella eterna décima de segundo, mientras todas las imágenes se agolpaban en la mente de Aeduan, este se preguntó si era posible, si aquellas dos muchachas de luz de luna y de sol *podrían* ser la mítica pareja que su monasterio había protegido antaño.

Pero entonces las muchachas se separaron, y un brujo del viento apareció entre ellas. El hombre, vestido con un uniforme naval nubrevnés, se encorvaba como si estuviera demasiado agotado para pelear. Su rostro estaba oculto en sombras, mientras flexionaba los dedos y el viento se arrastraba lentamente hacia él.

Aeduan se maldijo a sí mismo. Era normal que esas chicas se parecieran a los Cahr Awen, cuando tenían columnas de aire

girando a su alrededor.

—¡Atrás! —gritó la bruja de la verdad—. ¡No te acerques!

—¿O qué? —murmuró Aeduan. Levantó el pie para avanzar…

Y la chica nomatsí le contestó:

—O te decapitaremos, brujo de la sangre.

—Buena suerte. —Avanzó un paso, y Safiya cargó contra él, blandiendo la horca.

—¡Aléjate de nos…!

Su voz se rasgó en cuanto Aeduan tomó el control de su sangre.

Era su arma secreta. Solamente empleaba la manipulación sanguínea en los casos más extremos. Tenía que aislar los componentes de la sangre de Safiya: las montañas y los dientes de león, los acantilados y los bancos de nieve, y después inmovilizarlos. Era una tarea agotadora, y requería aún más energía y concentración que sus acelerones de alta intensidad. Aeduan no podía controlarla durante mucho tiempo.

El cuerpo de Safiya se quedó rígido, con la horca extendida como una alabarda. Parecía atrapada en el tiempo. Ni siquiera podía mover los ojos.

Aeduan corrió hacia Safiya a toda velocidad. Pero justo cuando iba a alcanzarla, cuando ya se agachaba para cargársela sobre los hombros sin dejar de moverse, el brujo del viento actuó.

El hombre levantó los brazos, y tanto él como Safiya salieron volando de la torre, transportados por un viento rugiente. El aire proyectó a Aeduan hacia atrás, contra el borde de la torre.

Y Aeduan perdió el control de la sangre de Safiya.

Echó a correr de nuevo, tan deprisa como pudo. Safiya estaba a tres metros de altura; volaba de espaldas, y sus extremidades y sus faldas se agitaban salvajemente. Sus gritos se oían por encima del viento:

—¡Iseult! ¡Iseult!

Si Aeduan se daba prisa, podría saltar dentro de la columna de viento del brujo y…

Un cuerpo le embistió. Cayó de costado, y a duras penas logró dar una voltereta para recuperar el equilibrio antes de que la

muchacha nomatsí le cayera encima.

Pero Aeduan ya se estaba dando la vuelta, buscando con los dedos una muñeca o un codo que partir, buscando con su brujería una sangre que paralizar.

Pero sus dedos se cerraron en el aire vacío, y su brujería de la sangre no encontró nada. La muchacha ya se había desembarazado de él y corría hacia el borde de la torre.

Iba a saltar. Aeduan sabía que iba a saltar.

De modo que él también se puso en pie y corrió tras la muchacha llamada Iseult.

La chica llegó hasta el borde del faro y saltó.

Aeduan alcanzó el borde y saltó a su vez.

Y cayeron. Juntos. Tan cerca que Aeduan podría haberla agarrado de haber querido.

Pero era como si ella lo supiera. Como si lo hubiera planeado así.

Durante una caída de apenas un segundo, la muchacha se revolvió, sus piernas se enlazaron en las de Aeduan e invirtió la posición de sus cuerpos…

Aeduan chocó de espaldas contra la arena, con tanta fuerza que todo se volvió negro. Notó vagamente como la muchacha aterrizaba sobre él. Las puntas de flecha se clavaron más profundamente, aplastándole las costillas y los pulmones. Sentía dolor por todas partes. Sus órganos… estaban todos destrozados.

Y estaba bastante seguro de que también se había partido el espinazo.

Nunca le había pasado.

Las olas se deslizaron sobre su piel. Pasó un segundo. Aeduan empezaba a pensar que tal vez saldría de esa con vida…

Hasta que sintió una explosión negra en el pecho.

Aquella explosión apartó todos los demás dolores, y Aeduan abrió los ojos de par en par. La empuñadura de su propio estilete le sobresalía del corazón. Tenía la capa y la túnica demasiado sucias como para distinguir si había sangre, pero sabía que tenía que haberla. Su corazón palpitaba con tanta fuerza que su poder no

lograba contener la sangre.

Pero no pudo sacarse el cuchillo. No pudo hacer nada, porque no podía moverse. Definitivamente, se había partido el espinazo.

Aeduan levantó la mirada; su visión se deformó y emborronó… antes de transformarse en un rostro.

Un rostro de sombras y luz de luna a menos de medio metro de distancia del suyo. Los labios de la chica temblaban con cada respiración agitada. Su cabello ondeaba con la brisa, con la brisa natural, y sus muslos temblaban; Aeduan sentía la vibración en sus costillas rotas.

No veía ni oía a nadie más. Para él, ellos dos eran los únicos que quedaban vivos en aquella batalla.

En el mundo entero.

Entonces, la mirada de Aeduan se detuvo en una piedra dolora que colgaba del cuello de la muchacha. Su brillo rosado se desvanecía, casi había desaparecido, y notó por la tensión de su rostro que estaba herida. Gravemente.

Sin embargo, la muchacha tuvo fuerzas para desenvainar un ancho cuchillo rectangular que colgaba del tahalí de Aeduan. Logró arrastrarlo hasta su cuello y mantenerlo allí.

La hoja temblaba en contacto con su piel.

La chica le había apuñalado en el corazón con su propio estilete, y ahora iba a decapitarlo.

Pero el cuchillo se detuvo; la muchacha llamada Iseult se estremeció y su piedra dolora resplandeció con un tenue brillo rosa… antes de apagarse por completo.

Un gemido brotó de sus labios. Casi cayó de bruces, y Aeduan entrevió la herida de su brazo derecho. Los vendajes estaban cubiertos de sangre. De una sangre que debería ser capaz de oler.

—No… tienes… esencia —logró decir Aeduan. Notaba como su propia sangre cálida le cubría los dientes y le resbalaba por las comisuras de la boca—. No puedo oler… tu sangre.

Ella no respondió. Estaba totalmente concentrada en sujetar el arma.

—¿Por qué… no puedo olerte? Dímelo… —Aeduan no estaba

seguro de por qué quería saberlo. Si ella le cortaba la cabeza, moriría. Era la única herida de la que un brujo de la sangre no podía recuperarse.

Y sin embargo, no era capaz de dejar de repetir la pregunta.

—¿Por qué…? —Brotó sangre con aquella pregunta, salpicando la hoja del cuchillo. Una gota cayó en la mejilla de la muchacha—. ¿Por qué… no…?

Ella apartó la hoja de su garganta, aunque con dificultad, arañándole la piel y arrastrándola, como si estuviera demasiado cansada para levantarla.

El corazón ensartado de Aeduan se estremeció. Era una extraña sensación, mezcla de alivio y confusión, que manaba junto con la sangre de su boca. La muchacha no iba a matarlo. No tenía ni idea de por qué.

—Hazlo —dijo con voz ronca.

—No. —Ella negó con la cabeza con un movimiento brusco.

Entonces, un viento, un viento denso y antinatural, cayó sobre ellos. Apartó el cabello del rostro de la chica, y Aeduan se aseguró de fijarse en cada detalle.

Tal vez no hubiera sido capaz de olfatear su sangre, pero la recordaría. Recordaría esa mandíbula redondeada que no casaba del todo con la barbilla afilada. Recordaría su nariz respingona y sus pecas pálidas. Sus ojos rasgados de gato. Sus pestañas cortas y su boca menuda.

—Te perseguiré —gruñó Aeduan.

—Lo sé. —La muchacha soltó el cuchillo sobre la arena y se apoyó en el pecho de Aeduan para ponerse de pie. Le crujieron las costillas y se le encogió el estómago. La muchacha pesaba, y los órganos de Aeduan estaban hechos puré.

—Te mataré —continuó.

—No. —La chica entornó los ojos; terminó de incorporarse y la luz de la luna cayó sobre ella—. N-n-no… —Tosió y se secó la boca —. No creo que lo hagas.

Parecía que pronunciar esas palabras requería toda su concentración, y con un gesto de frustración, los dedos de la

muchacha se cerraron de nuevo en tomo al estilete.

Hundió la hoja más profundamente en el corazón de Aeduan.

En contra de su voluntad más desesperada y salvaje, en contra de todos sus instintos, que le ordenaban a gritos que permaneciera alerta, Aeduan cerró los párpados durante medio segundo de agonía. Un gemido se deslizó sobre su lengua.

En aquel momento, el peso que sentía sobre su cuerpo desapareció. Unos pasos chapotearon en el agua, alejándose de él.

Cuando sus ojos se abrieron, no vio ni rastro de la muchacha, aunque tampoco podía girar la cabeza para buscarla.

Entonces una ola lo cubrió, y Aeduan se hundió bajo la espuma del mar.

DIECISÉIS

El viento rugía en los oídos de Safi mientras volaba. Los ojos le lagrimeaban, su falda revoloteaba, y no tardó en desistir de seguir gritándole al príncipe Merik que diera media vuelta. No podía oírla.

El océano era un borrón luminoso y trémulo bajo sus pies; Safi pensó vagamente que debería estar disfrutando de aquello. Al fin y al cabo, estaba volando.

Pero no disfrutaba. Lo único que le importaba era Iseult, que se había quedado atrás. Con el brujo de la sangre.

En el fondo de su mente se agitaban otros pensamientos. Por ejemplo, por qué el príncipe Merik se la estaba llevando del faro. Cómo era posible que hubiera llegado en el momento idóneo.

Pero Safi volaba tan deprisa hacia aquel buque de guerra nubrevnés de casco afilado que eso engulló el resto de sus preocupaciones.

Los remos describían círculos, los marineros vestidos de azul caminaban de un lado a otro por cubierta, y el atronador ruido de un tambor castigó los oídos de Safi. Justo cuando pensaba que se iba a estampar contra la cubierta y a romperse todos los huesos, su velocidad aminoró y aterrizó con suavidad.

Dos segundos después, Safi había recuperado el equilibrio y

estaba de pie. Y un segundo más tarde localizó al príncipe Merik. Estaba subiendo al alcázar cuando Safi le agarró de la pechera y empezó a zarandearlo.

—¡Llévame de vuelta!

Él no se resistió, sino que señaló hacia la costa.

—Mi primer oficial trae a tu amiga.

Safi siguió la dirección que señalaba su dedo. En efecto, el hombre alto y rubio centraba toda su atención en una silueta que volaba hacia ellos.

«Iseult».

Pero la hermana de hilos de Safi parecía inerte. Mientras Safi echaba a correr hacia el primer oficial, empezó a bramar, reclamando a gritos un sanador, un cirujano, alguien que pudiera ayudarla.

El primer oficial depositó suavemente a Iseult sobre el alcázar con su magia, y Safi se acercó de inmediato. Recostó la cabeza de Iseult sobre su regazo y le palpó el cuello con los dedos, rezando por que tuviera pulso… Sí, sí. Era débil, pero ahí estaba.

Sin embargo, bajo la intensa luz de la luna, era imposible no reparar en la creciente mancha roja del brazo de Iseult o en la piedra dolora apagada que llevaba al cuello.

Por el rabillo del ojo, Safi vio varias figuras que se movían. El príncipe, el primer oficial y otros marineros se acercaban. Entonces vio un destello blanco y oyó la voz de una mujer.

—¡Traed mis cosas!

Safi se dio la vuelta y vio a una monja Carawen que subía por la escotilla desde las cubiertas inferiores.

—Aléjate de esa chica —le ordenó la mujer.

Pero Safi no se movió. Después de haber sido perseguida por los Carawen, no estaba dispuesta a dejar que una Carawen se acercara. Si aquellos cuatro monjes colaboraban con el brujo de la sangre, seguramente aquella también lo hiciera.

La mujer tenía el cabello plateado, pero su piel iluminada por la luna era la de alguien de la edad de Mathew o Habim. Desenvainó su arma con el gesto de una espadachina tan diestra como ellos.

—Atrás, muchacha.

—¿Para que puedas terminar lo que han empezado los otros monjes? No, gracias. —Con un veloz movimiento, Safi desenvainó el sable del primer oficial y giró en redondo, descargando un tajo contra la monja Carawen… que eludió hábilmente el ataque de Safi y le golpeó en la rodilla con el plano de su espada.

—Que alguien la detenga —exclamó la monja.

Y de repente, Safi se quedó sin aire.

Intentó hinchar los pulmones, apretar el estómago, hacer *algo* para recuperar el aliento, pero no había aire que respirar.

Con un sencillo remesón, la monja le arrebató la espada de las manos a Safi. El sable repiqueteó sobre la cubierta de madera y Safi se llevó las manos a la garganta. Las estrellas parpadeaban en sus ojos. El primer oficial era un brujo del aire absoluto, y estaba exprimiendo el aire de los pulmones de Safi.

En ese momento, mientras a Safi le flojeaban las rodillas y todo se oscurecía, Merik apareció sobre ella, con expresión severa pero no cruel.

—Evrane no le hará ningún daño a tu amiga. Es sanadora, domna. Una bruja sanadora del agua.

Safi se agarró la garganta, incapaz de hablar. De respirar.

—Si prometes comportarte —continuó—, Kullen te devolverá el aire. ¿Me lo prometes?

Safi asintió desesperadamente, pero era demasiado tarde. Su cuerpo estaba demasiado famélico de aliento, y la oscuridad se apoderó de ella.

* * *

Cuando Safi despertó, sentía la lengua torpe y pegajosa. Por encima de ella se oían pisadas y el chapoteo del agua contra la madera rechinante; llegó a su nariz un denso olor a sal y a brea. Durante unos momentos, no distinguió más que una habitación

oscura. Un débil rayo de luz solar se filtraba por una ventana, a su izquierda. Después la habitación se aclaró y Safi vio a Iseult echada en un camastro atornillado al suelo, en el rincón opuesto. Tenía los ojos cerrados y respiraba ásperamente.

Safi bajó de un salto del catre en el que la habían tendido a ella, y a punto estuvo de caer cuan larga era cuando se le subió la sangre a la cabeza.

—¿Iseult? —Se acuclilló junto a su hermana de hilos. Iseult tenía el rostro perlado de sudor y la piel aún más blanca que de costumbre. Cuando Safi le puso la mano en la frente, notó que le ardía.

Safi solamente había visto tan malherida a Iseult en una ocasión, cuando se había partido la espinilla, pero aquello era peor. Ahora no tenían a Mathew ni a Habim para ayudarlas. Safi e Iseult estaban solas. Completamente *solas*, en un barco desconocido, sin nadie de su lado.

Y nada de todo aquello tenía sentido. Iseult había mencionado que le habían disparado una flecha, pero Safi no tenía ni la más remota idea del cómo, del dónde ni del porqué.

El pestillo de hierro de la puerta se levantó. Safi se quedó inmóvil; todo a su alrededor pareció paralizarse. Entonces, la monja de capa blanca entró. Lentamente, como si tuviera delante a un animal salvaje, levantó la mano en dirección a Safi. Su piel tostada por el sol estaba marcada con el triángulo invertido de la brujería del agua, y un círculo que indicaba su especialidad: los fluidos corporales. Safi fijó su mirada y su magia en la mujer, y cuanto más la miraba, más claro tenía que el corazón de la sanadora era sincero.

Sin embargo, Safi no se decidía a confiar del todo en… ¿cómo la había llamado el príncipe? «Evrane». A Safi la habían engañado demasiado últimamente. De momento, observaría cómo trabajaba la monja y aprovecharía para recabar toda la información posible.

Safi se puso de pie y se apartó de Iseult, levantando las manos en actitud sumisa.

—No voy a interferir. Pero asegúrate de curarla.

—Hará cuanto esté en su mano —dijo una voz distinta. Merik

apareció en el umbral, mientras la monja caminaba rápidamente hacia Iseult.

Safi sonrió al príncipe, mostrándole los dientes en actitud apática e *inofensiva*.

—Me preguntaba cuándo aparecerías, príncipe. ¿Te importa decirme dónde estamos?

—En el Jadansi occidental. Lleváis cuatro horas a bordo. —Caminó recelosamente hacia el centro de la estancia, como si no fuera tan tonto como para fiarse de la conducta de Safi. Vestía una sencilla levita azul marino sobre una camisa y unas calzas limpias. Hasta ese momento, Safi no había reparado en su propia roña. Tenía el vestido hecho jirones y manchado, y llevaba demasiado al aire las pantorrillas y los muslos sucios de barro.

Entonces, más deprisa (y más sigilosamente) de lo que Safi habría podido esperar, Merik se acercó a ella, le retorció los brazos detrás de la espalda y le puso algo frío en la garganta. Le llegó un olor a sándalo y limón.

Pero Safi no se amilanó. Se limitó a ladear la cabeza.

—¿Te das cuenta de que tu hoja sigue envainada? —dijo lentamente.

—¿Y tú te das cuenta de que aun así podría matarte con ella? —El aliento de Merik le hacía cosquillas en la oreja—. Ahora dime, domna. ¿Te buscan las autoridades? ¿Las autoridades de alguna nación?

Safi entornó los ojos. Merik había estado en el baile. Había oído el anuncio de su compromiso… ¿o no? Safi no lo había visto entre la multitud, así que tal vez hubiera abandonado el salón de baile antes de la declaración de Henrick.

Safi tanteó con su magia, en busca de algún indicio de la verdadera naturaleza de Merik. Su poder la recorrió de inmediato, cálido y áspero al mismo tiempo. Una contradicción de verdades y falsedades. Tal vez Merik entregaría a Safi al emperador Henrick si tenía la oportunidad… o tal vez no.

Safi no podía arriesgarse. Pero antes de que pudiera hablar, Merik presionó la daga con más fuerza contra su piel.

—Tengo una tripulación que proteger, y también una nación. Tu vida no significa nada en comparación con eso. Así que no me mientas. ¿Te buscan?

Safi titubeó, pensando si estaría poniendo en peligro a la flota de Merik. El tío Eron había preparado su huida de forma que pareciera un rapto, según le había contado Mathew. Pero por lo que sabía, era imposible que el emperador Henrick pudiera averiguar adonde se habían llevado a Safi.

Levantó la barbilla, exponiendo todavía más la garganta.

—Tu estrategia deja mucho que desear, príncipe. Si hubiera alguien siguiéndome, no tendría incentivos para contártelo.

—Entonces supongo que es mejor que te mate.

—Hazlo —le retó ella—. Rájame el cuello con esa daga envainada. Me encantaría ver cómo te las apañas.

El semblante de Merik no se inmutó. Y la daga tampoco.

—Primero cuéntame por qué te seguían los Carawen.

Los hombros de la monja se tensaron, y Safi miró la capa blanca que le cubría la espalda.

—No tengo ni idea, pero podrías preguntárselo a esa Carawen de allí. Tiene pinta de saberlo.

—No lo sabe. —La voz de Merik denotaba impaciencia—. Y harías bien en dirigirte a ella como es debido. Es la monja Evrane, hermana del rey Serafín de Nubrevna.

Vaya, ese *sí* que era un dato útil.

—Entonces, si la monja Evrane es la hermana del rey —musitó Safi— y el rey es tu padre… ¡Vaya, la monja Evrane debe de ser tu tía! Qué bien.

—Me sorprende —dijo Merik— que hayas tardado tanto en deducirlo. Incluso una domna de Cartorra debería estar bien educada.

—Nunca me ha interesado mucho estudiar —replicó ella, y Merik soltó un resoplido de risa.

Pareció pillar por sorpresa al propio Merik, y también irritarle, porque recompuso su expresión bruscamente y apartó el arma envainada.

Safi hizo crujir la mandíbula y estiró los hombros.

—Eso sí que ha sido un duelo entretenido. ¿Lo repetimos mañana?

Merik la ignoró y, con la mano libre, sacó un paño de su abrigo y limpió la vaina grabada.

—En este barco, mi palabra es ley, domna. ¿Lo entiendes? Tu título no significa nada aquí.

Safi asintió, luchando contra la imperiosa necesidad de poner los ojos en blanco.

—Pero estoy dispuesto a ofrecerte un trato. No te cargaré de cadenas si prometes dejar de actuar como un perro salvaje y te comportas como la domna que se supone que eres.

—Pero, príncipe —Safi bajó los ojos, parpadeando con indolencia—, pensaba que mi título no significa nada aquí.

—Me lo tomaré como un «no», pues. —Merik se dio la vuelta, como dispuesto a marcharse.

—Trato hecho —escupió Safi, viendo que era el momento de ceder—. Tenemos un trato, príncipe. Pero, para que lo sepas, sería un gato.

El príncipe frunció el ceño.

—¿El qué sería un gato?

—Si me comparas con un animal salvaje, prefiero ser un gato. —Safi mostró los dientes—. Una leona de la montaña, de esas que comen pececillos nubrevneses.

—Hmm. —Merik se rascó la barbilla—. Creo que nunca he oído hablar de semejante bestia.

—Entonces supongo que soy la primera. —Safi agitó la mano con desdén antes de regresar junto a Iseult.

Pero Evrane le hizo un gesto para que se detuviera.

—Estáis demasiado sucia para estar aquí, domna. —Hablaba con voz áspera, pero no brusca—. Si de verdad queréis ayudar a vuestra amiga, id a lavaros. Merik, ¿te encargas de que se ocupen de ella? —Miró de reojo a su sobrino, que ya se dirigía hacia el umbral.

—Llámame almirante Nihar —la corrigió el príncipe—. Al menos mientras estemos en el mar, tía Evrane.

—¿Ah, sí? —preguntó la monja con calma—. En ese caso, llámame monja Evrane. Al menos mientras estemos en el mar.

Safi tuvo el tiempo justo para ver como la expresión de Merik se agriaba antes de que el príncipe saliera. Safi se apresuró a ir tras él.

* * *

Salir al exterior por las escaleras de la escotilla resultó ser más difícil de lo que Safi esperaba, tanto por las agujetas que tenía como por el implacable castigo del sol de la mañana. Siseando y frotándose los ojos, caminó a trompicones por la cubierta pulida. Tenía las piernas entumecidas por la falta de uso, y en cuanto conseguía apoyarse con firmeza sobre la madera, el barco gemía y se escoraba hacia el lado opuesto.

El príncipe iba delante de ella, conversando con su primer oficial, Kullen. Safi se protegió los ojos del sol con la mano. «Memoriza el terreno». Había poco que ver salvo las olas: únicamente en el horizonte oriental se avistaba una abrupta franja de tierra que separaba el mar del cielo despejado.

Safi eludió a los marineros que lampaceaban la cubierta; otros trepaban por las jarcias y tensaban los cabos, siguiendo los hoscos bramidos de un hombre mayor y cojo. Aunque algunos se detuvieron para saludar a su príncipe, no todos lo hicieron. Un hombre en concreto captó la atención de Safi, pues su brujería se estremeció nada más verlo, como diciendo que no era de fiar. Corrupto.

—Sucia amiga de matsíes —le soltó el hombre al pasar.

Ella le respondió con una sonrisa, asegurándose de recordar su rostro de mandíbula cuadrada.

No tardó en llegar hasta la popa del barco (contó treinta pasos), y se refugió bajo la agradable sombra de la toldilla. Merik abrió una puerta y le murmuró algo a Kullen. El primer oficial le saludó y regresó por donde había venido, levantando la voz con sorprendente

ferocidad.

—¿Acaso te he dado permiso para cucar el ojo, Leeri? ¡Ya dormirás cuando estés muerto!

Con los oídos pitándole por el rugido de Kullen y la vista emborronada por la falta de luz, Safi se detuvo en el umbral hasta que la estancia empezó a tomar forma.

Era un camarote elegante, muy distinto de lo que ella habría imaginado para un hombre austero como Merik. De hecho, el príncipe parecía tenso e incómodo mientras la esperaba junto a una mesa decorada con intrincados grabados y varias sillas de respaldo alto.

—Cierra la puerta —le ordenó. Safi lo hizo, pero tensó los músculos. Aunque hubiera bailado y luchado con ese hombre, no por ello se fiaba de estar a solas con él.

«Falso», replicó su poder, mientras una sensación de calma le recorría el pecho. «Merik no te hará daño».

Safi se tranquilizó… ligeramente. Tal vez no quisiera hacerle daño físicamente, pero todavía no sabía si era un aliado o un enemigo.

Merik señaló vagamente hacia el fondo del camarote.

—Ahí tienes agua para lavarte y un uniforme.

Safi siguió la dirección de su dedo hasta una colección de espadas relucientes expuestas en la pared del fondo. Debajo de las espadas había un pequeño tonel y unas toallas blancas sobre una cama baja.

Le dieron igual el agua y las toallas; lo que le resultaba intrigante eran las espadas. Estaban sujetas a la pared, pero le sería sencillo soltarlas. Solo si le hacía falta una, por supuesto.

Merik malinterpretó la mirada de Safi, porque su expresión se relajó.

—Mi tía es buena sanadora. Ayudará a tu hermana de hilos.

«Verdad».

—¿Y qué hay de ti, príncipe? ¿Matarás a Iseult por ser nomatsí?

Los labios de Merik se abrieron de sorpresa. De repugnancia.

—Si odiara a los nomatsíes, domna, la habría matado nada más

verla.

—¿Y tus hombres? —insistió Safi—. ¿Le harán daño a Iseult?

—Cumplirán mis órdenes —contestó.

Pero a Safi no le gustó el estremecimiento de su magia tras esa respuesta. No era cierto del todo. Empezó a dar golpecitos en el suelo con el pie descalzo.

—¿Me darás zapatos nuevos?

—No he encontrado ningunos de tu talla. —Merik se alisó la pechera de su camisa de algodón—. De momento, irás descalza. ¿Sobrevivirás?

—Sí.

Habim había insistido en que Safi endureciera sus pies contra los elementos. «Nunca se sabe en qué circunstancias te puedes encontrar», decía siempre. «El calzado debería ser un lujo, no una necesidad». Al menos una vez al mes, insistía en que Safi e Iseult pasaran un día entero descalzas, así que las dos tenían los pies tan curtidos que habrían podido caminar sobre brasas encendidas. O… por lo menos sobre arena *muy* caliente.

Merik gruñó, casi con gratitud, y le hizo un gesto a Safi para que le acompañara junto a la mesa. Ella obedeció, pero se aseguró de quedarse en el lado opuesto. Con las espadas a su alcance, por si acaso todo se iba al traste (ocurría mucho últimamente) y Safi tenía que abrirse paso por el barco luchando.

—El Jema está aquí. —Merik colocó una réplica del Jana, del tamaño de una moneda, sobre el mapa. Como si fuera un imán, el barco se deslizó por el papel y se detuvo cerca de la costa oriental del estrecho mar Jadansi—. Nos dirigimos aquí. —Merik agitó los dedos (unos dedos gráciles a pesar de su aspereza) y una suave brisa hinchó las velas del Jana en miniatura. Avanzó por el mapa, pasando junto a otro barco diminuto antes de parar al lado de una serie de islas—. Hay una ciudad en los Cien Islotes llamada Lejna, y me han encargado llevarte allí. Deberíamos llegar mañana.

—Los Cien Islotes —repitió Safi en voz baja—. ¿Y qué esperas que haga cuando llegue allí?

—Solamente me han dicho que te deje en Lejna. No tengo ni

idea de por qué, ya que es una ciudad fantasma, pero la recompensa es demasiado buena para ignorarla: un acuerdo comercial con los Hasstrel.

Safi alzó las cejas.

—¿Eres consciente de que nuestras tierras prácticamente pertenecen a la corona, de que nuestros granjeros se mueren de hambre y de que no tenemos dinero?

—Cualquier contrato —dijo Merik, tensando la mandíbula— es mejor que lo que tiene Nubrevna actualmente. Si puedo abrir líneas comerciales con una sola hacienda cartorriana, lo haré.

Safi asintió distraídamente, sin escucharle. Al decir la palabra «contrato», los ojos de Merik se habían desviado hasta un pergamino enrollado al borde de la mesa. Pero antes de que Safi pudiera preguntar, su estómago gruñó.

—¿Qué hay del rancho, príncipe?

—¿No te atiborraste bastante en el baile? —Merik sonrió.

Pero Safi no pudo devolverle la sonrisa. La fiesta y el cuadripaso nubrevnés parecían haber ocurrido hacía una eternidad.

Como si le leyera la mente, la sonrisa de Merik flaqueó. Se tironeó del cuello de la camisa.

—No sabía que eras tú, domna. De haber sabido en el baile que serías mi pasajera… —Se encogió de hombros mientras reflexionaba, antes de dar voz a sus pensamientos—: Supongo que te habría llevado al Jana, ahorrándonos tiempo y problemas a ambos. Pero tu nombre no apareció en mi contrato embrujado hasta que me marché de la fiesta. E incluso entonces, seguía sin saber que tú eras la domna de Hasstrel.

Safi asintió. No le sorprendía. Eron la necesitaba en la fiesta para que fuera su mano derecha distractora. Su plan nunca habría funcionado si Merik se la hubiera llevado demasiado pronto.

Y más importante aún, Merik nunca habría accedido a llevarse a Safi de haber sabido con quién terminaría comprometida.

Se hizo el silencio, roto únicamente por el crujido de la madera y las voces de los marinos. Merik volvió a concentrarse en los mapas y Safi no pudo resistirse a estudiar su silueta.

Aunque sabía que Merik debía de tener la edad de Leopold, parecía mucho mayor. Tenía los hombros anchos y altos, los músculos desarrollados y la piel oscurecida y curtida por el sol. En aquel momento, una arruga triangular se hundía entre sus cejas: fruncía el ceño a menudo.

Merik se tomaba en serio sus obligaciones como príncipe y almirante. A Safi no le hacía falta su magia para darse cuenta, y un inesperado temor le atenazó el pecho. No quería que Merik saliera malparado por culpa de las maquinaciones de su tío. Por lo que sabía, tanto ella como Merik no eran más que marionetas, naipes que otros jugaban en contra de su voluntad.

«La reina de los murciélagos y el rey de los zorros», fantaseó. «O quizás no seamos ninguna carta de taro, sino dos simples arlequines bufonescos», pensó después, amargamente.

Merik se recolocó el cuello de la camisa y miró de reojo hacia la puerta.

—El rancho está de camino, domna, así que lávate. Y por el bien de ambos, frótate bien. —Volvió a sonreír débilmente antes de abandonar el camarote. Safi lo miró mientras se marchaba, y esperó hasta que se hubiera ido del todo.

La puerta se cerró. En menos de un segundo, Safi se abalanzó sobre el pergamino y lo desenrolló.

Escrito con una caligrafía que le resultaba familiar, leyó exactamente lo que Merik le había dicho:

Este acuerdo se establece entre Eron fon Hasstrel y Merik Nihar de Nubrevna. Merik Nihar dará pasaje a Safiya fon Hasstrel, desde Veñaza, ciudad del Imperio dalmotti, hasta Lejna, en Nubrevna. Una vez que la pasajera llegue sana y salva al séptimo embarcadero de Lejna, se iniciarán las negociaciones para un acuerdo comercial.

Todas las negociaciones de la segunda página de este contrato quedarán anuladas en caso de que Merik Nihar no lleve a la pasajera a Lejna, en caso de que se derrame la sangre de la pasajera o en caso de que la pasajera muera.

Safi echó un vistazo a la segunda página, repleta de palabras aburridas como «importaciones» y «valor de mercado». Frotó las páginas entre sus dedos. Eran delgadas y ligeras.

«Brujería de las palabras». Y como la caligrafía pertenecía sin ninguna duda a Mathew, Safi sabía quién era el autor de esa magia.

Era un documento del mismo tipo que la Tregua de los Veinte Años. Cuando se cumpliera el trato, Merik y el tío Eron podrían alterar el texto del contrato y negociar aunque los separaran grandes distancias.

Safi le dio la vuelta al documento para ver el final. Tenía la fórmula habitual (idéntica, de hecho, a la última página del documento de la tregua):

> *Si ambas partes están conformes, deben suscribir este acuerdo. En caso de que alguna de las partes incumpla los términos acordados, su nombre desaparecerá del presente documento.*

Alguien llamó a la puerta.

Safi dio un respingo y volvió a enrollar bruscamente las páginas.

—¡Un momento!

—Traigo comida —respondió una voz amortiguada tras la puerta.

«Kullen». El bruto del primer oficial. Safi arrojó el contrato sobre la mesa antes de salir corriendo hacia el fondo del camarote. Empapó un paño en el tonel de agua y respondió:

—¡Adelante!

Safi endureció su expresión. Cooperaría con sus nuevos aliados, pero a la primera señal de peligro, al primer *indicio* de que Kullen podría volver a arrebatarle el aliento, Safi tomaría el control. Tenía espadas a su alcance… y un contrato que decía que su sangre no debía ser derramada.

DIECISIETE

Merik paseó por la cubierta superior del Jana, frunciendo el ceño bajo el tórrido sol. Llevar a Safiya fon Hasstrel hasta Lejna sin incidentes podría resultar más difícil de lo que había planeado. Se comportaba igual que luchaba, igual que bailaba: llevando a los demás al límite para ponerlos a prueba.

Y no le ayudaba nada que las piernas de Safiya hubieran estado a la vista desde su rescate, unas piernas notablemente más blancas que sus brazos y su rostro. Esa palidez distraía y ponía nervioso a Merik. El hecho innegable de que estaba viendo piel destinada únicamente a los ojos de un amante.

Merik suspiró con fuerza. Pensar en Safiya fon Hasstrel en términos íntimos no era prudente. Cuando pensaba en ella, o simplemente estaba *cerca* de ella, la ira de los Nihar se encendía. Hervía y burbujeaba rápidamente.

Desde que el temperamento de Merik había estallado en el comedor del Dogo, sentía en sus venas una energía latente que le hacía respirar aguadamente. Que le hacia querer invocar vientos huracanados. Era la misma rabia salvaje que de niño liberaba con demasiada facilidad. Ahora no podía rendirse a ella, aunque solo fuera porque le hacía parecerse demasiado a Vivía. Desenfrenado.

Violento.

A Merik no le gustaba el desenfreno. No le gustaba el mar picado. Le gustaban el orden, el control y los faldones de la camisa bien colocados. Le gustaban las olas apacibles, los cielos despejados y la certeza de que su furia estaba a muchos kilómetros de distancia.

Por tanto, Merik iba a tener que evitar a Safiya en la medida de lo posible, por muy fácil que le resultara a la muchacha arrancarle una sonrisa o una carcajada. Y por mucho que le distrajeran sus piernas desnudas.

Los marineros de Merik que estaban más cerca, tripulantes de su barco anterior, dejaron de lampacear para saludarle con movimientos enérgicos y sinceros; le seguirían hasta su tumba marina.

Merik les saludó con una corta inclinación de cabeza antes de que su mirada se desviara hacia el timonel, un brujo de las mareas. *Aquel* hombre pertenecía a la tripulación del rey Serafín, y como la mayor parte de los antiguos hombres del rey, no tenía en muy buena estima a Merik. Pero al menos cumplía órdenes y mantenía el rumbo del Jana.

De momento.

Merik examinó cuidadosamente la arboladura. Los mástiles, las jarcias y las velas parecían en orden, así que bajo a las cubiertas inferiores por la escotilla.

Cuando entró en el camarote de pasajeros, encontró a su tía jugueteando con su pendiente de ópalo.

—Acabo de hablar con el brujo de la voz Hermin —dijo en voz baja—. Ha conseguido contactar con el brujo de la voz del monasterio Carawen. Resulta que los monjes del faro tenían órdenes de capturar a la domna con vida, pero en cuanto la vieron, casi todos se retiraron.

—¿Por qué? —preguntó Merik, mirando de reojo a Iseult, que dormía en su camastro. Le resultaba incomprensible que alguien pudiera temerla. Aunque, pensándolo mejor, él había visto muchas caravanas nomatsíes de niño y por eso estaba acostumbrado a su palidez cadavérica y su cabello negro como la pez.

Su tía no respondió. Merik se volvió hacia ella; estaba sacudiendo la cabeza.

—Lo único que sé con seguridad es que todavía hay un monje Carawen que persigue a la domna. Se llama Aeduan, y trabaja para el mejor postor. —Suspirando ruidosamente, Evrane se acercó a la ventana y entornó los ojos, mirando el sol—. Mientras él siga vivo, las chicas estarán en peligro… porque Aeduan es un brujo de la sangre, Merik.

Merik echó la cabeza hacia atrás.

—¿Existen? —Al ver el sombrío asentimiento de su tía, recordó la pelea en el faro. Había supuesto que los ojos rojos del joven monje y la parálisis de Safiya eran producto de su imaginación, fruto de la locura del momento.

Pero no. Era todo real. Los brujos de la sangre eran reales.

—De todas formas —dijo Merik despacio— ese brujo de la sangre no podrá alcanzarnos antes de que lleguemos a Lejna. Y cuando hayamos desembarcado a la domna, el monje dejará de ser problema nuestro.

Evrane alzó las cejas.

—¿Dejarías a esas muchachas a merced de un lobo con tanta facilidad?

—Para proteger a mi tripulación, sí. Para proteger a Nubrevna.

—Pero una tripulación entera podría hacer frente a un hombre solo. Aunque sea un brujo de la sangre.

—No sin sufrir bajas, y no puedo poner en riesgo a mis marineros por dos muchachas, por muy desesperadamente que necesitemos ese contrato. Cuando hayamos desembarcado a la domna, ella y su amiga dejarán de ser problema mío.

—¿Tanto tiempo ha pasado desde la última vez que te vi? —Las mejillas de Evrane se sonrojaron—. Si piensas que tu padre te respetará más por actuar igual que Vivia, por abandonar a dos chicas indefensas, tal vez no te convenga buscar el respeto de tu padre.

Durante un largo momento, solo se oyeron el gemido de las tablas del barco y el chapoteo de las olas.

—No tienes derecho —le espetó Merik por fin— a compararme

con Vivia. Para ella, la tripulación es pasto para los peces; para mí, son mi familia. Ella recurre a la piratería para alimentar a Nubrevna; yo busco soluciones permanentes. —Merik iba levantando la voz mientras hablaba; su ira ardía con más fuerza. Con más luz—. Domna fon Hasstrel nos ofrece una de esas soluciones, y será muchas cosas, pero no es ninguna chica indefensa. Así que protegeré a mis hombres, con uñas y dientes, y dejaré que la domna se las arregle por sí sola.

Iseult, echada sobre el jergón, se agitó en sueños, y la respiración de Merik se relajó. Obligó a su temperamento a sumergirse. Su tía tenía buena intención y motivos de sobra para no querer que Merik se comportara como su hermana.

—Por favor —concluyó Merik—, recuerda que la Marina nubrevnesa no suele dar pasaje a monjes ni a nobles exiliados, y si Padre descubre que te he dejado subir a bordo… bueno, puedes imaginarte su reacción. No hagas que me arrepienta de mi decisión de llevarte. Protegeré a domna Safiya hasta que se cumpla el contrato de Hasstrel, y la llevaré hasta Lejna por cualquier medio que esté en mi mano. Pero a la primera señal del brujo de la sangre, mis hombres tienen prioridad.

Durante varios segundos, Evrane se quedó inmóvil y en silencio, mirando fijamente a Merik. Pero después suspiró y se dio la vuelta.

—Sí, almirante Nihar. Como deseéis.

Merik observó su cabeza plateada mientras Evrane se acercaba al camastro y se arrodillaba junto a Iseult. El impulso de disculparse le picaba en la garganta; la necesidad de asegurarse de que Evrane comprendiera por qué tomaba esas decisiones.

Pero hacía mucho tiempo que Evrane tenía claras sus ideas sobre la familia Nihar. Su relación con el rey Serafín no era mejor que la de Merik con Vivía. Peor, incluso.

Mientras Merik salía del camarote y regresaba arriba, pensó cuál sería la mejor forma de enfrentarse al brujo de la sangre, si es que ese hombre seguía con vida. Parecía que la única estrategia era llegar hasta Lejna en el menor tiempo posible. Aunque Merik era reacio a hacerlo, iba a tener que llamar de nuevo a sus brujos de las mareas.

Eso dejaría a sus marineros sin nada que hacer.

Por suerte, Merik sabía exactamente qué podían hacer durante el descanso.

—¡Posiciones de entrenamiento! —bramó, haciendo bocina con las manos—. ¡Quiero a todos los marineros en sus puestos de entrenamiento, ya!

* * *

Iseult andaba sin rumbo en sueños. Había estado atrapada en ese horrible lugar situado entre el sueño y la vigilia, ese agujero en el que sabías que, con solo abrir los ojos, volverías a la vida. Siempre se sumía en aquella tenue ensoñación cuando estaba enferma. Cuando no quería hacer nada más que despertarse y pedir una infusión que aliviase su garganta hinchada o la comezón de la varicela.

Pero lo peor era caer en esa ensoñación cuando estaba en mitad de una pesadilla. Cuando sabía que podía escapar de las garras de la sombra que la agarraba si tan solo…

Pudiera.

Despertar.

Un fuerte crujido sonó por encima de ella. Con gran esfuerzo, abrió los párpados. Las sombras se retrajeron… sustituidas de inmediato por el dolor. Cada centímetro de su cuerpo se ahogaba en la agonía.

Apareció una mujer de cabellos plateados y rostro familiar. «Sigo soñando», pensó Iseult vagamente.

Pero entonces la mujer tocó el brazo de Iseult, y fue como el estallido de una vasija de fuego. El aquí y el ahora entraron bruscamente en el cuerpo de Iseult.

—Tú —gruñó Iseult—. ¿Qué haces… tú aquí?

—Curarte —respondió la monja con calma; sus hilos tenían el color verde intenso de la concentración—. Tienes una herida de flecha en el brazo…

—No. —Iseult buscó a tientas la hermosa capa blanca de la monja—. Me refiero… a *ti*. —Sus palabras daban vueltas… no, era la estancia lo que daba vueltas, y las palabras de Iseult giraban con ella. Ni siquiera estaba segura de estar hablando en dalmotti. Tal vez hubiera pasado al nomatsí sin darse cuenta—. Tú —comenzó de nuevo. Estaba casi segura de que estaba utilizando la palabra dalmotti para «tú»—. Tú me rescataste.

Mientras estrujaba las palabras para hacerlas pasar a través del dolor y el mareo, se fijó en que había manchado la capa de la monja con sus manos sucias. La soltó, avergonzada. Después tomó aire débilmente. Cuánto dolor. Hervía como la brea caliente. «Estabilidad. Estabilidad en los dedos de las manos y los pies».

—Hace seis años, m-me encontraste en un cruce de caminos. Al norte de Veñaza. Yo era una niña pequeña y me había perdido. Llevaba una muñeca.

El aliento de la mujer se escapó entre sus dientes. Se echó hacia atrás mientras sus hilos brillaban con el color ocre de la confusión. Después sacudió la cabeza deprisa, con los hilos turquesa de incredulidad…

Hasta que, de repente, se inclinó hacia ella, parpadeando sin parar.

—¿Te llamas Iseult?

Iseult asintió, fugazmente distraída de su dolor. Los ojos de la monja tenían un brillo extraño, como si estuvieran llenos de lágrimas. Pero tal vez se debiera a la oscuridad de la estancia. Al ángulo del sol. Los hilos de la monja no mostraban el azul de la pena, solo el ciruela del entusiasmo y el rosa de la emoción.

—¿Eras tú la, niña —continuó la monja— que encontré en la costa hace seis años y medio?

—Tenía doce años —dijo Iseult—. M-mi muñeca se llamaba… Eridysi.

De nuevo, la monja exhaló con fuerza y retrocedió, como si lo que acababa de oír la hubiera golpeado físicamente.

—¿Y sabes mi nombre? ¿Te lo dije?

—Creo que no. —La voz de Iseult era débil y distante, pero no

sabía si eran sus oídos o su garganta lo que había dejado de funcionar. El fuego de su brazo ascendía como una marea.

La monja retrocedió, volviendo a ser rápidamente la hábil sanadora de antes. Puso su cálida mano en el hombro de Iseult, justo encima de la herida de flecha. Iseult se estremeció, pero se relajó cuando el sueño empezó a tirar de ella.

Pero Iseult no quería dormir. No podía hacer frente a los sueños otra vez. ¿No tenía ya bastante con haber sido apaleada y perseguida en la vida real? Tener que rememorarlo en sueños…

—Por favor —dijo con voz torpe, buscando la capa de la monja con la mano, aunque la manchara de nuevo—. No quiero volver a soñar.

—No soñarás —murmuró la mujer—. Te lo prometo, Iseult.

—¿Y… Safi? —La pulsión del sueño recoma la columna vertebral de Iseult—. ¿Está aquí?

—Así es —confirmó la monja—. Debería regresar en cualquier momento. Ahora duerme, Iseult, y reponte.

Iseult obedeció (aunque tampoco habría podido resistirse de haber querido) y se sumergió bajo la marea de un sueño reparador.

DIECIOCHO

Muy al norte de la posición del Jana, y sin embargo en las mismas aguas, Aeduan, el brujo de la sangre, se despertó con la molesta sensación de que unos dedos le palpaban las costillas.

Mientras las nubes de la inconsciencia se retiraban, los sentidos de Aeduan se expandieron. La luz del sol le calentaba el rostro y el agua le acariciaba los brazos. Olía a salmuera.

—¿Está muerto? —preguntó una voz aguda. Un niño.

—Claro que está muerto —respondió una segunda voz infantil. Aeduan sospechaba que el dueño de la segunda voz era el que estaba toqueteándole el tahalí—. El mar lo arrastró hasta aquí anoche y no se ha movido desde entonces. ¿Cuánto crees que nos darán por sus cuchillos?

Se oyó un chasquido, como si hubieran desabrochado el tahalí de Aeduan.

Los últimos posos de sueño desaparecieron. Abrió los ojos de par en par y agarró la muñeca del niño flacucho que le hurgaba en los bolsillos. El pilluelo soltó un gemido. Otro niño los observaba boquiabierto, a unos pasos de distancia. Los dos empezaron a chillar; los tímpanos de Aeduan parecían a punto de reventar.

Soltó al primer niño, que se escabulló levantando arena con los

pies y rociando a Aeduan, que gruñó y clavó los puños en la arena encharcada de la playa para incorporarse.

Todo se sacudió y se emborronó: el ocre de la playa, el azul del cielo, el marrón de las marismas, los dos galopines a la fuga y un correlimos que paseaba a toda velocidad cerca de allí. Aeduan no intentó averiguar dónde estaba (aquel paisaje podía corresponder a cualquier lugar a las afueras de Veñaza). En vez de eso, prestó atención a su cuerpo.

Aunque le dolían los músculos, estiró los brazos para empezar comprobando los pies. Las botas estaban intactas, aunque totalmente empapadas (el cuero se encogería en cuanto se secaran), y en los pies no tenía nada roto.

Las piernas también estaban totalmente curadas, aunque la pernera derecha estaba rajada hasta la rodilla, y tenía unas largas algas pantanosas enrolladas en la pantorrilla.

Después se examinó los muslos, las caderas y la cintura, las costillas (que seguían un tanto delicadas), los brazos… Ah, las cicatrices de su pecho sangraban, y por tanto las de la espalda también. Pero aquellos diminutos cortes eran heridas antiguas. Antiquísimas, incluso. Las condenadas se abrían y sangraban cada vez que Aeduan se encontraba al borde de la muerte.

Al menos no sangraba ninguna herida *nueva*, no tenía nada roto ni le faltaba nada irreemplazable. Seguía teniendo su capa de salamandra y su ópalo Carawen. En cuanto a lo que le había robado la muchacha nomatsí, el estilete y el cuchillo ancho, podría conseguir otros fácilmente.

El solo hecho de pensar en la nomatsí sin esencia sanguínea hizo que le entraran ganas de destripar algo. Se llevó la mano al tahalí, y mientras el correlimos se acercaba brincando, sus dedos rozaron uno de los cuchillos arrojadizos.

No. Asustar al pájaro no serviría para saciar su furia. Solo lo conseguiría encontrando a la bruja de los hilos.

Aunque tampoco sabía qué le haría cuando la encontrara. Definitivamente no iba a matarla: había contraído con ella una deuda vital. La muchacha le había perdonado (más o menos), y

Aeduan tendría que devolverle el favor.

Pero si había una cosa que Aeduan detestaba, era salvar vidas que no deberían importarle. Solamente había otra persona con la que había contraído una deuda igual, y en su caso se lo merecía totalmente.

Los dedos de Aeduan se alejaron del cuchillo. Con un último gruñido mirando al sol de oriente, se puso en pie. Su visión volvió a dar vueltas y sus músculos temblaron, advirtiéndole de que necesitaba agua y comida.

Se oyó un ruido lejano. Nueve campanadas. El día todavía era joven.

Aeduan giró la cabeza hacia el sonido. Muy al sur, distinguió a duras penas una aldea. Probablemente los dos pilludos vivían allí, y no estaría demasiado lejos de Veñaza. Rotando las muñecas y flexionando los dedos, Aeduan echó a andar entre las olas de la marea creciente.

* * *

Sonaban las campanadas de las doce menos cuarto cuando Aeduan llegó finalmente a casa del maestro gremial Yotiluzzi. El guardia lo miró de arriba abajo una sola vez, retrocedió y le abrió la puerta.

Decir que Aeduan tenía aspecto de haber sido arrastrado por las puertas infernales en un viaje de ida y vuelta era quedarse corto.

Había visto su reflejo en una ventana, de camino a la dudad; tenía una pinta espantosa. Llevaba el cabello corto apelmazado por la sangre seca, la piel y la ropa surcadas de churretes de arena, y a pesar de llevar tres horas caminando, las botas y la capa seguían sin estar secas.

Además, el pecho y la espalda no dejaban de sangrar.

En cada avenida y puente, en cada jardín y calleja, la gente se apartaba de su camino, retrocediendo igual que acababa de hacer el

guardia de Yotiluzzi. Aunque la gente de Veñaza, a diferencia del guardia, no lo había llamado «brujo del vacío» entre dientes ni se había persignado a su paso, deslizándose dos dedos sobre los ojos para implorar la protección del éter.

Aeduan soltó un gruñido al pasar junto al guardia. Este dio un brinco y se escabulló tras la puerta. Mientras Aeduan entraba en el jardín, le vino a la mente un refrán: «No acaricies al gato al que acaban de bañar». Su madre solía decirlo cuando él era pequeño; Aeduan llevaba años sin pensar en ello.

El recuerdo le hizo fruncir aún más el ceño, y necesitó de todo su autocontrol para no liarse a cuchilladas con las flores y las hojas que colgaban sobre el sendero. Odiaba aquellos jardines dalmotti, con su vegetación selvática e incontrolada. Un jardín así no era defendible, solamente un peligro para los viejos pies de los maestros gremiales y un ejemplo más de la laxitud del Imperio dalmotti.

Cuando finalmente Aeduan llegó al largo patio del lado occidental de la casa, encontró a los sirvientes recogiendo la mesa en la que Yotiluzzi solía pasar las mañanas.

Una doncella avistó a Aeduan acercándose fatigosamente por el sendero. Profirió un chillido, y la vajilla de cristal que llevaba en las manos se le cayó y se hizo añicos.

Aeduan se habría limitado a seguir caminando si la mujer no hubiera vociferado:

—¡Diablo!

—Sí —gruñó, mientras sus botas húmedas chapoteaban en el suelo del patio. La miró fijamente a los ojos y ella se estremeció—. Soy un diablo, y si vuelves a gritar, me aseguraré de que el vacío reclame tu alma.

Ella se tapó la boca con las manos, temblando, y Aeduan sonrió. Seguro que se lo contaría a todos sus conocidos.

—¿Dónde estabas? —La voz atiplada de Yotiluzzi apareció por las puertas abiertas de la biblioteca. El viejo se levantó el faldón de la túnica y salió al exterior; sus mejillas arrugadas temblaban. Bajo la intensa luz del sol, la expresión de furia del maestro gremial era inconfundible—. ¿Y qué te ha pasado?

—He estado fuera —respondió Aeduan.

—Sé perfectamente que has estado fuera, maldición. —Yotiluzzi meneó un dedo frente al rostro de Aeduan. Odiaba que el viejo hiciera eso. Le daban ganas de partirle el dedo por la mitad—. Lo que quiero saber es dónde, y por qué. —El dedo de Yotiluzzi seguía meneándose—. ¿Has estado bebiendo? Porque estás hecho un asco, y nadie te ha visto desde anoche. Si sigues así, tendré que dar por concluido nuestro contrato.

Aeduan no contestó. Apretó los labios y esperó a que el maestro gremial fuera al grano. Cerca de ellos, los sirvientes continuaron recogiendo los platos del desayuno, pero se movían con lentitud, con los ojos fijos en Aeduan; sus manos temblorosas hacían tintinear la vajilla.

—Necesito urgentemente de tus servicios —dijo finalmente Yotiluzzi—. Hay dinero en juego, y cada segundo que desperdicias es dinero que no entra en mi bolsillo. La prometida de Henrick fon Cartorra ha sido raptada, y el emperador quiere que la localices.

—Oh. —Aeduan levantó la barbilla al oír eso—. ¿Y el emperador está dispuesto a pagar?

—Y bastante bien. —El dedo de Yotiluzzi volvió a apuntar al rostro de Aeduan—. Y yo te recompensaré *a ti* si consigues encontrarla…

Con un veloz movimiento, Aeduan agarró el dedo de Yotiluzzi y atrajo al viejo hacia sí.

—Iré yo mismo a ver al emperador, gracias.

La ira de Yotiluzzi se desvaneció. Abrió la boca de par en par.

—Trabajas para mí.

—Ya no. —Aeduan soltó el dedo del viejo, todavía grasiento del desayuno. No es que él estuviera precisamente limpio en ese momento, pero esa mantequilla pegajosa le hacía sentirse verdaderamente sucio.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Yotiluzzi—. ¡Eres mío!

Aeduan entró en la casa. Yotiluzzi lo siguió a grandes voces, pero Aeduan no tardó en dejarlo atrás. Recorrió al trote los opulentos pasillos, subió los dos tramos de escaleras y finalmente

entró en su cuartucho de sirviente.

Todas sus pertenencias estaban guardadas en una única bolsa: era un monje Carawen, preparado para todo y siempre listo para partir.

Hurgó en el saco hasta encontrar dos objetos: un estilete de repuesto y un papel con una larga lista de nombres. Después de guardar el estilete en su tahalí rechinante y todavía húmedo, Aeduan examinó la lista. Solamente quedaban unos pocos nombres sin tachar.

Uno de ellos, hacia el final de la lista, decía: «Calle Ridensa, 14».

Aunque Aeduan ya sabía lo que su padre querría que hiciera (unirse al emperador, localizar a la bruja de la verdad y sumarla al creciente ejército de su padre), hacía demasiadas semanas que Aeduan no le daba noticias. Habían ocurrido muchas cosas últimamente, de modo que Aeduan visitaría al brujo de la voz del número 14 de la calle Ridensa en cuanto tuviera un momento libre.

Pero Aeduan no iba a mencionar a la chica nomatsí. Había tenido buen cuidado de ocultarle su primera deuda vital a su padre, y estaba más decidido todavía a mantener esta segunda deuda en secreto. Una chica sin esencia sanguínea solamente suscitaría preguntas.

Y a Aeduan no le gustaban las preguntas.

Ignorando el desagradable ruido de su capa de salamandra húmeda, se cargó el saco al hombro y, sin mirar atrás, salió del cuarto que llevaba siendo su hogar dos años. Después desanduvo el camino por la mansión de Yotiluzzi. Los sirvientes se apartaban de su camino mientras bajaba las escaleras, y Yotiluzzi seguía desgañitándose desde la biblioteca.

A Aeduan le agradó comprobar que había dejado un rastro de pisadas embarradas por toda la casa.

A veces, lo mejor de la justicia eran las pequeñas victorias.

* * *

Cuando Aeduan llegó al palacio del Dogo, una media campanada después de salir de casa de Yotiluzzi y asearse en una casa de baños (gracias a los Pozos Originarios que sus viejas cicatrices ya habían dejado de sangrar), le asombró ver que los jardines en los que se había enfrentado al inesperado batallón ya no eran nada más que plantas carbonizadas y cenizas arrastradas por el viento.

Aunque no debería sorprenderle; al fin y al cabo, cuando se marchó, el lugar ardía por los cuatro costados.

Los guardias y soldados dalmotti estaban por todas partes, pero ninguno de ellos prestó atención a Aeduan. Cuando llegó al vestíbulo en el que se había abierto paso luchando la noche anterior (ahora con las vigas al aire y humeantes), un solo guardia se interpuso en el camino de Aeduan.

—Alto —le ordenó el hombre. Le mostró los dientes, manchados de hollín—. Nadie puede entrar ni salir, brujo del vacío.

Claramente, aquel hombre había reconocido a Aeduan. Bien. Así lo asustaría más fácilmente.

Aeduan olisqueó el aire, sabiendo que sus ojos se teñían de rojo al hacerlo, y captó la esencia sanguínea del hombre. «Especias de cocina y aliento de bebé». Un padre de familia. Qué pena. No podía emplear la violencia.

—Vas a dejarme pasar. —Aeduan enarcó una ceja—. Y me escoltarás hasta el despacho del Dogo.

—¿Ah, sí? —se burló el hombre, pero era innegable que tenía un nudo en la garganta.

—Sí, porque yo soy la única persona de todo el continente capaz de encontrar a la chica llamada Safiya. Y porque sé quién la ha raptado. Ahora, abre paso. —Aeduan señaló el pasillo con la barbilla —. Diles a tus superiores que estoy aquí.

Tal y como Aeduan sabía que ocurriría, el guardia se escabulló. Tras varios minutos de espera (se entretuvo contando por encima a los hombres que le rodeaban), el guardia regresó con un mensaje: sí, Aeduan sería escoltado de inmediato al interior.

Aeduan siguió al padre de familia y guardia, prestando atención

a los daños de la noche pasada. Al menos la mitad del palacio estaba completamente quemado. Los jardines estaban aún peor. Las pocas plantas que seguían vivas estaban cubiertas de ceniza.

Cuando Aeduan llegó finalmente a la cámara privada del Dogo, tras ser inspeccionado por doce grupos de guardias (uno por cada nación presente en la sala), descubrió que aquel despacho privado había sido tomado por asalto. La habitación de exuberantes alfombras rojas, estanterías hasta el techo y resplandecientes lámparas de cristal era claramente el espacio personal del Dogo, pero había sido invadida por gentes de todas las edades, clases y colores, mientras soldados de abigarrados uniformes se paseaban por allí.

Los illrytas de piel tostada se mantenían cerca de la puerta, claramente ansiosos por regresar a sus montañas del sur. Los enjutos svodos estaban agrupados junto a las ventanas, mirando hacia el norte. Los balmanos estaban compartiendo lo que parecía ser un jarrillo de vino. Luscaínos, kritios y portollanos… todas las naciones estaban reunidas allí dentro.

Aunque resultaba evidente la ausencia de los marstokíes. Aeduan comprobó de un rápido vistazo que no había ni rastro de la emperatriz Vaness ni de su Sultanato.

Tampoco veía a los nubrevneses.

Aeduan no tardó en localizar al emperador de Cartorra, que caminaba de un lado a otro, junto a una larga mesa, agitando los brazos en todas direcciones y haciendo temblar el cristal con sus gritos. El Dogo dalmotti, involuntario receptor de los bramidos de Henrick, estaba sentado en su escritorio, rígido e inquieto.

—¡Ajá! —dijo una voz de tenor a la izquierda de Aeduan—. Aquí estás.

Leopold fon Cartorra apareció por detrás de una sombra, dando un grácil brinco, y Aeduan se preguntó cómo había pasado por alto al rubio príncipe vestido de verde que acechaba junto a la librería.

O, ya puestos a preguntar, cómo había podido pasar por alto su olor. Aeduan había registrado la esencia sanguínea del heredero imperial durante el baile: «cuero nuevo y humo de chimenea».

Debería haberlo detectado al entrar.

Su confusión fue rápidamente absorbida por una segunda voz y una segunda silueta que se materializaron desde las sombras. Por algún motivo, Aeduan tampoco había detectado a ese hombre, lo cual lo irritaba aún más. Especialmente porque el segundo hombre era como mínimo un palmo más alto que cualquiera de los presentes.

—Ya sabes lo de mi sobrina —masculló el hombre. Parecía llevar días sin dormir. Tenía los ojos enrojecidos como ascuas, y su aliento…

Aeduan arrugó la nariz. Aquel hombre olía más a vino que el propio vino. Dominaba incluso su esencia sanguínea.

—Ven, monje —le apremió Leopold, invitándole a seguirle hasta su tío, que continuaba bramando—. Nos han dicho que dispones de información sobre la prometida de mi tío. Tienes que contárnoslo todo y… oh, vaya. —Leopold se examinó la manga, que tenía manchada de hollín. Con un suspiro de consternación, se la limpió distraídamente—. Supongo que es lo que pasa por ir vestido de terciopelo claro en un sitio lleno de ceniza. Imagino que tendré el pelo igual de mal.

Así era: su tono rubio rojizo se había vuelto casi gris, pero Aeduan no dijo ni una palabra al respecto.

—El emperador —le recordó secamente.

—Sí. Por supuesto.

Leopold se abrió paso a empujones entre soldados y sirvientes, sin miramientos. Aeduan le siguió, y el borracho (Aeduan había deducido que se trataba de dom Eron fon Hasstrel) fue detrás de ellos, arrastrando los pies.

—Sabes quién tiene a mi sobrina —dijo el hombre—. Dímelo, dime todo lo que sepas. —Trató de agarrar la capa de Aeduan.

Aeduan lo esquivó fácilmente, y dom Eron trastabilló y cayó hacia delante, chocando contra el emperador. Henrick se lo quitó de encima de un empujón, gruñendo, antes de que sus ojos se detuvieran en Aeduan. Sus labios se curvaron.

«Así que este es el emperador de Cartorra», pensó Aeduan. Lo

había visto desde lejos anoche, pero entonces no había distinguido las marcas de viruela de sus mejillas. Ni que tenía un diente más largo que todos los demás; sobresalía por encima de su labio superior cuando cerraba la boca, como el colmillo de un perro.

Un perro con muy malas pulgas.

—¿Quién tiene a la domna? —preguntó Henrick. A pesar de que era por lo menos quince centímetros más bajo que Aeduan, la voz del emperador era profunda y fuerte. Era una de esas voces idóneas para hacerse oír por encima del ruido de los cañones, y Aeduan detectó notas de campo de batalla en la sangre del emperador—. Dinos lo que sabes —prosiguió Henrick—. ¿Han sido esos marstokíes, malditos sean tres veces?

—No —respondió Aeduan con cautela. Con lentitud. Necesitaba asegurarse de que nadie sabía que Safiya era una bruja de la verdad. Seguramente su tío lo supiera… aunque tal vez no. Aeduan sospechaba que un hombre como Eron no tendría reparos en utilizar a una bruja de la verdad si se le presentaba la oportunidad.

—¿Lo veis? —dijo el Dogo en voz baja—. ¡Os dije que no había sido Vaness! —Golpeó frenéticamente con un dedo algo que había sobre su escritorio—. ¡La firma de la emperatriz se habría desvanecido si los responsables hubieran sido ellos!

Aeduan apretó los labios al darse cuenta de que tenía delante la Tregua de los Veinte Años. O más bien su última página, donde habían firmado los mandatarios de todo el continente. Vio el garabato infantil de Vaness (no era más que una niña cuando la había firmado); seguía nítidamente dibujado en la parte baja de la página. O la magia de la Tregua no funcionaba bien, o los nubrevneses no se habían llevado a la domna en contra de su voluntad.

Aeduan se volvió hacia el emperador Henrick.

—Los nubrevneses tienen a la domna. Los vi llevándosela al mar.

Todas las bocas se abrieron colectivamente de par en par. Incluso Henrick tenía aspecto de haberse tragado algo repugnante.

—Pero —dijo el príncipe Leopold, rascándose el labio inferior con el pulgar— fue un brujo del fuego marstokí quien redujo el palacio a cenizas. —Miró de reojo a Henrick, como en busca de apoyo—. Y los marstokíes se han marchado de Veñaza. La emperatriz y todo su Sultanato se esfumaron poco después de la fiesta. Eso me sugiere que son culpables.

—Sí —dijo el Dogo, formando nerviosamente un triángulo con las manos—, pero los nubrevneses hicieron lo mismo. Se marcharon justo después del primer baile entre…

—Entre el príncipe y mi sobrina —concluyó Eron, enderezándose un poco más que antes—. ¡Mal rayo parta a esos nubrevneses! Los aplastaré…

—Nada de aplastamientos —gruñó Henrick con una mirada de desdén. Se volvió hacia Aeduan—. Cuéntanos lo que sabes, monje. Todo.

Aeduan no hizo nada parecido. De hecho, pasó por alto prácticamente todos los detalles y se centró en lo único importante: el combate entre un brujo del viento nubrevnés y unos monjes Carawen en el faro.

—Se llevó a la domna al mar con sus vientos —concluyó Aeduan—. No pude seguirles.

Henrick asentía pensativamente, el Dogo parpadeaba con furia tras sus anteojos, dom Eron parecía no tener ni idea de lo que estaba diciendo Aeduan, y Leopold se limitaba a mirar al monje con somnolienta apatía.

—¿Cómo seguiste a la muchacha hasta el faro? —preguntó Henrick—. ¿Con tu brujería?

—Así es.

Henrick gruñó y una leve sonrisa hizo sobresalir su colmillo.

—¿Y podrías volver a emplear tu poder? ¿Incluso desde el otro lado del Jadansi?

—Sí. —Aeduan le dio irnos distraídos golpecitos al pomo de su espada—. La perseguiré… por un precio.

Henrick hinchó las fosas nasales.

—¿Qué clase de precio?

—¿Qué más da? —exclamó dom Eron, girándose hacia Aeduan —. Te pagaré todo lo que quieras, brujo. Di tu precio y lo pagaré…

—¿Con qué dinero? —le interrumpió Henrick, echándose a reír sarcásticamente—. Tuviste que pedir prestado a la corona para asistir a esta cumbre, Eron. Si escondes dinero en tu bolsa, primero me lo debes a mí. —Con otra carcajada, Henrick volvió a mirar a Aeduan—. Cubriremos tus gastos, brujo del vacío, pero el dinero saldrá de las arcas de quienquiera que haya raptado a domna Safiya. Si son los nubrevneses quienes la tienen, ellos pagarán.

—No. —Los toques en el pomo de la espada de Aeduan se hicieron más rápidos—. Exijo cinco mil piestras por adelantado.

—¿Cinco mil? —Henrick retrocedió, antes de inclinarse de nuevo hacia delante, acercándose tanto que la mayoría de los hombres se habrían acobardado.

Aeduan no se acobardó.

—¿Eres consciente de con quién estás hablando, brujo del vacío? Soy el emperador de Cartorra. Cobrarás cuando yo diga que cobras.

Aeduan dejó de dar golpes en la espada.

—Y yo soy un brujo de la sangre. Conozco el rastro de la muchacha y puedo perseguirla. Pero no lo haré sin las cinco mil piestras.

Henrick tomó aire, hinchando el pecho para el bramido que se avecinaba, pero Leopold intervino.

—Tendrás el dinero, monje. —El príncipe levantó las manos sumisamente, mirando a su tío—. Es tu prometida, tío Henrick. Debemos pagar lo que sea necesario para recuperarla, ¿verdad? —Miró al emperador, al Dogo y a dom Eron, y consiguió que los tres hombres asintieran.

Aeduan estaba impresionado. Y más todavía cuando el príncipe Leopold fon Cartorra se giró hacia él, lo miró fijamente y dijo:

—Puedes acompañarme a mis aposentos. Creo que allí tengo al menos la mitad del dinero. ¿Te bastará?

—Sí.

—Estupendo. —Leopold mostró una sonrisa vacía—. Bueno, creo que estaremos de acuerdo —volvió a mirar a su tío— en que ya

hemos desperdiciado suficiente tiempo aquí. Si me dais vuestro permiso, Majestad, acompañaré al monje en su búsqueda de vuestra prometida. Conozco bien a Safiya, y creo que mis conocimientos podrían ayudar al monje.

Cualquier simpatía que Aeduan hubiera sentido hasta entonces por Leopold se desvaneció en cuanto oyó esas palabras. El príncipe le ralentizaría. Sería una distracción. Pero antes de que pudiera protestar, Henrick asintió secamente.

—Sí, ve con el brujo del vacío. Y átalo bien corto, no le aflojes demasiado la correa. —El emperador esbozó una sonrisa burlona; evidentemente, esperaba una reacción por parte de Aeduan.

Y por eso no la tuvo.

Momentos después, Leopold le indicó a Aeduan que le siguiera y salió del despacho. Aeduan fue tras él, rotando las muñecas mientras sentía como la frustración le hervía en la sangre.

Al menos nadie había mencionado que Safiya era una bruja de la verdad. En cuanto Aeduan fuera recompensado por las molestias de perseguir a la muchacha, todavía podría entregársela a su padre.

Aquellos cartorrianos iban a pagarle por encontrar a Safiya fon Hasstrel, pero nadie había dicho que tuviera que *devolvérsela*.

DIECINUEVE

Hacía dos horas que Merik había llevado a Safi de vuelta a su camarote y le había prohibido subir a la cubierta principal por motivos de seguridad. Desde entonces, Safi no había dejado de repasar los mismos pensamientos una y otra vez.

Y las mismas preguntas. Tenía muchísimas preguntas. Todo se reproducía en su mente, desde los planes de su tío hasta su compromiso con Henrick, pero esos pensamientos no podían acallar el constante terror que sentía por la suerte de Iseult.

No paraba de oír pisadas retumbantes e incansables. Sacudían el cráneo de Safi y le daban ganas de gritar. Terminó caminando de un lado a otro por el diminuto camarote mientras Evrane se ocupaba de la herida de Iseult.

—Estaos quieta —le espetó finalmente Evrane—. O marchaos. Me distraéis.

Safi optó por irse, sobre todo ahora que tenía la excusa de que le habían dado permiso para hacerlo. Esta era su oportunidad de examinar la bodega principal. De planear cómo Iseult y ella alcanzarían su merecida *libertad*. Oía las lecciones de Habim como si lo tuviera allí mismo, sermoneándola sobre estrategias y campos de batalla.

La bodega resultó ser un espacio sombrío abarrotado de cofres y redes, sacos y toneles. En todos los rincones parecía haber algo metido a presión (marineros incluidos), y no había luz salvo la que entraba por la escotilla.

Todo apestaba a sudor y a cuerpos sucios; el tufo cáustico a mierda de gallina ascendía desde una cubierta inferior. Safi daba gracias por no poder oír a las gallinas ni a ningún otro animal. Ya había demasiado ruido para su temperamento irascible.

Aunque la mayor parte de los marineros parecían estar arriba, Safi contó a veintisiete hombres acurrucados junto a cajas y toneles. No parecía haber camarotes para la tripulación, y Safi se aseguró de apuntar ese dato para más tarde.

De los veintisiete marineros junto a los que pasó Safi, diecinueve se mordieron el pulgar o sisearon «sucia amiga de matsíes». Ella fingió no entenderles e incluso les saludó amigablemente, asintiendo con la cabeza. Pero bajo la tenue luz, memorizó sus rostros tostados por el sol. Sus voces canallescas.

Un muchacho desgarbado y de piel negra, con trenzas hasta los hombros, bajó por las escaleras de la escotilla. La brujería de Safi le aseguró con un ronroneo que ese chico no suponía peligro. Safi lo agarró por el hombro cuando pasaba a su lado.

—¿La tripulación se volvería contra una nomatsí?

El muchacho parpadeó y sus trenzas se agitaron antes de contestar, con una voz decididamente *femenina*.

—No si el almirante no lo aprueba, y no creo que lo hiciera. A él no le molestan los matsíes, como a los demás.

—¿Tú incluida?

—¡No! —La chica levantó las manos—. Lo juro, lo juro. No tengo ningún problema con los matsíes. Me refería a la tripulación.

«Verdad». Safi se frotó los ojos con los nudillos. Por encima de ella se oían pies arrastrándose, espadas chocando y voces ladrando. Fuera cual fuera aquel ejercicio, Safi se moría de ganas de que acabara.

Volvió a caminar de un lado a otro, el doble de rápido que el pausado tañido del tambor. El triple. ¿Por qué no se le ocurría un

plan? Con Iseult parecía muy sencillo, pero cada vez que Safi intentaba organizar sus pensamientos, estos se escurrían como el limo de un arroyo.

—No deberíais caminar tanto —dijo la muchacha, siguiendo los pasos de Safi—. La tripulación se quejará, y puede que el almirante os encierre.

Safi se detuvo al oír eso. Si la encerraban, sus opciones de defensa o de huida se verían seriamente mermadas.

—Conozco un buen sitio en cubierta —propuso la muchacha. Señaló la escalera—. No podréis caminar, pero sí observar los ejercicios.

La nariz de Safi tembló. Caminó hasta los primeros peldaños y levantó la vista hacia la intensa luz del sol. Merik estaría en cubierta. Y Kullen, el que podía incapacitar a Safi ante la más mínima desobediencia, también.

Pero si subía, Safi obtendría más información sobre el barco, la tripulación y su disposición. Tal vez pudiera trazar una estrategia si averiguaba más.

—¿Nadie nos verá? —preguntó Safi, pensando en que Merik le había prohibido subir.

—Lo juro.

—Enséñamelo.

La chica sonrió de nuevo y subió a gatas por la escalera. Safi la siguió y enseguida se encontró rodeada de marineros, con los sables en alto, que se desplazaban con pasos elaborados por la inestable cubierta. Aunque muchos hombres miraron a Safi al pasar, no oyó burlas ni sintió ninguna agresividad. Los prejuiciosos, por lo visto, se concentraban abajo.

Por eso mismo no se quedaría mucho tiempo arriba. Conseguiría la información que necesitaba y regresaría con Iseult.

Safi siguió a la muchacha; contó quince pasos entre la escotilla y la sombra del castillo de proa. La chica se escabulló detrás de cuatro toneles que apestaban a pescado muerto y se acuclilló. Safi se agachó a su lado, y le agradó comprobar que, efectivamente, nadie la veía. Aquel escondite también le permitía ver con claridad a los marineros

que entrenaban. Se le hizo un nudo en el estómago al ver que eran *muchos*.

Ahora que toda la tripulación estaba formando hileras en lugar de trepando por las jarcias o lampaceando la cubierta, Safi calculó un mínimo de cincuenta hombres. Seguramente fueran el doble, porque las matemáticas se le daban terriblemente mal.

Safi estiró el cuello hasta avistar a Merik, a Kullen y a otros tres hombres junto al timón. Todos llevaban anteojos de viento y movían la boca al unísono.

Tras ellos, Safi localizó la fuente del interminable estruendo. Un joven, con trenzas como las de la muchacha, aporreaba un enorme tambor horizontal.

Safi se moría de ganas de partirle el mazo en dos.

Aunque, más que eso, se moría por respirar un poco de aire fresco.

—Por los dioses del subsuelo —soltó, volviéndose hacia la chica —, ¿qué es esa peste?

—Es cebo. Guardamos las vísceras. —La chica le dio un papirotazo a una escama adherida al tonel más cercano. Ahora que Safi los examinaba más de cerca, vio que había muchas más escamas. Se filtraban por las rendijas de los toneles y se adherían a los laterales—. Es para los zorros marinos —añadió la muchacha—. Hay que alimentarlos al pasar o nos atacarán.

—Los… zorros marinos —repitió Safi con incredulidad—. ¿Las serpientes míticas que se alimentan de carne humana?

—Sí. —La muchacha mostró de nuevo su sonrisa jovial.

—No puede ser que os creáis eso. No son más que un cuento para asustar a los niños, como los murciélagos montañeses. O los Doce Paladines.

—Que *también* existen —replicó la chica. Como para demostrarlo, sacó una ajada baraja de cartas de taro de su bolsillo y le dio la vuelta a la primera.

Era el Paladín de los Zorros: una serpiente peluda de color verde azulado, enroscada alrededor de una espada. Su rostro zorruno miraba fijamente a Safi.

—Buen truco —murmuró Safi. Los dedos le ardían por examinar la baraja. Había visto muchas cartas de taro en su vida, pero nunca había visto ninguna que tuviera zorros marinos en lugar de zorros rojos normales. Se preguntó qué aparecería en los otros cinco palos.

—No es un truco —contraatacó ella—. Solo quiero mostraros cómo son los zorros marinos. Son unas gigantescas serpientes que viven en el agua, ¿veis? Pero cada pocas décadas, mudan la piel y salen a la orilla en forma de bellas mujeres que seducen a los hombres…

—Y los arrastran hasta la tumba —concluyó Safi—. La leyenda del murciélago montañés es igual. Pero lo que quiero saber es si has *visto* de verdad un zorro marino.

—No. Aunque —se apresuró a añadir— algunos de los más viejos de la tripulación aseguran haber luchado con zorros durante la Gran Guerra.

—Entiendo —dijo lentamente Safi. Y lo entendía. Merik y sus capitanes debían de llevar el cebo a bordo solo para contentara los más supersticiosos de su tripulación, del mismo modo que el tío Eron enviaba ovejas cada año a las cuevas Hasstrel «para los murciélagos montañeses».

A lo largo de su infancia, Safi había explorado incansablemente los pinares de las tierras Hasstrel en busca del menor indicio de un dragón con forma de murciélago. Había peinado las cuevas cercanas, donde supuestamente vivían los murciélagos, y se había pasado horas al lado del marchito Pozo Originario de la tierra, a la espera de que una bella mujer apareciera de repente.

Pero después de diez años sin ver nada, Safi había aceptado finalmente que los murciélagos montañeses, si habían existido alguna vez, estaban tan muertos como el Pozo Originario junto al que vivían.

Los zorros marinos eran más de lo mismo, pensó Safi.

—Me llamo Ryber, por cierto. —La chica inclinó la cabeza—. Ryber Fortsa.

—Safiya fon Hasstrel.

Ryber se mordió el labio, como intentando reprimir una sonrisa. Pero se rindió.

—Sois una domna, ¿verdad? —Sacó otra carta de taro.

«La Bruja». Mostraba a una mujer con el rostro oculto y la mirada fija en un Pozo Originario. El Pozo Originario de la tierra, concretamente. Pero, a diferencia del pozo que había explorado Safi durante su infancia, la versión ilustrada en el naipe seguía activa. Las seis hayas que lo rodeaban estaban en flor, el camino de losas de piedra estaba intacto, y sus aguas revueltas.

Como ocurría con el Paladín de los Zorros, la imagen no se parecía a ninguna carta de la Bruja que Safi hubiera visto.

Ryber guardó de nuevo la carta en la baraja y Safi volvió a mirar a los marineros. Un joven había captado su atención por su rostro sudoroso y rojo y por su inexistente pericia con el sable.

En el tiempo que tardó Safi en hacer crujir todos sus nudillos, el joven fue desarmado dos veces por su oponente. Lo peor de todo era que su rival estaba cerca de la edad de jubilarse, y además era cojitranco.

Si Safi necesitaba un sable en un futuro próximo, debería birlárselo a aquel muchacho.

—Tu tripulación —dijo Safi, echándose hacia atrás para disfrutar de una ráfaga de viento fresco— parece dividida. Algunos saben luchar, pero la mayoría no.

Ryber suspiró, como dando a entender que no podía negarlo.

—No hemos tenido demasiada experiencia. Los mejores —señaló al anciano tullido— lucharon en la Gran Guerra.

—¿No es tarea de vuestro primer oficial asegurarse de que mejoréis? —Safi miró hacia el timón y entornó los ojos. El viento hacía ondear el cabello rubio de Kullen, que seguía murmurando junto con los demás brujos. Merik, por el contrario, ya no estaba allí —. El oficial ni siquiera está supervisando los ejercicios.

—Porque está impulsando el barco. Normalmente *sí* que lo hace.

La actitud defensiva de Ryber hizo que Safi la examinara con más atención. Pese a su silueta masculina y a sus nada favorecedoras

trenzas, Ryber no era fea. De hecho, ahora que la miraba más de cerca, Safi se fijó en que los ojos de Ryber eran de un brillante color plateado. No grises, sino plateados y resplandecientes.

El primer oficial tendría que estar ciego para no enamorarse de unos ojos así.

—Así que estáis juntos —aventuró.

—No —respondió ella deprisa. Demasiado deprisa—. Es un primer oficial competente, eso es todo. Justo e inteligente.

Aquella mentira arañó la piel de Safi, que tuvo que contener una sonrisa mientras centraba su atención en Kullen. Lo único que veía ella era un tipo gigantesco con una brujería muy poderosa, un hombre que podía terminar con Safi sin el menor esfuerzo. Pero quizás hubiera algo más detrás de su gélido exterior.

Ryber suspiró profundamente y sacó otra carta de la baraja. El Paladín de los Sabuesos. Clavó la mirada en la serpiente con rostro de perro, también enroscada alrededor de una espada; en los ojos de Ryber había un vacío que hablaba de cosas que prefería olvidar. Pero después, su mirada se desvió hacia Kullen y la tensión de su rostro se relajó.

Ryber y el primer oficial *sí* estaban juntos, y era algo más que un simple deyaneo. Era algo serio y profundo.

«Verdad».

Safi frunció los labios. Aunque Ryber y ella parecían tener aproximadamente la misma edad, Safi sabía más bien poco de aquellos asuntos. Había tenido romances en Veñaza, flirteos con muchachos como el Musculitos Mentiroso, pero esos encuentros siempre habían terminado en besos fugaces y despedidas aún más fugaces.

—¿El príncipe —preguntó distraídamente— tiene relaciones con alguien? —Safi se tensó, deseando de inmediato poder retirar sus palabras. No sabía de dónde habían salido—. Quiero decir, ¿se permite que la tripulación del príncipe Merik tenga relaciones?

—No entre sí —respondió Ryber—. Pero no estamos en suelo nubrevnés, domna. Eso quiere decir que el príncipe es el almirante Nihar.

Eso llamó la atención de Safi, que agradeció la distracción de todo corazón.

—¿El título del príncipe cambia en función de dónde se encuentre?

—Claro que sí. ¿El vuestro no?

—No. —Safi se mordió el labio mientras una nueva racha de viento salado azotaba los toneles. En vez de refrescarla, pareció escaldarla, hacer que su frente se perlara de sudor. Pero era un calor distinto del de antes. Un calor airado. Un calor *aterrado*.

Y ese calor no hizo sino aumentar a medida que Ryber le explicaba que el racionamiento de los víveres había irritado a muchos hombres, agrandando así la brecha entre quienes apoyaban a Merik y quienes estaban a favor de la princesa Vivía. Lo sucia y superpoblada que estaba la capital desde la Gran Guerra.

Al notar la potente verdad que se ocultaba tras esas historias, Safi no pudo evitar empezar a menear los tobillos y a cerrar los dedos. El mundo que le describía Ryber no se parecía en nada al que había abandonado Safi. En el Imperio dalmotti había pobreza, por supuesto que sí, pero no hambrunas.

Tal vez… tal vez Merik sí que necesitara aquella oportunidad de comerciar, aunque fuera con unas tierras malditas como las de los Hasstrel.

Mientras Safi recogía la pierna para ponerse de pie y regresar al camarote con Iseult, llegó a sus oídos la voz de Evrane.

—¿Vas a dejar *morir* a la chica? —Los gritos de Evrane ascendían desde la cercana escotilla, más fuertes que los ruidos de los marineros y el tañido del tambor—. ¡*Tienes* que llevamos a la costa!

A Safi se le heló el espinazo. Ese hielo se coló por cada resquicio de su cuerpo. Se puso de rodillas y se incorporó, ignorando los susurros de Ryber, que le pedía que siguiera agazapada. Justo cuando se asomaba por encima de los toneles, la cabeza oscura de Merik apareció por la escotilla. Subió con agilidad a la cubierta, seguido por la figura de su tía, envuelta en la capa blanca.

Merik caminó varios pasos, girando la cabeza como si buscara a

alguien, y los marineros se apartaron de su camino.

Evrane avanzó hasta ponerse a su lado.

—¡Esa chica necesita un brujo sanador del fuego, Merik! ¡De lo contrario, morirá!

Merik no respondió, ni siquiera cuando Evrane levantó furiosamente la voz, exigiendo que Merik los condujera hasta la costa.

Safi flexionó los dedos. Los dedos de los pies, las corvas, el vientre… todo se tensó, listo para la acción.

Si Merik no estaba dispuesto a salvar la vida de Iseult, entonces eso sencillamente confirmaba que no era un aliado de Safi. Así que, con contrato o sin él, con marineros rivales o sin ellos, el almirante Nihar se acababa de convertir en el *oponente* de Safi, y aquel barco era su campo de batalla.

VEINTE

Merik. Le incomodaba su última conversación en el camarote. Su hermana de hilos no estaba bien, y Merik sabía perfectamente que eso podía arrugar la disposición de una persona. Si había arrugas, Merik iba a tener que alisarlas.

Además, aquella era básicamente la única arruga que podía arreglar en ese momento. El brujo de la voz de Vivía estaba atosigando a Hermin, exigiéndole a Merik que le revelara el paradero del barco mercante dalmotti y negándose a echarse atrás hasta haber visto con sus propios ojos aquel supuesto contrato con Hasstrel.

Merik había mentido (otra vez) y le había asegurado que el barco mercante solo estaba a mitad de camino de donde se encontraba realmente, pero sospechaba que Vivía empezaba a sospechar.

Antes de llegar al camarote de pasajeros, su tía lo interceptó junto a las escaleras.

—Tenemos que detenemos —anunció. Tema el rostro oculto entre las sombras, pero su cabello plateado resplandecía—. Iseult está muy mal, no sobrevivirá mucho más. ¿Cuáles son los puertos

más cercanos?

—No podemos visitar ninguno de ellos. Seguimos en territorio dalmotti. —Merik intentó seguir caminando, pero Evrane se interpuso, furiosa.

—¿Qué parte de «no sobrevivirá» no has entendido? Esto no es negociable, Merik.

—Y este barco no está a tus órdenes. —Ahora mismo Merik no tenía paciencia para esto—. Nos detendremos cuando yo lo diga, tía. Ahora apártate, voy a hacerle una visita a la domna.

—No está en el camarote.

Y con eso, aquella presión tan familiar se prendió bajo la piel de Merik.

—¿Y dónde está? —preguntó en voz baja.

—En cubierta, imagino. —Evrane sacudió las muñecas con indiferencia, señalando la bodega como diciendo «Aquí no está, ¿no lo ves?».

—Pero —continuó Merik, todavía en un tono peligrosamente bajo— tenía órdenes de permanecer aquí abajo. ¿Por qué no la has retenido en el camarote?

—Porque esa no es mi responsabilidad.

Al oír esas palabras, el temperamento de Merik estalló en llamas. Evrane sabía lo que decía el contrato de Hasstrel. *Sabía* que Safiya debía permanecer en la cubierta inferior por motivos de seguridad. Una sola gota de su sangre podía dar al traste con todo el contrato.

Y la idea de que la sangre de Safiya se derramara… de que resultara herida…

Subió a toda prisa por la escalera, seguido por las palabras de su tía.

—¿Vas a dejar *morir* a la chica? ¡*Tienes* que llevamos a la costa!

Merik ignoró a su tía. Encontraría a Safiya y le explicaría (con gentileza, claro, no con el fuego que lo dominaba ahora) que no podía abandonar su camarote por ningún motivo. Ella le escucharía y le obedecería, y así Merik podría volver a relajarse. Nada de arrugas.

Merik ladró a sus hombres para que abrieran paso mientras se dirigía al alcázar. Su magia quería liberarse, y por mucho que lo intentaba, no conseguía apaciguarla.

—¡Almirante!

Merik se detuvo en seco. Era la voz de Safiya. A sus espaldas.

Se giró despacio, respirando agitadamente. Sus vientos palpitaban dentro de él, con más fuerza que antes. Hacía años que no se sentía así. Estaba perdiendo el control a pasos agigantados.

Y terminó de perderlo cuando la vio en el centro de la cubierta, blandiendo un sable.

—Vas a llevamos a la costa. —Su voz era fría y clara—. Vas a llevamos ahora mismo.

—Has desobedecido mis órdenes —dijo Merik, maldiciendo para sí. ¿Qué había pasado con la gentil explicación?—. Te dije que mi palabra es ley. Te dije que te quedaras abajo.

Por toda respuesta, Safiya le señaló con su sable.

—Si Iseult necesita a un brujo sanador del fuego, iremos a la costa.

Vagamente, Merik se dio cuenta de que el tambor de viento había dejado de sonar y de que el barco había empezado a dar bandazos, porque los brujos de las mareas ya no lo mantenían fijo.

Merik desenvainó su propio sable.

—Abajo, domna. Vamos.

Al oírlo, Safiya esbozó una sonrisa maliciosa y avanzó con calma hasta la espada de Merik. Echó los hombros atrás y adelantó el pecho hasta tocar la punta de la hoja con su camisa.

—Tráeme a un brujo sanador del fuego, almirante, o me aseguraré de arruinar tu contrato.

Merik notó un calor palpitante detrás de los ojos. Safiya se dejaría cortar la piel. Derramaría su sangre y Merik perdería todo por lo que había trabajado. De algún modo, Safiya había averiguado lo que decía el contrato y le estaba poniendo a prueba.

Merik bajó su espada.

Acto seguido, dio rienda suelta a su rabia. Los vientos soplaron con libertad, azotando a los marineros.

—¡Kullen! ¡Quítale el aire!

El rostro de Safiya palideció.

—¡Cobarde! —le espetó—. ¡Cobarde egoísta! —Y le atacó.

Merik apenas tuvo tiempo para retroceder de un salto antes de que la espada de Safiya cortara el aire, justo donde antes estaba su cabeza.

El viento lo llevó hacia el alcázar y su camarote, mientras la palabra «cobarde» le golpeaba los oídos desde todas partes. Brotaba de los labios de sus marineros. Mientras aterrizaba en la cubierta, su mirada se cruzó con la de Kullen, entre la multitud. El primer oficial negó con la cabeza: estaba vez no iba a ayudarle.

Entonces Merik comprendió por qué: los marineros de su padre solamente veían a una mujer (una *cartorriana*, para más señas) que acababa de llamar «cobarde» a su nuevo almirante. Si Vivía o Serafín capitanearan aquel barco, el castigo sería raudo, concienzudo y violento. Aquellos hombres lo esperaban. Lo exigían.

Y tampoco sabían lo del contrato de Hasstrel.

Merik iba a tener que luchar contra Safiya fon Hasstrel, y tendría que hacerlo sin derramar ni una gota de su sangre.

Cuando los pies de Merik tocaron el suelo, la muchacha se abalanzó sobre él tan deprisa que su coleta flotaba en el aire. Los marineros se apartaron de su camino, intrigados por lo que ocurriría a continuación.

Safiya lanzó un tajo con su sable nada más llegar junto a él. Merik lo paró con su arma. Saltaron chispas del acero; la chica era fuerte. Merik necesitaba librarse de las armas cuanto antes. El más leve corte podía ser suficiente para anular el contrato.

Una nueva cuchillada de la chica. Merik detuvo el golpe, pero Safiya lo tenía acorralado contra el camarote. Y lo que era peor, el barco se estaba escorando fuertemente hacia la izquierda, y ahora vendría un breve momento de quietud antes del bandazo en el sentido opuesto.

La chica aprovechó la inercia, y por los Pozos Originarios que era veloz. Un tajo se convirtió en dos. En tres. En cuatro…

Ahí estaba. El barco empezó a moverse hacia el lado contrario y

a Safiya le flaquearon las rodillas. Tendría que recolocar los pies antes de lanzar el siguiente ataque.

Merik estaba preparado. Cuando Safiya descargó un tajo contra su cabeza, Merik se inclinó con un quiebro y el sable se clavó en la pared. Merik se abalanzó sobre ella. Pero en el momento en que la golpeó con el hombro para derribarla, los puños de Safiya le aporrearon los riñones. El espinazo.

Tuvo que soltarla, y entonces el barco se balanceó. Notó que perdía el equilibrio. Safiya iba a caer de cabeza sobre la cubierta.

Así que Merik echó mano de su brujería. Un viento sopló debajo de la muchacha, sosteniéndole el torso y devolviéndole el equilibrio a Merik de paso… hasta que Safiya logró erguirse y darle un rodillazo en las costillas.

Merik se dobló en dos sin poder evitarlo. Los tablones de la cubierta se acercaron vertiginosamente a su rostro.

Su magia estalló. En un ciclón de poder, la domna y él salieron volando de la cubierta. Giraban y daban volteretas en el aire. Todo se emborronó hasta que sobrevolaron la arboladura. El viento giraba a su alrededor y por debajo de sus pies. Safiya no parecía consciente de lo alto que estaban.

Merik intentó dominar el poder que palpitaba bajo su piel. En sus pulmones. Pero era innegable que la chica despertaba su ira interior. Su brujería ya no respondía ante él, sino ante *ella*.

Safiya lanzó un puñetazo al rostro de Merik, que tuvo el tiempo justo para bloquearlo antes de que el pie de la muchacha le enganchara el tobillo. Safiya lo proyectó hacia atrás, y sus dos cuerpos giraron hasta quedar boca abajo. Lo único que veía Merik eran las velas, las jarcias y los rabiosos puños de Safiya.

Merik contraatacó, pero ejerció demasiada fuerza (o tal vez fuera su brujería) y Safiya salió disparada, dando vueltas y alejándose de las velas. En cuanto los vientos de Merik dejaron de sostenerla, se desplomó de cabeza, en dirección al centenar de marineros boquiabiertos.

Merik lanzó un viento mágico a sus pies, impulsándola de nuevo hacia él. Aprovechó para orientar sus cuerpos correctamente;

durante el giro, el océano y la arboladura del barco pasaron a toda velocidad ante sus ojos.

Y entonces Safiya le dio un puntapié. Justo en la boca del estómago.

Se quedó sin aliento. Su magia se ahogó.

Y él y la domna cayeron.

Merik tuvo el tiempo justo para colocar su propio cuerpo debajo del de Safiya y pensar «Esto va a doler», y entonces notó el choque de su espalda contra la cubierta.

No… no era la cubierta. Era un colchón de aire. Kullen estaba ralentizando su caída, antes de que…

Merik se estrelló contra la cubierta de madera con un crujido que le sacudió el cerebro. La muchacha le cayó encima, aplastándole los pulmones y las costillas.

Pese al dolor y la conmoción, Merik aprovechó la oportunidad que se le presentaba. Enlazó sus rodillas en las de Safi y rodó para ponerse encima de ella. Después le plantó las manos a ambos lados de la cabeza y la fulminó con la mirada.

—¿Has terminado ya?

Safiya respiraba agitadamente. Tenía las mejillas rojas como el atardecer y los ojos brillantes y afilados.

—Jamás —dijo jadeando—. No hasta que nos lleves a la costa.

—Entonces, tendré que cargarte de cadenas. —Merik hizo ademán de levantarse, pero ella le agarró por la pechera y tiró de él. Le fallaron los codos y Merik cayó encima de Safiya; sus narices prácticamente se tocaban.

—No peleas… limpio. —Las costillas de Safiya rozaban las suyas con cada respiración agitada—. Otra… vez. Sin magia.

—¿He herido tu orgullo? —Se rio secamente y acercó su boca al oído de Safiya, rozándole la mejilla con la nariz—. Incluso sin mis vientos, perderías —susurró.

Antes de que ella pudiera responder, Merik se apartó de ella rodando y se puso enérgicamente en pie.

—¡Llevadla abajo y encadenadla!

Safiya intentó escabullirse, pero dos marineros, hombres de la

tripulación original y leal de Merik, ya estaban encima de ella. Se debatió y rugió, pero cuando Kullen se acercó con expresión pétrea, Safiya dejó de pelear… pero no de gritar.

—¡Espero que ardas en el infierno! ¡Y tu primer oficial, y toda tu tripulación! ¡Espero que *ardáis* todos!

Merik se dio la vuelta, fingiendo que no la oía. Que no le importaba. Pero lo cierto era que sí la oía… y que sí le importaba.

VEINTIUNO

Aunque Aeduan había tardado pocos minutos en conseguir que el emperador Henrick lo contratara, para cuando su nuevo compañero, el petimetre del príncipe Leopold, y su escolta de ocho bardas infernales salieron de palacio, todo el tiempo ganado se había echado a perder.

Dos horas después de abandonar el despacho privado del Dogo, Aeduan avanzaba a paso ligero al lado del carruaje de Leopold, en dirección al Distrito del Muelle Sur. El tráfico era denso. La gente había acudido desde todos los rincones de Veñaza para ver «las cenizas del palacio del Dogo». O como decían casi todos, «lo que habían hecho esos marstokíes tragafuegos, malditos fueran tres veces».

Aeduan no tenía ni idea de cómo había empezado ese rumor, pero sospechaba que era intencionado. Tal vez un guardia de palacio bocazas se había ido de la lengua, pero también era posible que algún diplomático belicista hubiera difundido deliberadamente el rumor. El caso era que se respiraba una gran animosidad hacia los marstokíes en las calles y los puentes de Veñaza por los que pasaba Aeduan (malas noticias para la renovación de la Tregua de los Veinte Años), y toda aquella situación parecía dirigida. Planificada.

Alguien quería que Marstok se convirtiera en el enemigo.

Aeduan guardó esa sospecha para cuando informara a su padre.

También se guardó el hecho de que, tras recorrer apenas dos calles a paso ligero, de los ocho bardas infernales al servicio de Leopold únicamente su comandante parecía respirar con normalidad dentro de su yelmo.

Menuda fuerza de élite.

Pero lo cierto era que el propio Aeduan se sintió vergonzosamente agotado cuando el carruaje de Leopold entró traqueteando en el Distrito del Muelle Sur, donde estaban anclados los barcos cartorrianos.

Casi había anochecido; los músculos de Aeduan, recientemente curados, ardían por el esfuerzo. El calor de las calles abarrotadas hacía que le picara la piel regenerada. Además, sus viejas cicatrices sangraban de nuevo, por lo que su única camisa limpia ya estaba llena de manchas de sangre.

Aeduan se moría de ganas de llevar a cabo su venganza (fuera cual fuera) cuando encontrara de nuevo a esa bruja de los hilos.

Leopold bajó del carruaje y salió al cálido atardecer. Llevaba un traje de terciopelo azul verdoso demasiado refinado para navegar, y de su cinto pendía una espada ropera con empuñadura de lazos de oro, más bien para alardear que para utilizarla.

Pero el dinero era el dinero, y en el carruaje estaba guardada la nueva caja de caudales de Aeduan, repleta de tálaros de plata, y eso hacia que valiera la pena asarse al sol y escuchar la interminable retahíla de protestas de aquel príncipe engreído.

—¿Qué es ese hedor? —exclamó el príncipe, tapándose la boca con una mano enguantada.

Al ver que ninguno de los bardas infernales se adelantaba para responder, y que de hecho se alejaban un poco para fingir que no le oían, como si quisieran evitar intencionadamente conversar con su príncipe, la responsabilidad recayó sobre Aeduan.

—A lo que hiede —dijo sin miramientos— es a pescado.

—Y a las heces de los sucios dalmotti —bramó un hombre barbado que se acercaba por el embarcadero. Llevaba el chaquetón

verde esmeralda de la Marina cartorriana, y a juzgar por cómo alzaba el mentón y por los tres hombres que se apresuraban a seguirle, era el almirante con el que tenía que encontrarse Leopold.

Los cuatro oficiales formaron en línea ante Leopold e hicieron una breve reverencia, diciendo uno tras otro:

—Alteza imperial.

Leopold sonrió como un niño con un juguete nuevo. Mientras se recolocaba la espada, dijo en cartorriano:

—Embarquen, señores. La flota saldrá con la marea y, según este monje, perseguimos a un nubrevnés.

El almirante cambió el peso de una pierna a la otra, los capitanes intercambiaron miradas fugaces y los bardas infernales se escabulleron un poco más lejos. Evidentemente, nadie iba a navegar con la marea. Que un solo barco navegara hasta Nubrevna ya era arriesgado, y eso era quedarse corto. Que navegara toda una flota era una misión suicida. Todos los presentes lo sabían, salvo el interesado: el heredero imperial de Cartorra.

Pero ninguno de los oficiales parecía dispuesto a hablar, ni siquiera el almirante. Aeduan gimió para sus adentros. Esos hombres no podían temer a aquel príncipe anodino. Aeduan entendía que alguien pudiera temer al emperador Henrick, pero el emperador no estaba allí para desatar su colmilluda ira.

Aeduan se volvió secamente hacia el príncipe y le dijo en dalmotti:

—No podéis llevar una flota hasta Nubrevna.

—Oh. —Leopold parpadeó—. ¿Por qué no?

—Porque sería inútil.

Leopold se estremeció, y sus mejillas se ruborizaron. Era el primer indicio de enfado. Por eso, y aunque a Aeduan lo mató por dentro tener que hacerlo, finalizó con un seco «alteza imperial».

—Inútil, ¿eh? —Leopold se pasó el pulgar por los labios—. ¿Hay algo que desconozca? —Se volvió al almirante y le preguntó en cartorriano—: ¿No es esa la función de la Marina? ¿Reclamar lo que nos arrebatan los belicosos nubrevneses? —Las mejillas de Leopold temblaban mientras hablaba, y Aeduan retiró su suposición anterior.

Era posible que Leopold sí poseyera un temperamento aterrador, sobre todo si el puesto del almirante dependía de sus ignorantes caprichos principescos.

Así que, exhalando ruidosamente, Aeduan volvió a tomar la palabra. Después de todo, él no tenía ningún almirantazgo que perder.

—La Marina es para las batallas navales, alteza imperial. Para las batallas *en el mar*. Pero no vamos a Nubrevna para batallar, porque seguramente la domna ya haya llegado a Lovats para cuando vuestros buques de guerra arriben a la costa nubrevnesa. Si yo fuera ese brujo de los vientos, allí la llevaría.

Las mejillas de Leopold temblaron de nuevo, y esta vez se dirigió a Aeduan en dalmotti:

—¿Qué diferencia supone que la muchacha llegue a Lovats? Un nubrevnés ha raptado a la prometida de mi tío. La reclamaremos.

—La Tregua de los Veinte Años —dijo Aeduan— no permite que los navíos tomen tierra en naciones extranjeras sin permiso…

—Ya sé lo que dice la maldita tregua. Pero repito que tienen a la prometida de mi tío. Eso ya es una violación del acuerdo.

«No lo es», pensó Aeduan, pero como no le apetecía discutir, se limitó a asentir secamente.

—La única forma de acceder a Lovats sería cruzando los Centinelas de Noden, y esos monumentos de piedra están fuertemente custodiados por los soldados nubrevneses. Suponiendo que vuestra flota pudiera atravesarlos, cosa que no pueden, todavía tendrían que lidiar con los Puentes de Agua embrujados de Stefin-Ekart.

—Está bien. —El tono de Leopold era peligrosamente inexpresivo—. ¿Qué hago entonces?

El almirante, sus capitanes y los lejanos bardas infernales se estremecieron al unísono. Aeduan no los culpaba por ello. Al menos Henrick entendía de guerra, de costes y de estrategia.

Por no hablar de historia elemental.

Pero aquello era una oportunidad para Aeduan. Una buena oportunidad de las que podrían no volver a presentarse jamás. Podía

granjearse la confianza de un príncipe.

—Un solo barco —dijo lentamente Aeduan, rotando las muñecas tres veces hacia dentro y otras tres hacia fuera—. Necesitamos la fragata más veloz de la flota, y también a todos los brujos del viento y de las mareas disponibles. Si conseguimos interceptar a los nubrevneses antes de que arriben a su patria, podremos reclamar a la domna sin que eso afecte a la Tregua de los Veinte Años… alteza imperial.

Leopold miró fijamente a Aeduan, mientras la brisa veñaziana agitaba sus rubios rizos en todas direcciones. Después, como si hubiera tomado una decisión interna, le dio unos golpecillos a la empuñadura de su espada y asintió.

—Encárgate de ello, monje. Inmediatamente.

Y eso hizo Aeduan, satisfecho y envanecido de que cuatro oficiales y ocho bardas infernales (los cuales miraban con aprensión la pechera ensangrentada de Aeduan) estuvieran obligados a cumplir sus órdenes.

La experiencia fue también… desconcertante. La gente rara vez miraba a Aeduan a los ojos, y mucho menos permanecía tan cerca de él. Por eso, cuando terminó la planificación y los hombres volvieron a ignorarle, Aeduan sintió un cierto alivio.

Y mientras regresaba al carruaje de Leopold, después de supervisar el transporte de su caja de caudales a un balandro cartorriano, una esencia familiar llegó hasta su nariz.

Se detuvo a dos pasos del carruaje y olfateó el aire.

«Lagos transparentes e inviernos gélidos».

Aeduan conocía el olor de esa sangre, pero no conseguía identificar a su dueño. Leopold olía a cuero nuevo y humo de chimenea, los bardas infernales apestaban a horca y a hierro frío, y todos los oficiales tenían esencias sanguíneas claramente oceánicas.

El dueño de aquel olor había pasado recientemente por el embarcadero. Aeduan lo conocía pero no se había molestado en registrar su esencia sanguínea.

Eso quería decir que no era importante.

Encogiéndose de hombros, se olvidó del olor y se caló la

capucha. Estaba sonando la decimoséptima campanada, así que Aeduan tenía el tiempo justo para encontrar el número 14 de la calle Ridensa y poner al tanto a su padre sobre su nuevo y lucrativo patrón.

VEINTIDÓS

Las esposas constreñían las muñecas de Safi mientras esta observaba el rostro dormido de Iseult.

Su amiga tenía en los labios un inconfundible hilillo de baba, pero Evrane se había ido y Safi estaba encadenada demasiado lejos como para hacer algo al respecto.

Por lo visto, era incapaz de hacer *nada* en absoluto. Se había comportado como una chiquilla al dejar que su temperamento estallara contra Merik, pero eso no le importaba. Lo que le importaba era que su ataque había fallado. Que al final solo había conseguido empeorar las cosas.

El camarote estaba casi a oscuras ahora que las nubes habían tapado el sol de la tarde. Oía el chapoteo del agua. El barco ganaba velocidad y ya no daba bandazos. El gigantesco tambor volvía a atronar, y también se oían de nuevo las pisadas de los marineros.

Safi se llevó las rodillas al pecho, y sus cadenas tintinearon como burlándose de ella.

—Menuda exhibición la de antes.

Safi se irguió y descubrió a Evrane en el umbral. Veloz como un ratón, la monja cruzó la habitación y se acercó a Iseult.

—¿Cómo está? —preguntó Safi—. ¿Qué puedo hacer?

—No podéis hacer nada estando encadenada. —Evrane se arrodilló y puso la mano sobre el brazo de Iseult—. Está estable. Por ahora.

Safi exhaló con fuerza.

«Por ahora» no era suficiente. ¿Y si Safi había iniciado algo que no podía completar? ¿Y si Iseult no volvía a despertar?

Evrane se giró hacia Safi.

—No debería haberos dicho que salierais del camarote. Lo lamento.

—Habría atacado a Merik tanto en cubierta como en la bodega.

Evrane resopló secamente.

—¿Habéis recibido alguna herida durante vuestro… enfrentamiento?

Safi ignoró la pregunta.

—Dime qué es lo que le pasa a Iseult. ¿Por qué necesita a un brujo sanador del fuego?

—Porque hay un problema con el músculo de Iseult, y eso es cosa de los brujos sanadores del fuego. —Evrane sacó un tarro de cristal de debajo de su capa—. Yo soy una bruja del agua, y mi especialidad son los fluidos del cuerpo. Mis ungüentos —le mostró el tarro a Safi— son de los brujos de la tierra, de modo que solamente pueden curar la piel y los huesos. —Evrane dejó el ungüento sobre el camastro—. En el músculo de Iseult hay una inflamación embrujada. El corte de su mano o la herida de flecha del brazo tienen un maleficio. No… no sé cuál de las dos es, pero indudablemente es obra de un brujo de los maleficios.

—¿Un brujo de los maleficios? —repitió Safi—. ¿Un *brujo de los maleficios*?

—Ya he visto antes maleficios como este —prosiguió Evrane—. Puedo evitar que la maldición pase a su sangre, pero me temo que seguirá extendiéndose por el músculo. En este momento avanza hacia el hombro. Si sigue así tendré que amputar, pero es peligroso que lo haga yo sola. Lo mejor sería hacerlo con brujos sanadores de la tierra y del fuego. Pero claro, aunque hubiera alguno disponible, la mayoría de los brujos de la tierra son cartorrianos, y los del fuego,

marstokíes. Merik nunca permitiría que subieran a bordo enemigos.

—Ya no son enemigos —murmuró Safi mientras la cabeza le daba vueltas al pensar en la amputación. La palabra se le antojaba muy extraña. Imposible—. La Gran Guerra terminó hace veinte años.

—Decídselo a los hombres que lucharon en ella. —Evrane señaló hacia la bodega principal—. Contádselo a los marineros cuyas familias fueron pasto de las llamas marstokíes.

—Pero los sanadores no pueden hacer daño. —Safi clavó los dedos en la madera hasta que le crujieron los nudillos—. ¿No consiste en eso vuestra magia?

—Oh, claro que podemos hacer daño —respondió Evrane—. Aunque no con nuestro poder.

Safi no dijo nada. No había nada que decir. A cada segundo que pasaba, más profundamente se hundía ella en el infierno, y menos probabilidades tenía Iseult de sobrevivir.

Pero aunque Safi estaba encadenada, no pensaba rendirse. Maldecía una y tres veces el tratado de Merik, el plan de su tío e incluso su propio futuro. Safi *encontraría* el modo de salir de aquel barco y *llevaría* a Iseult a ver a un brujo sanador del fuego.

—Sois una mujer noble —dijo Evrane—, y sin embargo sabes cómo manejar una espada. Me pregunto cómo es posible. —Estiró lentamente el brazo para coger su equipo de sanadora, a los pies de la cama. Después, con movimientos precisos, desató el vendaje del brazo de Iseult. El tambor retumbaba, retumbaba y retumbaba—. En Nubrevna —continuó Evrane—, nuestros domes y domnasse llaman «vizeres», y las tierras de mi familia, los Nihar, estaban al sudeste de la capital. Unas tierras inservibles, si os soy sincera. —Evrane sonrió con ironía a Safi mientras despegaba el vendaje con cuidado—. Pero son ese tipo de tierras las que tienden a engendrar a los vizeres más hambrientos de poder, y mi hermano no fue una excepción. Con el tiempo consiguió la mano de la reina Jana, y los Nihar pasaron a formar parte de las serpientes de la realeza.

«La nobleza cartorriana es igual», pensó Safi. Mezquinos, despiadados y embusteros. Un hombre como Merik podía sentirse

atado por el deber a su patria y a su pueblo, pero Safi nunca había sentido esa lealtad. Las gentes de Hasstrel nunca la habían querido, ni tampoco los demás domes y domnas. El tío Eron lo había expresado con mucha concisión: Safi no estaba precisamente hecha para el liderazgo.

Evrane apartó las vendas sucias y cogió su frasco de ungüento.

—La política es un mundo de mentiras, y la corte nubrevnesa no es ninguna excepción. Pero cuando mi hermano se convirtió en rey… —Frunció el ceño y abrió el frasco—. Cuando Serafín se convirtió en rey y almirante de la Marina real, se convirtió en la peor serpiente de todas. Enfrenta a vizer contra vizer, a hijo contra hija… incluso a los de su sangre.

»Me quedé unos cuantos años después de que la familia se mudara a Lovats —continuó Evrane—, pero terminé por rendirme. Quería ayudar a la gente, y no podía hacerlo en la capital. —Evrane volvió a dejar el frasco en su bolsa y le mostró su marca de bruja a Safi—. Supongo que forma parte de ser bendecida con la brujería sanadora del agua. Tengo la necesidad de ayudar; si estoy ociosa, soy infeliz. Así que, años antes de que la Tregua de los Veinte Años comenzara, renuncié a mi título y viajé a las montañas Sirmayas para tomar los votos Carawen. Los Pozos Originarios siempre me han llamado, y sabía que podría ayudar a los demás llevando una capa blanca en mi espalda. ¿De dónde venís vos, domna?

Safi tomó aire con desgana, y sus cadenas tintinearon con el movimiento.

—De las montañas Orhin, en el centro de Cartorra. Era un sitio frío y húmedo, y lo odiaba a muerte.

—¿Iseult viene del asentamiento Midenzi? —Evrane cubrió el brazo de Iseult con el vendaje nuevo. Con extrema lentitud, lo fue enrollando en tomo al músculo—. Ahora lo recuerdo.

Los pulmones de Safi se encogieron. «Cabello plateado. Una monja sanadora».

—Tú —dijo Safi sin aliento—. Eres la monja que la encontró.

—Sí —respondió sin más—. Y eso es muy importante. —Evrane giró la cabeza para mirar sombríamente a Safi—. ¿Sabéis por

qué es importante?

Safi meneó la cabeza lentamente.

—¿Porque es… una coincidencia increíble?

—No es coincidencia, domna, sino obra de la Dama Fortuna. ¿Conocéis «El lamento de Eridysi»?

—¿Te refieres a la canción de los marinos beodos?

Evrane se rio discretamente.

—Esa misma, aunque en realidad forma parte de un poema mucho más largo. Una epopeya, más bien, y los monjes Carawen creen que es… —Se interrumpió, con la mirada perdida como si buscara la palabra idónea—. Un *presagio* —dijo finalmente, asintiendo—. Eridysi era una bruja de la vista, y muchas de sus visiones terminaron por cumplirse.

»Desde que me uní al monasterio, domna, he tenido la sensación de formar parte de ese lamento.

Safi miró con escepticismo a Evrane. Por lo que recordaba de la letra de la canción, hablaba de traiciones, muertes y pérdidas eternas. Nadie en su sano juicio querría que aquello se hiciera realidad, por no hablar de considerarlo una profecía de su futuro en la vida.

Pero cuando Evrane volvió a hablar, no dijo nada sobre la Dama Fortuna ni sobre ningún presagio. Su atención había vuelto a centrarse en el delicado rostro de Iseult.

—Iseult está muy mal —murmuró—, pero te juro por los Pozos Originarios que no morirá. Moriré *yo* antes que permitir que eso suceda.

Esas palabras estremecieron de arriba abajo a Safi; en ellas reverberaba una verdad tan intensa que Safi no pudo hacer otra cosa que asentir. Porque ella haría lo mismo por Iseult, y sabía que Iseult también lo haría por ella.

* * *

Merik miraba fijamente la mesa llena de mapas que tenía delante, y la miniatura con brujería del éter que Vivía le había hecho llegar. Kullen estaba recostado contra la pared cercana, inmóvil e impertérrito. El aire frío era el único indicio de su ansiedad.

La luz del sol asomaba entre las nubes, y el Jana subía y bajaba al surcar el océano. El Jana en miniatura avanzaba sobre el mapa con suavidad… pero el barco mercante dalmotti había aminorado significativamente, y pronto llegaría al punto exacto donde Merik le había dicho a Vivía que estaría, y además llegaría en el momento preciso que él le había dicho.

Las mentiras de Merik se estaban haciendo realidad ante sus ojos.

Supuso que podría intentar detener a su hermana con algún cuento nuevo: que el barco mercante había cambiado abruptamente su rumbo… Pero dudaba que ella le creyera. Con toda probabilidad, Vivia ya estaba en posición, esperando a que su incauta presa pasara cerca.

—He cavado nuestra propia tumba —dijo Merik con voz ronca.

—Pero nos sacarás de ella. —Kullen extendió las manos—. Como haces siempre.

Merik se tironeó del cuello de la camisa.

—He sido descuidado. Me ha cegado mi entusiasmo por ese contrato, maldito sea tres veces, y ahora… —Exhaló ruidosamente y se volvió hacia Kullen—. Ahora tengo que saber si puedes hacer lo que hace falta.

—Si te refieres —dijo Kullen con impaciencia— a cómo están mis pulmones, están perfectamente. —La temperatura descendió unos grados, y aparecieron copos de nieve en tomo a la cabeza de Kullen—. Llevo semanas sin tener problemas. Te prometo —Kullen se llevó el puño al corazón— que puedo volar hasta el barco de Vivia e impedir que cometa actos de piratería. Al menos hasta que llegues tú.

—Gracias.

—No me las des. —Kullen negó con la cabeza—. Si estamos aquí en vez de en Veñaza, es por pura suerte. Si estuviéramos

todavía al otro lado del mar, no podríamos intervenir. —Se hizo el silencio, y el aire se calentó ligeramente—. Tenemos que hablar de una cosa más antes de que me vaya.

A Merik no le gustó cómo sonaba eso.

—La chica matsí de la bodega —continuó Kullen—. ¿Qué vas a hacer con ella?

Merik tomó aire con desgana y se examinó la camisa; los faldones estaban en su sitio.

—Estoy en ello, Kullen. No voy a dejar que muera, ¿de acuerdo? Pero el Jana y nuestro pueblo tienen prioridad.

Kullen asintió, aparentemente satisfecho.

—En ese caso, haré lo que sea preciso.

—Y yo también —dijo Merik—. Reúne a la tripulación y convoca a los brujos de las mareas. Es hora de poner viento en popa.

VEINTITRÉS

Comida. Safi se quedó sola, reflexionando sobre Iseult y la Dama Fortuna. Seguro que las probabilidades de que Iseult volviera a encontrarse con la misma monja que la había ayudado eran altas. Al fin y al cabo, ¿cuántos monjes Carawen podía haber en el continente?

Y seguro que ese reencuentro se debía más al azar y la probabilidad (igual que la carta del Paladín de los Zorros que había sacado Ryber de la baraja) que a un antiguo poema que dirigía la vida de la monja.

Al oír unos pasos que se aproximaban, los pensamientos de Safi se dispersaron. La puerta del camarote se abrió con un crujido y apareció Merik, con un cuenco de madera en la mano. Safi le enseñó los dientes.

—¿Vienes a pelear otra vez? —Era una forma grosera de empezar la conversación, pero a Safi no le importaba en absoluto.

—¿Debería? —Merik entró en el camarote y cerró la puerta con el pie—. No parece que te estés portando mal.

—No —gruñó. Era verdad. A pesar de sus ganas de rugir, gritar y hacer que Merik se arrepintiera de haberla encadenado, no era

estúpida. No quería malgastar energía. Ahora más que nunca necesitaba un plan.

—Bien. —Merik se acercó y dejó el cuenco en el suelo, a su alcance, aunque manteniéndose alejado de ella. Una decisión inteligente.

Haciendo tintinear sus cadenas, Safi le echó un vistazo al cuenco. Sopa aguada con un mendrugo seco flotando.

—¿Qué es?

—Lo de siempre. —Merik se acuclilló y la miró con sus ojos marrones, oscuros e intensos. Pero parecía distraído, y el triángulo de su frente le arrugaba el ceño—. Caldo de hueso y lo que haya a mano para echarlo a la olla.

—Suena… delicioso.

—Pues no lo es. —Se encogió de hombros—. Pero, mira, hasta te partiré el pan.

Sacó el mendrugo del cuenco y, con una sonrisa casi de disculpa, lo partió y fue echando los trocitos en el caldo.

Safi lo observaba con los ojos entornados.

—¿Es un truco? ¿Por qué te portas bien conmigo?

—No es ningún truco. —Más trozos de pan cayeron al cuenco —. Quiero que sepas que entiendo por qué me… atacaste. — Lentamente, volvió a mirar a Safi a los ojos. Su semblante era sombrío. Casi lúgubre—. Yo habría hecho lo mismo en tu lugar.

—Entonces, ¿por qué no detienes el barco? Si lo entiendes, ¿por qué no llevas a Iseult a la costa?

Por toda respuesta, Merik gruñó evasivamente y echó el último trozo de pan en el cuenco. Safi contempló cómo flotaba en el caldo, y la frustración subió hirviendo hasta sus hombros.

—Si esperas —dijo en voz baja— que te dé las gracias por una sopa…

—La verdad es que sí —la interrumpió—. En este barco no abunda la comida, domna, y lo que vas a cenar es mi ración. Conque sí, un poco de gratitud no estaría mal.

Safi no encontró réplica para eso. De hecho, se había quedado sin palabras, y se reafirmó en su recelo. ¿Qué quería Merik de ella?

Su magia no detectaba ningún engaño.

Merik le dio un empujoncito al cuenco.

—Come, domna… ¡Oh, espera! ¡Casi lo olvido! —Sacó una cuchara de su abrigo—. ¡Tendrás queja! ¿Sabes cuántos hombres de este barco matarían por poder comer con una cuchara?

—¿Y sabes a cuántos hombres podría matar yo con una cuchara? —replicó Safi.

Merik sonrió levemente, pero cuando Safi echó mano a la cuchara, Merik no la soltó. Sus dedos se tocaron…

Y Safi notó una punzada de calor en el brazo. Se estremeció, recogiendo rápidamente la mano y la cuchara.

—Nos detendremos pronto —dijo Merik, aparentemente ajeno a su reacción—. Puede que haya combate, y… quería avisarte.

—¿Quién va a combatir? —dijo Safi con voz extrañamente aguda, sintiendo todavía un cosquilleo en los dedos que aferraban la cuchara—. ¿Iseult y yo estamos en peligro?

—No. —Merik negó con la cabeza, pero su palabra y su gesto hicieron que el poder de Safi se crispara: «Mentira»—. Os mantendré a salvo —añadió después. La magia de Safi ronroneó: «Verdad».

Safi frunció el ceño y probó la sopa. Era repugnante, por mucha hambre que tuviera. Estaba tan aguada que prácticamente no tenía sabor, y tan fría que casi estaba cuajada.

—No me mires mientras como —resopló—. No voy a matar a nadie con la cuchara.

—Gracias a Noden. —Sonrió ligeramente—. Empezaba a temer por la tripulación. —Se interrumpió y sacudió fugazmente la cabeza, como si estuviera alejando un pensamiento sombrío que le turbaba.

Merik miró a los ojos a Safi, y su mirada era penetrante, más penetrante que nunca. Safi tuvo la incómoda sensación de que él la *veía*. Que no solo veía su superficie, sino todos sus secretos.

—Si te soy sincero —dijo finalmente—, eres una amenaza, domna. Por eso tengo que mantenerte encadenada. Harías lo que fuera por tu hermana de hilos, y yo haría lo que fuera por Kullen.

«Verdad».

Al ver que Safi no decía nada y se limitaba seguir bebiendo sopa, Merik continuó:

—Kullen y yo nos conocemos desde que éramos niños, desde que visité las tierras Nihar, donde trabaja su madre. ¿Cuándo conociste a Iseult?

Al tragar antes de responder, estuvo a punto de atragantarse con el pan.

—¿Por qué quieres saberlo?

Merik suspiró.

—Curiosidad inocente.

«Verdad».

Safi frunció los labios. Merik estaba siendo extrañamente sincero con ella, y no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Safi supuso que el príncipe no obtendría ninguna ventaja táctica si se enteraba de cómo había trabado amistad con Iseult.

—Nos conocimos hace seis años —respondió por fin—. Trabaja… o trabajaba, más bien, para mi tutor, en Veñaza. Cada vez que yo lo visitaba para recibir mis lecciones, Iseult estaba allí. Al… al principio no me cayó bien.

Merik asintió.

—A mí tampoco me caía bien Kullen. Era demasiado serio y gigantesco.

—Y lo sigue siendo.

Merik se rio, con una carcajada profunda y franca que hizo que Safi sintiera una extraña calidez en el estómago. Con los ojos entornados y el rostro relajado, Merik era apuesto. Arrebatadoramente apuesto, y Safi se dio cuenta de que ella también se estaba relajando, a pesar de lo que le decían su juicio y su voluntad.

—Iseult también me pareció seria —dijo lentamente—. Por entonces no entendía a las brujas de los hilos… ni a los nomatsíes. Sencillamente, Iseult me parecía rara. Y fría.

Merik se rascó el mentón, áspero por la barba incipiente.

—¿Y qué cambió?

—Me salvó de una sajada. —Safi miró a Iseult, inmóvil sobre el

camastro y demasiado pálida—. Solo teníamos doce años, e Iseult me salvó la vida sin pensar en sí misma en ningún momento.

La sajada era una bruja de la tierra que andaba cerca de la tienda de Mathew. Había empezado a sajarse a unos pasos de Safi, y cuando se abalanzó sobre ella, Safi había pensado que todo había terminado. Que las llamas infernales o los peces bruja, alguno de los dos, venían a reclamarla.

Entonces Iseult había aparecido de repente, había saltado sobre la espalda de la mujer y había luchado como si fuera su propia vida la que estaba en juego.

Por supuesto, Iseult no era lo bastante fuerte como para detener a la bruja de la tierra, y gracias a los dioses, Habim había llegado momentos más tarde.

Ese día, Habim empezó a entrenar a Iseult con Safi para que aprendiera a defenderse. Y lo más importante, ese día Safi empezó a ver a Iseult como a una amiga.

Menuda manera de pagárselo: Safi había prendido fuego a las vidas de ambas.

Removió la sopa, observando el remolino en el que giraba el pan.

—¿Cómo os hicisteis amigos Kullen y tú?

—Es una historia parecida. —Merik se humedeció los labios y, con aire excesivamente indiferente, dijo—: Kullen tiene un problema en los pulmones. No… no sé si te has dado cuenta. La verdad es que es irónico: un brujo del aire que puede controlar los pulmones de los demás, pero no los suyos. —Merik se rio amargamente—. Kullen sufrió su primer ataque respiratorio grave a los ocho años, y yo lo reviví con mi poder. La historia no da mucho más de sí. —Merik señaló el cuenco con la frente—. ¿Qué tal la sopa?

—He comido cosas peores.

Merik inclinó la cabeza.

—Me lo tomaré como un cumplido. Aquí hacemos lo que podemos con lo poco que tenemos. —Levantó las cejas, como si la frase tuviera doble sentido.

Si lo tenía, a Safi se le escapaba.

—¿Qué quieres decir?

—Que me parece que tú haces lo mismo: apañártelas con lo que tienes. Ayudaré a Iseult cuando pueda.

—No puedo esperar tanto. Iseult no puede esperar.

Merik se encogió de hombros.

—Pero no tienes elección. La que está encadenada eres tú.

Safi se estremeció como si él acabara de golpearla. Soltó la cuchara y arrojó el cuenco a un lado. El caldo se derramó por los bordes.

Que Merik se burlara de su impotencia. Que se riera de sus cadenas. Ella había encendido aquella pira, y ella la apagaría. Y no necesitaba su permiso ni el de nadie para hacerlo.

—El caldo sabe a mierda —dijo.

—En efecto. —Merik asintió, lo que la enfureció aún más—. Pero al menos ahora puedo cenar algo. —Recogió el cuenco y se marchó del camarote tan deprisa como había entrado.

* * *

Iseult volvía a estar atrapada en aquel estado de ensoñación. Oía voces fuera de su consciencia, y los sueños flotaban justo al otro lado. Había alguien allí.

No solamente los que estaban en el camarote del barco, porque a esos Iseult los oía vagamente. Aquella presencia era una sombra diferente, alguien que se retorcía y se agitaba en el fondo de su mente.

«Despierta», se dijo a sí misma Iseult.

—Sigue durmiendo —murmuró la sombra. Su voz le era familiar: era la suya propia—. Sigue durmiendo, pero abre los ojos.

La voz era más fuerte que Iseult. Recubría su mente con un jarabe pegajoso e ineludible, y aunque Iseult se decía a gritos que tenía que despertar, solamente pudo hacer lo que le ordenaba la voz.

Abrió los ojos y vio el mamparo embreado del camarote.

—Un barco —murmuró la voz—. Dime, bruja de los hilos, ¿cómo te llamas? —La sombra seguía hablando con la voz de Iseult, pero había un deje jovial en sus palabras, como si hablara sonriendo constantemente—. ¿Y viajas con otra muchacha? ¿Una bruja de la verdad? Debe de ser así, porque solamente hay unas pocas brujas de los hilos en el mar ahora mismo. Tres, para ser exactos, y solamente una tiene la edad apropiada.

—¿Quién…? —empezó a decir Iseult, aunque tuvo que esforzarse para que esa única palabra brotara de sus labios. Su voz sonaba a un millón de kilómetros de distancia; se preguntó si tal vez estaba hablando también en el mundo real, si ese era el motivo de que le ardiera la garganta—. ¿Quién eres?

El regocijo de la sombra aumentó, y una gota helada recorrió el espinazo de Iseult.

—¡Eres la primera persona que me percibe! Nadie había oído nunca lo que digo y lo que ordeno. Se limitan a cumplir mis órdenes. ¿Cómo es que sabes que estoy aquí?

Iseult no respondió. Pronunciar aquella pregunta había hecho que un dolor incandescente atravesara todo su cuerpo.

—Vaya, vaya —dijo la sombra—. Estás muy enferma. Si mueres, no averiguaré nada. —La sombra se acercó más y sus dedos hurgaron en los pensamientos de Iseult—. No es fácil leerte, eres bastante cerrada. ¿Ya te lo habían dicho? —La sombra no esperó respuesta; una pregunta tronó en la mente de Iseult—. ¿VIAJAS CON UNA BRUJA DE LA VERDAD LLAMADA SAFIYA?

Las entrañas de Iseult se crisparon, y el hielo que le recorría el espinazo se extendió. Reuniendo todas su fuerzas y su entrenamiento, Iseult *aplastó* sus emociones, sus pensamientos y hasta el último fragmento de conocimiento que amenazaba con salir a flote.

Pero fue demasiado lenta. La sombra percibió su miedo y se lanzó a por él.

—¡Viajas con ella! ¡Viajas con ella! Si no, no habrías tenido una reacción tan fuerte. Oh, la Dama Fortuna me favorece hoy. Ha sido

mucho más fácil de lo que esperaba. —La sombra destilaba felicidad. Iseult se la imaginaba aplaudiendo de contento—. Procura seguir con vida, brujita de los hilos, ¿de acuerdo? ¿Serás capaz? Me harás falta otra vez cuando llegue el momento.

«¿El momento?», pensó Iseult, incapaz de hablar.

—¡Hasta la próxima! —gorjeó la sombra. Su presencia oscura se desvaneció.

E Iseult despertó en el mundo real.

Los siguientes minutos fueron muy confusos: la monja la ayudaba a incorporarse, los hilos de Safi parpadeaban locamente al otro lado del camarote y todo le daba vueltas y se balanceaba.

—¿Safi?

—Estoy aquí, Is.

Iseult se relajó un poco, hasta que la monja inspeccionó su vendaje. Entonces Iseult necesitó todo su autocontrol para no aullarle a la monja que se alejara de ella. Oh, por el amor de la Madre Luna, ¿cómo podía sentir tanto dolor?

«Estás muy enferma», le había dicho la sombra. A juzgar por los hilos grises de miedo que flotaban sobre Safi y la monja, la voz estaba en lo cierto.

Lo que no sabía, sin embargo, era si la voz era *real*.

Iseult agarró a la monja por la muñeca.

—¿Me voy a morir?

La monja se quedó muy quieta.

—Po… podrías morir. El músculo está maldito, pero hago todo lo posible por mantener tu sangre limpia.

Iseult casi se rio al oírlo. Corlant debía de haberle lanzado un maleficio a su flecha. «Ahora entiendo su expresión engreída al acertarme». Corlant sabía que la herida acabaría por matarla.

Pero… ¿por qué? Seguía sin comprender el *motivo* por el que Corlant quería ver muerta a Iseult. Si realmente solo deseaba vengarse de Gretchya y Alma, no habría apuntado su flecha abiertamente contra Iseult.

Era más de lo que Iseult podía asimilar en esos momentos. Demasiados pensamientos confusos y contradictorios. Carecía de

fuerza mental para sobrellevarlo todo.

—El agua te sentará bien. —La monja señaló con la frente un odre—. Por favor, procura beber mientras voy a buscarte comida. — Se puso de pie y se marchó del camarote.

Iseult giró la cabeza hacia Safi. Durante una fracción de segundo, casi deseó poder llorar, soltar unas cuantas lágrimas con la misma facilidad que el resto de la gente. Así Safi sabría lo aliviada que estaba de verla allí.

—Estás encadenada.

Safi esbozó una mueca.

—He irritado al almirante.

—No esperaba menos de ti.

—No tiene gracia. —Safi se recostó contra la pared mientras sus hilos palpitaban, pasando del gris al verde de la preocupación—. La situación es grave, Is, pero lo solucionaré, ¿vale? Te lo juro: lo solucionaré. Evrane ha prometido ayudarnos.

Evrane. Conque así se llamaba la monja. «Evrane». Qué sencillo, qué modesto.

—¿Qué te pasó, Is? ¿Cómo te hiciste eso?

Iseult suspiró entrecortadamente.

—Más tarde —murmuró—. Te lo explicaré… más tarde. Dime cómo hemos terminado aquí.

Safi miró de reojo la puerta antes de bajar la voz.

—Todo empezó en Veñaza, justo después de que Habim te ordenara marcharte.

Mientras Safi le describía lo que había pasado, Iseult se dio cuenta de que cada vez le resultaba más difícil permanecer anclada al mundo real, distinguir los detalles importantes.

Fresas con chocolate… «No es importante», decidió. Bailar con el príncipe Merik de Nubrevna… «Importante». Y ser declarada la prometida de Henrick fon Cartorra, probablemente porque el emperador conocía la brujería de Safi…

—Espera —la interrumpió Iseult, parpadeando para alejar el dolor del brazo—. ¿Eres la prometida del emperador? ¿Eso te convierte en emperatriz de Cartorra…?

—¡No! —exclamó Safi. Después añadió, más tranquila—: El tío Eron dijo que no tendría que casarme con Henrick.

—Pero si Henrick conoce tu magia, ¿qué pasará? ¿Quién más lo sabe?

—No lo sé. —Safi arrugó la frente. Después, con una retahíla de palabras aún más veloz, terminó su historia.

Pero la segunda mitad de la historia era más confusa que la primera, e Iseult era incapaz de ir más allá del compromiso nupcial. Si Safi se convertía en emperatriz, Iseult ya no tendría adonde ir.

La puerta se abrió con un crujido y Evrane entró llevando un cuenco.

—¿Por qué mi paciente está el doble de pálida que cuando me he marchado? ¡La habéis agotado, domna! —exclamó Evrane.

—Siempre estoy pálida como un cadáver —dijo Iseult, suscitando una tensa sonrisa de Safi.

Cuando Evrane consideró que Iseult ya había comido lo suficiente, la ayudó a tenderse boca arriba. Después Safi levantó la voz, haciendo sonar sus cadenas.

—Encontraré a un brujo sanador del fuego, ¿de acuerdo, Is? Te juro que lo haré, y te juro que te recuperarás.

—Acepto el juramento —susurró Iseult. Le pesaban demasiado los párpados, así que los dejó caer—. Si no encuentras un sanador, Saf, y me muero, te prometo que te atormentaré durante el resto… de tu miserable… vida.

Safi soltó una sonora carcajada y por un instante Iseult volvió a abrir los ojos. Los hilos de Safi estaban histéricamente blancos.

Vaya, pero si Evrane estaba sonriendo. Esa agradable imagen infundió un leve calor en el corazón de Iseult.

Iseult notó la mano de la mujer sobre su frente. Pasó un segundo, y pese a los crujidos de la madera del barco, la magia de Evrane no tardó en arrastrar a Iseult bajo las olas del sueño.

VEINTICUATRO

Cuando Merik salió a cubierta para ordenar a Kullen que se marchara en busca de Vivia, y para enviar el Jana detrás inmediatamente después, descubrió unas abultadas nubes moradas en el cielo nocturno.

No tardaría en llover, pero de momento el aire era denso y tranquilo. El tipo de calma que dejaba incapacitados los barcos sin brujos.

Igual que la noche anterior, los marineros del Jana estaban organizados en hileras por toda la cubierta, todos salvo Ryber, que estaba de pie junto al tambor de viento, con los ojos clavados en la proa, donde se encontraba Kullen.

Merik reprimió un suspiro al ver así a Ryber. Tendría que recordarle a la chica que disimulara sus muestras de afecto. Merik sabía lo que había entre ella y Kullen, pero el resto de la tripulación no, y no debían enterarse, si es que Ryber quería permanecer en aquel barco, formando parte de la tripulación de Merik.

Merik subió al alcázar para observar a sus hombres. A diferencia de la noche anterior, ahora no había necesidad de guardar silencio. Merik se obligó a sonreír, con una sonrisa de las que guardaba para cuando él y su diminuta tripulación surcaban las aguas de Nubrevna:

—¡Una saloma mientras navegamos! —rugió—. ¿Qué tal «La vieja Ailén» para empezar?

«La vieja Ailén» era una de sus favoritas, y varios marineros sonrieron a su vez mientras Merik caminaba hasta el tambor de viento y recogía el mazo ordinario que le tendía Ryber. Ni ella ni nadie de la tripulación sabían hacia dónde navegaban, y aunque Merik prefería pensar que se opondrían a la piratería de Vivía, no las tenía todas consigo.

Merik golpeó el tambor cuatro veces; con la quinta, los hombres del Jana empezaron a cantar:

Catorce días de tempestad,
catorce días de viento y vaivén,
catorce días sin calma en el mar
para los hombres de la vieja Ailén.
¡Ey!
Trece días de tumbos y tumbos,
trece días implorando el fin,
trece días sin variar el rumbo
para los hombres de la vieja Ailén.

Mientras las voces de la tripulación, oxidadas por la sal, entonaban la tercera estrofa, Merik le pasó el mazo a Ryber y se colocó en posición, junto a los tres brujos de las mareas. Kullen escogió ese momento para salir volando del barco, con el viento rugiendo en su estela. No tardó en convertirse en un diminuto punto en el horizonte.

El más joven de los brujos de las mareas le ofreció a Merik unos anteojos de viento. Cuando se los hubo puesto y ya lo veía todo deforme y distorsionado, ladró:

—¡Agua en popa, señores!

Como uno solo, los brujos de las mareas tomaron aire e hincharon el pecho. Merik les imitó, notando cómo crecía su poder al inspirar. Bajo su brujería no había ni rastro de ira: Merik se sentía

tan tranquilo como las aguas de una poza de marea. Merik y los brujos soltaron el aire. El viento sopló en tomo a las piernas de Merik. Las olas se dirigieron hacia el barco.

—¡Mareas preparadas! —bramó Merik, y la energía elemental de su interior se liberó, poseyendo el aire que le rodeaba.

—¡Adelante!

Con una gran succión de poder, la magia abandonó el cuerpo de Merik. Un viento seco y cálido barrió la cubierta, tensando el velamen. Al mismo tiempo, las aguas de los brujos de las mareas golpearon la línea de flotación, impulsando el barco hacia delante. Las rodillas de Merik temblaron; aquella maniobra era mucho más fluida cuando la dirigía Kullen.

Nueve días tras zorros del mar,
nueve días de aletas también,
nueve días de dientes chascar
para los hombres de la vieja Ailén.
¡Ey!

Merik se dejó llevar por el ritmo de la saloma y el tambor de viento. El poder palpitaba a través de su cuerpo con inusitada fluidez y energía. Por una vez en su vida, sintió que tenía más magia de la que podía emplear. Mientras los brujos de las mareas cantaban en voz baja, los vientos de Merik hinchaban las velas del Jana. No tardó en levantar la voz para unirse a la canción:

Cuatro días sin agua, ¡valor!
Cuatro días sin poder beber,
cuatro días de sal y calor
para los hombres de la vieja Ailén.

La saloma terminó enseguida, pero Ryber siguió golpeando el tambor y gritó:

—¡Ahora «Las mozas al norte de Lovats»! —Merik sabía que

era la canción preferida de Ryber, ya que ella también vivía al norte de Lovats.

Cuatro golpes de tambor después, el coro de marineros reanudó sus cánticos y el Jana siguió avanzando, surcando las aguas como una aguja atravesando una lona, sin perder nunca de vista la minúscula silueta de Kullen.

Hasta que Kullen dejó de ser minúsculo. Hasta que empezó a acercarse tan deprisa que Merik temió que fuera a estrellarse contra ellos.

Kullen frenó, frenó y cayó en cubierta, mientras los marineros se apartaban de su camino.

—¡No es un barco dalmotti! —rugió, poniéndose de pie con dificultad. Echó a correr hacia el timón, donde estaba Merik. Tenía el rostro encendido—. ¡Vivia ya ha atacado, y no se trata de ningún barco mercante!

Merik parpadeó estúpidamente al oír esas palabras. Eran incomprensibles, un galimatías que apenas se escuchaba por debajo de la sangre que se agolpaba en su cráneo.

—¿No es un barco mercante?

—No —jadeó Kullen—. Es un galeón de la Marina marstokí, y transporta armas y brujos del fuego.

* * *

Safi observaba el cielo de color lavanda y la mar en calma desde su camarote. Evrane acababa de irrumpir allí, refunfuñando sobre «la maldita Vivía», y Safi había extendido al máximo sus cadenas para mirar por la ventana. El terreno estaba cambiando ante sus ojos, y posiblemente también sus adversarios. Merik había mencionado un combate, y Safi dedujo que navegaban directos hacia él.

Mientras tanto, Evrane caminaba de un lado a otro al ritmo del tambor de cubierta, sin descargar sus preocupaciones en nadie en

particular. Iseult seguía durmiendo.

Finalmente, la vigilia de Safi tuvo su recompensa: una mancha oscura apareció en el horizonte, solidificándose después hasta convertirse en dos navíos: un buque de guerra nubrevnés como el de Merik y un segundo barco con el casco tan oscuro que casi era negro.

Safi tiró de sus cadenas y tensó los brazos hacia atrás hasta que se acercó lo bastante a la ventana como para inspeccionar mejor el barco negro. Tres mástiles partidos por la mitad. Una bandera que se desplomaba sobre la regala.

Recuperó el aliento. La luna creciente dorada de aquella bandera era inconfundible. Era la enseña del Imperio de Marstok. Su fondo verde identificaba a aquel barco como perteneciente a la Marina marstokí.

—Oh, maldita sea —susurró Safi.

—¿Acaso Vivía cree que los dalmotti no tomarán represalias? —dijo Evrane, sin dirigirse a nadie en concreto—. La piratería no es algo que se ignore, y mucho menos un imperio naval.

—No creo que los dalmotti tomen represalias —dijo Safi. Evrane se detuvo en plena zancada, y Safi señaló la ventana, haciendo tintinear las cadenas—. El barco que ha atacado pertenece a la Marina marstokí.

—Que los Pozos Originarios nos guarden —dijo la monja sin aliento antes de lanzarse hacia la ventana. Su rostro palideció—. ¿Qué has hecho, Vivia?

Safi apretó el rostro contra el cristal. Los marineros nubrevneses obligaban a caminar por una pasarela a otros hombres vestidos con el color verde marstokí. Los marstokíes estaban maniatados, y tan cerca que Safi distinguió triángulos oscuros en las manos de algunos de ellos.

Marcas de brujo. De brujos del fuego.

—¿Por qué los brujos del fuego no se defienden? —Safi no se lo pensaría dos veces antes de usar la magia para salvarse, o para salvar a sus amigos. Empezó a menear la pierna, mientras más preguntas cruzaban su mente—. ¿Y por qué obligan a los marstokíes a

abandonar su barco?

—Supongo —dijo Evrane, reanudando su frenético paseíllo— que Vivia pretende reclamar el navío marstokí y todo cuanto contenga, antes de abandonar su propio barco. La tregua le impide matar a los marstokíes directamente.

Safi asintió lentamente y volvió a pensar en el tío Eron y sus ambiciosos planes para detener la Gran Guerra. ¿Era esta la clase de acciones que disolverían la tregua antes de tiempo? ¿Era esto lo que intentaba impedir?

Safi no tenía ni idea, ni tampoco forma de saberlo, así que centró de nuevo su atención en los marstokíes que subían tambaleándose a bordo del barco de Vivia. No había demasiados brujos del fuego, pero sí los suficientes para defenderse de la tripulación de la princesa.

De hecho, había un hombre barbudo que parecía dispuesto a salvar a toda su tripulación. Gruñía y ladraba a los nubrevneses que le empujaban hacia la pasarela. Entonces Safi se fijó en su marca de brujo triangular: en el centro había un círculo vacío.

—Tienen un brujo sanador del fuego —dijo, con la voz ronca de asombro.

—Puede ser —murmuró Evrane.

—De puede ser nada —insistió Safi—. Veo la marca de su mano. Acaba de cruzar la pasarela al otro barco.

Evrane se giró hacia Safi con los ojos abiertos de par en par.

—¿Estáis segura de lo que habéis visto?

—Sí. —Safi se apartó de la ventana, aflojando la tensión de las cadenas. De repente, sabía lo que tenía que hacer. El plan se desplegaba ante ella. Sabía a qué parte de la bodega ir, cómo pasar por la cubierta sin ser vista y a qué marineros evitar—. Podemos llegar hasta el brujo del fuego —dijo—. Mientras todos están distraídos, podemos traerlo aquí.

—No. —Los labios de Evrane se tensaron sombríamente—. No podemos traer a un marinero enemigo a este barco. Eso sería ir demasiado lejos… incluso para mí. Pero podemos darle la vuelta a tu plan y llevar a Iseult hasta el sanador. —La monja sacó una llave

de debajo de su capa y se la mostró.

Safi se quedó sin aire.

—¿De dónde la has sacado?

—Se la he robado a Merik. —Sonrió sin orgullo y se puso de pie —. Liberaos y despertad a Iseult. Mientras yo me aseguro de que no haya peligro, tenéis que conseguir que se ponga de pie. Solamente tendremos una oportunidad de salir corriendo.

Safi asintió. Fue notando como se le relajaban los hombros. Las piernas. Por fin iba a entrar en acción, y lo que era mejor, iba a *correr*. Eso sí que se le daba bien.

Sin embargo, en el fondo de su mente algo le arañaba y molestaba: Merik iba a ponerse furioso. Al fin y al cabo, Safi estaba poniendo en peligro su contrato, y la había encadenado por ese mismo motivo.

Pero las consecuencias valían la pena; Iseult valía la pena.

Así que, tomando aire para darse ánimos, Safi cogió la llave que le tendía Evrane. Mientras la monja se marchaba del camarote como una flecha, Safi metió la llave en una de las esposas y esta se abrió con un satisfactorio chasquido.

* * *

Merik volaba hacia el galeón marstokí, tan deprisa que le parecía haberse dejado el estómago atrás. Kullen iba a su lado, aunque la fuerza de sus vientos era tal que casi no lo veía. Pero a pesar de ello, Merik sí logró distinguir a Vivia.

Robusta y morena como Merik, rugía órdenes junto a la pasarela que unía el galeón marstokí con su barco. Los marineros nubrevneses guiaban a los sumisos marstokíes hasta el barco y los obligaban a sentarse en hileras por toda la cubierta.

Los pies de Merik tocaron el suelo, pero no contuvo su magia, sino que giró sobre sí mismo y la arrojó hasta el otro lado de la cubierta.

El viento rodeó a su hermana y la atrajo violentamente hacia Merik. Pero Vivia se limitó a sonreír y aterrizó con elegancia junto a su hermano.

—Me mentiste sobre el barco al que correspondía la miniatura —gruñó Merik, arrancándose los anteojos de viento.

—Y tú me mentiste a mí sobre su ubicación.

Merik era vagamente consciente de los marineros que huían, como si una ola gigante estuviera avanzando hacia él. Pero la magia de Vivia era lenta, y la ira de Merik, voraz. Sacó su pistola y clavó el cañón en la frente de su hermana.

—No te atreverías —le espetó. Se oyó el chapoteo del agua cuando Vivia liberó su influencia sobre la ola—. Soy tu hermana y tu futura *reina*.

—Todavía no eres reina. Devuelve a estos hombres a su barco.

—No. —La palabra casi se perdió entre el viento y las voces—. Nubrevna necesita armas, Merry.

—Nubrevna necesita alimentos.

Vivia se limitó a reírse con aquel graznido suyo con el que se había burlado de Merik durante toda su vida.

—Se avecina una guerra. Deja de ser tan ingenuo y empieza a preocuparte por tus compatriot… —Se interrumpió cuando Merik amartilló la pistola, preparando el hechizo de brujería del fuego que contenía.

—Jamás —siseó— vuelvas a insinuar que no me preocupo por mis compatriotas. Yo lucho para mantenerlos con vida. Pero tú… tú les traes los fuegos de Marstok. Lo que has hecho es una violación de la tregua de los Veinte Años. Te entregaré a los vizeres y al rey Serafín para que recibas tu castigo…

—Te equivocas, no viola la tregua —le espetó Vivia, mostrándole los dientes—, así que no te me pongas tan formal, Merry. Nadie ha salido herido. Mi tripulación ha escoltado pacíficamente a los marstokíes hasta mi barco, y voy a entregárselo para que el acuerdo permanezca intacto.

—Tu tripulación va a devolverles su barco a los marstokíes. Nos marchamos de este navío, Vivia, y no tocaremos su carga. —Con un

impulso final de músculo y magia, Merik giró sobre sus talones, dispuesto a poner fin a aquella «escolta pacífica».

—¿Se lo dirás tú a Padre, pues? —exclamó Vivia—. ¿Le dirás que has perdido el barco que quería?

Merik se detuvo en seco y se volvió hacia su hermana. Sus ojos, oscuros e idénticos a los de Merik, ardían.

—¿Qué has dicho?

Vivia sonrió de oreja a oreja.

—¿Quién crees que encargó esa miniatura, Merry? Todo fue idea de Padre, yo solo cumplo sus órdenes…

—Mentira. —Merik avanzó, levantando la pistola…

Un muro de viento se estrelló contra él. Se tambaleó, a punto de caer. «Kullen», pensó vagamente.

Un segundo viento le devolvió el equilibrio… y la cordura. Su hermano de hilos, dondequiera que estuviera, había puesto fin a algo que Merik no debería haber empezado. Y jamás lo habría hecho de no haber tanto en juego. Se trataba de su hermana, por amor de Noden.

Kullen se interpuso en el camino de Merik, con los ojos como platos y el rostro enrojecido.

—Tenemos un problema —dijo sin aliento—. Es grave. —Señaló débilmente el palo de mesana del galeón y echó a andar hacia allí.

Merik salió corriendo tras él, olvidándose por completo de Vivía y de su padre; todos esos pensamientos habían sido tragados por una nueva marea de miedo.

—Me parecía… raro —dijo Kullen, respirando entrecortadamente— que en este barco solo hubiera una tripulación mínima, la imprescindible. Es imposible… que este barco pueda haber cruzado el Jadansi… con tan pocos hombres. Así que he ido a las bodegas. —Rodeó la escotilla, señalándola al pasar—. Y antes sí que había más hombres a bordo.

—No comprendo —gritó Merik para hacerse oír sobre sus propias zancadas—. ¿Qué es lo que piensas? ¿Que una parte de la tripulación se fue?

—Exacto. —Kullen se detuvo junto al palo de mesana roto. El pecho le temblaba demasiado deprisa—. Creo… que la mayor parte de esta tripulación embarcó en… otros barcos.

Y luego estos hombres… Bueno, míralo tú mismo. —Señaló el mástil roto, partido más o menos a la altura del pecho de Merik, y después señaló otra cosa, algo apoyado en la borda, a apenas unos metros.

Un par de hachas.

El estómago de Merik se volvió pesado como el hierro.

—Cortaron el mástil ellos mismos. Mierda. *Mierda*. Es una emboscada para Vivia, Kull…

—¡Almirante! —El aire tranquilo les trajo la voz de Ryber—. ¡Almirante! —gritó de nuevo, y Merik pensó que estaba hartándose de ese título. Del peso que se le venía encima cada vez que alguien pronunciaba esa palabra—. ¡Cuatro buques de guerra en el horizonte! ¡Acercándose a nosotros!

Merik intercambió una única mirada de asombro con Kullen. Después se lanzó de nuevo hacia la cubierta principal, con su hermana, que seguía supervisando el traslado de los marstokíes a su barco.

Pero Merik no tenía tiempo para dejarse llevar por la furia ni para dar nuevas órdenes, porque en ese momento, Hermin caminó cojeando hasta la borda del Jana e hizo bocina con las manos.

—¡Son los marstokíes, almirante! —rugió—. Exigen la rendición inmediata de la prometida del emperador Henrick. ¡De lo contrario, nos hundirán!

Merik corrió hasta la amurada.

—¿A *quién* has dicho que quieren?

—¡A la prometida del emperador! —Hermin se interrumpió, mientras sus ojos se teñían de un color rosado por su magia. Entonces añadió—: ¡Safiya fon Hasstrel!

Fue como si el mundo entero se ralentizara. Como si contuviera la respiración y se quedara inmóvil. Las olas se agitaban con la indolencia del barro y el barco se mecía muy despacio.

«Safiya fon Hasstrel. La prometida del emperador Henrick».

De pronto, todo cobraba sentido: por qué había huido de Veñaza, por qué su seguridad valía un tratado con los Hasstrel y por qué un brujo de la sangre iba tras ella.

Pero Merik no conseguía hacerse a la idea. Si era la prometida de Henrick, eso la convertía en la futura emperatriz de Cartorra. Y en propiedad de Henrick.

¿Y por qué los pulmones de Merik se estaban quedando sin aliento solo con pensar en ello?

Retumbaron pasos sobre la cubierta. Kullen apareció, con las mejillas tan encamadas que tenía que estar a punto de sufrir un ataque respiratorio. Ese aterrador pensamiento hizo que el mundo recobrara su velocidad habitual. Merik agarró a Kullen por el brazo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió bruscamente—. ¿Qué necesitas?

—Que vayas al Jana, para que podamos… —Merik titubeó, y las palabras de su próxima orden se desvanecieron en un mar de dudas.

—¿Para que podamos…? —repitió Kullen.

—Entregar a la domna —dijo finalmente Merik. No le gustaba la idea, pero prefería salvar muchas vidas antes que una sola—. Escolta a Safiya hasta la cubierta y entrégasela a los marstokíes.

Kullen apretó la mandíbula y su mirada se ensombreció, pero no rechistó. Tal vez no estuviera de acuerdo, pero cumpliría sus órdenes. Salió volando de la cubierta.

Merik se dio la vuelta, dispuesto a dar nuevas órdenes a Vivia y su tripulación, pero las palabras murieron en sus labios. Los marineros nubrevneses estaban descendiendo a las cubiertas inferiores del galeón marstokí, y había seis brujos en fila, con los ojos fijos en Vivia.

En esa fila estaban también los brujos de las mareas de Merik.

—¡Viento y agua en popa! —vociferó Vivía.

Merik se lanzó hacia delante, utilizando su viento para cruzar todo el barco en unos segundos. Aterrizó ruidosamente junto a su hermana.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¡Soy tu almirante y te ordeno que liberes a los marstokíes y regreses a tu navío!

Vivía sonrió burlonamente.

—Todos sabemos que la que tendría que haber sido nombrada almirante soy *yo*. Mira a tu alrededor, Merry. —Señaló a los brujos de las mareas—. Has perdido a los hombres de Padre y *yo* he ganado un arsenal.

Merik se quedó sin aliento al oír esas palabras, al afrontar la realidad de lo que tenía delante. Su barco, su mando y todo por lo que había trabajado se disolvían ante sus narices. Todo se lo estaba arrebatando la misma hermana que siempre lo había aplastado bajo el tacón de su bota.

—Habrá consecuencias —dijo Merik, en voz baja pero desesperada. Casi suplicante—. En algún lugar habrá alguien que exigirá sangre por lo que estás haciendo.

—Puede ser. —Se encogió de hombros, con un movimiento tan natural que expresaba sus verdaderos sentimientos mejor que ninguna palabra—. Pero al menos habré protegido a nuestro pueblo, del mismo modo que seré *yo* quien ponga a los imperios de rodillas. —Vivía le dio la espalda a Merik—. ¡Mareas preparadas, hombres! ¡Navegamos rumbo a los Centinelas de Noden para entregar nuestras nuevas armas!

Se oyó un estruendo lejano. Merik se giró hacia el horizonte, desde donde se acercaban los cuatro galeones de guerra marstokíes. Varias balas de cañón volaban rápidamente en dirección al Jana. Merik tuvo el tiempo justo para liberar sus vientos a la desesperada.

Las balas de cañón cayeron inofensivamente al mar.

Merik abandonó de un salto el barco marstokí y voló hasta la cubierta del Jana. Flexionó las rodillas al aterrizar, aprovechó la energía para dar una voltereta y se puso de pie con el impulso, llamando a gritos a Hermin.

—¡Diles a los marstokíes que nos rendimos! ¡Diles que cesen el fuego y les daremos a la domna!

El brujo de la voz avanzó cojeando por la cubierta, con un brillo rosado en los ojos y sin dejar de mover furiosamente los labios.

Merik echó un vistazo a su barco y a su mermada tripulación, con el corazón en un puño. Contó a los que faltaban. No todos los

marineros de su padre le habían abandonado. Y la tripulación original de Merik seguía con él.

Se oyó un segundo estruendo. Merik se volvió, intentando en vano reunir la suficiente magia como para detener el fuego de artillería.

Empezó a soplar un viento huracanado, pero no era de Merik… sino de Kullen. El primer oficial caminaba con dificultad hacia Merik, liberando su magia a raudales.

Merik no tuvo tiempo para darle las gracias a Kullen ni para preocuparse por el estado de sus pulmones.

—¿Por qué no se detienen los marstokíes? —le rugió a Hermin —. ¡Diles que pueden quedarse con la muchacha!

Hermin sacudía la cabeza.

—Dicen que ya no les basta con la muchacha. Quieren recuperar su barco, almirante. —Con mano temblorosa, Hermin señaló el galeón marstokí.

Pese a estar desarbolado, el galeón navegaba hacia Nubrevna, impulsado por las olas de los brujos de las mareas. Y Merik, abandonado por sus brujos, iba a tener que quedarse para pagar los platos rotos.

VEINTICINCO

Todo apestaba a pescado muerto, por qué el techo se había convertido en un cielo morado y nuboso y por qué le ardía tanto el brazo.

Iseult recuperó lentamente la consciencia preguntándose por qué

Un gemido brotó de su garganta. Abrió los ojos… y se puso a chillar de inmediato.

Había un hombre inclinado sobre ella, con una barba rizada tan enorme que rozaba el vientre de Iseult. Apoyaba las manos en su brazo herido, y lo que estaba haciendo, fuera lo que fuera, dolía como pasar por las puertas infernales.

Iseult volvió a aullar e intentó soltarse.

—Tranquila —susurró Safi, agarrando con firmeza el hombro de Iseult—. Te está sanando.

—El músculo se está reparando —murmuró la voz de Evrane desde el lado contrario—. Aunque aún no ha pasado lo peor.

Tragando saliva con dificultad porque tenía la garganta muy seca, Iseult volvió a mirar al barbado sanador. Sus hilos brillaban con el verde de la concentración, aunque con toques rojizos de irritación.

La estaba sanando, pero no le hacía ninguna gracia.

Fue entonces cuando Iseult se fijó en que el sanador estaba maniatado; las cuerdas quedaban casi ocultas bajo sus voluminosas mangas. Era un prisionero. Y ahora que miraba más allá del sanador, veía otros hilos del color de la irritación y alguno que otro con el carmesí de la furia. Bajo dichos hilos había filas de hombres vestidos con uniformes idénticos a los del sanador.

Iseult se volvió hacia Safi.

—¿Estamos en el barco del príncipe?

—No. Lo cierto es que es el barco de su hermana…

Algo retumbó a lo lejos.

—¿Qué ha sido eso? —gimió Iseult.

En los hilos de Safi destelló el color oxidado de la culpabilidad.

—Nos está, eh… atacando una flota de la Marina marstokí.

—Por lo visto —dijo Evrane en tono pétreo— tu amiga es la prometida del emperador de Cartorra, así que ahora los marstokíes van tras ella.

Otro estruendo atronador reverberó en los oídos de Iseult. Safi lanzó una mirada desesperada hacia el océano.

—Se están acercando deprisa. —Se giró hacia el sanador y le habló en marstokí—: Date prisa, o probarás una espada Carawen…

—De eso nada —interrumpió Evrane.

—… y un estilete Carawen.

—Eso tampoco. —Evrane también empezó a hablar en el idioma marstokí—. Pero nos ahogaremos todos si no te das prisa.

El hombre sonrió burlonamente.

—No puedo trabajar más rápido. Esta miserable nomatsí tiene la carne de un engendro endemoniado.

Con un movimiento tan rápido que la monja no pudo evitarlo, Safi desenvainó un cuchillo del tahalí de Evrane y se lo puso en el gaznate al hombre.

—Repítelo y morirás.

El hombre la fulminó con la mirada todavía más que antes, pero también retomó su tarea con mayor esfuerzo. Se oyeron más cañonazos, pero parecían estar a un millar de kilómetros, igual que el tufo a pescado y el cosquilleo de la barba del sanador.

Finalmente, la voz de Safi atravesó el dolor de Iseult.

—¿Has terminado? ¿La herida está curada?

—Sí, pero necesitará tiempo para restablecerse.

—¿Pero no morirá?

—No, por desgracia. Sucia matsí… —La voz del hombre se quebró, sustituida por un aullido, e Iseult dejó de sentir en el vientre el tacto de su barba.

Mientras la visión de Iseult empezaba a aclararse y definirse, Safi empujó al sanador hacia los demás marineros.

—Maldito seas —le escupió—, hijo de una bruja del vacío. Ojalá caigas por las puertas infernales por toda la…

—Ya basta —dijo Iseult.

Intentó incorporarse. Evrane se agachó y le tendió la mano… no, le tendía algo que *llevaba* en la mano. Un cordón con una piedra dolora diminuta.

—Esto te aliviará hasta que la magia del sanador termine de hacer efecto. —Le puso el cordón en la muñeca derecha. La piedra cobró vida con un destello y el dolor remitió. Una energía renovada recorrió su cuerpo, e incluso logró sonreír a Evrane mientras se levantaba.

Pero en cuanto Iseult se puso de pie, una potente luz la cegó.

Su fulgor plateado le impedía ver nada. Vibraba y giraba. En ella destellaban líneas de hambre púrpura y muerte negra…

«Son hilos», comprendió Iseult con una mezcla de miedo y asombro. Eran los hilos más grandes que había visto jamás: medían casi la mitad de la eslora del barco. Y lo más raro de todo era que parecían proceder de *debajo* del casco. Del fondo del mar.

—Se acerca algo —susurró—. Algo gigantesco y… hambriento.

Evrane se puso rígida y agarró a Iseult por el hombro.

—¿Puedes ver los hilos de los animales?

—No. —Aquellos hilos plateados y negros eran demasiado intensos, demasiado veloces—. Pero ¿qué otra cosa puede haber debajo del barco?

—Que Noden nos guarde —susurró Evrane, sin aliento—. Los zorros marinos están aq…

Las últimas palabras se perdieron en una explosión de agua y sonido. El buque de guerra se inclinó hacia popa, como si algo enorme y monstruoso lo hubiera embestido desde el mar.

Empezó a llover agua sobre sus cabezas, y los marstokíes maniatados gritaron de terror.

Pero Iseult apenas reparó en los marineros; lo único que veía era a la criatura que tenía delante. Una serpiente tan gruesa como el mástil del barco zigzagueaba entre las olas, dirigiéndose a proa y a estribor. En vez de escamas, tenía un espeso pelaje plateado, y su cabeza era como la de un zorro, pero diez veces… no, *veinte* veces mayor que la de cualquier zorro normal.

Cuando chasqueó las mandíbulas y giró hacia el buque de guerra, Iseult vio más dientes de los que ninguna criatura natural debería poseer.

Y colmillos. Definitivamente, aquel ser tenía colmillos.

Pero lo que más asustaba a Iseult de la criatura eran sus llameantes hilos de sed de sangre, y su boca abierta de par en par…

La criatura aulló.

* * *

Cuando Ryber le había descrito cómo eran los zorros marinos, Safi no se había imaginado aquello.

Y desde luego, no se había imaginado que la bestia chillaría igual que las almas de los condenados. Un millar de capas distintas de sonido brotaron de las fauces del monstruo… y el aullido fue inmediatamente repetido por un *segundo* monstruo que en ese momento se alzaba sobre el cercano Jana.

Safi pensó que se le rasgaban los tímpanos. Apenas era consciente de su pulso acelerado. Miró de reojo hacia el Jana, buscando a Merik entre el mar espumoso, pero su búsqueda terminó rápidamente cuando el zorro más cercano dejó de chillar.

Había encontrado una presa: uno de los marstokíes que estaban

más cerca de la borda del barco. De las manos del hombre brotaban chispas mientras trataba de invocar su brujería, pero estando maniatado era incapaz de luchar.

Safi se puso dificultosamente en pie, sacó el cuchillo que le había quitado a Evrane y rugió:

—¡Déjalo en paz!

El zorro marino giró su largo cuello hacia Safi.

«Mierda». Safi tuvo el tiempo justo para admirar el gélido color azul de los ojos del monstruo, que se acercaban a toda velocidad, antes de lanzar el cuchillo arrojadizo. Se hincó en la pupila oscura, y el zorro marino se sumergió, chillando y chapoteando bajo las aguas. El barco se escoró peligrosamente, pero el zorro marino no volvió a emerger.

Safi miró con desesperación hacia el Jana y comprobó que el segundo zorro marino también se había ido.

—Buen trabajo —dijo Iseult. Caminó con precaución por la cubierta; evidentemente, no estaba acostumbrada a mantener el equilibrio en un barco. Llevaba un cuchillo ancho y resplandeciente en la mano izquierda.

A Safi se le salía el corazón por la boca. Al ver a Iseult en pie (aunque fuera la piedra dolora la que le daba energías), Safi sintió ganas de reír de alivio. O de llorar. Seguramente ambas cosas.

Sobre todo era por ver los ojos de Iseult, brillantes y *abiertos*.

—¿Un arma nueva? —preguntó Safi, con la voz vergonzosamente quebrada y espesa.

Iseult sonrió levemente.

—Con algo te tendré que salvar el pellejo.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—El acero Carawen es el mejor, ya lo sabes.

—Así es —gruñó Evrane, caminando hacia las dos chicas. Mantenía el equilibrio a pesar de los bandazos del barco—. Y vos, domna —fulminó con la mirada a Safi—, acabáis de desperdiciar tan buen acero solo para irritar más al monstruo.

—Me he librado de él. —Safi señaló las olas desiertas.

—¡No! Así es como cazan. —Evrane desenvainó un segundo

cuchillo arrojadizo—. Ponen a prueba el barco para ver cómo luchamos. Luego se sumergen. Ahora mismo, los dos zorros estarán nadando hacia la superficie, ganando velocidad. Intentarán hacer zozobrar los barcos y devorar a los hombres que caigan al agua.

Safi abrió la boca de par en par. El aire sabía a sal.

—¿Quieres decir que va a volver?

—Sí. —Evrane le tendió un cuchillo a Safi—. Así que coged este cuchillo. ¡Y abrid más las piernas, necias!

Safi cogió el cuchillo justo cuando Iseult gritaba:

—¡Aquí viene!

La madera estalló con un crujido ensordecedor. El barco se escoró violentamente hacia la izquierda… la izquierda… Safi giró el cuerpo hacia la cubierta, en la dirección opuesta.

Oyó gritos a su espalda. Los marineros marstokíes daban tumbos hacia el agua. Estando maniatados, caerían sin remedio.

Safi e Iseult se miraron a los ojos y Safi supo que su hermana de hilos había pensado lo mismo que ella. Como una sola persona, dejaron de resistirse al movimiento del barco y se dejaron llevar por él.

La madera se adhería a los pies descalzos de Safi, impidiéndole correr y obligándola a avanzar dando diminutos saltitos detrás de Iseult, cuyas botas se deslizaban mucho mejor sobre los tablones húmedos.

Iseult alcanzó el otro lado antes que ella. Con un rugido, agarró una túnica verde justo antes de que su dueño se precipitara por la borda. Era el brujo sanador del fuego.

—Ya no es tan sucia, ¿no? —gritó Safi.

Pero entonces se oyó un grito. Un segundo marstokí, apenas un muchacho, caía hacia la amurada. Safi se abalanzó hacia él. El muchacho cayó por la borda. Safi saltó tras él y lo agarró por el tobillo… e Iseult le agarró el tobillo a ella.

—Te… tengo —dijo Iseult entre dientes, sujetándose a la regala con el brazo herido—. Pero no por mucho… oh, mierda.

El barco dejó de escorarse. La gravedad hizo su efecto y el barco cayó hacia el lado contrario con un aullido de agua y madera

rechinante.

Safi y el muchacho cayeron dentro del barco. Iseult aullaba por el dolor mientras se sujetaba… hasta que llegó Evrane, que de algún modo seguía de pie, y ayudó a Safi a incorporarse.

El zorro marino emergió de entre las olas, demasiado cerca de donde se encontraba Iseult.

Safi lanzó su cuchillo. Se clavó en el ojo del zorro, a escasos centímetros del primer cuchillo.

El monstruo aulló y se sumergió de nuevo. Llovió agua salada sobre ellos y el barco volvió a sacudirse con más fuerza.

Safi ayudó a Iseult a ponerse de pie. El brazo derecho de Iseult estaba inerte, y su rostro estaba crispado por el dolor. Sin embargo, exclamó:

—Buena puntería.

—En realidad apuntaba al otro ojo.

—¡Dejad de hacer eso! —gritó Evrane, a varios pasos de ellas, mientras ayudaba al joven marstokí—. ¡Estáis desperdiciando mis cuchillos! —Blandió su espada y cortó las ataduras del muchacho—. ¡Y no os quedéis ahí paradas! Hay que liberar a estos hombres mientras podamos.

Iseult asintió con gesto cansado y avanzó tambaleándose hacia el grupo de marineros más cercano. Pero Safi estaba desarmada. Otra vez.

Evrane sacó su último cuchillo arrojadizo.

—No lo perdáis, domna.

—Ya, ya.

Safi se lo arrebató y se volvió hacia el marinero más cercano. Con tres veloces tajos, lo desató. Se acercó hasta el siguiente, y después hasta el siguiente. Uno tras otro, los fue liberando de sus ataduras. Los hombres desatados acudían al rescate de sus camaradas, y un puñado de brujos del fuego se situaron en una formación de cuadrado defensivo en el centro de la cubierta. Safi miró de reojo el agua (que seguía desierta) y el Jana.

El zorro marino que lo había atacado no se veía por ninguna parte.

Durante medio segundo, Safi pensó que tal vez los monstruos habían abandonado a sus presas… pero entonces Iseult exclamó:

—¡Aquí viene! ¡Por el lado sur!

El lado sur… era justo donde estaba ahora Safi, cortando las cuerdas de un marino. «Mierda, mierda, mierda…». Cortó las últimas fibras y el hombre se escabulló.

El zorro marino surgió violentamente de entre las olas, metiendo la cabeza en el barco, por encima de la borda. Sus dientes se aproximaron a toda velocidad; sus dientes, sus ojos enloquecidos y un grito que estrujaba el cráneo de Safi.

Iba a devorarla. Le partiría el cuerpo por la mitad y se la tragaría…

Un viento impactó contra el pecho de Safi. Contra sus piernas. Salió volando velozmente hacia atrás, lejos de las fauces del monstruo. Mientras el mar, el cielo y el barco se fusionaban con las llamas de los brujos del fuego, distinguió a Merik, que volaba hacia ella.

La gratitud y el *alivio* se apoderaron de su cuerpo.

Safi se estampó contra la cubierta y Merik le cayó encima. Entonces, mientras el barco se escoraba hacia el lado contrario, Merik se apartó de ella rodando y vociferó:

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Safi parpadeó, ligeramente aturdida. Después se apresuró a ponerse de pie y gritó:

—¡Vas a entregarme a los marstokíes!

—¡No, ya no! —Desenvainó el sable y fue cortando las ataduras de los marstokíes, uno tras otro. Mientras avanzaba, gritó—: Noden me ha favorecido, domna, y solo un necio ignora semejantes regalos.

—¿Regalos? —graznó ella, cortando las cuerdas de un anciano mientras vigilaba las aguas—. ¿Qué tiene de *regalo* un zorro marino, maldito sea tres veces?

—¡Deja de hablar! —Merik señaló la escotilla del barco—. ¡Ve abajo y no te entrometas!

—¡No lo hagas! —exclamó Iseult, caminando a duras penas hacia Safi, con Evrane tras ella. Respiraba entrecortadamente y tenía

el rostro crispado—. El zorro va a atacar la parte de atrás. Necesitamos llegar hasta los hombres de la parte delantera.

Sin decir nada más, todos se lanzaron hacia proa. Safi e Iseult iban apartando a los hombres de la borda y los lanzaban hacia Evrane y Merik, que cortaban sus ataduras. Los brujos del fuego permanecían en apretada formación, listos para luchar.

Pero el zorro era demasiado veloz para los brujos del fuego, o para cualquiera. Embistió la popa del barco. La madera crujió, y mientras el barco se inclinaba violentamente, Safi luchó por no precipitarse al mar.

El agua inundó la proa del barco. El segundo zorro marino sacó la cabeza del agua, chillando y acercándose, dispuesto a arrancar a los hombres de la cubierta vulnerable, fueran brujos o no.

Safi miró a Iseult. Su hermana de hilos asintió. Igual que antes, las dos muchachas dejaron de resistirse a la pendiente del barco y, juntas, se lanzaron cubierta abajo, directamente hacia la boca del zorro marino.

Safi chocó contra la borda, que ahora estaba casi paralela a las olas, y se irguió cuan alta era. Su cuchillo rasgó las fauces peludas, desatando una lluvia de sangre.

Y entonces llegó Iseult, corriendo agazapada sobre la amurada. Su gran cuchillo se hundió profundamente en el cuello del monstruo. El zorro marino se sacudió y bajó la cabeza.

Brotó más sangre mientras Iseult giraba su arma hacia arriba, concentrando sus fuerzas en una estocada perfecta, y Safi bajaba su cuchillo.

La criatura abrió la boca de par en par. Safi arrojó el cuchillo, que voló hasta perderse en la garganta del zorro.

Iseult atacó con su arma, rajando la frente del monstruo.

El zorro marino aulló con un sonido ronco y rotundo antes de hundirse bajo las olas.

El primer zorro marino dejó de empujar el barco. Safi e Iseult tuvieron el tiempo justo de agarrarse a la regala para no ser catapultadas al mar cuando el barco de guerra empezó a caer. Las olas se separaron y los hombres rodaron por la cubierta, pero Safi e

Iseult se agarraron con todas sus fuerzas.

Hasta que finalmente el barco recuperó la estabilidad. Hasta que finalmente Safi pudo arrastrarse hasta Iseult y ayudar a su hermana de hilos a ponerse de pie.

—¿Cómo estás? ¿Qué te duele?

—Todo. —Iseult sonrió débilmente—. No es una piedra dolora muy potente.

Antes de que Safi pudiera llamar a gritos a Evrane para pedirle ayuda, Merik bramó:

—¡No lo celebréis tan pronto! —Sus pies retumbaron sobre la cubierta y un viento se arremolinó en tomo a él, cada vez más veloz. Evrane le pisaba los talones.

—Todavía no está muerto. —Merik llegó hasta Safi, y sus vientos le sacudieron la ropa y el pelo—. Volverá.

—Y —apuntó Evrane, señalando el horizonte— todavía hay una flota marstokí que viene a por nosotros.

—Por no hablar del segundo zorro marino. —Iseult agarró a Safi por la manga y la apartó de la borda—. Se está acercando, y deprisa. Y esta vez por la parte delantera.

—Preparaos —rugió Merik—. Voy a usar la magia para transportamos…

El zorro marino atacó. El barco salió proyectado hacia el cielo, y mientras los pies de Safi se despegaban de la cubierta y no veía más que nubes brillantes y neblina morada, el viento de Merik las envolvió. Con una ráfaga de aire, Merik transportó a los cuatro hasta el Jana. Aterrizaron en el castillo de proa sin la menor elegancia y no poco dolor. Pero Safi no tuvo tiempo para comprobar si tenía lesiones. Mientras buscaba a Iseult con la mirada, y al mismo tiempo que la veía agarrándose el brazo a unos pasos de ella, también vio un fuego.

No, *cuatro* fuegos. Los toneles de cebo estaban volando y en llamas. Desprendían calor y también un tufo a pescado asado. No muy lejos de allí estaba Kullen. Respiraba entrecortadamente, jadeando, y los ojos se le salían de las órbitas. Pero mantenía las manos extendidas, los toneles en el aire y su magia firme.

—Kullen —gritó Merik, ya de pie y corriendo hacia el tambor —. ¡Pon el primer tonel en posición! —Levantó un mazo y esperó hasta que el primer tonel encendido fue arrastrado por el viento y quedó frente al tambor.

Merik golpeó el tambor con el mazo. Una violenta racha de viento concentrada impulsó el tonel, que pasó volando sobre el agua a toda velocidad, sin apagarse. Luego cayó al agua con un chapoteo, delante del galeón marstokí más cercano.

—¡Siguiente! —exclamó Merik. Momentos después lanzó el segundo tonel, y luego el tercero y el cuarto. Todos cayeron chapoteando delante de los marstokíes.

—Se marcha —dijo Iseult. Su mirada trazó una línea desde el casco del barco hacia los toneles de cebo que se hundían—. Está persiguiendo los toneles.

—Son criaturas carniceras —dijo Evrane, y Safi pegó un brinco. Se había olvidado completamente de la monja, que arrastraba los pies, agotada—. Les gusta el sabor de la carne chamuscada.

Safi no dejó de mirar el agua mientras las dos sombras negras se alejaban rápidamente de su barco, para volver a emerger a lo lejos. Las serpientes atacaron los barriles llameantes, enredándose la una con la otra y disputándose el cebo.

Mientras tanto, los galeones marstokíes seguían navegando, acercándose cada vez más a los zorros marinos. Durante un breve instante, Safi casi sintió lástima por los marstokíes, pues dudaba que ellos también tuvieran cebo para distraerlas.

Pero ese instante pasó cuando vio a Iseult, que sudaba y hacía muecas. Mientras Safi ayudaba a Iseult, un viento, un viento embrujado, barrió la cubierta del Jana, hinchando sus velas.

Con un gemido reticente, el buque de guerra continuó navegando hacia el este.

VEINTISÉIS

A pesar de la diminuta piedra dolora y los esfuerzos del brujo sanador del fuego, Iseult sentía un dolor palpitante e insistente en el brazo, y le resultaba difícil permanecer impasible mientras el gris Jadansi y la lejana costa se fundían en una mancha borrosa. El viento mágico del almirante y su primer oficial prácticamente hacían volar al Jana sobre la superficie del mar, en una vertiginosa carrera para alejar el barco de los marstokíes.

Iseult y Safi estaban sentadas en el castillo de proa, respirando con dificultad. Iseult no dejaba de mirar de reojo a Evrane, que estaba a su lado. No podía evitarlo. Aquella mujer la había guiado (la había *salvado*, en realidad) hacía seis años y medio. Era exactamente como la recordaba y, al mismo tiempo, totalmente diferente.

La Evrane de sus recuerdos era angelical. Y alta. Pero la Evrane real era una mujer curtida y llena de cicatrices, por no hablar de que Iseult le sacaba casi media cabeza.

Pero el cabello de la monja era tan brillante y radiante como lo recordaba Iseult. Un halo digno de la Madre Luna.

Iseult interrumpió su mirada curiosa; era difícil mirarla durante demasiado tiempo. Los hilos de Evrane, Safi y todos los demás

resplandecían con un millar de tonalidades vividas. Se cernían sobre Iseult dondequiera que se encontrara. En los marineros aterrados o triunfantes, aturdidos por la violencia o a punto de desmoronarse de cansancio.

Y algunos hilos cercanos temblaban de repugnancia. Sus dueños habían reparado en los ojos y la tez de Iseult. Sin embargo, ninguno de ellos parecía hostil, así que Iseult los ignoró.

Tras lo que pudieron ser horas o meros minutos, el Jana empezó a aminorar. El viento mágico se detuvo por completo. Su rugido dejó un vacío en los oídos de Iseult al desaparecer. Sentía la piel en carne viva por su roce. Ahora solo la brisa natural impulsaba el barco, y en el cielo brillaba la luna llena.

—Bienvenidas a Nubrevna —murmuró Evrane.

Iseult se puso en pie mientras la piedra dolora resplandecía fugazmente, y caminó hasta la amurada. Safi y Evrane la siguieron.

La tierra no era muy distinta de la costa norte de Veñaza: rocosa, escarpada y azotada por fuertes olas. Pero en lugar de bosques, los acantilados estaban coronados por enormes rocas blancas.

—¿Y los árboles? —preguntó Iseult.

—Están ahí —respondió Evrane con voz cansada—. Pero ya no parecen árboles. —Desató la vaina de su cuchillo ancho con un chasquido y sacó un paño oleoso de su capa.

Safi se quedó sin aliento.

—No son rocas, ¿verdad? —Se giró hacia Evrane—. Son tocones de árbol.

—Sí —respondió la monja—. Los árboles muertos no duran mucho cuando los atraviesa una tormenta.

—¿Por qué… por qué están muertos? —preguntó Iseult.

Evrane pareció sorprenderse durante un momento, y miró de reojo a las dos chicas como para saber si se lo preguntaban en serio. Al ver que sí, Evrane frunció el ceño.

—Toda esta costa fue arrasada durante la Gran Guerra. Los brujos de la tierra cartorrianos envenenaron los suelos, desde la frontera occidental hasta la desembocadura del río Timetz.

Los pulmones de Iseult se helaron. Miró a Safi, cuyos hilos horrorizados se encogían.

—¿Por qué —le preguntó Safi a Evrane— nunca hemos oído hablar de ello? Hemos estudiado Nubrevna, pero… nuestros libros de historia siempre la describen como una tierra fértil.

—Porque la historia la escriben los que ganan las guerras —dijo Evrane.

—Aun así —dijo Safi, levantando la voz y extendiendo sus hilos de nuevo—, si fuera todo mentira, yo me habría dado cuenta. —Agarró la mano de Iseult y la apretó con tanta fuerza que le dolió pese a la piedra dolora. La herida de su brazo palpitó.

Pero el dolor era algo refrescante. Iseult lo agradeció, porque le hizo erguirse y abrir la garganta. Su mirada se posó sobre el rostro concentrado y paciente de Evrane, que limpiaba su arma, la que había utilizado Iseult. Todavía tenía sangre seca de zorro marino en la hoja de acero acrisolado.

Mientras Evrane frotaba el arma con movimientos firmes, fruto de la práctica, Iseult pensó de repente y con asombro en cuántos cuchillos habría limpiado Evrane a lo largo de su vida. Era una monja sanadora, pero también era luchadora, y al menos la mitad de su vida había transcurrido durante la Gran Guerra.

Cuando Iseult y Safi engrasaban sus armas, limpiaban las huellas y el sudor para proteger el acero del manejo cotidiano.

Pero cuando Evrane, Habim, Mathew… e incluso Gretchya puhan sus espadas, limpiaban sangre, muerte y un pasado que Iseult no podía ni imaginar.

—Cuéntanos —dijo en voz baja— lo que le pasó a Nubrevna.

—Todo empezó con los cartorrianos —dijo sencillamente Evrane, con palabras que bailaban en la brisa—. Sus brujos de la tierra corrompieron el suelo. Una semana después, el Imperio dalmotti envió a sus brujos del agua para envenenar la costa y los ríos. Por último, pero desde luego no menos importante, los brujos del fuego marstokíes redujeron toda la frontera oriental a cenizas.

»Estaba claro que se trataba de un esfuerzo coordinado. Debéis entender una cosa: Lovats jamás ha caído. Durante los muchos

siglos de guerra, los Centinelas de Noden y los Puentes de Agua de Stefin-Ekart nos han mantenido a salvo. Así que imagino que los imperios pensaron que, con una efímera alianza, podrían derribamos de una vez por todas.

—Pero no funcionó —dijo Iseult.

—No, no inmediatamente. —Evrane dejó de limpiar el arma y su mirada se perdió en la distancia—. Los imperios realizaron sus ataques finales pocos meses antes de la Tregua de los Veinte Años. Entonces, cuando sus ejércitos y flotas se vieron obligados a retirarse, su magia se quedó allí para rematamos. El veneno se extendió por el suelo y recorrió los cauces, y las llamas marstokíes destruyeron bosques enteros.

»Los campesinos y granjeros tuvieron que replegarse hacia el interior, lo más cerca posible de Lovats. Pero la ciudad ya estaba superpoblada. Muchos murieron entonces, y siguen muriendo. Nuestro pueblo se muere de hambre, chicas, y los imperios están a punto de sometemos de una vez por todas.

Iseult parpadeó. La voz de Evrane reflejaba resignación, y sus hilos tenían el color rosa de la aceptación.

Safi suspiró.

—Merik necesita de verdad ese contrato —susurró, con la voz vacía de emociones. Sus hilos estaban mudos e inmóviles, como si la estupefacción le impidiera sentir—. Pero mi tío ha hecho que le sea imposible reclamarlo. Es demasiado específico: que no derrame sangre…

Se hizo el silencio. El viento y los gritos de los marineros parecieron apagarse. Entonces, de repente, todo se desató. Demasiado rápido, con demasiada fuerza.

Safi se separó bruscamente de la borda, y sus hilos se extendieron en todas direcciones, con más colores de los que Iseult era capaz de seguir. El rojo de la culpa, el naranja del pánico, el gris del miedo y el azul del arrepentimiento. Aquellos no eran los hijos discontinuos que quiebran, sino los hilos sólidos y anhelantes que crecen. Cada emoción, fuera del color que fuera, surgía de su interior, extendiéndose por la cubierta, como buscando conectarse

con alguien, quien fuera, que estuviera sintiendo con su misma intensidad.

Entonces Safi se volvió hacia Iseult y dijo, con voz de piedra e invierno:

—Lo siento mucho, Iseult. —Miró a Merik antes de repetir—: Siento mucho haberte arrastrado a esto.

Antes de que Iseult pudiera tranquilizarla, asegurarle que nada de todo aquello era culpa suya, vio por el rabillo del ojo el destello de un hilo blanco. «Terror». Se dio la vuelta mientras Kullen, de pie sobre la cubierta principal, empezaba a toser. Se dobló en dos.

Y se desmoronó.

Iseult corrió hacia él, seguida por Safi y Evrane. Llegaron hasta Kullen al mismo tiempo que una muchacha con trenzas y piel oscura que contrastaba fuertemente con la palidez cadavérica de Kullen. Pero Merik ya estaba allí, tirando de Kullen para sentarlo en el suelo y masajearle la espalda.

Iseult se dio cuenta de que le estaba masajeando los *pulmones*. Se detuvo a varios pasos de distancia. Safi se quedó a su lado. Evrane, por el contrario, se acercó a Kullen y se acuclilló.

—Estoy aquí, Kullen —dijo Merik con voz entrecortada. Sus hilos ardían con el mismo terror blanco que los de Kullen—. Estoy aquí. Relaja los pulmones y podrás respirar.

El primer oficial boqueaba como un pez, sin poder tomar aire. Aunque este parecía salir de su interior, no conseguía respirar. Y cada tos era más débil que la anterior.

Entonces, con los ojos como platos y las mejillas pálidas, Kullen se volvió hacia Merik y negó con la cabeza.

Safi bajó a cubierta, con ellos.

—¿Puedo ayudar? —Miró en primer lugar a Merik, después a la muchacha y finalmente a Kullen, que la miró a los ojos.

Pero el primer oficial solamente pudo menear la cabeza antes de poner los ojos en blanco y desplomarse en brazos de Merik.

Al instante, Merik y la muchacha lo pusieron boca arriba y Merik le abrió la boca a Kullen. Acercó sus labios a los de Kullen y exhaló bocanadas de aire embrujado en la garganta de su hermano

de hilos.

Lo repitió una y otra vez: una eternidad de soplidos y jadeos, de hilos frenéticos y aterrorizados. Los marineros se congregaron a su alrededor, aunque tuvieron el buen juicio de mantenerse un tanto alejados. Safi miró a Iseult con pánico, pero esta no podía ofrecer ninguna solución. Nunca había visto nada parecido.

Entonces, un temblor recorrió el pecho de Kullen. Respiraba.

Merik se quedó mirando boquiabierto las costillas de Kullen durante largos segundos antes de dejar caer la cabeza, aliviado.

Sus hilos brillaron con la luz rosa de los hermanos de hilos: pura y cegadora.

—Gracias, Noden —murmuró, apoyando el rostro en el pecho de Kullen—. Oh, Noden, gracias.

El mismo sentimiento resplandecía en los hilos de todos los marineros, y también en los de Safi y Evrane.

Pero ninguno refulgía tanto como los de Merik y la muchacha; los de esta última brillaban con el rojo puro de los hilos del corazón.

—Deja que le eche un vistazo —dijo Evrane, apoyando la mano con suavidad en la espalda de Merik—. Para asegurarnos de que no tiene nada dañado.

Merik se puso en pie de golpe, con el rostro retorcido de furia. Y sus hilos…,

Iseult se estremeció al ver su fuerza.

—¡Has desobedecido mis órdenes! —le gritó a su tía—. ¡Has puesto en peligro mi barco y a mis hombres! ¡La domna era mi única moneda de canje!

Evrane se quedó inmóvil, con los hilos tranquilos.

—Iseult necesitaba un brujo del fuego. Si no, habría muerto.

—¡Podríamos haber muerto todos! —Merik empujó a Evrane, que no se resistió—. ¡Has abandonado tu puesto sin pensar en los demás!

Los hilos de Safi se inflamaron con una furia protectora. Se puso rápidamente de pie.

—No ha sido culpa suya, solo hacía lo que le ordenaba yo.

Merik se volvió hacia Safi.

—¿Sí, domna? ¿Entonces no huías de tu prometido? ¿No querías evitar que te capturaran, *bruja de la verdad*?

El vientre de Iseult se heló, y el frío se extendió por sus músculos. ¿Cómo lo sabía?

«No importa», se dijo Iseult mientras flexionaba las rodillas para ponerse de un salto delante de Safi. Para protegerla…

Hasta que los hilos de Safi resplandecieron con el ocre de la incertidumbre, como si estuviera sopesando ocultarle la verdad a Merik. Iseult obligó a su rostro a adoptar la calma absoluta de una bruja de los hilos. No traicionaría el secreto de Safi.

—¿Dónde has oído ese rumor? —preguntó Safi, con voz cautelosa y modulada.

—Los marstokíes lo saben. —Merik se inclinó hacia ella—. Su brujo de la voz se lo ha contado amablemente al mío. ¿Acaso lo niegas?

El mundo se ralentizó, como si la lucha interna de Safi se contagiara a todo lo demás. La brisa se volvió suave y lejana. «No lo admitas. Por favor, no lo admitas». Una cosa era la posibilidad de que el emperador Henrick conociera la brujería de Safi, pero no había razón para que el mundo entero la descubriera también. ¿Y si Merik decidía utilizar a Safi… o casarse con ella, como pretendía Henrick? ¿Y si decidía *matarla* antes de que algún enemigo pudiera reclamarla para sí?

Pero al ver que los hilos de Safi pasaban del gris del miedo al verde intenso de la determinación, Iseult suspiró, abatida.

—¿Y qué? —Safi enderezó los hombros—. ¿Qué pasa si soy una bruja de la verdad, almirante? ¿Qué diferencia hay?

Con un veloz movimiento, Merik agarró a Safi por las muñecas, le dio la vuelta y le retorció los brazos detrás dé la espalda.

—Una diferencia abismal —gruñó—. Me habías dicho que no te buscaba nadie. Que no eras importante. Pero ahora descubro que eres una bruja de la verdad y la prometida del emperador Henrick. —Le retorció los brazos con más fuerza.

El rostro de Safi se crispó, pero cuando Iseult se inclinó para defenderla, para luchar por su hermana de hilos, Safi negó con la

cabeza en un gesto de advertencia.

Cuando Safi volvió a hablar, su tono y sus hilos estaban asombrosamente controlados.

—Pensé que, si descubrías qué era, me entregarías a los cartorrianos.

—Mentira. —Merik se acercó más a ella, dejando su rostro a escasos centímetros del de Safi—. Tu magia sabe cuándo digo la verdad, domna, y te dije que no pretendía hacerte daño alguno. Lo único que deseo es alimentar a mi pueblo. ¿Por qué es tan difícil…? —Su voz se quebró. Se interrumpió y sus hilos pasaron del carmesí de la ira al azul marino de la tristeza—. Ahora he perdido a mis brujos de las mareas, domna, y los marstokíes me persiguen. Lo único que me queda es mi nave, mis marineros leales y mi primer oficial. Pero has estado a punto de arrebatármelos también. —Safi abrió la boca como para protestar, pero Merik no había terminado —. Podríamos haber escapado en cuanto aparecieron los zorros marinos. Pero hemos estado a punto de morir porque tú no estabas en tu camarote, como deberías. Tuve que ir a buscarte, dejando el barco vulnerable ante los zorros. Tu insensatez casi le cuesta la vida a mi tripulación.

—Pero Iseult…

—Se habría recuperado. —Merik tiró de ella hacia atrás, y Safi se tambaleó—. Pensaba buscar a un brujo del fuego para tu amiga en cuanto pisáramos suelo nubrevnés. Sabes que digo la verdad, ¿no? Seguro que tu brujería te lo está diciendo.

Safi miró a los ojos a Merik. Luego, con hilos que brillaban con el azul del remordimiento y el rojo de la culpabilidad, asintió.

—Lo veo.

El temperamento de Merik estalló de nuevo. Agarró a Safi y le ordenó:

—Camina.

Ante la mirada estupefacta de Iseult, Safi obedeció, mientras sus hilos se fundían con los de Merik y adquirían tintes de un rojo más intenso.

Iseult abrió los labios y levantó el pie para ir detrás de Iseult.

Para impedir que Merik hiciera lo que se disponía a hacer, fuera lo que fuera.

Una mimo la agarró por la muñeca.

—Quieta.

Iseult se dio la vuelta y vio a la chica de las trenzas, que negaba con la cabeza.

—No te entrometas —dijo en voz baja—. No se va a morir por pasar unas horas con los grilletes.

—¿Con los qué? —Iseult se dio la vuelta rápidamente y sintió náuseas al ver a Merik empujando a Safi para que se sentara, separándole las piernas…

E inmovilizándole los tobillos con unas barras de hierro.

Los enormes grilletes se cerraron con un gemido, las cerraduras chasquearon y Safi ya no pudo hacer otra cosa que mirar fijamente a Iseult desde el otro lado del barco.

Iseult volvió a lanzarse hacia Safi, pero esta vez un marinero mayor se interpuso en su camino.

—Déjala, niña. O acabarás igual que ella.

En ese momento, Evrane se acercó a toda prisa, rugiendo:

—¡No puedes hacerle eso, Merik! ¡Es una domna de Cartorra! ¡No es nubrevnesa!

Merik se irguió y les hizo un leve gesto a sus marineros, manteniendo los ojos fijos en su tía.

—Pero *tú* sí, y tu desobediencia tampoco quedará impune.

Los hilos de Evrane se tiñeron del turquesa del asombro cuando dos marineros la arrastraron hasta otro par de grilletes. Mientras los marineros sentaban a Evrane y tensaban los grilletes, Merik se dio la vuelta para marcharse.

—¿Vas a torturar a una domna? —exclamó Evrane—. ¡Le harás daño, Merik! ¡Echarás a perder tu propio contrato!

Merik se detuvo y miró de reojo a su tía.

—Voy a castigarla, no a torturarla. Sabía cuáles eran las consecuencias de su desobediencia. Y —añadió, con una calma mortífera—, ¿qué clase de almirante, qué clase de príncipe sería yo si no aplicara mis propias leyes? La domna ha salido ilesa del ataque de

un zorro marino, así que unas horas con grilletes no le causarán daño alguno. Y así tendrá tiempo para reflexionar sobre el infierno que ha desatado.

—No era mi intención —dijo Safi, mirando a Merik—. No era mi intención hacerte daño, ni a Kullen, ni a… ni a Nubrevna. No sabía nada de los marstokíes. *Lo juro*, almirante. ¡Mi tío me aseguró que nadie me seguiría!

Iseult se quedó boquiabierta mientras contemplaba la escena. Los hilos que flotaban sobre las cabezas de Safi y Merik palpitaban con una urgencia impaciente y cruda. Los hilos de Safi buscaban los de Merik, y los del príncipe se envolvían y se entrelazaban con los de Safi.

Ante la atónita mirada de Iseult, los hilos de Safi estaban dejando de ser los hilos que crecen para convertirse en los hilos que unen.

Con dos largas zancadas, Merik regresó junto a Safi y se acuclilló. La miró a los ojos con dureza y ella le devolvió la mirada.

—De no ser por la magia de Kullen, todos estaríamos muertos ahora mismo, y ha sido tu desobediencia impulsiva lo que casi nos cuesta la vida. Eso no puede quedar sin castigo. Seguimos teniendo un contrato con tu familia: de un modo u otro, te llevaré hasta Lejna y por fin conseguiré alimentar a mi país.

Durante un segundo… y luego otro, en el espacio vacío que separaba a Merik y a Safi, donde flotaban los hilos que ardían entre los dos, nació un único y llameante hilo escarlata.

Pero Iseult no tuvo tiempo para distinguir la tonalidad exacta (si se trataba de un hilo de amor o uno de odio implacable) antes de que el color desapareciera. ¿Habría sido producto de su imaginación?

* * *

Casi tenía gracia lo rápido que Safi había pasado de erguirse

orgullosamente a estar sujeta con grilletes, como un perro apaleado. Detenida. Atrapada. Inmovilizada.

Y no se había resistido en absoluto. Se había rendido sin más, preguntándose por qué aceptaba aquellos grilletes con tanta facilidad. Preguntándose cuándo había perdido las ganas de luchar. De *correr*. Si no era capaz de correr como antes, ¿qué le quedaba de su antigua vida? Su vida feliz, llena de timbas de taro, café y fantasías.

Todas sus esperanzas de libertad habían quedado calcinadas. Nada de tener una casa para Iseult y ella. Nada de escapar de la corte del emperador Henrick, de las maquinaciones de su tío Eron ni de su nueva vida como bruja de la verdad fugitiva.

Pero Iseult viviría. Su herida estaba curada, iba a sobrevivir. Eso hacía que todo valiera la pena, ¿verdad?

Safi observó a su hermana de hilos, que seguía a Merik por la cubierta, suplicándole, con el rostro inalterable pese a los marineros que se apartaban de su camino. Merik la ignoró y subió al alcázar. Ocupó su lugar junto al timón y ordenó que el tambor de viento reanudara su ritmo.

Iseult se rindió. Se detuvo en la escalerilla del alcázar y se dio la vuelta, mirando a Safi. Parecía aún más indefensa que cuando estaba al borde de la muerte.

Empezó a llover, un suave susurro en la piel de Safi que debería haber resultado reconfortante, pero que a ella le parecía ácido. Safi se estaba encerrando dentro de sí. El mundo la acorralaba.

No podía mover las piernas. Estaba atrapada allí, dentro de sí misma. Sería *esa* persona para siempre. Atrapada dentro de *ese* cuerpo y de *esa* mente. Atada por sus propios errores y sus promesas rotas.

«Por eso te abandonan todos. Tus padres. Tu tío. Habim y Mathew. Merik».

El nombre del príncipe retumbó en los oídos de Safi. Rugía en su sangre, al ritmo de la lluvia. Al ritmo del tambor.

Merik solamente quería salvar a su patria, pero a Safi no le había importado… ni Merik ni todas las vidas que dependían de él.

Iseult regresó tambaleándose por la cubierta, con el rostro crispado y pálido. Era la única persona que le quedaba a Safi, la última pieza de su antigua vida. Pero ¿cuánto tardaría Iseult en rendirse como los demás?

Iseult llegó hasta Safi y cayó de rodillas.

—No quiere escucharme.

—Necesitas descansar —dijo Evrane—. Ve al camarote.

Safi se estremeció, haciendo tintinear sus cadenas. Había olvidado que la monja estaba encadenada a su lado. Había estado tan encerrada dentro de su propia piel que se había olvidado de cualquier otra cosa.

Como siempre.

Había sido la avaricia egoísta de Safi la que había puesto precio a la cabeza de Iseult. Se había visto obligada a abandonar Veñaza, y por el camino la habían herido con una flecha maldita. Y luego, cuando Safi había luchado por Iseult, haciendo todo lo posible para compensarla y salvar a su otra mitad del daño que había desencadenado ella, Safi había terminado haciendo daño a otras personas. A muchas otras. Su estrechez de miras la había llevado por un camino tortuoso. Y ahora, Merik, Kullen y toda su tripulación estaban pagando el precio.

Al pensar en eso, las palabras que le había dicho el tío Eron en Veñaza penetraron en el corazón de Safi.

«Cuando las campanas den la medianoche, podrás hacer lo que te plazca y seguir viviendo la misma vida sin ambiciones con la que tanto has disfrutado siempre».

Y así había sido, ¿no? A medianoche, había dejado de representar el papel de domna. Había reanudado su antigua existencia impulsiva e inconsciente.

Pero… Safi se negaba a aceptarlo. Se negaba a ser lo que Eron o cualquier otro esperaban que fuera. Estaba atrapada en aquel cuerpo y en aquella mente, pero eso no quería decir que no pudiera tocar el exterior. Que no pudiera cambiar.

Miró a los ojos a Iseult; a la luz del crepúsculo, parecían hundidos y empañados.

—Ve al camarote —le ordenó—. Necesitas guarecerte de la lluvia.

—Pero tú… —Iseult se aproximó; tenía los brazos húmedos por la lluvia y el vello erizado—. No puedo dejarte así.

—Por favor, Is. Si no te restableces, todo esto habrá sido en vano. —Safi soltó una carcajada forzada—. Estaré bien. Esto no es nada en comparación con los ejercidos de pugilismo de Habim.

Iseult no le mostró la sonrisa que Safi tenía la esperanza de ver, pero al menos asintió y se puso temblorosamente de pie.

—Vendré a verte con la próxima campanada. —Miró a Evrane y levantó la muñeca—. ¿Quieres que te devuelva la piedra dolora?

Evrane negó levemente con la cabeza.

—La necesitarás si quieres dormir.

—Gracias. —Iseult miró de nuevo a Safi, a los ojos—. Saldremos de esta —dijo sencillamente—. Lo solucionaremos. Te lo prometo. —Después cruzó los brazos sobre el pecho y se marchó, mientras Safi sentía la marea creciente de su brujería de la verdad.

Porque era cierto. De algún modo, lo solucionarían.

VEINTISIETE

Habían pasado siete horas desde que el balandro cartorriano había zarpado de Veñaza. En ese tiempo se había puesto el sol, había salido la luna y Aeduan no había dejado de vomitar. Su único consuelo era que su malestar había suscitado un rumor entre los marineros temerosos del vacío que viajaban a bordo: «Los brujos de la sangre no pueden cruzar el agua».

Estupendo, que difundieran ese rumor en todos los puertos que visitaran.

Justo cuando Aeduan descubrió que ya no le quedaba nada en el estómago, el balandro avistó cuatro navíos militares destruidos: tres marstokíes y uno nubrevnés. Pese a que Aeduan protestó, asegurando furiosamente que Safiya fon Hasstrel no estaba a bordo de ninguno de ellos, el príncipe Leopold había insistido en detenerse.

Por lo visto, la emperatriz de Marstok estaba allí, y Leopold quería que Aeduan le acompañara a su barco. Ninguno de los bardas infernales se opuso a semejante locura (ni siquiera el comandante, un joven perezoso e irreverente llamado Fitz Grieg), y Aeduan pronto se encontró volando hasta el galeón de la emperatriz vía brujo del viento. Una vez allí, diez víboras registraron sucintamente

a Leopold y Aeduan, aunque no les requisaron las armas antes de acompañar a los visitantes al camarote de la emperatriz. Sin duda, estaban muy seguros de que ni Leopold ni Aeduan podrían hacer nada contra los dardos de los brujos de los venenos.

Aeduan reconoció a algunos de los víboras, aunque solo por el olor de su sangre, puesto que no veía sus rostros ocultos tras los pañuelos. En sus espadas flamígeras, como llamas de acero, se reflejaba la luz de las lámparas de los brujos del fuego, repartidas por la cubierta.

Qué armas tan estúpidas. Eran engorrosas e innecesarias, sobre todo cuando la mayor ventaja de un víbora era su brujería de los venenos.

Su poder sobre los venenos era una de las ramas más oscuras de la brujería del agua (Aeduan había oído decir una vez que eran una versión corrupta de los brujos sanadores del agua), y sin embargo era el poder de Aeduan el que se consideraba magia del vacío. Era a Aeduan al que llamaban diablo.

Siempre le había parecido… injusto.

Pero claro, también tenía sus ventajas.

Una vez dentro del camarote de la emperatriz, los víboras se repartieron por la estancia, quedándose cerca de las paredes. En el centro había una mesa baja y sin adornos y dos bancos. Junto a uno de ellos, de pie, estaba la emperatriz de Marstok.

Aunque Aeduan ya la había visto desde lejos resultó ser más baja de lo que le había parecido. Pero a pesar de sus huesos delicados, su esencia sanguínea era implacable. «Salvia del desierto y murallas de arenisca. Yunque de herrero y tinta de agalla». Era la esencia de una bruja del hierro (una muy poderosa), pero también la de una mujer instruida. A pesar de que la flota de Vaness estaba hecha un desastre, ella se había puesto un vestido blanco y su expresión era fría y tranquila.

Aeduan se colocó detrás del segundo banco, con las piernas bien separadas, calculando cuáles eran las mejores salidas del camarote. Una sonrisa afloró a los labios de la emperatriz con naturalidad, como si Leopold y ella acabaran de cruzarse en la pista de baile.

La emperatriz debía de saber quién (y qué) era Aeduan, pero no hizo ningún comentario sobre su presencia. No dio a entender que le resultaba raro que a Leopold no le acompañara una escolta de bardas infernales.

Evidentemente, era una experta en las apariencias, y cada expresión suya era, una careta cuidadosamente diseñada para retener el poder y la influencia en sus finas manos.

«Pero ¿para qué molestarse?», se preguntó Aeduan. Si era una bruja del hierro tan poderosa como afirmaban los rumores, no necesitaba trucos para salirse con la suya. Los monjes Carawen más viejos seguían hablando del día en que ella había destruido el paso de Kendura, el día en que había desatado una magia tan vasta y temeraria que había echado abajo una montaña entera.

Y eso cuando solo tenía siete años.

Aeduan se lo tomó como una señal de que la reunión tenía intenciones pacíficas.

—Tomaré unos dátiles marstokíes, si puede ser —dijo el príncipe Leopold. Estaba de pie junto a la mesa, aparentemente más interesado en inspeccionar los puños de su chaqueta que en hablar con Vaness.

Pero la careta de Leopold era torpe y exagerada. Era como si el príncipe estuviera jugando a pertenecer a la realeza, mientras que la emperatriz lo era sin más.

Vaness señaló el banco, haciendo tintinear sus pulseras de hierro.

—Sentaos, príncipe Leopold. Ordenaré que traigan unas chucherías.

—Gracias, sacratísima. —Leopold le mostró una sonrisa fulgurante. Suspirando como un hombre tras un largo día de duro trabajo, se dejó caer en el banco. La madera negra crujió.

Vaness se sentó en el banco opuesto, frente a él. Se irguió y ladeó la cabeza, esperando. Durante aquella pausa, apareció rápidamente un criado con una bandeja de fruta escarchada. Leopold se apoderó de un dátil, soltó un gemido de deleite y cogió otros dos. Los segundos se convirtieran en minutos, y aunque

Aeduan estaba seguro de que el príncipe pretendía que aquello fuera una especie de insulto, la emperatriz tenía paciencia de sobra. Desde luego mucha más que Aeduan.

Si el único fin de la visita de Leopold eran aquellos insignificantes insultos, entonces aquella parada imprevista era una pérdida de tiempo aún mayor de lo que Aeduan se había temido en un principio. A ese ritmo, Safiya fon Hasstrel llegaría a los Centinelas de Noden antes de que Leopold terminara de engullir sus golosinas.

Tras la cuarta fruta escarchada, Vaness frunció su estrecho ceño.

—Cuando os dije que mi flota estaba dañada —dijo educadamente—, confiaba en vuestra asistencia. Tal vez no haya sido clara.

Leopold mostró de nuevo su deslumbrante sonrisa y se pasó lentamente el pulgar por los labios.

—No me cabe duda de que vos, la más majestuosa de las majestades, sabréis que el azúcar puede mejorar hasta las situaciones más funestas. —Le ofreció un higo.

—No tengo hambre.

—No hace falta tenerla para disfrutar de esto. —Leopold volvió a tenderle el higo—. Probadlo. Son casi tan divinos como vuestra belleza.

Ella indinó la cabeza respetuosamente y, para sorpresa de Aeduan, aceptó una fruta escarchada e incluso le dio un mordisquito.

Aeduan se pasó la lengua por los dientes, sin saber muy bien cómo interpretar aquel comportamiento. Estaba claro que Leopold deseaba irritar a Vaness, pero ella estaba eludiendo hábilmente su anzuelo. Es decir, que Vaness quería algo importante. Y ella siempre conseguía lo que quería. ¿Por qué prolongarlo, pues? ¿Por qué mantener aquella pátina de serenidad teniendo un poder como el suyo? Desde luego, Aeduan nunca se molestaba en hacerlo.

Leopold parecía estar pensando lo mismo, porque tras el sexto dátil, abandonó aquel juego. Con una irritación muy mal disimulada, se repantigó y cruzó las piernas.

—Venerada, ¿qué le ha pasado a vuestra flota?

—Zorros marinos —se limitó a responder ella, provocando una carcajada del príncipe.

—Zorros marinos —repitió Leopold, alzando las cejas—. ¿Esperáis que me lo crea? ¿También os atacaron los vermos sombríos y los halcones flamígeros? A ver si lo adivino: los Doce regresaron y abrieron un boquete en el casco con sus espadas.

Vaness no mostró la menor reacción, pero el ambiente de la estancia pareció contraerse. Los víboras se pusieron rígidos y Aeduan acercó la mano a la empuñadura de su espada.

—En Marstok siguen existiendo halcones flamígeros —dijo Vaness con el mismo tono amable de antes. Con su máscara intacta —. Y parece que los zorros marinos han regresado.

La mirada de Aeduan se desvió hasta Leopold, intentando interpretar la reacción del príncipe. Aeduan había oído hablar de los zorros marinos, pero por lo que sabía, hacía décadas que nadie veía ninguno.

Sin embargo, por una vez Leopold se mantuvo callado e impenetrable.

Vaness continuó:

—Se requiere mi presencia en Azmir, alteza, pero me temo que mis hombres tardarán demasiado en reparar los daños sufridos por nuestra flota. Os pido que nos prestéis algunos brujos de las mareas de vuestra tripulación. Ya no nos queda ninguno.

«¿Y entonces por qué percibo la esencia de al menos tres brujos de las mareas en la bodega del barco?», pensó Aeduan con ironía. Era inconfundible: olían a línea de flotación y rápidos de río.

Mientras Aeduan sopesaba la mejor manera de informar a Leopold de la mentira de la emperatriz, el príncipe hizo una floritura con las manos.

—Perfección imperial —murmuró—, no he podido evitar fijarme en el barco intacto que hay en vuestra flota. No se parece a los demás. De hecho, parecía… ¿cómo dijimos? —Leopold miró enfáticamente a Aeduan, una mirada que dejaba claro que no esperaba respuesta por su parte. El príncipe chasqueó los dedos—.

Nubrevnés. Sí, eso es. Me pregunto, perfección imperial, cómo ha terminado en vuestro poder.

—Encontramos ese buque de guerra por pura casualidad —respondió Vaness sin perder la compostura—. También debe de haber sido atacado por los zorros marinos.

—En ese caso —Leopold apoyó los codos en las rodillas— no creo que a su tripulación muerta le importe que naveguéis en él hasta la costa.

Durante medio segundo, Vaness se quedó helada. No habló ni parpadeó, ni siquiera respiró. Luego se puso bruscamente de pie, haciendo tintinear sus pulseras mientras una nueva máscara cubría su rostro: ira. O tal vez no fuera una máscara, porque al tomar aire, Aeduan notó que el pulso de la emperatriz estaba más acelerado. Más caliente.

—¿Me negaríais vuestra ayuda? —dijo en voz baja—. ¿A mí, que soy la emperatriz de los hijos de la llama, la hija elegida del Pozo Originario del fuego, la más venerada de los marstokíes? —Extendió las manos sobre la mesa con tanta elegancia que ni uno solo de los eslabones de hierro hizo el menor ruido—. ¿A mí, que soy la destructora del paso de Kendura? Rechazarme es prender vuestra propia pira funeraria, príncipe Leopold. No os conviene tenerme como enemiga.

—No sabía que fuéramos aliados.

El cuerpo de Vaness se tensó como el de una serpiente al acecho, y Aeduan invocó por instinto su propia magia, apenas lo justo para que sus ojos no se volvieran rojos. Si la situación se descontrolaba, Aeduan paralizaría a la emperatriz en un suspiro.

Leopold extendió un dedo.

—Esta es la situación tal y como yo la veo, altísima entre las altezas. En primer lugar, creo que estáis siguiendo a la prometida de mi tío. ¿Por qué otro motivo habríais abandonado una cumbre en la que se espera vuestra presencia?

—En segundo lugar —extendió otro dedo—, creo que os encontrasteis aquí con los captores de Safiya y que entablasteis un combate que, de algún modo, pasó desapercibido para la tregua. —

Leopold extendió un tercer dedo, frunciendo el ceño—. Lo que no consigo comprender es lo que implica este dedo, la *razón* de todo esto. Safiya no puede tener ningún valor para vos, adoradísima.

El aire de la estancia se tensó todavía más. El pecho de Vaness se elevó… pero luego Aeduan percibió que su sangre se enfriaba y que mantenía su furia bajo control.

—Yo —murmuró— no busco a la prometida de vuestro tío, príncipe Leopold.

—Y yo —Leopold se puso de pie; le sacaba una cabeza y media a la emperatriz— no os creo, emperatriz Vaness.

La magia se desató más deprisa de lo que Aeduan había esperado. Esa misma magia le arrancó tres cuchillos del tahalí, los lanzó sobre el banco y los apuntó al cuello, el corazón y el vientre de Leopold.

El poder de Aeduan cobró vida con un rugido. Su sangre buscó a Vaness y su cuerpo se tensó, listo para entrar en acción.

Pero con un leve susurro, diez víboras sacaron sus cerbatanas y apuntaron con ellas a Aeduan y a Leopold.

La mirada de Aeduan recorrió velozmente la habitación, buscando desesperadamente una ruta de escape. Podía controlar a Vaness, pero terminaría con el pecho lleno de veneno o de acero, y aunque Aeduan sobreviviría, Leopold no tendría esa suerte.

El príncipe levantó la mano fríamente, sin rastro de miedo en su voz (ni, para sorpresa de Aeduan, en su sangre).

—Si encontráis a Safiya fon Hasstrel antes que yo, emperatriz, me la devolveréis de inmediato o sufriréis las consecuencias.

—¿Tanto amáis al juguete de vuestro tío? —Vaness levantó la palma de la mano, y el cuchillo que apuntaba al cuello de Leopold retrocedió varios centímetros—. ¿Su vida vale tanto para vos que os arriesgáis a contrariarme?

Aunque los labios del príncipe se curvaron hacia arriba, su sonrisa no era jovial.

—Conozco a Safiya fon Hasstrel desde siempre, perfección real. Será una líder increíble cuando llegue el momento. Una líder que ponga a su nación por delante de sí misma. —Miró enfáticamente

las pulseras de Vaness—. Así que recordad mis palabras, hija elegida del Pozo Originario del fuego: si no me entregáis a la futura emperatriz, yo mismo iré a Marstok para reclamarla. Y ahora bajad las armas antes de que me corte con una por accidente. Eso *sí* que borraría vuestro nombre de la Tregua de los Veinte Años, os lo garantizo.

Se hizo un tenso silencio en el camarote, y Aeduan mantuvo su brujería activa y alerta. Preparada… preparada…

Los cuchillos giraron sobre sí mismos perezosamente, retrocedieron y se desplomaron.

Aeduan atrapó uno de ellos en el aire, pero los otros dos cayeron sobre la mesa y el banco. Mientras Aeduan los recogía, Leopold se inclinó para coger otra fruta escarchada.

—Gracias por los dulces, gran destructora. —Sonrió débilmente —. Siempre es un placer veros.

Sin decir nada más, y cuadrando los hombros como todo un líder, Leopold IV se dirigió a la puerta.

—Vamos, monje —dijo—. Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

Aeduan echó a andar detrás de Leopold, sin despegar su mirada ni su poder de la emperatriz y sus víboras. Pero nadie hizo ademán de detenerlos mientras se marchaban, y momentos después los dos hombres salían volando del maltrecho galeón marstokí.

Una vez en su balandro, y mientras Leopold llamaba a gritos al comandante Fitz Grieg para que le trajera unas calzas limpias, Aeduan observó al príncipe con ojos entornados y recelosos.

—La emperatriz —dijo Aeduan cuando el comandante de los bardas infernales se hubo marchado a las bodegas— ha mentido al decir que no había brujos de las mareas a bordo.

—Lo he supuesto. —Leopold inspeccionó alguna marca invisible en el puño de su chaqueta—. Y también cuando ha dicho que no busca a Safiya fon Hasstrel. Pero… —Leopold levantó la mirada— yo tengo una ventaja sobre la emperatriz.

Aeduan levantó las cejas.

—Te tengo a ti, monje Aeduan. Y créeme si te digo que eso

tiene asustada a la emperatriz de Marstok.

VEINTIOCHO

—¡Mantened firme esa luz! —bramó Merik desde el timón.

Dos marineros apuntaban los fanales del Jana hacia las olas. La luna les daba algo de luz cuando las nubes tenían a bien despejarse, pero no era suficiente, y menos con la persistente lluvia.

Sin Kullen hinchando las velas del Jana ni los brujos de las mareas transportando su casco, Merik tenía que llevar al límite a su menguada tripulación… y también a sí mismo.

Pero no tenía elección, y no había tiempo que perder.

Necesitaba encontrar aquel pico escarpado (Kullen y él siempre lo llamaban «el Bastardo Solitario») antes de que la marea se lo tragara por completo. Detrás de esa roca había una cala oculta. Un secreto familiar que daría a la tripulación de Merik un lugar seguro en el que descansar.

Pero si tardaban demasiado y la marea subía, Merik se vería obligado a esperar hasta mañana por la tarde, y en ese tiempo, los marstokíes o los zorros marinos podrían darles alcance.

Merik desvió la mirada hacia la domna y Evrane, que seguían encadenadas. El cabello dorado de Safiya estaba empapado y aplastado, y la capa blanca de su tía se había vuelto gris por el agua.

Por una vez, Iseult no estaba allí. En las primeras cuatro horas de castigo de Safiya y Evrane, Iseult había venido un centenar de veces para ver cómo estaban. Sin embargo, durante las dos últimas campanadas la muchacha se había quedado abajo. Durmiendo, seguramente.

Merik se alegraba de ello. Cada vez que Iseult venía a suplicarle que liberara a Safi, los músculos del cuello se le ponían rígidos, los hombros se le contraían y tenía que palparse el bolsillo para comprobar que el acuerdo de Hasstrel seguía dentro. Aquellas páginas se habían convertido en su última esperanza de salvación, y por ello las mantenía bien cerca.

Abrió el documento por milésima vez; las páginas estaban aplastadas y salpicadas de gotas de lluvia…

Pero las firmas estaban intactas, así que Merik dejaría encadenada a Safiya un poco más. Aunque él no fuera igual que Vivía en cuanto a la disciplina, la desobediencia tenía consecuencias. La tripulación de Merik lo sabía e incluso lo esperaba, así que Merik no podía ablandarse de repente. Aunque en el futuro hubiera repercusiones por haber encadenado a una mujer que algún día podría ser emperatriz de Cartorra… Aunque Safiya y su prometido Henrick podrían hacer pagar a Merik aquel trato… a él no le importaba. Prefería mantener el respeto de su tripulación a preocuparse por lo que un estúpido emperador podría hacerle a un país ya de por sí devastado.

«Henrick». Merik siempre había detestado a aquel anciano repulsivo. Pensar que Safiya era su prometida… que se casaría… que se *encamaría* con un hombre tres veces mayor que él…

Merik no podía meterse esa idea en la cabeza. Había creído que Safiya era distinta del resto de la nobleza. Impulsiva, sí, pero también leal. Y tal vez tan sola como Merik en un mundo de viles juegos políticos.

Pero resultaba que Safiya era exactamente igual que los demás domes y domnas de Cartorra. Vivía con anteojeras y solo veía a los que le parecían dignos.

Sin embargo, mientras Merik alimentaba su furia, mientras se

decía a sí mismo que odiaba a Safiya, no podía ignorar los «peros» que daban vueltas en su estómago.

«Pero tú habrías hecho lo mismo por Kullen. Habrías arriesgado otras vidas para salvarlo».

«Pero tal vez no desee casarse con Henrick ni ser emperatriz. Tal vez esté huyendo para escapar de eso».

Merik apartó a un lado tales pensamientos. Había un hecho incuestionable: si Safiya hubiera informado a Merik de su compromiso desde un principio, él podría haberla devuelto a Dalmotti y haber despachado de inmediato el asunto. Y ahora no estaría a este lado del Jadansi ni se habría visto obligado a luchar con un zorro marino, a combatir con los marstokíes y a exigirle demasiado a Kullen.

—¿Almirante? —Hermin subió renqueando al alcázar, con expresión desalentadora—. Todavía no he podido conectarme con los brujos de la voz de Lovats.

—Oh. —Mecánicamente, Merik se sacudió la lluvia del abrigo. Hermin llevaba horas accediendo a los hilos de los brujos de la voz, intentando contactar con Lovats. Con el rey Serafín.

—Pudiera ser —musitó Hermin, haciéndose oír por encima de las olas, la lluvia, el quejido de los cabos y los gruñidos de los marineros— que todos los brujos de la voz estén ocupados.

—¿En plena noche? —Merik frunció el ceño.

—O tal vez —prosiguió Merik— mi magia sea el problema. Tal vez me haya hecho demasiado viejo.

La expresión de Merik se ensombreció todavía más. La edad no mermaba la brujería. Hermin lo sabía y Merik también. Si el anciano pretendía suavizar lo que era evidente que estaba pasando (que los brujos de la voz de Lovats estaban ignorando las llamadas de Merik), no tenía sentido insistir.

Si las palabras de Vivia resultaban ser ciertas y era el padre de Merik quien había encargado aquella miniatura con brujería del éter, Merik se ocuparía de ello más tarde. De momento, lo único que tenía que hacer era conducir a sus hombres hasta la costa para alejarlos de las llaméis marstokíes.

Miró de reojo hacia los grilletes, hacia Safiya, y descubrió a Ryber acuclillada a su lado.

—Coged el timón —gruñó Merik, echando a andar hacia la escalerilla. Levantó la voz con un rugido—: ¡Ryber! ¡No te acerques ahí!

La muchacha se colocó en posición de firmes, pero Safiya seguía cabizbaja cuando Merik bajó a la cubierta con un pisotón y caminó hacia Ryber.

—Tú —gruñó— tendrías que estar lampaceando. —Señaló con el dedo al nuevo recluta, que estaba secando la cubierta diligentemente—. Ese es tu deber, Ryber, y si vuelvo a pillarte escaqueándote, te mandaré azotar. ¿Entendido?

La domna levantó la barbilla.

—He sido yo quien la ha llamado —dijo con voz ronca.

—Alguien tiene que ir a ver cómo está Iseult —intervino Evrane con voz ronca—. La muchacha todavía no se ha restablecido.

Merik ignoró a Séifiya y a Evrane, llevándose la mano al cuello de la camisa.

—A lampacear la cubierta —le dijo a Ryber—. Vamos.

Ryber le saludó y se fue. En cuanto la perdió de vista, Merik se giró hacia la domna, dispuesto a ordenarle a gritos que dejara en paz a sus marineros.

Pero Safiya tenía la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca abierta. A pesar de que solo la luz de los fanales le iluminaba la piel, el movimiento de su garganta y su lengua eran inconfundibles.

Estaba bebiendo agua de lluvia.

La ira de Merik se desvaneció, tragada por el temor, y sacó a toda prisa el contrato de Hasstrel. Las firmas seguían allí.

«Pues claro», pensó, enfadado consigo mismo por haberse preocupado. «Safiya no está sangrando». Pero le temblaban los dedos, y se preguntó distraídamente a qué podía deberse. Tal vez aquel miedo no tuviera nada que ver con el contrato.

Esa idea le hacía cosquillas en la base del cráneo, y la reprimió con rapidez, enterrándola lo más hondo posible mientras volvía a

guardar el contrato en su bolsillo. Luego sacó las llaves de los grilletes. Ya habría tiempo para reflexionar sobre el origen de aquel temor sin sentido, y también sobre su desasosiego por el rey Serafín, por Vivia y por Kullen.

Por lo pronto, había que poner fin a aquel castigo.

Acuclillándose junto a Safiya, Merik abrió la primera cerradura. La muchacha parecía sorprendida y recelosa.

—¿Soy libre?

—Libre de quedarte encerrada en tu camarote. —Merik soltó el otro grillete y se puso de pie—. Levanta.

Safiya recogió las piernas empapadas e intentó incorporarse. El barco se balanceó y Safiya tropezó.

Merik se lanzó a sujetarla.

Tenía la piel resbaladiza y fría, y todo su cuerpo tiritaba. Con un gruñido, Merik la levantó y la ayudó a apoyarse en él. Sus hombres lo observaban, y a Merik no se le pasó por alto el gesto de aprobación de Hermin mientras bajaba por la escotilla hacia las cubiertas inferiores.

La domna había cumplido su castigo, y los hombres lo respetaban.

El rostro de Safiya estaba muy cerca del suyo; tenía las pestañas húmedas. Su ropa mojada rozaba la piel de Merik. Respiraba con dificultad. Merik ignoró todo eso y se concentró en poner un pie delante del otro hasta que finalmente entró en el camarote de pasajeros a oscuras. Iseult estaba dormida, temblando sobre su camastro.

—Is —murmuró Safiya, intentando librarse de los brazos de Merik para llegar hasta su hermana de hilos. Merik la condujo hasta el camastro, se agachó ligeramente y la soltó. Safiya cayó junto a Iseult, que se despertó bruscamente.

Mientras Iseult se apresuraba a ayudar a Safiya, Merik se dio la vuelta y salió del camarote, repitiéndose a sí mismo que Safiya ya tenía quien la ayudara. Que no iba a pensar en ella. Que ya nunca volvería a pensar en ella.

Pero cuando finalmente llegó al timón del barco de su padre y

avistó al Bastardo Solitario horadando el horizonte, todavía sentía un hormigueo en el cuello y un calor en los brazos por el contacto con Safiya.

* * *

Antes de que Safi regresara, Iseult volvía a estar atrapada en sus pesadillas…

Segar, segar. Torcer y segar.

Dedos que arañaban a Iseult. Le tiraban del pelo, del vestido y de la carne.

Hilos que quiebran, ¡hilos que mueren!

Una flecha que le rasgaba el brazo; un dolor que estallaba en todo su ser. Y magia, magia, magia negra y putrefacta…

—Qué sueño tan desagradable. —La voz de la sombra sacó bruscamente a Iseult de su pesadilla—. Hoy tiemblas y te estremeces mucho —continuó, con una voz dulce y exageradamente alegre—. ¿Qué te molesta? No ha sido solo el sueño, porque ese lo tienes todo el tiempo.

Iseult intentó darle la espalda, pero se girara hacia donde se girara, la sombra la seguía. Esquivaba todas sus patadas y empujones mentales. Con cada retirada desesperada, la sombra hundía más profundamente sus garras.

Y seguía parloteando sin parar. Se dio cuenta de que la sombra era una mujer. Otra bruja de los hilos, convencida de que Iseult y ella se parecían en algo.

Eso era lo que más miedo le daba a Iseult. La posibilidad de que aquella extraña voz fuera como ella. De que tal vez la sombra comprendiera mejor que nadie los dolores íntimos de Iseult.

Por supuesto, eso hizo que Iseult se preguntara si no sería producto de su imaginación. Si no estaría volviéndose loca ahora

que todas sus esperanzas de futuro se le escurrían entre los dedos.

O tal vez Iseult estuviera cediendo finalmente bajo el peso de los hilos del mundo, que hacían polvo su ordinario corazón.

—Estás molesta por tu tribu —afirmó la sombra de forma casual al toparse con los recuerdos más recientes de Iseult—. Mi tribu también me expulsó porque no era como las demás brujas de los hilos, ¿sabes? No era capaz de hacer piedras hilanderas ni de controlar mis emociones, así que la tribu me rechazó. Por eso te marchaste tú de la tuya, ¿verdad?

La curiosidad de la sombra tenía doble intención. Iseult sabía que no debía responder… pero no pudo contenerse cuando la sombra volvió a preguntárselo:

—Por eso te marchaste, *¿no?*

La necesidad de contar la verdad (sobre su vergüenza con Gretchya, sobre su envidia hacia Alma) le picaba en la garganta. ¿Por qué no podía luchar contra esa sombra?

«Utiliza esa frustración», se dijo a sí misma, casi con desesperación. «Utilízala para luchar contra ella».

Iseult abrió su cuerpo onírico y se aferró al primer recuerdo inconsciente que encontró: las tablas de multiplicar. «Nueve por uno es nueve. Nueve por dos, dieciocho…».

Pero la sombra se echó a reír.

—Es una estupidez que esperen que no sintamos nada —continuó la sombra, ahora en tono melodioso—. No me creo las historias, las que dicen que nosotras no tenemos hilos del corazón ni familia de hilos. ¡Claro que sí! Lo que pasa es que no podemos verlos. ¿Por qué iba la Madre Lima a regalarles tan poderosos vínculos a todos sus hijos, menos precisamente a *nosotras*?

—No lo sé. —Iseult agradeció aquella pregunta sencilla. Si la respondía, si hacía ver que cooperaba, tal vez la sombra se marchara.

Pero no lo hizo. En vez de eso, la sombra soltó su alegre carcajada y gritó:

—¡Vaya, mira! Hablar sobre familias de hilos te irrita, Iseult. ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

«Nueve por cuatro, treinta y seis. Nueve por cinco…».

—¡Oh, es por tu madre! Y su aprendiz. Te han dejado herida y quebrada. Madre mía, Iseult, pero qué fácil es leerte. Todos tus miedos se agolpan en la superficie, y puedo retirarlos como si fueran la espuma de grasa de un caldero de *borgsha*. Aquí veo que no podías hacer piedras hilanderas, así que tu madre te echó. Y… oh, ¿esto qué es? —La sombra estaba exultante, y por mucho que luchaba Iseult, no conseguía mantener sus pensamientos ocultos.

—¡Gretchya y Alma habían planeado su huida antes incluso de que tú te marcharas! Y mira esto, Iseult: ella insistía en que te quería. Bueno, está claro que no te quería lo suficiente como para llevarte con ella. Te manipuló bastante bien, Iseult, tal y como exige su oficio. *Nuestro* oficio. Debemos tejer hilos cuando podemos… y *quebrarlos* cuando debemos. Es la única manera de desenmarañar el tapiz.

La voz de la sombra se convirtió en un susurro. Un sonido como el del viento en un cementerio.

—Recuerda mis palabras, Iseult: tu madre nunca te querrá. Y esa monja a la que tanto admiras nunca te entenderá. Y Safiya… ¡oh, Safiya! Ella te abandonará algún día. Y ese día no está lejos, creo. Pero puedes cambiar eso. —La sombra guardó silencio e Iseult se imaginó que estaba sonriendo—. Puedes cambiar el tejido del mundo. Agarra los hilos de Safi, Iseult. Quiébralos antes de que te hagan daño.

—No —siseó Iseult—. Ya me he hartado de ti. Ya me he… *hartado*. —Reuniendo cada gramo de poder de sus músculos y su mente, Iseult abrió la boca en el mundo real y dijo—: Nueve por ocho, setenta y dos.

El mundo cayó a plomo sobre ella, trayendo consigo el dolor del brazo y el ruido de las pisadas… y de la voz de Safi.

Iseult abrió los ojos y Safi se le cayó encima.

* * *

Safi estaba tiritando por la lluvia, y por mucho que lo intentaba, no era capaz de analizar el terreno, evaluar a sus adversarios… y algo relacionado con la estrategia, que también era importante.

—Estás helada —dijo Iseult—. Métete debajo de la manta.

—Estoy bien. —Safi se obligó a sonreír—. De verdad. Solo tengo el orgullo herido y estoy un poco empapada. ¿Tú estás bien? ¿Qué tal el brazo?

—Mejor. —La expresión de Iseult no titubeó, lo que era buena señal—. Me duele, ahora que la piedra dolora se ha agotado.

—Meneó la muñeca para mostrarle a Safi el cuarzo apagado. —Pero no tanto como antes.

Safi asintió y se desplomó en el jergón con tanta fuerza que un poco del relleno de paja se salió por las esquinas.

—¿Y qué sientes aquí? —Se golpeó el pecho—. Hablabas en sueños. ¿Es… es por el maleficio?

—Nada de eso. —Iseult se sentó a su lado—. Solo era una pesadilla, Saf.

Safi tocó cautelosamente la venda del brazo derecho de Iseult.

—Cuéntame qué te pasó.

Los rasgos de Iseult se suavizaron. Con la mirada perdida en algún punto indeterminado, le explicó que se había visto obligada a regresar a su tribu para escapar del brujo de la sangre. Su voz se mantuvo imperturbable mientras describía el asentamiento, al brujo de los maleficios y a la turba.

El vientre de Safi se petrificó. Notaba el sentimiento de culpa revolviéndose en su garganta.

Porque había sido culpa *suya*. Como todo lo que había salido mal en los últimos dos días, había sido culpa de Safi que Iseult hubiera estado a punto de morir.

Y por algún motivo, la falta de emoción de Iseult y el hecho de saber que no la culpaba por ello lo empeoraban todavía más.

Antes de que Safi pudiera abrir los labios y balbucear una disculpa, apareció una sonrisa en el semblante de Iseult. Era un gesto muy contradictorio después de la historia que acababa de contar, incluso inquietante.

—Casi lo había olvidado. Tengo un regalo para ti. —Iseult sacó un cordón de cuero de su blusa y se lo quitó.

Safi arrugó la frente. Sus pensamientos y remordimientos se desvanecieron.

—¿Es una piedra hilandera?

—Sí. —Iseult le dio un golpecito a Safi con el codo izquierdo—. Es un rubí.

—Pero ¿las piedras hilanderas no son para encontrar a tu hilo del corazón?

—No necesariamente. Pueden utilizarse para encontrar a cualquier persona de tu familia de hilos. —Iseult sacó una segunda piedra de su blusa sucia—. Yo tengo otra igual, ¿ves? Ahora, cuando alguna de las dos esté en peligro, las piedras se iluminarán. Su luz será más tenue cuanto más cerca estemos.

—Que los Pozos Originarios me bendigan —susurró Safi. De pronto, la piedra que tenía en la palma de la mano le parecía dos veces más sólida. Dos veces más fulgurante bajo aquellos hilos de color rosa, y un millar de veces más valiosa. El poder de localizar a Iseult dondequiera que estuviera, el poder de proteger a Iseult de infiernos como el que había pasado la noche anterior… eso sí que era un regalo—. ¿De dónde las has sacado?

Iseult ignoró la pregunta.

—Esa piedra —dijo— te salvó la vida. Gracias a ella te encontré al norte de Veñaza.

Al norte de Veñaza. Donde Iseult había sido herida en el brazo con una flecha disparada por su propia gente. No era de extrañar que no quisiera hablar sobre ello.

Safi se puso el cordón alrededor del cuello.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Nunca tendrás que volver con los Midenzi. Jamás.

Iseult se rascó el cuello.

—Lo sé, pero… ¿adónde iremos, Safi? No c-creo que podamos regresar a Veñaza.

—Iremos con el príncipe. Hasta Lejna, para que se cumpla el contrato.

—Con el príncipe —repitió Iseult. Aunque su rostro se mantuvo firme, Safi detectó un estremecimiento muy sutil en la nariz—. ¿Y después de Lejna?

Safi tamborileó con los dedos sobre su rodilla. ¿Qué podía decir para que Iseult sonriera? ¿Dónde podría volver a sentirse segura su hermana de hilos?

—¿Qué te parece Saldónica? —Le mostró su sonrisa más bobalicona—. Seríamos unas piratas estupendas.

Iseult ni siquiera hizo amago de sonreír. Su nariz tembló de manera más obvia que antes y se miró de reojo las manos.

—Mi madre está allí y… n-no quiero verla.

Safi se maldijo tres veces. Cómo no, tenía que escoger el lugar donde se encontraba Gretchya. Antes de poder sugerir otras opciones mejores, que *sin duda* habrían hecho sonreír a Iseult, la puerta del camarote se abrió de sopetón.

Evrane entró tambaleándose; los dos marineros que iban detrás de ella la empujaban. La monja les cerró la puerta en las narices antes de acercarse a las muchachas. A Safi no se le pasó por alto que Iseult se erguía y echaba los hombros atrás.

—Dejad que os vea —gruñó Evrane, agachándose junto a Safi —. Estáis magullada, domna.

—No es nada. —Safi recogió las piernas.

—Puede que los moratones no os duelan, pero no penséis solo en vos. —Evrane miró de reojo por la ventana; el barco se deslizaba junto a la costa bañada por la luna—. Un moratón es sangre derramada bajo la piel. No deberíamos jugar con los términos del contrato.

Safi soltó un largo suspiro y su mente viró de nuevo hacia Merik. El príncipe. El almirante. Nunca se alejaba de sus pensamientos, y durante todas aquellas horas en los grilletes apenas había pensado en nada más. Apenas había *mirado* otra cosa que su cabello húmedo por la lluvia y su mirada severa mientras pilotaba el Jana hacia su patria.

Cuando Evrane pareció quedar satisfecha con la salud de Safi, examinó el brazo de Iseult y Safi se acercó a la ventana para

contemplar la costa que se iba acercando. Los músculos le ardían por el movimiento, por el simple esfuerzo de tenerse en pie. Pero eso le gustaba. Le ayudaba a alejar el frío, sus pensamientos sobre Merik, los horrores de la tribu de Iseult y todo aquello que era mejor ignorar.

Pero no había mucho que ver en el exterior. Paredes rocosas y espuma de mar empañando el cristal. Si giraba el cuello, distinguía a duras penas los cielos pálidos del amanecer.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a Evrane.

—En una cala que pertenece a la familia Nihar —respondió la monja—. Hemos guardado el secreto durante siglos. Hasta hoy. —Su tono era gélido. Cuando Safi la miró de reojo, vio el ceño fruncido de la monja mientras envolvía el brazo de Iseult con un vendaje limpio—. La cala es inaccesible desde tierra —continuó Evrane—, ya que está rodeada de acantilados y únicamente hay espacio para un solo barco. —Terminó de atar la venda limpia y asintió con la cabeza, satisfecha—. Pero creo que lo veréis con vuestros propios ojos muy pronto. El almirante quiere desembarcar. Desde aquí, continuaremos a pie hasta Lejna.

VEINTINUEVE

Merik miraba fijamente a su hermano de hilos, que estaba tendido en el catre de su camarote. Kullen tenía el rostro descolorido y se masajeaba el esternón con los nudillos mientras observaba a Merik. Ryber le había puesto un saco de harina detrás de la espalda para que enderezara la cabeza y los pulmones, así que ahora tenía polvo blanco adherido al cabello y las mejillas. Con el rostro iluminado únicamente por el pálido amanecer, su aspecto era cadavérico.

El camarote, sin embargo, estaba muy vivo.

El solitario cofre de Kullen, situado bajo la ventana, estaba a rebosar y tan caótico como de costumbre, y era imposible no fijarse en el rastro de camisas y calzas que llevaba hasta la cama.

—¿Demasiado ocupado leyendo para doblar el uniforme? —preguntó Merik, sentándose al borde del camastro.

—Ah, me has pillado. —Kullen cerró de golpe un libro con tapas de cuero rojo: *La verdadera historia de los Doce Paladines*—. No puedo resistirme a releer las epopeyas. Si no tengo más remedio que guardar cama, prefiero estar entretenido.

—Miró dé reojo las prendas del suelo y esbozó una mueca. —Supongo que tienes razón, esto está hecho un desastre.

Merik asintió distraídamente y se inclinó hacia delante. No le

importaba en absoluto el uniforme, y Kullen lo sabía.

—En principio debería estar de vuelta antes de una semana —dijo Merik.

—Por mí no hace falta que te apresures. —Kullen hizo uno de sus aterradores remedos de sonrisa, pero sufrió un ataque de tos casi de inmediato.

Cuando el ataque pasó, Merik continuó:

—Iré al norte, hasta la hacienda, y buscaré a Yoris. No creo que le ponga pegas a Safiya, pero seguramente no le hará gracia la presencia de Iseult. Nunca le han gustado los matsíes.

—Tampoco le ha gustado nunca tu tía. —Kullen soltó el aire muy despacio y se reclinó sobre el saco de harina—. Imagino que se unirá a vuestra pequeña comitiva.

—Dudo mucho que pueda impedírselo.

—Bueno, si Yoris os da problemas, dile —Kullen agitó una mano y una corriente de aire fresco le hizo cosquillas a Merik— que lo aplastaré con un huracán.

Merik frunció el ceño al ver que Kullen volvía a utilizar su poder, pero guardó silencio. Llevaban años discutiendo sobre lo mucho que Kullen recurría a su brujería, y Merik no quería que ese fuera su último tema de conversación antes de despedirse.

—¿Quieres que visite a tu madre mientras estoy tierra adentro?

Kullen negó con la cabeza.

—Iré yo mismo cuando me encuentre mejor. Si te parece bien.

—Por supuesto. Llévate a Ryber. Por si acaso.

Kullen alzó las cejas.

—Le diré a Hermin que es por orden mía —se apresuró a añadir Merik—. Ryber sabe qué hacer si sufres un ataque, y la tripulación es consciente de ello. Es muy lógico que sea ella quien te acompañe. Además… —Merik frunció el ceño y se miró las uñas; estaban sucias de harina y mugre—. No creo que importe demasiado ya que la tripulación se entere de lo vuestro. Mi almirantazgo se acabó, Kullen. Lovats no responde, y cada vez parece más probable que Vivia dijera la verdad sobre mi padre.

—No me sorprende —dijo Kullen en voz baja.

Merik gruñó y se limpió la uña del pulgar. Era otro de sus desacuerdos más habituales: Kullen opinaba que Serafín alentaba la naturaleza de Vivia. Que el rey quería que sus hijos estuvieran eternamente enfrentados.

Pero Merik consideraba que esa teoría era una memez. Por muchos defectos que tuviera el rey Serafín, no malgastaría sus energías sembrando cizaña, sobre todo porque Vivia ya hacía un excelente trabajo por sí sola.

—Lo que sé, Kullen, es que esta tumba es profunda y que todavía no nos he sacado de ella.

—Pero puedes hacerlo. —Kullen se inclinó hacia delante y del saco brotó una nube de harina. Si la situación hubiera sido otra, Merik se habría echado a reír. Y Kullen también—. Si llegas a Lejna y consigues tu acuerdo comercial, todo se solucionará. Estás destinado a grandes cosas, Merik. Sigo convencido de ello.

—No tan grandes. El acuerdo solo nos permitirá comerciar con una hacienda cartorriana de los cientos que hay. Y nuestra tierra… —Merik hizo un gesto hacia la ventana, y una carcajada de desdén se atascó en su garganta—. No estamos mejor que hace un año. No sé por qué sigo manteniendo las esperanzas, pero así es. Siempre que volvemos, cada maldita vez, sigo esperando que haya revivido.

Kullen exhaló con un sonido quejumbroso. Merik se irguió al oírlo.

—Estás cansado. Me voy.

—Espera. —Kullen agarró a Merik por la manga de la chaqueta, y la calidez del aire se desvaneció—. Prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—Prométeme que te plantearás darte un revolcón mientras estés fuera. Estás muy tenso. —Tomó aire—. Es verte y se me agarrotan los pulmones.

Merik soltó una carcajada amarga.

—Y yo que esperaba que me dijeras algo solemne. Tengo motivos de sobra para estar tenso, ¿sabes?

—Aun así. —Kullen agitó la mano con gesto cansado.

—¿Y con quién esperas que me revuelque exactamente? No veo

a muchas candidatas disputándose el puesto.

—Con la domna.

Esta vez, Merik se rio de buena gana.

—No voy a revolcarme con una domna. Y mucho menos con una que está comprometida con el emperador de Cartorra. Además, siempre consigue que mi temperamento estalle. Cada vez que creo que la mar está en calma, me dice algo ofensivo y vuelve la borrasca.

Kullen se atragantó, pero cuando Merik lo miró, alarmado, vio que simplemente se estaba riendo, aunque agitadamente.

—Eso no es tu temperamento, grandísimo bobo. Es tu magia reaccionando ante una mujer como Noden manda. ¿Qué demonios crees que le pasa a mi brujería cuando Ryber y yo…?

—¡No quiero saberlo! —Merik levantó las palmas de las manos —. De verdad, no quiero saberlo.

—Está bien, está bien. —La risa de Kullen se fue apagando, aunque en sus labios permaneció una sonrisa picara.

Merik tuvo que refrenar sus ganas de estrangular a su hermano de hilos. No había venido para hablar de esos temas, y no quería que su último tema de conversación antes de despedirse de Kullen fuera aquel ridículo asunto.

Merik se obligó a asentir y sonreír.

—Saluda a tu madre de mi parte. Y si me necesitas, tañe el tambor de viento. Caminaremos junto a la costa durante la mayor parte del trayecto hasta Lejna.

—Sí. —Kullen se llevó el puño al esternón de nuevo y asintió con gesto cansado—. A buen puerto, Merik.

—A buen puerto —respondió, antes de salir de la estancia. Una vez en cubierta, le ordenó a gritos a Ryber que trajera a las prisioneras, y se aseguró de llamarlas «prisioneras». Ni acompañantes ni pasajeras. Solo «prisioneras». Así le resultaba más fácil ignorar las sugerencias de Kullen. No miraría a Safiya, no hablaría con ella, y, desde luego, no pensaría en ella en esos términos. Y cuando Merik llegara a Lejna, la dejaría allí y no volvería a verla jamás.

* * *

Iseult siguió a Safi (que seguía a Evrane, que seguía a Ryber) por la oscura bodega hasta la escalera de la escotilla. Dos marineros fulminaron con la mirada a Iseult mientras subía el primer peldaño. Murmuraron algo y sus hilos temblaron de aversión.

Safi, con un gesto típico de ella, miró fijamente a los marineros y se pasó el pulgar por el cuello, muy despacio.

Los hilos de los marineros brillaron con el gris del miedo.

Iseult apretó los dientes y miró de reojo a Evrane para ver si se había dado cuenta. La monja no había reparado en la escena, pero Iseult iba a tener que recordarle a Safi (por milésima vez) que no mostrara esa clase de agresividad. Safi tenía buena intención, pero sus amenazas solamente servían para llamar más la atención hacia Iseult, para que Iseult se fijara más en las miradas, los insultos y los hilos grises.

Safi sabía que no era prudente dar rienda suelta de esa forma a sus sentimientos, y normalmente no lo hacía, pero las cosas habían cambiado. Desde su castigo en los grilletes, los hilos de Safi no habían dejado de palpitar con el color oxidado de la culpa, el dorado de la vergüenza y el azul del remordimiento.

Iseult nunca había visto así a su hermana de hilos. No sabía que a Safi pudiera llegar a importarle tanto el hecho de causar dolor a otros (a otros que no fueran Iseult, al menos).

Iseult y Safi llegaron al alcázar desierto del Jana. De repente, en los hilos de Safi llamearon nuevos colores. El gris parduzco del horror. El azul de la tristeza. Todo ello mezclado con la culpa, la vergüenza y el remordimiento.

Al pie de los acantilados que se alzaban sobre el Jana había una tranquila playa de guijarros grises. Solamente las pisadas de los marineros perturbaban el sonido del viento y el oleaje. No se oía el canto de las golondrinas ni las carcajadas de las estridentes gaviotas. No había pelícanos sentados con elegancia entre las rocas ni pardelas volando.

Todas esas aves *estaban* allí, pero no en condiciones de volar ni de cantar. La costa estaba plagada de sus cadáveres retorcidos y sus esqueletos vacíos, sembrados por la playa o flotando sobre las suaves olas. También había centenares de peces muertos, arrastrados hasta la orilla y secándose al sol.

¿Cuántos millares de cadáveres se habían acumulado allí con el paso de los años? ¿Cuántos más traería el agua cada día?

Iseult se volvió hacia Evrane, preguntándose cómo se sentiría la monja al ver su hogar de nuevo. Pero los hilos de Evrane estaban tranquilos; solamente un minúsculo destello de tristeza se entrelazaba en ellos.

Iseult se aclaró la garganta y se tragó la necesidad de tartamudear.

—Pensaba que era el agua lo que estaba envenenado, monja Evrane. No los peces.

—Pero los peces —respondió Evrane, colocándose al otro lado de Iseult— viajan por el agua envenenada y se mueren. Los pájaros se los comen y mueren también.

Safi se apoyó en la regala, con el rostro y los hilos convertidos en una máscara de horror.

Iseult, por el contrario, se mantuvo perfectamente quieta, deseando ser capaz de moldear su rostro igual que Safi. Deseando que Evrane comprendiera que le dolían los pulmones solo con mirar aquella tierra arruinada, que sentía que las costillas se le habían convertido en gélido granito. Pero Iseult carecía de máscaras y de palabras, así que permaneció inmóvil. Por el rabillo del ojo vio unos hilos resplandecientes, y no necesitó darse la vuelta para saber quién subía al alcázar. Quién se situaba junto a Evrane y sacaba un catalejo de su chaqueta.

Los hilos que unían a Merik y a Safi eran ahora más fuertes, un confuso choque de contradicciones. Las hebras exteriores, como las patas de una estrella de mar, se extendían y agarraban con el púrpura del hambre. Con el bermellón de la pasión. Y con un toque del azul del remordimiento.

Y no poca rabia carmesí.

«Este vínculo podría ser explosivo», pensó Iseult, frotándose furiosamente el puente de la nariz.

—¿Qué te pasa? —preguntó Safi.

Iseult dio un respingo. Estaba tan ensimismada en los hilos que no se había fijado en que Safi la estaba mirando.

—No es nada —murmuró Iseult, consciente de que Safi sabría que estaba mintiendo.

—¡Va descalza! —exclamó Evrane, distrayendo la atención de Safi.

Merik ensanchó las fosas nasales, y aunque Safi abrió la boca (seguramente para decir que le traía sin cuidado ir descalza), Merik rugió:

—¡Ryber! ¡Zapatos para la domna!

La grumete apareció por la escalerilla, mordiéndose el labio.

—Puedo buscarle unas botas, almirante, pero tendrá que bajar conmigo. Es más fácil que las pruebe todas de una vez que tener que irlas subiendo.

—Muy bien. —Merik sacudió la mano con desinterés, volviendo a inspeccionar la costa con el catalejo.

Safi miró de reojo a Iseult.

—¿Quieres venir?

—No, me quedo. —Si acompañaba a Safi, esta podría atosigarla con preguntas. Preguntas que podrían desembocar en los hilos que unen… o peor, en la voz sombría que le hablaba en sus pesadillas—. Quiero estar fuera —añadió—. Para tomar el aire.

Safi no se lo había tragado. Miró de reojo a los marineros más cercanos, que trepaban por los mástiles. Después se volvió hacia Iseult con una mirada de escepticismo.

—¿Estás segura?

—No me pasará nada, Safi. Olvidas que fui yo quien te enseñó el arte de la evisceración.

Safi soltó un bufido, pero en sus hilos destelló el rosa de la diversión.

—¿Ah, sí, querida hermana de hilos? ¿Ya has olvidado que era a mí a quien llamaban «la gran evisceradora» en Veñaza? —Safi

levantó la mano teatralmente mientras se giraba hacia Ryber.

Esta vez Iseult no tuvo que fingir su sonrisa.

—No les entendías bien, Safi —dijo—. Te llamaban «la gran vociferadora», por lo bocazas que eres.

Safi se detuvo en la escalerilla el tiempo justo para mirar a Iseult y morderse el pulgar.

Iseult le devolvió el gesto.

Cuando se giró hacia la borda, vio que Merik tenía las cejas en alto y que Evrane reprimía una carcajada. Iseult sintió un agrado inusitado al ver a la monja de tan buen humor, y una placentera calidez se posó sobre sus hombros.

—Me alegra ver que te sientes mejor —dijo Evrane.

—Y yo me alegro de sentirme mejor —respondió Iseult, estrujándose el cerebro en busca de algo ingenioso que añadir. O más bien de algo que añadir, ingenioso o no.

Pero no se le ocurrió nada. La brisa trajo un incómodo silencio. Iseult empezó a masajearse el codo derecho, solo para estar entretenida con algo.

Al verla, los hilos de Evrane se tiñeron del verde de la preocupación.

—Te duele el brazo. He olvidado mis ungüentos en la bodega, tonta de mí. —Se marchó rápidamente, dejando a Iseult con Merik.

A solas con Merik.

Un príncipe que podría terminar formando parte de la familia de hilos de Safi… o convertirse en su enemigo. Un príncipe que ahora dictaba adonde y cómo viajaban Iseult y Safi.

Sin darse cuenta de lo que hacía, una pregunta afloró a sus labios:

—¿Estáis casado? —Era la primera pregunta que formulaban las brujas de los hilos al fabricar las piedras hilanderas de una persona. Iseult había oído esa pregunta en boca de Gretchya un millar de veces durante su infancia.

Los dedos de Merik, que aferraban el catalejo, se tensaron. En sus hilos destelló la sorpresa.

—Eh… no.

—¿Tenéis amante?

Merik bajó el catalejo. Sus hilos palpitaban de grima.

—No tengo amante. ¿Por qué lo preguntas?

Iseult suspiró para sus adentros.

—No tengo interés en vos, alteza, no hay motivo para vuestro desdén. Simplemente intento decidir si deberíamos seguiros hasta Lejna o no.

—¿Si *deberíais* seguirme? —Los hilos y la pose de Merik se relajaron—. No os queda otra.

—Si pensáis eso, nos subestimáis enormemente a las dos.

Las mejillas (y los hilos) de Merik se tiñeron de rojo, de modo que Iseult decidió suspender su interrogatorio de bruja de los hilos. Pero cuando Merik se dio la vuelta para alejarse, Iseult se interpuso en su camino.

—No os caigo bien —dijo—. Eso no me molesta. Pero recordad que si alguna vez hacéis daño a Safiya fon Hasstrel, os cortaré en pedacitos y os echaré a las ratas.

Merik no respondió. Rodeó a Iseult y echó a andar a grandes zancadas hacia la escalerilla, con un aspecto absolutamente furibundo.

Pero el destello de comprensión cian de sus hilos le reveló a Iseult que no solo Merik la había escuchado, sino que se había tomado muy en serio su advertencia.

Y hacía bien, porque no era ninguna broma.

* * *

El agua salpicaba por los laterales del esquife en el que iban Safi, Iseult, Evrane y Merik, con Ryber como remera.

Cuando Ryber había acompañado a Safi abajo, esta le había pedido perdón por causarle problemas, pero la muchacha se había limitado a encogerse de hombros.

—El almirante es perro ladrador y poco mordedor. Además, no

es *conmigo* con quien está enfadado.

Muy cierto. Merik apenas había mirado a Safi desde que habían llegado a la cala, y cada vez que le hacía alguna pregunta («¿Viajaremos a pie? ¿Tenemos provisiones?») él le daba la espalda sin responder.

Por supuesto, con eso solo conseguía que Safi estuviera aún más decidida a sacarle una respuesta. Prefería que Merik le ladrara o le mordiera a que fingiera que Safi no existía.

En irnos minutos, el esquife tocó tierra y Ryber saltó al agua, que le cubría por la rodilla, para arrastrar la embarcación hasta la playa. Merik y Evrane saltaron de inmediato. Safi e Iseult, por el contrario, lo hicieron con bastante menos elegancia.

—Habim y Mathew se olvidaron de enseñamos esto —dijo Iseult, apoyándose en Safi y Ryber para descender—. Tenemos que decirles que saber bajar de un esquife es una habilidad esencial para la vida.

—No es tan esencial —dijo Ryber—. Solo consiste en subir y bajar.

Safi tosió discretamente.

—Esto es lo que Iseult entiende por un chiste.

—Oh. —Ryber se rio discretamente—. Lo siento. Solo he conocido a una bruja de los hilos, y era muy mayor. ¿Puedes ver mis hilos ahora mismo?

—Sí —respondió Iseult—. Son verdes de curiosidad.

Una sonrisa divertida apareció en el rostro de Ryber.

—¿Y… puedes ver a mi hilo del corazón?

A Iseult le tembló la nariz y miró fugazmente a Safi, casi con nerviosismo, antes de responder:

—Sí. Lo veo. Está en el barco.

La sonrisa de Ryber se ensanchó, aunque en sus ojos apareció una expresión vacía y turbada.

—Ryber —ladró Merik. La chica dio un brinco y echó a andar con diligencia hacia su almirante.

Safi se inclinó hacia Iseult.

—¿Por qué me has mirado a mí cuando Ryber te ha preguntado

por su hilo del corazón?

—Porque tiene tonos azules —respondió Iseult lacónicamente —. Eso quiere decir que una parte de su amor es desdichado.

—Oh —susurró Safi. La idea de una tristeza compartida entre Ryber y Kullen le formó un nudo en la garganta.

Mientras Iseult caminaba torpemente por la playa en dirección a Evrane, que examinaba el cadáver de un petrel a unos pasos de distancia, Safi esperó a Merik.

—Como segundo oficial —le decía a Ryber, cuyas coletas flotaban en el viento—, Hermin está al mando del barco hasta que Kullen se encuentre mejor. Y recuerda: no comáis peces ni bebáis agua. Esto no es como el río Timetz; nuestros brujos del agua no han llegado hasta aquí. Moriréis antes de tragar un solo bocado. Y asegúrate de que Hermin no se esfuerce demasiado. Si Lovats no responde, no hay nada que hacer.

Ryber saludó al almirante llevándose el puño al corazón, y Merik miró fijamente el barco. Durante unos momentos, el agua del mar lamió los pies de Safi (las botas de Ryber, más bien), pero ella no se movió. Se quedó esperando a que el príncipe terminara su muda despedida.

Cuando hubo terminado, se irguió repentinamente, recolocándose el cuello de la camisa, se dio la vuelta y pasó al lado de Safi sin mirarla.

—¡A buen puerto! —les dijo Ryber mientras se alejaban.

—A buen puerto —respondió Safi, echando a andar detrás de Merik.

Iseult caminaba al lado de Safi y Evrane iba detrás, moviéndose con mucha más agilidad que cualquiera de las dos. Las playas de Veñaza eran de arena, y a los tobillos de Safi no les estaba gustando nada aquella diminuta gravilla. Además, acababa de descubrir que sortear pájaros muertos no era tan sencillo.

Se giró hacia Iseult para protestar, pero entonces vio que su hermana de hilos jadeaba.

—¿Estás bien? ¿Quieres que vayamos más despacio?

Iseult insistió en que se encontraba bien. Levantó la voz:

—¿Adónde vamos, alteza? Porque cualquiera diría que nos dirigimos hacia una pared.

En efecto, parecía que caminaban hacia dos altos acantilados que venían a juntarse en una comisa de la que colgaban estalactitas.

—Hay una cueva oculta ahí —respondió Evrane cuando quedó claro que Merik no tenía intención de hablar. A Safi le impresionó que Iseult lo hubiera intentado siquiera—. Pero es una cueva secreta, igual que esta ensenada.

—No nos verá nadie —murmuró Merik, dirigiéndose al extremo derecho del saliente. Se agachó para esquivar una estalactita.

Safi se agachó también. A través de las grietas del techo escarpado se entreveían puntos de luz del amanecer. El camino que avanzaba, claramente hecho por el hombre, era tan estrecho que se vio obligada a caminar de lado.

Varios pasos después, Merik se irguió y Safi se arriesgó a imitarle. No se clavó ninguna piedra afilada en la cabeza, aunque sí que goteaba agua.

—¿Esta agua es venenosa? —preguntó, frotándose el pelo.

—Solo si la bebéis —respondió Evrane; su voz quedaba amortiguada tras el cuerpo de Iseult, que iba delante de ella—. La mayor parte del agua dulce de esta zona no se puede beber, pero una parte permanece pura siempre.

Merik soltó un gemido ahogado.

—Nadie quiere oír historias sobre los Pozos Originarios.

—Yo sí que quiero oírlas —replicó Safi.

—Y yo —dijo Iseult, respirando entrecortadamente—. He leído mucho sobre ellos. ¿Es verdad que el pozo del agua es curativo?

—Solía serlo. Todos los pozos podían curar cuando estaban activos… *Merik* —dijo repentinamente Evrane—. Frena un poco. No todos conocemos bien este camino, y no todos estamos en plena forma.

Merik aminoró el paso, aunque no demasiado. Safi procuró acortar sus zancadas. Cuando Merik se diera cuenta de que se estaba distanciando del resto del grupo, no le quedaría más remedio que frenar también.

Poco después, a Safi le ardían los muslos y los tobillos. El camino iba ascendiendo.

—Había un Pozo Originario en las tierras de mi familia —dijo Safi cuando se cercioró de que Iseult no tenía problemas con la inclinación del terreno—. Pero no estaba vivo.

—No —dijo Evrane—. Es normal, porque solamente quedan dos pozos intactos. De los cinco, solamente el pozo del éter del monasterio Carawen y el pozo del fuego de Azmir siguen vivos. Sus manantiales fluyen, los árboles florecen todo el año y sus aguas son curativas. Pero se dice…

—Cuidado con los escalones —ladró Merik.

—… que si los Cahr Awen regresaran, el resto de Pozos Originarios recuperarían sus poderes y los manantiales volverían a fluir.

Mientras Safi entornaba los ojos para distinguir los escalones resbaladizos por los que subía Merik, se esforzó por recordar las historias de su infancia.

—¿Cuántos Cahr Awen hubo antes de que muriera la última pareja?

—Calculamos al menos noventa —dijo Evrane—. Pero solo hay registros de memoria de cuarenta parejas.

—Que haya registros —apuntó Merik con indiferencia— no significa que sea verdad.

—Son registros de *memoria* —replicó Evrane—. Eso los hace indiscutiblemente reales. Una hermana bruja de la vista transfirió esos recuerdos directamente desde los cadáveres de los Cahr Awen.

—A menos que esos registros de memoria fueran falsificados, tía Evrane. Si ya has terminado de impartir la lección, conviene guardar silencio desde ahora.

—Pero si ya no podemos seguir —dijo Safi. Treinta escalones más adelante no había más que una pared lisa, iluminada por un débil haz de luz solar—. Buen trabajo, príncipe.

Merik no mordió el anzuelo, así que Safi continuó caminando tras él hasta que ambos llegaron a la pared rocosa. Merik por fin le dirigió la palabra; la luz del sol apenas revelaba sus rasgos.

—Tenemos que empujar los dos juntos —susurró, apoyando el hombro y la palma de la mano en la pared. Safi le imitó.

—Una —articuló Merik sin hacer ruido—. Dos… tres.

Safi empujó. Merik empujó. Y empujaron con más fuerza. Y con más fuerza aún. Finalmente, Safi siseó:

—¡No sirve de nada! —Por supuesto, en cuanto aquellas palabras no demasiado silenciosas escaparon de sus labios, la pared se abrió con una ráfaga de aire y sonido.

Y Safi cayó de bruces a un mundo de árboles muertos y suelos descoloridos. Merik también tropezó, pero el muy torpe intentó mantener el equilibrio y agarrarse a la puerta de piedra y solo consiguió voltearse y caer de espaldas.

Safi le cayó encima, aplastándole el pecho. Los dos se quedaron sin aire, y Merik soltó un gemido dolorido.

—¿Qué? —dijo Safi, intentando apartarse de él de un empujón. Tenía la mano atrapada bajo su cuerpo, y con cada tirón, sus cuerpos se rozaban.

La recorrió un calor abrasador. Ayer también había estado muy cerca de Merik, durante la pelea, pero aquello era… diferente. Era demasiado consciente de la figura de Merik. Del ángulo de sus caderas y de los músculos de su espalda, músculos en los que los dedos de Safi se empeñaban en hundirse. Por accidente. *Totalmente* por accidente.

Safi también era consciente de la risa de Evrane y de la mirada boquiabierta de Iseult, totalmente impropia de una bruja de los hilos. Pero antes de que Safi pudiera ordenarles que la ayudaran, Merik levantó la cabeza para mirarla y tensó el vientre.

—Quita. De. Encima.

Su gruñido reverberó en las costillas de Safi, pero esta no tuvo oportunidad de replicarle, porque las discretas carcajadas de Evrane se acallaron repentinamente, y el crujido de la madera reverberó por todo el claro.

Veinte puntas de flecha asomaron entre los pinos blanqueados por el sol, mientras Iseult murmuraba:

—Oh, Safi. Ya te dijo que te estuvieras callada.

TREINTA

Merik se esperaba a los arqueros. De verdad que sí. Lo que no se esperaba era que su líder, el maestro cazador Yoris, tardara tanto en ordenarles bajar las armas.

Ni que Merik tendría encima a Safiya fon Hasstrel mientras tanto.

Iseult y Evrane (esta última con la capucha bien calada) tenían las manos en alto y la espalda apoyada en la pared. Merik hizo cuanto pudo por fingir que no estaba atrapado debajo de Safiya. Que sus piernas no estaban entrelazadas, que su pecho no se agitaba en contacto con el pecho (mucho más blando) de la muchacha. Y que no eran de Safi las uñas que le arañaban la espalda ni los ojos azul tormenta que estaban a pocos centímetros de los suyos.

Sus ojos siempre conseguían sacar a flote su rabia. Pero no pensaba dar rienda suelta a su magia, por mucho que esta deseara ser liberada. Por muchas ganas que tuviera de poner a Safiya boca arriba y…

Que Noden le ayudara.

Brotó un gemido en la garganta de Merik, que rezó por que se lo tragara la tierra.

Safiya confundió su turbación con una carcajada.

—¿Te parece gracioso? Porque yo no me estoy riendo, príncipe.

—Ni yo —contestó—. Y te dije que te estuvieras callada.

—No, me dijiste que empujara. Y lo hice… hasta que te caíste de morros. ¿Dónde estaba tu maravillosa brujería del viento?

—Me la habré dejado a bordo del Jana. —Tensó el abdomen y acercó su rostro al de Safiya—. Al lado de mi paciencia con tus constantes bufidos. —Si se enfadaba, no tendría que pensar en la forma de su boca. En el peso de sus caderas en contacto con las de Merik.

Safiya entornó los ojos.

—Si crees que esto son bufidos, no sabes la que te espera…

—¿Alteza? —tronó una voz—. ¿Es al vástago real de Nubrevna al que veo acurrucado con una dama? Bajad las armas, muchachos. —Como una sola, las flechas del bosque descendieron. Inmediatamente, Merik se quitó de encima a Safiya de un empujón y se apresuró a ponerse de pie.

En cuanto Safiya se incorporó a su vez, Iseult y Evrane se acercaron también, en posición de guardia, mientras los «muchachos» de Yoris iban saliendo del bosque, con su líder en cabeza.

Yoris era un hombre esbelto con solo tres dedos en la mano izquierda; supuestamente, los otros dos se los había comido un zorro marino.

—Escoria matsí. —Yoris miró a Iseult, se chupó los dientes y escupió a sus pies—. Regresa al vacío.

Iseult apenas consiguió agarrar a Safiya antes de que se abalanzara sobre él.

—Ya te daré yo vacío —gruñó Safiya—, maldito…

Seis de los soldados de Yoris apuntaron a Safiya con sus arcos, y más puntas de flecha se materializaron entre los pinos muertos.

Merik levantó las manos rápidamente.

—Diles que bajen las armas, Yoris. —Aquel no era el reencuentro feliz con uno de sus ídolos de la infancia que había esperado.

—Las flechas no os salvarán el pellejo —murmuró Safiya—. Os

lo sacaré a tiras con mi cuchillo…

—Ya basta —espetó Iseult, con más emoción de la que Merik había visto nunca en ella—. Sus hilos son inofensivos.

Safiya cerró la boca al oír eso, pero aun así se puso delante de Iseult.

—Bajad los arcos —ordenó Merik, esta vez en voz más alta. Más airada—. Soy el príncipe de Nubrevna, Yoris, no un vulgar saqueador.

—¿Y quién es esta, entonces? —Yoris señaló con la frente a Evrane, que todavía llevaba la capucha calada y parecía lista para la acción. A un gesto de Yoris, uno de los soldados extendió el brazo y le quitó la capucha con la punta de su arco.

—Hola, maestro cazador —dijo ella lentamente.

—Tú —gruñó Yoris, pasando bruscamente junto a Merik—. La traidora Nihar. No eres bienvenida.

Evrane liberó su espada exactamente en el mismo momento en el que Merik desenvainaba su sable y lo apoyaba en la espalda del anciano.

—Si calumnias a alguno más de mis acompañantes, maestro Yoris, te atravesaré de parte a parte. —Merik empujó la hoja hasta arrugar la camisa de Yoris. Ya había tenido bastante, y Yoris sabía perfectamente lo rápido que podía crecer la ira de los Nihar—. Evrane es vizer de Nubrevna y hermana del rey. Le mostrarás el respeto que merece.

—Renunció a su título al unirse a los Car…

Merik apoyó la bota en la rodilla de Yoris, derribándolo. A su alrededor, varios arcos más se tensaron.

Pero Yoris se limitó a soltar una risotada, un sonido similar al de las piedras siendo trituradas. Levantó la cabeza.

—*Ahí* está el príncipe que conozco. Solamente quería comprobar que la chica matsí no te hubiera embrujado, nada más. Nada más. —Con otra carcajada, el maestro cazador se puso ágilmente en pie.

Se oyó el roce de los arcos y las flechas al descender y Yoris hizo una elegante reverencia.

—Permitid que vuestro humilde servidor os escolte hasta vuestro

nuevo hogar.

—¿Nuevo? —Merik frunció el ceño y envainó el arma.

Yoris sonrió astutamente.

—Noden nos ha sonreído este año, alteza, y solamente los necios ignoran sus regalos.

* * *

El sol de la mañana caía sobre Merik, proyectando su sombra a sus espaldas, sobre los tocones de pino blanqueados por el sol y sobre la tierra amarilla y polvorienta. Safiya se mantenía diez pasos más atrás, cerca de Iseult, y Evrane cerraba la marcha.

Merik sintió alivio al comprobar que podía ignorar fácilmente a la domna si no la oía ni la veía.

Y sobre todo si no la tenía encima.

No obstante, siguió mirando de reojo hacia atrás cada pocos minutos para asegurarse de que las tres mujeres no se rezagaban. Aunque Iseult no se quejaba ni caminaba despacio, no estaba totalmente restablecida. Pese a su rostro inexpresivo como una piedra, la tensión de su mandíbula era inconfundible.

Pero bien mirado, era la misma tensión que había visto en su semblante a bordo del Jana, cuando había sorprendido a Merik con sus extrañas preguntas. Era muy difícil saber lo que sentía, si es que sentía algo.

Por suerte para Iseult y Evrane, los prejuiciosos guardias de Yoris se habían desvanecido en el silencioso bosque durante el primer kilómetro del trayecto. Y por suerte para Merik, esos mismos hombres seguían acechando en aquel bosque fantasma a lo largo de kilómetros y kilómetros.

Si Safiya decidía huir, los hombres de Yoris la alcanzarían en pocos minutos.

Pero Merik no esperaba que Safiya huyera, desde luego no mientras Iseult no se hubiera restablecido.

El grupo siguió avanzando; el mudo paisaje no cambiaba. Era un infinito cementerio de árboles astillados y troncos blanqueados por el sol, aves muertas y un suelo tan seco como el hueso. Siempre que Merik pasaba por allí, bajaba la voz y agachaba la cabeza.

Yoris no compartía sus impulsos. Entretenía a Merik, en voz muy alta, con noticias sobre los hombres y las mujeres con quienes había crecido Merik. Hombres y mujeres que antaño habían vivido y trabajado en la hacienda Nihar. Por lo visto, todo el mundo se había mudado a aquel nuevo hogar, con Yoris y sus soldados.

Pese a la evidencia de lo que estaba viendo, Merik no perdía la esperanza de encontrar algo vivo. Un brote de liquen, un poco de musgo… cualquier cosa con tal de que fuera verde. Pero era tal y como le había dicho a Kullen: nada había cambiado. En un mundo de muerte y veneno, daba igual caminar hacia el este o hacia el oeste.

Yoris llegó hasta una bifurcación del camino: la carretera de la derecha seguía la costa del Jadansi, mientras que la dela izquierda avanzaba tierra adentro. En ese momento, con un sobresalto, Merik recordó algo.

—Si todos se han mudado, ¿también se ha ido la madre de Kullen? Pensaba ir a verla.

—Carill se quedó en la hacienda —dijo Yoris—. Kullen la encontrará justo donde la dejó. Fue la única que no quiso venir con nosotros. Pero claro, este nunca fue su hogar. Su corazón sigue siendo arituano. —Sacó una petaca de su cinturón y negó con la cabeza mientras echaba a andar por el camino de la izquierda.

Merik le siguió, aminorando el paso lo justo para comprobar que Safiya, Iseult y Evrane los seguían. Así era.

—¿Agua? —preguntó Yoris.

—Por favor. —Los labios de Merik parecían de papel, y su lengua, de pegamento. Era como si la sequedad del paisaje le succionara la humedad de los poros.

Sin embargo, procuró no beber demasiada. No sabía de cuánta agua purificada disponía Yoris.

—Ese sitio nuevo —dijo Merik, devolviéndole la petaca—

evidentemente no está cerca de la hacienda Nihar. ¿Merece la pena viajar tan lejos?

—Sí —dijo Yoris con una leve sonrisa—. Pero no pienso deciros nada más. Quiero que veáis personalmente el lugar al que llamamos Regalo de Noden. La primera vez que lo vieron estos viejos ojos, lloré como un bebé.

—¿Lloraste? —repitió Merik con escepticismo. Le resultaba más fácil imaginarse hojas verdes en aquellos robles y pinos que lágrimas en el rostro del cazador.

Yoris levantó su mano de tres dedos.

—Lo juro por el trono de coral de Noden. Lloré y lloré sin parar, alteza. Esperad un poco y veremos si a vos no os pasa lo mismo. —La sonrisa de Yoris se desvaneció tan deprisa como había aparecido—. ¿Qué se sabe de la salud del rey? Por aquí no llegan muchas noticias, pero hace unas semanas oí decir que estaba empeorando.

—Está estable —se limitó a responder Merik. «Está estable, ignorando las llamadas de Hermin y posiblemente recompensando a Vivia por cometer piratería».

Con un brusco movimiento, Merik se quitó la chaqueta y se enjugó el sudor de los ojos. Estaba ardiendo. Ahogándose. Deseaba haber dejado la condenada chaqueta en el Jana. No era más que una broma cruel. Cada rayo de sol reflejado en sus botones dorados (botones que pulía meticulosamente y que denotaban su rango como líder de la Marina real) era como el destello de la sonrisa burlona de Vivia.

Yoris y Merik rodearon un recodo del camino, y el bosque muerto dio paso a una ladera desolada. Empezaron a arderle los muslos tras los primeros diez pasos. Sus botas resbalaban demasiado en la tierra suelta. Se detuvo a medio camino para quitarse otra vez el sudor de los ojos y echar un vistazo a las mujeres que iban detrás.

Safiya le devolvió la mirada a Merik. Sus labios se separaron y levantó una mano, agitando los dedos para saludar.

Merik fingió no haberla visto. Su mirada se desvió hacia Iseult, que tenía la mandíbula tensa y la vista fija en el suelo. Le corría

sudor por el rostro; con su vestido negro de bruja de los hilos, tenía aspecto de estar seriamente acalorada.

La atención de Merik se posó por último en Evrane. Al igual que Merik, se había quitado la capa y la llevaba enrollada en el brazo. Merik estaba bastante seguro de que eso infringía el protocolo del monasterio, pero no podía culparla.

Justo cuando Merik abría la boca para pedir un breve descanso, los pasos de Evrane frenaron. Dijo algo inaudible y señaló hacia el este. Safiya e Iseult también se detuvieron, siguiendo el dedo de Evrane. Las dos sonreían.

Merik miró rápidamente hacia la izquierda… y él también relajó el rostro sin darse cuenta. Había estado tan centrado en avanzar que no se había molestado en mirar hacia el este; la silueta de una lejana cumbre negra se recortaba contra el cielo anaranjado del amanecer. Con los dos riscos que se alzaban a los lados, parecía la cabeza de un zorro.

Aquel era el pozo del agua de las Tierras Embrujadas, el Pozo Originario de Nubrevna. Siglos atrás había sido el orgullo de la nación, y los brujos del agua más poderosos provenían siempre de Nubrevna. Pero la gente se había marchado y el pozo estaba muerto. Ahora, si es que quedaban brujos del agua absolutos en el continente, desde luego no estaban en Nubrevna.

—¡Deprisa, alteza! —le llamó Yoris, interrumpiendo los pensamientos de Merik y animándole a continuar. Sus talones resbalaban sobre las piedras y le crujían las rodillas… pero finalmente llegó a lo alto de la ladera, con la mandíbula floja y las piernas hechas polvo. Tuvo que agarrarse al hombro de Yoris para no encorvarse.

Verde, verde y más verde.

El bosque estaba vivo: una amplia franja todavía respiraba y florecía al pie de la colina, serpenteando en medio de un mundo blanco y gris. Siguiendo el curso de un río hasta…

Los ojos de Merik se posaron en unos pastos en los que pacían ovejas.

Ovejas.

Una carcajada borboteó en su garganta. Merik parpadeó una y otra vez. Aquella era la tierra de su infancia. Aquel bosque, aquella vida y aquel movimiento. *Aquel* era su hogar.

—El río no está contaminado. —Yoris señaló la corriente sinuosa que cruzaba el bosque, donde nadaban y volaban los pájaros. Pájaros de verdad—. Pasa junto a nuestro asentamiento, por allí. ¿Lo veis? Es aquel claro entre los árboles.

Merik entornó los ojos hasta encontrar el claro en el bosque, al sur de las ovejas que pastaban. En el claro se veían tejados planos y… un barco.

Un barco boca abajo.

Merik sacó a tientas su catalejo y se lo llevó al rostro. En efecto, el casco panzón, curvado y descolorido de un navío de carga estaba boca abajo, en el centro del asentamiento.

—¿De dónde ha salido ese barco? —preguntó, incrédulo.

Antes de que Yoris pudiera responder, Merik oyó pasos y jadeos a sus espaldas. Safiya apareció a su lado, recuperando el aliento y gritándole a Iseult que esperara allí, que enseguida iría a buscarla.

Los dedos de Merik aferraron el catalejo. La domna lo estaba perturbando todo, como siempre. Se giró hacia ella para decirle que quería tener la fiesta en paz.

Pero Safiya estaba sonriendo.

—Es tu hogar —dijo en voz baja. Emocionada—. Tu dios te ha escuchado.

Merik notó que tenía la boca seca. La brisa, el rumor de las ramas, las pisadas de Evrane e Iseult… todo se convirtió en un murmullo apagado y lejano.

Safiya volvió el rostro y susurró, como si estuviera hablando para sí misma y no con Merik.

—No puedo creerlo, pero aquí está. Tu dios te ha escuchado de verdad.

—Ya lo creo —dijo Yoris.

Merik se estremeció; se había olvidado de Yoris. Había olvidado que Evrane e Iseult estaban subiendo por la colina. Todo lo que había en su interior se había perdido en la sonrisa de Safiya. En la

verdad de sus palabras. Noden le había escuchado.

—Ese barco —prosiguió Yoris— cayó del cielo hace casi un año, arrastrado por una tormenta. Golpeó la tierra con un estruendo que no podríais ni imaginar. Cayó boca abajo, tal y como lo veis ahora, y por las ventanas salía comida.

Merik sacudió la cabeza, obligando a su mente a regresar al presente.

—¿Y… qué hay de los marineros?

—No había nadie a bordo —respondió Yoris—. Pero había indicios de sajadura: manchas negras que hubo que limpiar. Y el casco tenía algunos daños, posiblemente de zorros. Pero nada más.

Merik oyó un grito tras él y se dio la vuelta. Evrane había coronado la colina y acababa de ver los bosques y los seres vivos.

Se dejó caer al suelo, apoyando las palmas en la tierra polvorienta antes de que Merik pudiera llegar hasta ella. Evrane sacudió la mano para tranquilizarlo mientras murmuraba una plegaria con los ojos llenos de lágrimas, que resbalaban por sus mejillas sucias.

A Merik también le empezaban a arder los ojos, porque aquello era por lo que había trabajado, por lo que él, Evrane, Kullen y Yoris y todas las personas que Merik conocía desde su infancia habían trabajado, sudado y *luchado*.

—¿Cómo? —murmuró Evrane, abrazando su capa arrugada contra el pecho y sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo?

Pese a que hacía mucho tiempo que Yoris no confiaba en Evrane, el semblante del cazador se derritió. Ni siquiera él podía negar que Evrane Nihar amaba aquella tierra.

—El río está limpio —dijo Yoris, con voz ronca pero gentil—. No sabemos por qué, pero solo descubrimos el río y el nuevo bosque que brotaba a su alrededor cuando encontramos el barco. No tardamos mucho en fundar un nuevo asentamiento, y cada semana llegan más familias.

«Familias». Por un instante, Merik olvidó el significado de aquella palabra… Familias. Mujeres y niños. ¿Era posible tal cosa?

Merik comprendió algo en ese momento, algo que le dejó sin

aliento. Si Yoris había creado aquello en unos pocos meses, ¿qué no podrían lograr con un suministro regular de comida? ¿Qué más podrían construir y cultivar?

Los dedos de Merik se acercaron a su abrigo, al contrato que guardaba en él. Miró de reojo a Safiya, que le devolvió la mirada y ensanchó su sonrisa.

Y Merik se olvidó por completo de respirar.

Cuando Safiya se alejó para ayudar a Iseult a subir el resto de la cuesta, los pulmones de Merik recuperaron sus facultades y la claridad regresó a su mente. Tirándose con fuerza del cuello de la camisa, le tendió la mano a Evrane.

—Ven, tía Evrane. Casi hemos llegado al asentamiento.

Evrane se frotó las mejillas, aunque en vez de limpiarse la suciedad y las lágrimas, lo que hizo fue extenderlas. Después le mostró los dientes con indecisión, como si ya no supiera sonreír.

Ciertamente, Merik no recordaba la última vez que había visto sonreír a su tía.

—No es que casi hayamos llegado al «asentamiento», Merik. —Se apoyó en su mano para ponerse de pie—. Mi querido, queridísimo sobrino, casi hemos llegado *a casa*.

TREINTA Y UNO

Regalo de Noden era probablemente la aldea más *feliz* que Safi había visto nunca. Iseult y ella siguieron a Yoris, Merik y Evrane hasta el otro lado de un rudimentario puente; el río era un profundo tajo en la tierra amarillenta. El puente conducía hasta un grupo de cabañas de madera con tejados redondos de paja; las tablas estaban tan descoloridas como los árboles de los que las habían extraído. Las casas le parecieron terriblemente precarias: parecía que la primera tormenta las arrastraría a todas hasta el turbulento río.

Pero bien mirado, no había duda de que los nubrevneses eran gente dura. Si una borrasca les arrebataba sus hogares, volverían a empezar desde el principio. Las veces que hiciera falta.

Un gorrión descendió en picado sobre el puente, mientras un cuervo graznaba desde lo alto de un tejado y las gruesas hojas de los helechos se agitaban en la empinada ribera.

Y todo el mundo… *todas* las personas con las que se cruzaba Safi sonreían.

No le sonreían a ella; a ella solamente la miraban con curiosidad. Y desde luego no sonreían a Iseult, que iba cogida del brazo de Safi y encorvada, oculta bajo la capa de Evrane. Pero Merik… Safi nunca había visto sonrisas tan radiantes como las de aquellas gentes

al distinguir a su príncipe. Nunca había sentido su magia ardiendo con tanta fuerza por la verdad de aquellas sonrisas.

Aquellas personas lo adoraban.

—Estás impresionada —dijo Iseult, con la capucha bien calada para que nadie viera la palidez de su tez ni el color de su cabello. Caminaba despacio, respirando pesadamente sobre el brazo de Safi, pero parecía decidida a llegar hasta la base de Yoris antes de reconocer el más mínimo dolor o agotamiento—. Tus hilos brillan tanto que podrían hacer ver a un ciego —continuó Iseult—. ¿No podrías controlarte un poco? Voy a empezar a pensar cosas raras.

—¿Cosas raras? —bufó Safi—. ¿De qué hablas? ¿Es que a ti no te impresiona? —Safi señaló con la barbilla a una abuela nudosa que los miraba desde el umbral de un cobertizo sin ventanas—. Esa mujer está *sollozando* por el simple hecho de ver a su príncipe.

—Ese bebé también llora. —Iseult señaló a una mujer de caderas anchas que sostenía a un niño pequeño—. Está claro que los jóvenes de Nubrevna adoran a su príncipe.

—Ja, ja —dijo Safi secamente—. Hablo en serio, Iseult. ¿Alguna vez has visto que la gente reaccione así ante los maestros gremiales de Dalmotti? Por que yo no. Y desde luego, el pueblo de Pragua nunca ha aclamado a los domes y domnas cartorrianos. —Sacudió la cabeza, intentando no pensar en la hacienda Hasstrel. Allí jamás, *jamás* nadie había mirado de esa forma al tío Eron.

Ni a Safi. Llevaba toda la vida repitiéndose a sí misma que le daba igual. Que no quería caerles bien a los aldeanos ni a los granjeros. Que ni siquiera quería que se fijaran en ella.

Qué importaba que culparan a Safi por el beodo de su tío, como si ella tuviera el deber de poner fin a su libertinaje.

Pero al ver la reacción del pueblo de las tierras Nihar ante Merik… al ver aquella devoción de la que ella nunca había disfrutado… Tal vez no estuviera tan mal comprometerte con tu propia gente.

Pero claro, Safi ya no tenía gente. Regresar a Cartorra equivalía al suicidio, o como mínimo a una vida de esclavitud como bruja de la verdad personal de Henrick.

Merik se había detenido un momento a admirar el vergel, y un corro de admiradores se estaba formando a su alrededor, así que Safi también detuvo sus pasos.

Iseult soltó un suspiro de gratitud y cansancio y se giró hacia el río.

—Están construyendo un molino allí.

Efectivamente, al otro lado de los rápidos, varios hombres daban voces, bregaban, martilleaban y resollaban junto al esqueleto de un nuevo edificio. Vestían igual que los soldados de antes, y a sus espaldas, los pinos (pinos *vivos*) se mecían con la brisa.

—Parecen hombres de Yoris —dijo Safi, dando golpecitos en el suelo con el talón—. Son muchos, ¿no? Esta mañana nos emboscaron al menos veinte, y esos eran solamente los que estaban apostados cerca de la cala. Aquí hay todavía más. —Señaló a dos soldados que cruzaban el puente en ese momento—. No es posible que todos sean hombres de armas de la hacienda Nihar. Habim me dijo que nosotros nunca llegamos a tener más de cincuenta hombres, ni siquiera cuando mis padres vivían y las tierras Hasstrel estaban en su apogeo.

—Estamos justo en la frontera con Dalmotti. —Iseult se rascó la barbilla pensativamente—. Eso convierte a este lugar en un territorio estratégico.

Safi asintió lentamente.

—Y como ya está devastado, será un campo de batalla perfecto cuando se reanude la guerra.

—¿Cuándo se reanude? —Iseult miró a Safi, entornando los ojos—. ¿Sabes a ciencia cierta que la tregua no se renovará?

—No… pero estoy bastante segura. —Distraídamente, Safi observó a un perro que trotaba junto a las obras de construcción. Llevaba en las fauces algo pequeño y peludo; parecía inmensamente orgulloso de su captura—. En Veñaza —dijo, eligiendo cuidadosamente las palabras—, el tío Eron me dijo que se avecinaba la guerra, pero que esperaba ser capaz de impedirla. Y Mathew insinuó que la tregua se disolvería pronto.

—Pero ¿para qué celebrar la Cumbre de la Tregua si nadie tiene

pensado negociar la paz?

—No estoy segura, pero sí sé que Henrick quería utilizar la Cumbre como escenario para anunciar mi… *compromiso*. —Safi escupió a duras penas la palabra—. Y ese anuncio suponía un obstáculo para el plan del tío Eron.

—Hmmm. —Safi oyó el roce de la capa de Iseult mientras esta cambiaba el peso de una pierna a la otra—. Bueno, los marstokíes saben que viajas con el príncipe Merik, así que el emperador Henrick también lo sabrá. Y si es así, los dos imperios podrían presentarse aquí de un momento a otro.

A Safi se le erizó el vello de los brazos.

—Bien pensado —murmuró, incapaz de ignorar el escalofrío de miedo que le recorrió el espinazo y el presentimiento de que era verdad: Cartorra y Marstok vendrían allí.

Y no les importaría en absoluto romper la tregua si con eso conseguían echarle el guante a una bruja de la verdad.

* * *

—Hay que darse prisa —le dijo Safi a Merik mientras se inclinaba sobre un mapa de los Cien Islotes. Estaban a diez pasos el uno del otro, en un camarote con ventanas muy similar al que Merik tenía en el Jana… salvo porque este estaba boca abajo. Las paredes se curvaban hacia dentro en lugar de hacia fuera, y la puerta se elevaba a medio metro del suelo, por lo que era necesario levantar bien las piernas para cruzarla.

Safi les había metido prisa a Merik y a Yoris para que cruzaran Regalo de Noden más rápido. Ya habría tiempo para que Merik saludara a su pueblo. Yoris los había guiado a todos hasta el galeón, e incluso Iseult había esbozado una sonrisa al verlo.

El barco descansaba sobre su alcázar, y se habían añadido algunos apoyos al castillo de proa para que el galeón quedara nivelado. Un pasadizo abierto cruzaba el centro del barco; la

cubierta principal ahora era el techo. Unas escalerillas móviles permitían acceder a la bodega, y se habían construido unos primitivos escalones que conducían a lo que antaño había sido el camarote del capitán.

Mientras Yoris llevaba a regañadientes a Evrane y a Iseult a comer algo, Safi había seguido a Merik hasta el camarote del capitán, concretamente hasta una mesa de mapas, también idéntica a la del Jana, en el centro de la sala. Ya no había cristales en las ventanas, pero los postigos abiertos dejaban pasar el sonido del ajetreo diurno, además de una agradable brisa que era más que bienvenida. El barco tenía paredes gruesas, el calor matinal era asfixiante y Safi tenía que enjugarse el sudor aún más a menudo que en el exterior. Incluso el figurín de Merik se había quitado la chaqueta y arremangado la camisa.

—Probablemente los cartorrianos me estén siguiendo —dijo Safi cuando Merik se negó a interrumpir su cuidadoso escrutinio del mapa para hacerle caso. Safi estampó las manos contra la mesa—. Tenemos que partir hacia Lejna cuanto antes, príncipe. ¿Está muy lejos?

—A un día de viaje, si acampamos por la noche.

—En ese caso, no acamparemos.

Merik apretó las mandíbulas, y finalmente miró a Safi a los ojos.

—No tenemos elección, domna. Yoris solamente puede prescindir de dos caballos. Eso quiere decir que si Iseult nos acompaña…

—No te quepa duda de que así será.

—… y Evrane viene también, que estoy seguro de que vendrá, entonces tendremos que montar dos en cada caballo. Y eso quiere decir que habrá que acampar por la noche, para que las monturas descansen. Además, nadie puede encontrar la cala Nihar, así que nadie podría desembarcar cerca de donde lo hemos hecho nosotros. —Merik cogió la chaqueta, que había dejado sobre un taburete cercano, y hurgó en su interior hasta sacar un documento familiar, ahora aplastado y arrugado.

Con una lentitud exasperante, desplegó el documento al lado del

mapa. Después cogió un mendrugo de pan seco de un cuenco en el centro de la mesa y le dio un gran mordisco, casi exagerado.

Safi echaba chispas.

—Supongo que todavía estás enfadado conmigo.

Por toda respuesta, Merik empezó a masticar más rápido y a mirar con mayor intensidad el mapa y el contrato.

—Me lo merezco —añadió Safi, acercándose un paso más y alejando de sí las ganas que tenía su temperamento de encenderse. Esta era su oportunidad para hablar con Merik a solas, para pedirle disculpas finalmente por… por *todo*. Merik no podía huir, y nadie iba a interrumpirles—. Cometí un error —dijo, esperando que la expresión de su rostro coincidiera con la sinceridad de sus palabras.

Merik bebió un trago de agua y se secó la boca con un gesto muy poco propio de él. Después, finalmente, levantó la vista y miró a Safi.

—«Error» implica que fue un accidente, domna. Lo que les hiciste a mi tripulación y a mi primer oficial fue malicia premeditada.

—¿Qué? —La indignación tiraba de la mandíbula de Safi—. Eso no es cierto, príncipe. No era mi intención poner en peligro a Kullen ni a tus hombres, y mi poder corrobora que ni siquiera *tú* te crees lo que estás diciendo.

Eso consiguió hacerle callar, aunque sus fosas nasales seguían abiertas de par en par, y Safi pensó que se atragantaría si seguía bebiendo tan rápido.

Safi rodeó el taburete sobre el que descansaba la chaqueta de Merik.

Este retrocedió inmediatamente dos pasos. El mapa y el acuerdo crujieron sobre la mesa de madera.

Safi levantó el mentón, y esta vez avanzó tres pasos, hasta colocarse justo al lado de Merik.

Con un suspiro de exasperación, Merik se apartó otra vez y se puso en el lado opuesto de la mesa.

—¿En serio? —exclamó Safi—. ¿*Tan* insoportable es estar cerca de mí?

—No lo sabes bien.

—¡Solo quiero leer el acuerdo! —Levantó violentamente las manos—. ¿Acaso no es conveniente que sepa lo que mi tío espera de ti? ¿O de mí?

La pose de Merik se petrificó, pero suspiró con resignación. Esta vez, cuando Safi rodeó la mesa, Merik permaneció donde estaba, aunque tenía los hombros tan tensos que casi le tocaban las orejas. Safi no quiso ni pensar en lo rápido que estaría respirando.

—Relájate —murmuró, inclinándose sobre el contrato—. No te voy a morder.

—¿La fiera leona ya ha sido amaestrada, pues?

—Vaya, vaya —ronroneó Safi, mostrándole su sonrisa más felina —. Pero si tiene sentido del humor.

—Vaya, vaya —la imitó él—. Pero si está intentando cambiar de tema. —Clavó el dedo índice en el contrato—. Lee el maldito contrato, domna, y márchate.

La sonrisa de Safi se transformó en una mirada asesina. Apoyó los codos en la mesa y fingió que era la primera vez que leía el contrato.

Curiosamente, al leerlo le pareció totalmente distinto que la vez anterior. El texto del contrato no había cambiado, pero Safi sentía algo al leerlo, le roía el estómago…

> *Todas las negociaciones de la segunda página de este contrato quedarán anuladas en caso de que Merik Nihar no lleve a la pasajera a Lejna, en caso de que se derrame la sangre de la pasajera o en caso de que la pasajera muera.*

Empezó a temblarle la rodilla. Había estado a punto de derramar su sangre (o de morir) mientras luchaba contra el zorro marino. Y aunque volvería a hacerlo por Iseult, podría haberlo hecho de otra manera. Safi podría haber sopesado los riesgos primero y haber pensado en los demás.

Pero lo que Safi odiaba, lo que le daba ganas de desenvainar

cuchillos y destripar cosas, era que el tío Eron hubiera incluido esa cláusula en el contrato.

Tragó saliva; la rabia le escaldaba la garganta.

—Mi tío es un estúpido. Lo de derramar sangre es ridículo, podría incluso cortarme con una hoja de papel. Él lo sabe, y seguro que lo añadió a propósito. Lo siento.

El ambiente sofocante del camarote se caldeó todavía más. La disculpa de Safi parecía haber incendiado el aire. Durante largos segundos, Merik se limitó a observarla.

Luego, una sonrisa afloró a sus labios.

—No creo que te estés disculpando por tu tío. Al menos no del todo.

Safi se mordió el labio y le sostuvo la mirada. Quería que Merik viera lo que sentía. Quería que leyera el arrepentimiento en sus ojos.

La sonrisa de Merik se ensanchó. Con un asentimiento que *casi* podría interpretarse como aceptación de su disculpa, el príncipe volvió a examinar el contrato.

—Sencillamente, tu tío no quiere que te pase nada. Hizo bastante hincapié en ello, y es natural que se preocupe por la seguridad de su sobrina.

—Mi tío —replicó Safi, sacudiendo la mano con indiferencia— seguiría convencido de que estoy en perfecto estado de salud aunque me hubieran apuñalado cuatro veces y clavado un centenar de flechas. Príncipe, podrías mutilarme y mi tío ni siquiera parpadearía.

Merik resopló.

—Prefiero no comprobarlo, ¿te parece? —Suspirando, se inclinó de lado y su brazo izquierdo quedó *casi* en contacto con el de Safi. Su olor llegó a la nariz de Safi. «Agua salada, sudor y madera de sándalo».

No era terriblemente desagradable. Por no mencionar que a Safi le resultaba imposible despegar la mirada de sus muñecas desnudas (el doble de fuertes que las suyas) y del vello que le cubría los antebrazos.

—¿Y qué hay de tu prometido? —preguntó Merik, en voz baja y con cautela—. ¿Cómo se tomaría el emperador Henrick que te

atravesaran con cien flechas?

En menos de un segundo, la sangre de Safi se agolpó en sus oídos. ¿Por qué Merik le preguntaba por Henrick? ¿Y por qué le daba la impresión de que el destino del mundo entero dependía de su respuesta?

Cuando finalmente trató de contestar, tenía la voz tensa como cuerda de arco.

—Henrick no es mi prometido. No puedo aceptarlo. Me niego. Un segundo antes estaba bailando contigo, y de repente… —Soltó una amarga carcajada—. De repente, el emperador Henrick me estaba declarando como su futura esposa.

Merik exhaló ásperamente.

—¿Quieres decir que no lo supiste hasta ese momento?

Safi negó con la cabeza, eludiendo la mirada de Merik, aunque tenía la impresión de que sus ojos la atravesaban.

—Tampoco sabía que mi tío iba a organizar esa fuga delirante. Me había mencionado un plan muy ambicioso, pero ni en un millón de años habría adivinado que me sacarían en secreto de Veñaza, que me perseguiría un brujo de la sangre y que terminaría en tu barco. Ha sido una enorme y continua cascada de sorpresas. Pero al menos sigo lejos de las garras de Henrick.

Soltó otra tensa carcajada e intentó inclinarse para fingir que estudiaba el mapa. Pero los segundos pasaron sin que se fijara en un solo río o carretera. Era como si la fuerza estuviera cambiando en aquella estancia, pasando rápidamente de sus manos a las de Merik.

Entonces Merik alargó el brazo para señalar una serpenteante línea azul. Rozó el brazo de Safi con el suyo.

Parecía un roce accidental, pero Safi sabía (*sabía*) por los movimientos confiados y decididos de Merik que no había sido en absoluto fortuito.

—Acamparemos aquí —dijo—. Yoris me ha dicho que este arroyo es potable.

Safi asintió, o trató de hacerlo. Tenía el corazón atascado en la garganta y sus movimientos eran erráticos, casi espasmódicos. Y no era capaz de mirarle a los ojos. De hecho, miraba fijamente todas las

zonas de su rostro salvo los ojos.

Tenía algo de barba incipiente en el mentón, la mandíbula y la curva de los labios. Su ceño estaba fruncido, pero no de enfado, sino de concentración. Pero era el cuello de Merik lo que más llamaba su atención; la palpitación que le parecía ver debajo de su piel.

Finalmente se arriesgó a levantar la vista, y descubrió que los ojos de Merik estaban recorriendo su rostro. Sus labios. Su cuello.

La puerta se abrió de par en par. Safi y Merik se apartaron bruscamente el uno del otro.

Evrane entró en el camarote… y retrocedió de inmediato.

—¿In… interrumpo algo?

—No —corearon Safi y Merik, separándose dos pasos. Y otro más, por si acaso.

Iseult entró tambaleándose en la habitación detrás de Evrane, con el rostro muy pálido y la capucha Carawen retirada del rostro. Parecía estar a punto de vomitar o de desmayarse. O de ambas cosas.

Safi se lanzó hacia Iseult, la agarró por el brazo y la condujo hasta un taburete. Después desabrochó la capa Carawen del cuello de Iseult y se la devolvió con brusquedad a Evrane.

—Estás sudando demasiado. ¿Estás mareada?

—Solamente necesito descansar —respondió Iseult. Asintió agradecida cuando Merik le tendió un vaso de agua—. Gracias.

—Necesita algo más que descansar —insistió Evrane—. Necesita sanar.

Un frío terror se apoderó del aliento de Safi.

—¿A un brujo sanador del fuego?

—No, eso no —se apresuró a añadir Evrane—, pero sí algo más de lo que yo le puedo ofrecer ahora mismo. Estoy agotada después de tantos días utilizando mi poder… —Se interrumpió y miró a Merik—. Podría ayudarla si fuéramos al pozo.

Merik se puso rígido y el triángulo de su ceño se acentuó.

—El pozo lleva siglos sin sanar a nadie.

—Pero podría aumentar mi brujería —replicó Evrane—. Y como mínimo, allí podremos lavar la herida de Iseult. Sus aguas son

completamente puras.

—No queda lejos —dijo otra voz. Yoris. Cruzó el dintel reconvertido en escalón y se enjugó la frente con la manga—. Hay un camino que sigue el cauce del río. No deberíamos tardar más de diez minutos.

—¿Y tus hombres? —preguntó Merik, sin desfruncir el ceño—. ¿Tienen patrullas en esa zona?

—Por supuesto. Hasta la linde de las tierras Nihar.

Se hizo el silencio. Merik asintió y su expresión se volvió casi apacible.

—Tía Evrane —dijo, volviéndose hacia Evrane—, puedes acompañar a Iseult hasta el pozo. Cúrala si eres capaz. Iré a buscaros dentro de una campanada.

Evrane suspiró.

—Gracias, Merik. —Le puso una mano en la espalda a Iseult—. Ven, iremos despacio. —Iseult se levantó y Safi se dispuso a seguirlas… pero se detuvo.

Se volvió hacia Merik, que la miró fijamente.

—Me gustaría ir con ellas —dijo—. Pero no lo haré si consideras que pongo en riesgo el contrato.

Merik se irguió ligeramente, como sobresaltado por el hecho de que Safi hubiera tenido en cuenta el contrato. De que le hubiera tenido en cuenta *a él*.

—No le pasará nada al contrato. Eso sí… —Se acercó a ella y, con angustiosa lentitud, extendió el brazo y rodeó la muñeca izquierda de Safi con los dedos. Ella no se resistió. Merik le levantó la mano, con la palma hacia arriba—. Si huyes, domna —su voz grave hacía retumbar el pecho de Safi—, te perseguiré.

—Oh. —Safi enarcó una ceja, fingiendo que Merik no la estaba tocando, que su voz no hacía que su estómago temblase y se estremeciese—. ¿Es una promesa, príncipe?

Él se rio suavemente, y sus dedos se deslizaron por el dorso de su muñeca. Su pulgar fue dejando un rastro de fuego por la palma de la mano de Safi… y luego la soltó, sin aclarar por qué la había agarrado.

—Es una promesa, domna Safiya.

—Safi —dijo ella, comprobando con agrado que su voz ya era firme y que Merik sonreía—. Puedes llamarme Safi.

Inclinó la cabeza y salió del camarote para acompañar a Iseult y a Evrane hasta el Pozo Originario de Nubrevna.

* * *

El camino hasta el pozo del agua no era sencillo, e Iseult ya se sentía exhausta antes de dejar atrás Regalo de Noden. De hecho, ni siquiera estaba convencida de que Evrane estuviera siguiendo un camino de verdad. Era una senda empinada, plagada de ortigas (Safi no tardó mucho en pisarlas y empezar a proferir aullidos), y el ruido de los pájaros y los insectos era tan fuerte que Iseult pensaba que se le iban a romper las costillas por la vibración.

Pero lo más difícil fue la escarpada subida hasta el pico de doble cresta donde se encontraba el Pozo Originario. Por suerte, con la ayuda de Safi y Evrane, finalmente Iseult alcanzó la cumbre de aquella colina de rocas negras, y soltó un grito ahogado nada más llegar.

Porque tenía delante un Pozo Originario. El Pozo Originario del agua de las Tierras Embrujadas. Había visto una ilustración en su libro sobre los Carawen, pero aquello… la realidad…

Era mucho mejor verlo con sus propios ojos. Ninguna pintura habría podido hacer justicia a todos los ángulos, las tonalidades y los movimientos de aquel lugar.

La estrecha cuenca, bordeada por sus seis cipreses (aunque esqueléticos y desnudos) a la misma distancia unos de otros, contenía un agua tan clara que dejaba ver con nitidez el fondo rocoso. El camino de losas de piedra que rodeaba el pozo tenía un aspecto muy grisáceo en su libro, pero ahora Iseult veía que en realidad lucía un millón de tonalidades de blanco gastado. Más allá de su cresta de piedra se extendía el Jadansi, azul e infinito pero

extrañamente sosegado. Únicamente una ligerísima brisa salada ascendía desde el mar y arañaba amorosamente la superficie del pozo.

—No se parece en nada al pozo de la tierra —dijo Safi, con la misma devoción en su rostro y en sus hilos que la que seguramente mostraba Iseult.

Evrane asintió.

—Cada pozo es distinto. El del monasterio Carawen se encuentra en un pico elevado de las Sirmayas, perpetuamente cubierto de nieve. Y hay pinos, no cipreses marchitos. —Miró a Safi y alzó las cejas—. ¿Cómo era el pozo de la tierra?

—Estaba debajo de un saliente. —La mirada de Safi se volvió distante mientras hurgaba en su pasado—. Había seis hayas alrededor y una cascada que alimentaba el pozo. Pero solamente tenía agua cuando llovía.

Evrane asintió, como si aquello no le pillara de sorpresa.

—Aquí sucede lo mismo. —Señaló un dique de piedra que dividía por la mitad la cresta del este—. Solía dar a parar al río, pero ahora solo fluye cuando hay tormenta.

—¿Podemos verlo? —preguntó Iseult, sintiendo curiosidad por el aspecto del cañón. Su libro no lo mencionaba.

—¿No prefieres descansar primero? —preguntó Safi, frunciendo el ceño con hilos preocupados—. ¿O que intentemos curarte?

—Sí —intervino Evrane, rodeando a Iseult con el brazo y llevándola hacia una rampa que descendía hasta adentrarse en las aguas—. Vamos a desnudarte y a meterte en el pozo.

—¿A desnudarme? —Iseult sintió que se le subían los colores al rostro. Clavó los talones en las losas de piedra.

—Necesitas limpiar algo más que tu herida —insistió Evrane, empujando a Iseult hacia delante—. Además, para recibir la magia que pueda quedar en este pozo, necesitas tener expuesta la mayor cantidad de piel posible. —Después, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Puedes dejarte la ropa interior puesta, si lo prefieres.

—Yo también me desnudaré —se ofreció Safi, agarrándose los

faldones—. Si aparece alguien de repente —al quitarse la camisa, la tela amortiguó su voz—, me pondré a bailar y le distraeré.

Iseult soltó una risilla forzada y aguda.

—Está bien. Tú ganas… como siempre.

Safi ya había arrojado su camisa sobre las losas de piedra cuando Iseult empezaba a desabrochar los botones. Las dos muchachas no tardaron mucho en quedarse en paños menores; las piedras hilanderas que llevaban al cuello resplandecían. Mientras Safi ayudaba a Iseult a sentarse en la rampa (el agua estaba asombrosamente *fría*), Evrane también se desvistió.

La monja se deslizó por las aguas del pozo sin crear apenas ondas; se le había puesto la carne de gallina.

—Dame tu brazo, Iseult. Te aliviaré el dolor para que puedas nadar.

—¿Nadar? —graznó Safi—. ¿Por qué tiene que nadar Iseult?

—Las propiedades curativas son más fuertes en el centro del pozo. Si es capaz de tocar la fuente del manantial, podría curarse por completo.

Safi tomó la mano izquierda de Iseult.

—Yo te ayudaré a llegar al fondo. No he luchado contra zorros marinos para que ahora me detenga un simple chapuzón.

Aunque a Iseult no le entusiasmaba especialmente la idea de nadar, le tendió el brazo a Evrane. Aquella calidez tan familiar no tardó mucho en recorrer los brazos, los hombros y los dedos de Iseult, y esta sintió como se destensaban las líneas de su rostro. Notó que sus pulmones tomaban aire con más facilidad que antes.

Iseult rotó el hombro y extendió el brazo. Luego soltó un exagerado suspiro de abatimiento.

—Ojalá hubiera piedras capaces de aliviar el dolor con tanta facilidad.

Evrane frunció el ceño.

—Las hay. Usaste una en… oh. *Oh*, era un chiste.

Iseult sonrió débilmente; Evrane empezaba a entender su sentido del humor. Safi se rio y se metió en el pozo, arrastrando a Iseult de la mano.

Las dos juntas fueron avanzando hacia el centro, dando torpes saltitos y chapoteando.

—Tú agárrate —dijo Safi— y te arrastraré hasta el fondo.

—Me las puedo apañar sola.

—Me trae sin cuidado. Que no sientas el dolor no significa que este no exista. Coge aire.

Iseult inspiró hondo, hinchando el pecho…

Safi se sumergió, arrastrando a Iseult con un rugido de burbujas exhaladas. Iseult abrió los ojos de par en par, dio una torpe patada y se giró hacia el fondo.

Iseult no estaba segura de cómo iban a saber ellas dónde se encontraba la fuente del manantial. El pozo era todo rocas, rocas y más rocas. Pero algo se agitaba en el interior de Iseult. Era una cuerda que se tensaba más y más, pero solamente cuando nadaba en aquella dirección, la correcta.

Iseult empezó a sentir presión en los oídos y los ojos. Cada movimiento traía un frío cada vez mayor a su piel, y le resultaba más y más difícil agarrarse a Safi. Antes de que llegaran a medio camino, ya le ardían los pulmones.

Finalmente llegaron al fondo y Safi extendió la mano hacia las rocas. Iseult la imitó…

Sus dedos tocaron algo. Algo que no podía ver, pero que provocó que una descarga de poder, de electricidad estática, recorriera su cuerpo.

Vio un destello rojo. Y otra vez, con más intensidad. Las piedras hilanderas de Safi e Iseult estaban parpadeando.

Y entonces ocurrió: un estruendo se estampó contra Iseult, desequilibrándola y arrancándole el aire de los pulmones. Pero no soltó a Safi, y Safi tampoco la soltó a ella mientras nadaban de nuevo hacia la superficie, impulsadas por el agua. Por el creciente rugido que seguía temblando a su alrededor.

Salieron a la superficie. Las olas rompían contra la orilla. Iseult tosió y dio vueltas, totalmente desorientada por el tumulto del pozo. Por el poder que temblaba dentro de ella.

De repente, una cabeza gris chapoteó junto a la suya.

—¡Vamos! —Evrane enlazó su brazo en el de Iseult y la arrastró hacia la rampa.

—¿Qué está pasando? —gritó Safi, siguiéndolas.

—Un terremoto —respondió Evrane, nadando con decisión.

Los pies de Iseult rozaron la piedra, y se incorporó. Evrane y Safi hicieron lo mismo. A su alrededor, las aguas del pozo seguían agitándose y salpicando, temblando y arremolinándose.

—Debería haberos avisado —dijo Evrane, jadeando—. Hay temblores de tierra de vez en cuando.

El agua ya se estaba sosegando y la tierra recuperaba la calma. Pero Iseult apenas reparó en ello, porque su mirada se había cruzado con los hilos de Evrane. No eran del color del miedo por el terremoto, ni siquiera de la preocupación por la seguridad de las muchachas.

Los hilos de Evrane ardían con el cegador color rosa amanecer de la fascinación.

Y ahora que Iseult salía tambaleándose de las aguas, al lado de la monja, le pareció ver lágrimas brotando de los ojos oscuros de Evrane.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Safi, agarrando a Iseult por el hombro y distrayéndola.

—Oh. Um… —Iseult estiró el brazo y se concentró en la sensación del músculo y el movimiento de sus articulaciones—. Sí. Me siento mejor. —La verdad era que todo su cuerpo se encontraba mejor. Se sentía con fuerzas suficientes para correr varios kilómetros o soportar los peores ejercicios de Habim.

Y ahora que se centraba en ello, descubrió una dicha extraña y sin límites en su interior, que recorría su cuerpo casi al mismo ritmo que las olas que le azotaban las pantorrillas. El viento que soplaba sobre el pozo. El feliz balanceo de los hilos de Evrane.

—Creo —dijo Iseult, mirando los brillantes ojos de Safi y sonriendo de oreja a oreja— que ya ha pasado todo.

TREINTA Y DOS

—Ha desembarcado —dijo Aeduan. Estaba en el umbral del camarote de Leopold. Curiosamente no era mayor que el suyo, aunque parecía más pequeño por los baúles del príncipe, alineados contras las paredes, y las docenas de epopeyas con tapas de vivos colores, desperdigadas por todas partes.

La luz del sol iluminaba la cama de Leopold, que se incorporó, adormilado.

—¿Quién ha hecho qué, monje?

—La muchacha llamada Safiya ha desembarcado, y ahora vuestro barco navega demasiado al este…

Leopold salió de la cama de un salto, haciendo volar las sábanas.

—¿Por qué me lo cuentas a *mí*? ¡Cuéntaselo al capitán! No… se lo diré yo al capitán. —Leopold se detuvo y se fijó en la bata de dormir que llevaba puesta—. Pensándolo mejor, me vestiré y luego se lo diré al capitán.

—Ya se lo digo yo —le espetó Aeduan. No tenía ni la más remota idea de por qué el príncipe seguía durmiendo a media mañana. Por no hablar de por qué se había puesto ropa específica para ese menester.

Aeduan llegó enseguida al timón y empezó a chapurrear en cartorriano mientras los marineros retrocedían, formando con los dedos el símbolo de protección contra el mal. Aeduan los ignoró a todos. El rastro de la domna se desviaba hacia el norte, y por lo tanto tierra adentro.

Y eso quería decir que se les acababa el tiempo.

—¿Y dónde quieres que desembarquemos? —preguntó el barbado capitán, levantando la voz como si Aeduan estuviera sordo. Se llevó un catalejo al rostro y escudriñó la escarpada costa—. Aquí no hay donde atracar.

—Allí. —Aeduan señaló una solitaria roca afilada que se alzaba entre las olas—. Los nubrevneses se dirigieron hacia allí. Debemos seguirlos.

—Imposible. —El capitán frunció el ceño—. Nos haremos pedazos y nos hundiremos en un instante.

Aeduan le arrebató el catalejo al capitán y examinó la solitaria roca rodeada de fuertes olas. Su balandro cartorriano seguía avanzando y no tardaría en dejar atrás aquel lugar. Sin embargo, el capitán parecía estar en lo cierto: desembarcar allí era imposible.

No… no lo era.

Ahora que el barco pasaba de largo, Aeduan pudo ver lo que había detrás de la roca solitaria. Veía una brecha en la pared del acantilado. Una ensenada.

Aeduan le devolvió bruscamente el catalejo al capitán, pero este no lo cogió y el aparato se estrelló contra la cubierta. El capitán soltó un juramento.

Aeduan ignoró a aquel estúpido y levantó la nariz. Tomó aire hasta que su pecho se hinchó y su magia se aferró a la sangre de Safiya, a aquella verdad oculta bajo la nieve.

La muchacha había entrado en la ensenada, había desembarcado y se había dirigido hacia el este. Pero no estaba lejos. Su esencia se intensificaba más adelante.

La excitación se apoderó de Aeduan. Prendió su sangre y sus pulmones. Si avanzaba lo bastante deprisa, podría alcanzar a la bruja de la verdad hoy mismo.

Y también a la muchacha nomatsí.

—Necesito un brujo del viento —dijo Aeduan, volviéndose hacia el capitán y asegurándose de no mitigar su brujería. Quería que el capitán viera el rojo de sus ojos mientras hablaba—. Uno o varios. Los que hagan falta para llevarme volando hasta los acantilados, junto con mis cosas. —«Junto con mi dinero».

El capitán se puso rígido y bajó la mirada, pero en ese momento, Aeduan oyó una voz a sus espaldas.

—Haga lo que ordena el monje, capitán. Iremos a la costa de inmediato.

Muy lentamente, Aeduan se dio la vuelta y se encontró con el príncipe Leopold, que ahora iba vestido con un traje de color ocre que parecía de todo menos práctico.

—¿«Iremos»? —preguntó Aeduan—. No puedo llevar a ocho bardas infernales…

—Nada de bardas infernales, monje. —Leopold se pasó las manos por el pelo y miró fijamente las colinas nubrevnesas—. Safiya es la prometida de mi tío, así que te acompañaré *yo*. Solo yo.

Aeduan tensó el cuello de pura frustración.

—Solamente me retrasaréis —dijo finalmente, ignorando ya las formalidades.

Pero Leopold se limitó a mirarlo de reojo con una sonrisa que no encajaba con sus ojos.

—Quizá te sorprenda, monje Aeduan.

* * *

Aeduan perdió varias horas preciosas por culpa del príncipe. Para empezar, Leopold tardó una eternidad en preparar un solo morral y en ceñirse su inútil espada ropera. Después, Leopold y el comandante de los bardas infernales se fueron aparte para cuchichear. Solo los Pozos Originarios sabían de qué podían estar hablando.

Mientras tanto, Aeduan permaneció en el alcázar, rotando las muñecas, flexionando los dedos y echando humo por la parsimonia del príncipe.

Cuando los brujos del viento los sacaron finalmente del balandro, Aeduan pensó que a partir de entonces todo iría más rápido. No fue así. En cuanto tocaron tierra en el acantilado más cercano, Leopold perdió más tiempo todavía informando a los brujos del viento de las mismas órdenes que acababa de comunicarle al capitán. Algo sobre un pergamino hechizado con brujería de las palabras que alertaría a los bardas infernales del momento y el lugar al que deberían acudir para ayudar a Leopold y a la prometida de su tío.

Entre tanto, Aeduan abandonó al príncipe durante varios minutos y echó a andar hacia un mundo de troncos de pino descoloridos. El peso de los tálaros de plata y su caja de hierro era excesivo para que Aeduan cargara con ella a máxima velocidad, de modo que bien podía emplear aquel tiempo muerto escondiendo la caja de caudales.

Allí no había olores ni sonidos. Era igual que estar en el mar, solo, con la sal llenándole la nariz y la brisa haciéndole cosquillas en las orejas. Percibía esencias, como si por allí hubieran pasado seres humanos, pero en aquel momento no había nadie cerca.

Aquel vacío hizo que Aeduan se sintiera… incómodo. Vulnerable, como si tuviera el cuello en el tajo del verdugo. Incluso en el monasterio, erigido en la cumbre de una montaña, se veían pájaros en el cielo. Señales de vida.

Una historia de la antigua mentora de Aeduan salió a la superficie sin avisar. Una historia de veneno, magia y guerra. Pero aquella no era la estampa que se había imaginado Aeduan. Se había imaginado un páramo quemado, como los de su infancia. Los que habían dejado las llamas marstokíes a su paso.

Por algún motivo, aquel silencioso desierto era peor que las casas humeantes. Al menos en la tierra quemada y las aldeas en ruinas había indicios de actividad humana. En Nubrevna, por el contrario, parecía que los dioses se habían rendido, que habían decidido que

aquella tierra no merecía la pena y la habían abandonado.

Aunque lo bueno de una tierra sin dioses era que nadie podía ver cómo Aeduan escondía sus *talaros*.

Encontró un tocón de árbol hueco y depositó dentro su caja de hierro. A menos que alguien pasara casualmente al lado y echara un vistazo dentro del tronco, la caja de caudales era invisible.

Aeduan se deslizó un cuchillo por la muñeca y se hizo un corte en la mano izquierda. Brotó un poco de sangre, que le escurrió por la palma de la mano y finalmente goteó encima de la caja de hierro.

Ahora el dinero estaba marcado: Aeduan sería capaz de encontrarlo aunque olvidara dónde lo había ocultado. O peor, aunque alguien intentara llevárselo.

Una ráfaga de viento sopló de repente. Los brujos del viento acababan de salir volando por encima de los árboles.

—¿Monje Aeduan? —gritó Leopold para hacerse oír sobre el ruido del aire—. ¿Dónde estás?

Durante medio segundo, una rabia caótica se apoderó de Aeduan, subiéndole desde los pies y ardiéndole en las venas. Había sido el imperio de Leopold el que había desolado aquel lugar. El que había segado la vida ya no solo de sus habitantes, sino de la propia tierra. Y ahora, el príncipe la pisoteaba sin el menor respeto, sin el menor remordimiento.

Aeduan llegó hasta el príncipe en unos segundos, apretando los dientes.

—Silencio —siseó—. Ni una palabra durante el resto del trayecto.

El príncipe bajó la cabeza, encorvándose. Aeduan notó que la sangre de Leopold se enfriaba levemente.

Por lo visto, Leopold *sí* que sabía lo que su gente había hecho en aquel lugar, y se sentía avergonzado. Y lo más importante, no sentía la necesidad de ocultárselo a Aeduan.

Pero Aeduan no tuvo tiempo para reflexionar sobre ello.

—Se acercan hombres —dijo con un gruñido mientras cogía el morral de Leopold—. Huelen a soldado, así que permaneced cerca y callado.

Durante un tiempo, avanzaron a un ritmo decente. Cuanto más lejos viajaban, más resucitaba el paisaje. Los insectos zumbaban, los pájaros piaban y la brisa del Jadansi hacía crujir el disperso follaje verde. Los acantilados costeros eran cada vez más altos, y finalmente, el rastro de Safiya se desplazó tierra adentro, hacia una hondonada en el terreno.

Había patrullas de soldados, pero a Aeduan no le costó trabajo eludirlas. Podía olerías mucho antes de que Leopold y él se toparan con ellas. Sin embargo, los inevitables rodeos ralentizaban su avance, y el sol de la media tarde ya descendía hacia el horizonte cuando empezaron a avistar las primeras señales de civilización.

Al principio vieron senderos y columnas de humo lejanas. Después voces, principalmente de mujeres y niños. Aeduan y Leopold se acercaban a un río; el camino parecía frecuentado, así que había llegado el momento de ser más sigilosos. Aeduan tendría que adelantarse para explorar (él solo) y dejar al príncipe atrás durante un rato.

Aeduan no tardó en localizar un roble caído, bastante lejos del camino y sin olor a patrulla. El árbol se había venido abajo hacía poco tiempo y prácticamente no presentaba descomposición, aunque Aeduan estaba seguro de que Leopold se quejaría a pesar de ello.

Sin embargo, cuando Aeduan ordenó al joven que se ocultara, Leopold no se quejó ni se resistió. De hecho, se agazapó para esconderse bajo el tronco del roble con sorprendente agilidad.

Un escalofrío de temor recorrió el espinazo de Aeduan mientras lo miraba. El príncipe estaba siendo demasiado obediente y sorprendentemente cauto en aquel trayecto.

Pero en cuanto se aseguró de que el príncipe era invisible, Aeduan apartó todo pensamiento sobre Leopold. Safiya era lo único que importaba ahora.

Mientras Aeduan avanzaba hacia el ruidoso río, su magia captó varias esencias, demasiadas. Aquel lugar estaba atestado de gente; era imposible que Leopold y él pudieran cruzarlo sin ser detectados. El río también era un problema. Aeduan podía vadearlo fácilmente, pero no podía llevar también al príncipe.

Tendrían que buscar otra ruta e intentar retomar el rastro de Safiya más tarde.

Aeduan volvió sobre sus pasos mientras calculaba cuál sería la mejor dirección para continuar, y también a qué velocidad máxima podría moverse con el príncipe.

Se arrodilló junto al tronco caído y le tendió la mano al príncipe.

Pero Leopold no estaba allí.

Al instante, Aeduan olfateó el aire para rastrear la sangre del príncipe, buscando la esencia de cuero nuevo y humo de chimenea.

Pero tampoco estaba. No quedaba más que un levísimo resto de la esencia de Leopold. Aeduan se puso a gatas y buscó debajo del roble caído, por si un brujo de las ilusiones lo estaba engañando, o había una vía de escape oculta.

Ni una cosa ni la otra; el príncipe Leopold había desaparecido.

Aeduan salió del escondite y se puso de pie, notando como su pulso se aceleraba y un miedo violento lo recorría. ¿Debía buscar al príncipe, o abandonarlo?

Una racha de viento azotó los árboles, fragmentando los pensamientos de Aeduan antes de hacerlos añicos. En ese viento había otra esencia sanguínea. Una que ya había olido antes.

«Lagos transparentes e inviernos gélidos».

Al instante, Aeduan se llevó la mano a la empuñadura de la espada. Escudriñó el bosque mientras su brujería se apresuraba a ubicar aquel rastro. A identificarlo y recordarlo.

Cuando lo reconoció, Aeduan casi se cayó de espaldas. Había olido aquella sangre en el puerto de Veñaza.

Lo cual quería decir que alguien les había seguido hasta Nubrevna, y que ese alguien acababa de secuestrar al príncipe Leopold fon Cartorra.

TREINTA Y TRES

Merik nunca había imaginado que montar a caballo pudiera ser una experiencia tan contradictoria de desdicha y gozo. El sol de la tarde atravesaba las ramas de los robles muertos y salpicaba el camino polvoriento con una intrincada red de sombras. A treinta kilómetros al este de Regalo de Noden, la vida volvía a desaparecer. El paisaje era un mudo cementerio, y el único sonido era el de los cascos de la yegua castaña de Merik, el tintineo de sus arreos y las pisadas del caballo ruano que montaban Evrane e Iseult, veinte pasos por detrás.

Yoris le había cedido a Merik los mejores caballos de los que podía prescindir, y había pertrechado al grupo de Merik con comida, agua, petates y una piedra alertadora, un cristal hechizado con brujería del éter que se iluminaría si se acercaba algún peligro al campamento. Así podrían dormir esa noche sin necesidad de establecer tumos de vigilancia.

Merik agradecía poder dormir. Llevaba mucho tiempo sin descansar.

El fuerte olor a sal llenaba la nariz de Merik, arrastrado por una ráfaga de viento fresco. Aunque el Jadansi quedaba oculto tras el bosque blanquecino, el camino nunca se desviaba demasiado de su

brisa.

Pero la brisa no lograba refrescar a Merik, ahora que Safiya fon Hasstrel cabalgaba en la misma silla de montar que él.

Si bien era normal que Merik tuviera que apretujarse contra las curvas de su cuerpo y rodearla con los brazos para sujetar las riendas, eso también quería decir que sus rodillas se rozaban sin parar y que se le estaban durmiendo las piernas. Cuando se detuvieran para acampar, caminaría igual que Hermin.

Sin embargo, sus músculos eran lo último en lo que pensaba en aquel momento, mientras la yegua avanzaba rápidamente por el camino desolado. Cada paso del caballo provocaba que sus muslos, sus cacheras y su abdomen presionaran el cuerpo de Safiya, y aunque procuraba pensar en Regalo de Noden, recordar la bienvenida recibida y aferrarse a aquel orgullo embriagador, el cerebro de Merik tenía otras prioridades.

La forma de los muslos de Safi. La curva que formaba su hombro al fundirse con el cuello. Su forma de desafiarle en el camarote del capitán: un cuadripaso bailado con los ojos, las palabras y los roces fortuitos.

Desde entonces, la presión de la magia de Merik, de una ira que tal vez no lo fuera en absoluto, se agitaba bajo su piel. Demasiado caliente. Demasiado fuerte.

Por lo menos ahora Safi y él se llevaban mejor, y le resultaba más fácil hablar con ella. Mil preguntas brotaban de sus labios. «¿Cuántos habitantes tiene Lovats? ¿Noden es el dios de todo, o solamente del agua? ¿Cuántos idiomas hablas?».

Merik respondía una pregunta tras otra. «Unas 150.000 personas viven en Lovats, pero ese número puede cuadruplicarse en tiempos de guerra; es el dios de todo; chapurreo el cartorriano, no se me da mal el marstokí y hablo un dalmotti excelente». Sin embargo, él también tenía una pregunta para ella:

—¿Los cartorrianos o los marstokíes están cerca? ¿Tu magia es capaz de determinar eso?

Ella negó levemente con la cabeza.

—Sé cuándo la gente dice la verdad o miente. Y si miro a un

hombre, puedo ver su corazón, sus verdaderas intenciones. Pero no puedo verificar hechos ni afirmaciones.

—Hmmm. ¿El corazón de un hombre? —Merik le ofreció agua a Safi. Mientras ella bebía cuidadosamente un sorbo, él añadió—: ¿Qué ves cuando me miras a mí?

Merik notó que Safi se tensaba, y sintió una leve vibración en su pecho. Después Safi se relajó, riendo.

—Confundes a mi brujería. —Le devolvió el odre de agua—. Ahora mismo me dice que puedo fiarme de ti.

Él gruñó levemente y bebió. El sol había calentado el agua. Bebió solamente dos tragos.

—¿Es verdad que puedo confiar en ti? —Safi le miró por encima del hombro.

Merik sonrió.

—Siempre que obedezcas mis órdenes.

Se alegró (tal vez en exceso) cuando sus palabras suscitaron un resoplido altanero de Safi.

—Posees un poder peligroso —dijo Merik cuando ella volvió a mirar al frente—. Ya entiendo por qué la gente mataría por él.

—Sí que es poderoso —reconoció ella—. Pero no tanto como creen todos. Y últimamente, me estoy dando cuenta de que no es tan poderoso como yo creía. Me confunde la fe ciega. Si la gente cree en lo que dice, mi magia no es capaz de distinguir la diferencia. Sé cuándo alguien miente descaradamente, pero si alguien cree que dice la verdad, mi brujería lo acepta. —Se quedó en silencio antes de añadir—: Por eso no te creí cuando me dijiste que Nubrevna necesitaba un acuerdo comercial. Mi brujería me decía que era verdad. Pero también creía en las mentiras de mis libros de historia.

—Ah —susurró Merik, incapaz de ignorar la pena que reflejaba la voz de Safi, ni que esa pena hacía que la brujería de Merik se revolviera bajo su pecho. Aferró las riendas con más fuerza. Su marca de brujo palpitaba sobre los tendones de su mano.

Durante medio segundo, Merik no pudo evitar imaginar que Safi no era una domna ni él un príncipe. Que eran dos simples viajeros en una carretera desierta, donde los únicos sonidos eran el

suave golpeteo de los cascos del caballo, la brisa veloz y el murmullo de Evrane e Iseult a sus espaldas.

Pero la desolación de la tierra no tardó en abrirse paso en los pensamientos de Merik, junto con el mismo carrusel de preocupaciones que no podía controlar. Kullen. Vivía. El rey Serafín.

Como si notara la dirección de sus pensamientos, Safi dijo:

—Cargas con demasiado peso, príncipe. —Se reclinó hasta apoyarse en el pecho de Merik—. Más que nadie que haya conocido.

—Nací en posesión de mi título —replicó, acercándola un poco más a su cuerpo. Aceptando la solemnidad de su conversación. La firmeza de su tacto—. Me lo tomo en serio, aunque nadie quiera que lo haga.

—Es eso, ¿verdad? —El desafío de Safi ascendió por su espalda con un estremecimiento—. Te encanta sentirte necesario. Te da un propósito en la vida.

—Tal vez —murmuró él, distraído por su cercanía. Por cómo el viento y su propio aliento agitaban los rebeldes mechones de su cabello—. Hablas nubrevnés como si fueras nativa —dijo finalmente, obligando a su cerebro a cambiar de tema. A concentrarse en las palabras de Safi y no en su proximidad—. Tu acento es casi imperceptible.

—Años de aprendizaje —admitió ella—. Pero casi todo lo aprendí de mi mentor. Es un brujo de las palabras, así que su magia camufla su acento. Nos hacía practicar durante horas a Is y a mí.

—Toda esa educación. —Merik sacudió la cabeza—. Todo ese entrenamiento físico, y una brujería por la que los hombres matarían. Piensa en todo lo que podrías hacer, Safi. Piensa en todo lo que podrías ser.

Un leve estremecimiento la recorrió, y empezó a menear la pierna.

—Supongo —dijo por fin—. Podría ser poderosa, cambiar las cosas o hacer lo que sea que a ti se te da tan bien, príncipe, pero sería una batalla perdida. No tengo lo que hace falta para liderar a la

gente. Para *guiarla*. Soy demasiado… impaciente. Odio estar parada y, a excepción de Iseult, nunca ha habido nada constante en mi vida.

—¿Entonces nunca dejarás de correr? ¿Ni siquiera si alguien quisiera que…? —No terminó la frase. Sus labios no lograban pronunciar las últimas palabras: «te quedaras».

Pero centelleaban entre los dos. Cuando Safi se giró hacia él, tenía las cejas levantadas y lo miraba con aquellos ojos demasiado azules.

De pronto, el espacio que los separaba se le antojó demasiado pequeño. Aquel río era incontrolable para Merik. Desbordaba las orillas y no podía pensar en otra cosa que en detener a la yegua, bajar a Safi de la silla y…

No. Merik no podía permitir que su mente pensara en esas cosas. De ningún modo. Flirtear era una cosa, pero tocar… No podía arriesgarse a lo que conduciría eso, en lo que podría desembocar. No con una domna de Cartorra. No con la prometida de un emperador.

Merik dirigió una desesperada plegaria a Noden para que aquel día terminara pronto, antes de que él o su magia perdieran el control por completo.

TREINTA Y CUATRO

El sol rosado ya se hundía detrás del Jadansi, e Iseult estaba convencida de que sus muslos habían quedado deformados de manera permanente.

Cuando Iseult y los demás se detuvieron finalmente para acampar,

Tal y como Yoris había prometido, el arroyo era potable, y por tanto había brotado una selva en miniatura a su alrededor. El caudal también había crecido; si llovía, desbordaría enseguida el estrecho cauce. Por eso, tras abrevar a los caballos, Merik decidió que era mejor acampar en una colina cercana, a la sombra de los robles y los peñascos.

Sin embargo, Merik tardó un buen rato en dar esa orden. Evrane y él se pasaron al menos un cuarto de hora mirando fijamente los helechos y escuchando el canto nocturno de las ranas. Sus hilos estaban tan eufóricos y triunfantes que Iseult le dijo a Safi que era mejor dejarlos a sus anchas.

Finalmente, la yegua castaña se hartó de la espera. Rozó el hombro de Merik con el morro, devolviéndole al presente con un sobresalto. Mientras Iseult y Evrane reunían leña para una hoguera, Safi y Merik cepillaron a los caballos.

Los vencejos piaban sobre sus cabezas; por lo visto les gustaba

tanto la compañía como a Iseult sus cantos. Iseult agradecía cualquier cosa que la distrajera de los hilos que palpitaban sobre Safi y Merik. Durante el trayecto a caballo, los hilos de ambos habían brillado tanto que a Iseult le había entrado dolor de cabeza.

Los hilos de Evrane también eran cegadores, y no habían dejado de resplandecer con el rosa del gozo y el verde de la certeza desde que habían salido de Regalo de Noden.

Iseult estaba asombrada (y exhausta) de que tres personas pudieran sentir tantísimo.

Agachándose, despegó un esqueleto de cigarra de una rama caída antes de añadirla a su montón de leña. Merik había insistido en que la fogata fuera pequeña, e Iseult ya tenía madera más que de sobra, pero no estaba preparada para volver con el grupo. Necesitaba ese tiempo a solas para recuperar el control de su mente. Su calma de bruja de los hilos.

Finalmente regresó arrastrando los pies y ayudó a Evrane a desenrollar los lechos debajo de un enorme saliente rocoso. En lo alto del saliente, una piedra alertadora desprendía un fulgor magenta al atardecer.

Cuando por fin todo estuvo preparado y engulleron una cena de gachas calientes, Iseult se acurrucó en su cama y cerró los ojos doloridos, buscando esa perfecta sensación de pertenencia que había sentido en las aguas frías y revueltas del Pozo Originario. Pero aunque Iseult recordaba lo que había sentido, no era capaz de recuperar la sensación en sí.

Mientras estaba allí echada, pensando, buscando y analizando, se quedó dormida.

Y la sombra la estaba esperando.

—¡Aquí estás! Y restablecida.

La sombra parecía sinceramente alegre, e Iseult se la imaginó dando palmas en el mundo real, un mundo real que Iseult estaba segura de que existía. Aquella voz no era una simple prolongación delirante de sus temores más profundos.

—Tienes razón —canturreó la sombra—. Soy tan real como tú. Mira, te dejaré ver a través de mis ojos un momento, para que te

convenzas.

Fue como salir a la superficie después de zambullirse en el agua. La luz bañó la visión de Iseult, seguida por colores grises y verdes y siluetas distorsionadas… luego todo se puso negro, como si la sombra hubiera parpadeado lentamente, y acto seguido, el mundo se materializó. Piedras grises, erosionadas y desmoronadas, aparecieron ante sus ojos. No, ante los ojos de la sombra, a través de los cuales estaba viendo Iseult.

Era igual que el ruinoso faro de Veñaza, pero en vez de una playa bañada por el mar, aquella tierra estaba cubierta de intensas tonalidades de verde. La hiedra serpenteaba y atravesaba las paredes, y matas de maleza brotaban en las grietas del suelo del edificio.

—Sígueme, sígueme —canturreó la sombra, aunque Iseult no podía seguirla ni hacer ningún movimiento. Al igual que veía con los ojos de la sombra, también se movía con su cuerpo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Iseult, deseando poder girar la cabeza de la sombra y ver algo más que una puerta en forma de arco y una sala redonda.

El sol del atardecer, más intenso que el de Nubrevna, se filtraba por las ventanas con los cristales rotos, y la sombra se dirigió a la escalera de caracol del fondo. Caminaba con paso extraño, ágil, como si caminara sobre las puntas de los pies. Como si en cualquier momento fuera a empezar a dar saltos.

Y de hecho, al llegar a los gastados escalones se puso a subirlos dando saltos. Fue subiendo cada vez más arriba, con la mirada fija en los escalones y los pensamientos mudos.

Cuando llegó al segundo piso, caminó despacio hasta una ventana con esquirlas de cristal todavía adheridas a la celosía de hierro.

—Estamos en Poznin —respondió finalmente la sombra—. ¿La conoces? Es la capital de la antaño gran República de Arituania. Pero todas las naciones se alzan y caen, Iseult. Y después, inevitablemente, vuelven a alzarse. Pronto estas ruinas florecerán, convertidas en ciudades, y esta vez serán las demás naciones las que mueran. —Mientras la sombra hablaba, se apoyó en el alféizar de la

ventana e Iseult pudo ver una amplia avenida con un centenar… no, con centenares y centenares de personas.

Iseult se quedó sin aliento. Todos esos hombres y mujeres formaban hileras, e incluso bajo la luz ámbar del atardecer, Iseult distinguió el color renegrido de su piel. La oscuridad absoluta de sus ojos.

Y los tres hilos segados que flotaban sobre la cabeza de cada uno.

—La Titiritera —susurró Iseult.

La muchacha de sombras se quedó muy quieta, como si contuviera el aliento. Asintió brevemente con la cabeza, haciendo oscilar la imagen.

—Me llaman la Titiritera, sí, pero no me gusta. ¿A ti te gustaría, Iseult? Suena muy… oh, no sé. Muy frívolo. Como si lo que hago fuera un juego de niños. Pero no lo es. —Siseó la última palabra—. Es un arte. Una obra maestra de la tejeduría. Pero nadie me llama «bruja tejedora». ¡Ni siquiera el rey! Él fue el primero que me dijo que yo era una bruja tejedora, pero ahora se niega a llamarme por mi verdadero título.

—Hmmm —dijo Iseult, sin oír apenas las divagaciones de la muchacha. Necesitaba evaluar cuanto pudiera cada vez que los ojos de la Titiritera se posaban en los sajados. Además, parecía que la muchacha era incapaz de leer los pensamientos de Iseult cuando estaba sumida en los suyos propios.

En cada hilera había diez. Hombres, mujeres… e incluso alguna que otra figura más pequeña, probablemente un niño. Pero la mirada de la Titiritera nunca se paraba en nadie en concreto, e Iseult estaba demasiado ocupada calculando el tamaño del ejército como para fijarse en los escasos detalles que podía ver.

Iseult había contado cincuenta hileras (y no había llegado ni a la mitad de la avenida) cuando las palabras de la Titiritera se abrieron paso por su consciencia:

—Tú también eres una bruja tejedora, Iseult. Y cuando hayas aprendido a tejer, cambiaremos nuestro título… juntas.

—¿Juntas?

—Tú no eres como las demás brujas de los hilos —explicó la

Titiritera—. Tienes la necesidad de cambiar las cosas, y el *odio* necesario para hacerlo. La *ira* necesaria para quebrar el mundo. Pronto lo verás. Aceptarás lo que eres en realidad. Y cuando lo hagas, vendrás a mí. A Poznin.

Iseult sintió un calor enfermizo en el pecho, vil y casi imposible de ocultar, de modo que escupió la mejor mentira que le vino a la mente.

—Pareces c-cansada. Lo siento mucho. ¿Tejer te agota?

Le pareció que la Titiritera sonreía.

—¿Sabes? —dijo en voz baja—. Eres la primera persona que me lo pregunta. Quebrar hilos me cansa, pero hablar contigo es lo que más me agota… —Se interrumpió, cerró los ojos y su cansancio se hizo palpable cuando se inclinó hacia delante y apoyó la frente en una barra de hierro de la celosía. Suspiró, como si el frío metal la aliviara—. Pero vale la pena hablar contigo. Últimamente el rey está muy enojado conmigo, aunque hago todo lo que me ordena. Hablar contigo es lo único bueno del día. Nunca había tenido una amiga.

Iseult no contestó. Cualquier pensamiento, cualquier movimiento delataría lo que palpitaba en su interior: el horror.

Y peor aún, una pequeña punzada de compasión.

Por suerte, la muchacha de sombras no reparó en la reticencia de Iseult, porque no dejó de hablar.

—No nos veremos en unos cuantos días, Iseult. Mi rey me ha encomendado una tarea que consumirá mi poder. Sospecho que estaré demasiado cansada para buscarte. Pero —dijo, con una especie de énfasis prometedor— cuando esté totalmente restablecida, volveré a verte.

Se detuvo para bostezar.

—Tengo que darte las gracias antes de irme. Todos esos planes y lugares que guardas en tu cerebro han hecho muy feliz al rey saqueador. Por eso me ha encargado esta importante misión para mañana. De manera que gracias, eres tú quien ha hecho que esto sea posible. Y ahora necesito descansar si quiero sajar a todos esos hombres, tal y como me han ordenado.

«¿Qué hombres? ¿Qué planes, qué lugares?», intentó preguntarle

Iseult. «¿Qué te has llevado de mi mente?».

Pero las palabras no salieron de su interior, solamente un fuego frenético y serpenteante que recorrió su cerebro, su lengua y sus pulmones como si tuviera relámpagos en las venas.

Y entonces, tan abruptamente como había aparecido, la imagen de Poznin se apagó como una lámpara, devolviendo a Iseult a su propia piel. Devolviéndola a sus propios sueños y dejándola atrapada con su propio horror.

* * *

En toda su vida, Aeduan jamás había necesitado tanta concentración ni tanto poder para seguir un rastro. El de Safiya había sido sencillo, pues su sangre era fácil de retener, pero la sangre de aquella otra persona, con su fría agua de lago y sus inviernos nevados, era escurridiza. Cuando Aeduan creía que ya la tenía, la perdía veinte pasos más adelante y volvía a encontrarla cuando se adentraba en el bosque.

No tenía ningún sentido. Cuando Aeduan perdió el rastro por centésima vez, prácticamente ya daba por perdido al príncipe. De todas formas, su plan era traicionarlo y quedarse con la bruja de la verdad para entregársela a su padre. Pero cada vez que Aeduan se planteaba abandonar al príncipe en manos de un enemigo invisible, un extraño agobio se apoderaba de sus hombros. Le arañaba el cuello. Era como si…

Como si tuviera una deuda vital con el príncipe y se sintiera obligado a saldarla.

Cuando el rastro se perdió por completo, el sol ya descendía hacia el horizonte. Aeduan se detuvo delante de un acantilado negro y sombrío por el que ascendían unos empinados escalones. El rumor del río era casi ensordecedor, y unos rollizos murciélagos sobrevolaban la zona.

La bruja de la verdad había pasado por allí (Aeduan captaba

restos de su esencia), pero no se había demorado. Y eso quería decir que Aeduan tampoco debía demorarse. El príncipe Leopold no era importante para él, y Safiya sí. Había llegado el momento de abandonar al príncipe.

Sin embargo, justo cuando Aeduan se daba la vuelta para reanudar la única cacería que de verdad importaba, una brisa barrió los acantilados, arrastrando un olor hasta la nariz de Aeduan. Hasta su sangre.

«Leopold».

Aeduan se lanzó escaleras arriba, subiendo dos y hasta tres escalones a la vez hasta que llegó a lo alto. El sol rosado resplandecía sobre unas aguas agitadas. El viento hacia crujir las ramas de seis apreses frondosos, y a lo lejos se oía el rumor de una tormenta.

Aeduan se encontraba en un Pozo Originario. En el pozo del agua de las Tierras Embrujadas. Debería haber sabido que estaba allí. Su vieja mentora siempre le hablaba de él cuando Aeduan era un niño.

Pero aquel lugar no se parecía a lo que había descrito su mentora. Allí había vida. Los árboles eran verdes y había ondas en el agua. Era casi como si el pozo estuviera vivo… aunque eso era imposible.

Aeduan dejó de pensar en ello. No tenía tiempo para inspeccionar la zona, y además le daba igual.

Rodeó el Pozo Originario por la orilla derecha, nariz en alto. Doce pasos después, la esencia sanguínea del enemigo regresó… y se oyó un lento batir de palmas.

Leopold salió desde detrás del ciprés más cercano, aplaudiendo.

—Me has encontrado, monje. —El príncipe le mostró una sonrisa nada jovial—. Y más deprisa de lo que esperaba.

Las fosas nasales de Aeduan temblaron. Echó mano a un cuchillo arrojadizo.

—Lo tenía planeado.

Leopold suspiró.

—Así es. Pero antes de que me empales, me gustaría alegar que me ordenaron matarte y decidí no hacerlo.

—Matarme —repitió Aeduan. Un segundo después, tenía el cuchillo desenvainado y el brazo tensado hacia atrás—. ¿Por orden de quién?

Leopold se limitó a sonreír de nuevo. Aquella sonrisa vana e insípida que Aeduan tanto odiaba.

Aeduan levantó la mano izquierda…

Y tomó el control de la sangre de Leopold.

Paralizó por completo el cuero nuevo y el humo de chimenea.

—Puedo obligarle a escupir la respuesta —dijo Aeduan, impasible—. Así que dígame quién le dio esa orden.

Una brisa salada agitó el cabello del príncipe mientras un rayo iluminaba el horizonte. Desde su posición, parecía una corona sobre la cabeza del inmovilizado Leopold.

—Nadie me da órdenes —respondió finalmente Leopold— y nadie viene conmigo. —Aeduan aferró la sangre de Leopold con más fuerza. Las pupilas del príncipe temblaron y se agrandaron más y más… Pero no lo suficiente. Leopold estaba inquieto, pero no aterrorizado.

Fue entonces cuando Aeduan lo comprendió. «Es lo que quiere». Leopold quería que Aeduan lo torturara para arrancarle la verdad…

«Porque me llevará tiempo».

El príncipe había desperdiciado intencionadamente todo el tiempo posible desde el alba. Su objetivo, desde que habían zarpado de Veñaza, había sido entorpecer a Aeduan.

—Ya te has dado cuenta —dijo Leopold—. Lo veo en tus ojos, monje.

—Llámeme «diablo», como todo el mundo. —Aeduan estrujó la sangre del príncipe con más fuerza, lo bastante como para que le doliera.

Pero Leopold se limitó a mirarlo fijamente y con calma, antes de decir con voz ronca:

—No puedo… permitir que encuentres a Safiya antes de que llegue a Lejna. Ya casi ha llegado, y pronto estará fuera de tu alcance para siempre.

—¿Cómo lo sabe? ¿Para quién trabaja? —En cuanto la pregunta salió de la garganta de Aeduan, supo la respuesta. Por los Pozos Originarios, había sido un idiota por no verlo antes.

Leopold formaba parte de la conspiración para raptar a Safiya.

Una furia abrasadora y absoluta se adueñó del cráneo de Aeduan. De su cuello y sus hombros. Odiaba a Leopold por haberlo engañado. Y se odiaba a sí mismo por no haber detectado el engaño.

Aunque parecía no tener ninguna lógica, ahora estaba claro que el príncipe trabajaba con los nubrevneses, con el brujo del fuego marstokí, con el brujo de las ilusiones… ¿y con quién más? Aquella red para raptar a la bruja de la verdad era muy amplia, y Aeduan se sentía tentado de torturarlo para obtener las respuestas que necesitaba.

Pero si era verdad que Safiya casi había llegado a Lejna y que una vez allí quedaría fuera del alcance de Aeduan, como acababa de decir Leopold, entonces ya no podía perder más tiempo.

Liberó los pulmones y la garganta de Leopold, pero nada más. Aeduan retendría al príncipe hasta que estuviera demasiado lejos para darle alcance.

Pero en cuanto Aeduan se giró para acelerar su propia sangre y lanzarse a la carrera, Leopold susurró:

—No eres el diablo que tu padre quiere que seas.

Aeduan se detuvo en seco. Con metódica lentitud, se dio la vuelta.

—¿Qué ha dicho?

—No eres el diablo…

—¡Después de eso! —Aeduan caminó hasta Leopold y se inclinó hacia su cara—. Yo no tengo padre.

—Sí —replicó el príncipe con voz ronca—. El que se hace llamar…

Aeduan paralizó toda la sangre de Leopold. Detuvo todas las funciones vitales del cuerpo del príncipe: su respiración, su pulso, su visión…

Pero no su oído ni sus pensamientos.

—Yo —susurró Aeduan— *soy* el diablo que creen que soy.

Debería haberme matado cuando tuvo la oportunidad.

Intensificó la presión, más y más… hasta que notó que la sangre del cerebro de Leopold se debilitaba demasiado para sostener sus pensamientos. Su consciencia.

Aeduan soltó al príncipe. Leopold se desmoronó sobre las losas, inmóvil como una piedra más. Como la muerte. Ya ni la brisa tormentosa alcanzaba al príncipe.

Durante largos segundos respirando el aire cargado de sal, Aeduan miró fijamente el cuerpo del príncipe. Había encontrado a Leopold, pero no la segunda esencia. Esa sangre había desaparecido. Pero, fuera quien fuera, sin duda trabajaba con Leopold y tal vez también supiera del padre de Aeduan.

Aeduan debería matar al príncipe. Su padre le habría dicho que lo matara. Pero si lo hacía, nunca averiguaría de quién era la sangre que olía a lagos transparentes e inviernos gélidos. Nunca averiguaría quién le había ordenado a Leopold que lo matara, ni por qué.

Aeduan supuso que siempre podía mentirle a su padre e investigar por su cuenta.

Asintió, satisfecho. Dejaría con vida a Leopold y volvería a darle caza más adelante. Para obtener respuestas.

Y así, sin pensarlo dos veces, Aeduan dejó atrás al príncipe imperial de Cartorra y se marchó del Pozo Originario. Mientras corría, el sol poniente le calentaba la espalda y un viento cada vez más fuerte le pisaba los talones.

TREINTA Y CINCO

Merik se despertó sobresaltado al oír un trueno lejano… y al notar unos dedos en su cuello. De no haber estado tan profundamente dormido, habría deducido cuáles eran las únicas tres personas que podían haberse acercado tanto a él.

Pero Merik estaba demasiado sumido en el sueño, y sus instintos se pusieron en marcha mucho antes que su cerebro.

Agarró los dedos que le tocaban el pecho, levantó una pierna y le dio la vuelta a su agresor… Abrió los ojos de par en par, con la respiración agitada pero totalmente alerta.

Su mirada se encontró con unos ojos azules que casi parecían negros bajo la blanquecina luz de la luna.

—Domna. —Una de sus manos se apoyó en el suelo, junto a la cabeza de Safi. La otra le apretó la muñeca.

Safi cerró los dedos, tensando la muñeca, y a Merik le pareció notar el corazón de la muchacha contra su pecho. Le parecía oír su latido por encima de la brisa que traía la tormenta, por encima de la eterna canción del bosque… aunque bien podía ser su propio corazón.

Safi se humedeció los labios.

—¿Qué haces? —Su voz susurrante le hizo cosquillas en la

barbilla y le dio un escalofrío.

—¿Qué haces tú? —preguntó Merik a su vez—. ¿Me estabas robando?

—Roncabas.

—Y tú babeabas —replicó, tal vez demasiado deprisa. No era la primera vez que le decían que roncaba.

Merik deslizó su mano libre por detrás de la cabeza de Safi y bajó la mirada hasta tapar la luz de la luna. Hasta que lo único que veía eran sus ojos resplandecientes.

—Dime la verdad, domna —dijo lentamente—. ¿Qué buscaba tu mano debajo de mi camisa? ¿Te estabas aprovechando de mí mientras dormía?

—No —gruñó ella, levantando el mentón—. Solo intentaba despertarte. Para que dejaras de roncar. —Volvió a forcejear, tensando su cuerpo contra el de Merik; era señal de que se estaba enfadando. Si Merik no se apartaba pronto, las piernas de Safi se enredarían en las suyas, sus dedos le arañarían y su mirada ardería de tal forma que a Merik le sería imposible contener su ira. Su magia.

Merik soltó la muñeca de Safi, apartó la mano de su cabeza y apoyó las rodillas y las manos en la tierra para levantar el torso y apartarlo del de ella.

Pero Safi arqueó la espalda.

Merik se quedó helado.

Algo salvaje y primitivo estalló en su pecho y lo recorrió casi hasta los codos. Se apoderaba de él… y también de ella. Era como si un cordel uniera el pecho de ambos, como si cualquier movimiento suyo tuviera que ser contrarrestado por ella.

La recorrió con la mirada. Era totalmente distinta de las mujeres de su patria. Su cabello era del color de la arena, y sus ojos del color del mar. Merik exhaló violentamente. Por mucho que sus dedos y sus labios lo desearan, no podía rendirse a aquella… hambre.

Se apartó de ella y se tumbó de espaldas, cubriéndose los ojos con la mano para tapar el cielo. Para tapar el calor y la certeza de que Safi estaba tumbada a su lado. Cada gota de su brujería, cada centímetro de su carne, reaccionaba ante ella.

—No puedo hacer esto —admitió finalmente. Se lo decía a ella… y a sí mismo. Se puso de pie, cogió la chaqueta que había dejado en el lecho y echó a andar hacia el bosque. Hacia el mar.

Se puso la chaqueta mientras caminaba. Era extraño, pero llevarla puesta le hacía sentir más tranquilo. Bajo control… Pero, por supuesto (*por supuesto*), Safi tuvo que seguirle.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él tras rodear el saliente rocoso y entrar en un bosque ruidoso por el que corría la brisa. Ella caminaba varios pasos más atrás.

—No puedo volver a dormirme.

—No lo has intentado.

—No me hace falta intentarlo.

Merik suspiró. ¿Para qué discutir? Ya había bastantes arrugas en su vida sin necesidad de añadir a Safi. Merik siguió andando, deslizando los dedos por las hojas de los helechos y las agujas de pino, tan frías al tacto. Tan vivas.

Cuando llegó al mar, cuando la tormenta lejana y luminosa y las olas espumosas aparecieron ante sus ojos, algo en su interior se destensó. Se relajó. Safi se desvió hacia la izquierda, hacia un gran saliente de roca caliza, y Merik la siguió, aunque manteniendo una distancia de dos zancadas. Después los dos se reclinaron en la roca, y durante un rato contemplaron en silencio el mar, la luna y los relámpagos.

Era una estampa apacible, y Merik notó que se relajaba. Que se dejaba mecer por el ritmo de las olas y el zumbido de los insectos.

Hasta que dejó de ser apacible. En algún momento, la energía de la noche se había ido acumulando dentro de él. Era una presión que exigía ser liberada. Un calor tan violento como la tormenta del horizonte. Safi se reacomodó, y Merik se volvió para mirarla. La luz que se reflejaba en la roca la bañaba con un brillo tenue.

Safi frunció los labios.

—Deja de mirarme así, príncipe.

—¿Así… cómo?

—Como si fueras a atacarme.

Merik soltó una carcajada cálida y sincera. Pero su mirada estaba

atrapada por Safi. Por su cuello, concretamente. La silueta de su cuello se recortaba contra la roca; Merik no recordaba haber visto jamás un cuello tan elegante.

—Te pido disculpas —dijo por fin—. Atacarte es lo último que tenía en mente.

La luz de la luna iluminó su rubor, pero entonces, como si estuviera molesta consigo misma, Safi levantó el mentón.

—Si te estás imaginando un ataque más… íntimo, príncipe, me veo obligada a informarte de que no soy de esa clase de chicas. —Su porte y su tono eran los de una domna de los pies a la cabeza.

—Nunca he pensado que lo fueras. —Esta vez fue Merik el que se sonrojó, pero no por vergüenza. Por irritación. Y algo de rabia—. Y tú no deberías dar por hecho que te deseo, domna. Si estuviera buscando una aventura efímera, te aseguro que eres la última persona que elegiría.

—Bien —replicó ella—, porque *tú* también eres la última persona que elegiría yo.

—Tú te lo pierdes, que lo sepas.

—Ni que fueras tan prodigioso, príncipe.

—Sabes que lo soy.

La mirada de Safi se clavó en Merik. Su pecho se ensanchó. Se quedó paralizada.

Y Merik se acercó un paso a ella, y luego otro, hasta quedar justo a su lado.

—Pero *si fueras* de esa clase de chicas, entonces… —Merik acercó una mano a su cara, al principio con vacilación y después, al ver que ella no le rehuía, con más confianza—. Entonces empezaría por aquí e iría bajando por tu cuello.

Sus dedos le rozaron el cuello y la clavícula, y a Merik le agradó notar la agitación de su respiración. El temblor de sus labios.

—Y luego —prosiguió, con una voz grave que salía del fondo de su garganta— daría la vuelta. Me pondría detrás de ti. —Apartó la trenza de Safi…

—Para —susurró ella.

Merik paró, aunque, por el aliento de Noden, no quería hacerlo.

Pero entonces el cuerpo de Safi se retorció, y de pronto sus labios estaban delante de los de Merik. No, estaban *encima* de los de Merik. Quietos. Expectantes, como si ella misma estuviera sorprendida de lo que había hecho y ahora no supiera qué hacer.

El aliento de Merik estaba atrapado en su pecho, compartiendo sitio con sus pensamientos. Pero los centímetros que separaban sus cuerpos bien podían haber sido kilómetros, y el abismo que separaba sus labios parecía infranqueable.

El aliento de Safi le acarició la barbilla. O tal vez fuera la brisa. O tal vez fuera su propio aliento. Ya no podía distinguirlo. Le costaba hacer nada que no fuera mirarla a los ojos, esos ojos resplandecientes y cercanos.

La mirada de Safi se desvió hacia abajo, y frunció el ceño… como si quisiera hacer más. Entonces sus manos rodearon las caderas de Merik. Y cerró los dedos.

La brujería de Merik se prendió al instante.

Un fuerte viento ascendió, haciendo ondear el cabello de Safi y alejándolo de su rostro. El viento casi arrastraba a Safi y la apartaba de él, pero entonces Merik se acercó. Empujó a Safi contra la roca y, con un rugido de viento y calor, la besó.

El hambre del día lo abrasaba y, para su inmenso deleite, Safi aceptaba esa hambre. La agarraba con dedos ansiosos, con un ritmo en los labios más veloz que cualquier cuadripaso.

Safi se había vuelto salvaje, abiertamente salvaje, y Merik se encontró mordiendo, tironeando y empujando. Todo eran garras, dientes y vientos brutales y potentes.

Pero no podía acercarse lo suficiente. Por mucho que sus labios aplastaran los de Safi o que las manos de ella tantearan bajo su chaqueta… bajo su camisa…

Diablos, los dedos de Safi ya acariciaban su piel desnuda.

Un calor renovado lo recorrió. Casi le fallaron las rodillas. Sus vientos brotaron de nuevo hacia fuera. Hacia arriba. Aupó a Safi hasta un saliente bajo mientras tiraba con los dedos del borde de su camisa. Su boca probaba todos los sitios que le había prometido a Safi. Su oreja, haciéndola gemir. Su cuello, haciéndola estremecerse.

Siguió bajando…

Y las manos de Safi le empujaron, alejándolo de ella.

Merik retrocedió, boquiabierto. Perdido. El pecho de Safi subía y bajaba. Tenía los ojos abiertos de par en par, pero Merik no veía por qué había interrumpido la tormenta que estallaba entre los dos. ¿Había sobrepasado algún límite?

—¿Oyes eso? —dijo Safi finalmente, jadeando.

Merik sacudió la cabeza, todavía perdido, y tomó aire agitadamente.

Entonces él también lo oyó. Un ritmo continuado procedente del mar. «Un tambor de viento».

Merik se dio la vuelta a toda prisa.

«El tambor de viento del Jana».

En un instante, echó a correr a toda velocidad por donde habían venido. Safi le pisaba los talones. Los matorrales y la grava crujían bajo sus pies, pero Merik apenas se daba cuenta. El tambor de viento tañía cada vez más fuerte. El Jana aparecería ante ellos en cualquier momento, y Merik debía averiguar por qué, tenía que comprobar lo lejos que estaba su barco de la costa. Podía volar hasta sus hombres, pero solo si los veía primero…

Safi agarró a Merik por el hombro y tiró de él para que se detuviera.

—Allí. —Señaló hacia el sur. Merik apenas podía distinguir el gris de las olas del gris de las nubes.

Sacó su catalejo e inspeccionó las aguas… hasta que avistó las luces. Le habían parecido parte de la tormenta, pero no. La imagen se enfocó hasta convertirse en un buque de guerra nubrevnés. El Jana, con sus fanales y espejos iluminando las aguas. Sus velas blancas estaban hinchadas, embrujadas por los vientos de Kullen.

El tambor de viento tronaba sin parar, demasiado fuerte para lo lejos que estaba, lo que significaba que Ryber estaba usando el mazo embrujado y que concentraba el sonido hacia la costa. Hacia Merik.

Kullen le estaba llamando.

Merik tomó aire profundamente y reunió su viento, que electrizó su piel y ardió dentro de su cuerpo.

—Atrás —le advirtió a Safi. Necesitaba apuntar la ráfaga de aire con total precisión, necesitaba alcanzar aquella diminuta mota del horizonte para que su tripulación supiera dónde estaba.

Merik echó ambos brazos atrás… y liberó el aire. Un gran embudo de viento cruzó las olas a toda velocidad.

Y Merik esperó. Esperó y esperó, con Safi a su lado. Daba gracias por que ella estuviera allí. Sus hombros rectos y su mirada impertérrita le impedían pensar demasiado. Le impedían saltar desde el acantilado y salir volando directamente hacia su hermano de hilos…

El tambor de viento se detuvo. Merik se preparó para recibir el mensaje que Kullen quisiera darle. Cuando finalmente llegó, cuando la combinación de golpes y pausas retumbó en los oídos de Merik, este notó que sus dientes rechinaban y su furia crecía.

—¿Qué pasa? —preguntó Safi, cogiéndole del brazo.

—El brujo de la sangre nos sigue —gruñó.

Safi le apretó el brazo con fuerza.

—Volveremos a Regalo de Noden…

—Nos sigue desde esa dirección. Y los marstokíes navegan hacia Lejna para cortamos el paso. —Al decir esas palabras, la ira de Merik se inflamó, una ira real que le obligó a alejarse unos pasos.

Tenía que contener su furia, porque no era con Safi con quien estaba enfadado. Era con aquellas circunstancias, malditas fueran tres veces, que escapaban a su control. ¿Cómo podían saber los marstokíes hacia dónde se dirigía Merik?

—Iré volando hasta el Jana —dijo por fin, respirando agitadamente—. Evrane, Iseult y tú podéis cabalgar hacia el este. Hacia Lejna. Tan deprisa como os lo permitan los caballos.

—¿Por qué no volamos todos al Jana y navegamos hasta Lejna?

—Porque los marstokíes llegarán a Lejna primero, y Kullen no está en condiciones de luchar con ellos. Ni siquiera debería estar navegando. —Merik lanzó una mirada aterrorizada al mar. Al Jana.

Su hermano de hilos era un maldito necio.

—Nuestra mejor opción es alcanzar a los marstokíes —continuó Merik—. Si Kullen y yo logramos distraerlos, es posible que

vosotras podáis llegar hasta Lejna por tierra. Id al séptimo embarcadero y luego marchaos de aquí como alma que lleva el diablo.

—¿Cómo nos encontrarás después… después de eso?

—La piedra alertadora. Evrane sabe encenderla. Veré su luz desde el mar. —De dos zancadas, Merik se acercó a Safi—. Cabalga hacia el este y te encontraré. Pronto.

Safi sacudió la cabeza lentamente.

—Esto no me gusta.

—Por favor —dijo Merik—. Por favor, no discutas. Es el mejor plan que…

—No es por eso —le interrumpió ella—. Es que… tengo la sensación de que no volveré a verte nunca.

Merik sintió que el pecho se le abría por la mitad. Durante medio segundo, no encontró palabras. Finalmente, tomó el rostro de Safi entre sus manos y le dio un beso. Suave. Corto. Sencillo.

Ella se separó primero, mordiéndose el labio mientras recolocaba los faldones de la camisa de Merik y le alisaba la parte delantera.

—Te he mentido, que lo sepas. No eres la última persona que elegiría.

—¿Ah, no?

—No. —Safi sonrió con picardía—. Eres la penúltima. Puede que la antepenúltima.

Una carcajada nadó en el estómago de Merik y ascendió por su garganta. Pero antes de que pudiera darle una réplica ingeniosa, Safi retrocedió y le dijo:

—A buen puerto, Merik.

—A buen puerto —repitió él, antes de caminar hasta el acantilado. Merik Nihar se dejó caer por el borde y salió volando.

* * *

Safi no miró a Merik mientras se marchaba. La urgencia del momento la impulsó a ponerse en marcha, al igual que el recuerdo, demasiado reciente, del brujo de la sangre. De su forma de dejarla paralizada… de sus ojos teñidos de rojo.

Se le erizó el vello de los brazos, y le pareció que unos dedos correteaban por su espalda.

Safi avanzó serpenteando por el bosque, acelerando, acelerando cada vez más hasta que su trote se convirtió en una carrera a toda velocidad. Los helechos le arañaban los brazos y soltaban esporas. Y pensar que Merik y ella acababan de pasear por ese mismo bosque.

Cuando Safi llegó hasta el campamento, lo encontró recogido y a los caballos ensillados. Evrane estaba atando los petates a las alforjas, e Iseult le ajustaba la cincha al ruano. Los caballos sacudían la cabeza; estaban listos para cabalgar, pese al largo trayecto del día anterior.

Al oír el crujido de las botas de Safi, Iseult se dio la vuelta.

—¿Os ibais… sin mí? —dijo Safi, jadeando.

—Hemos oído el tambor —le explicó Iseult, haciendo tintinear los arreos mientras apretaba la cincha—. Evrane me ha traducido el mensaje.

—Pero ¿dónde está Merik? —preguntó Evrane, alejándose de la alforja de la yegua. Llevaba la capa en la mano y el tahalí bien ceñido al pecho.

—Ha ido volando al Jana —dijo Safi—. Intentarán distraer a los marstokíes.

Iseult frunció ligeramente el ceño.

—¿Entonces no vamos hacia el norte? ¿No vamos a huir?

Sacudiendo fugazmente la cabeza, Safi se acercó a los restos de la fogata.

—Todavía podemos llegar a Lejna antes que los marstokíes. —De una patada, cubrió de polvo y ceniza los posibles rescoldos—. *Después* huiremos al norte.

—Montad, entonces —les ordenó Evrane.

—Safi, puedes cabalgar conmigo…

—No. Tendréis un caballo cada una. —Evrane se puso la capa y

ajustó la hebilla con movimientos eficientes y mecánicos—. Yo me quedaré aquí y detendré a Aeduan.

Se hizo un tenso silencio, hasta que Iseult dijo:

—Por favor, no lo hagas, monja Evrane.

—Por favor —insistió Safi—. Podemos dejarlo atrás y…

—No, no podéis —la interrumpió Evrane, haciéndose oír por encima de Safi—. Aeduan es tan veloz como cualquier caballo y os alcanzará vayáis donde vayáis. Pero yo puedo buscar un punto defendible en el camino y hacer lo que pueda para ralentizarlo.

—Ralentizarlo —repitió Iseult—. ¿No detenerlo?

—No se puede detener a Aeduan. Pero sí que se puede razonar con él. O, si es necesario, esto —señaló los dos cuchillos que le quedaban; las hebillas tintinearon— no es solo para aparentar.

—Vas a hacer que te maten —replicó Safi. La necesidad de apresurarse le bajaba por el cuello como un escalofrío, pero no podía dejar que Evrane hiciera algo tan profundamente estúpido—. Por favor, haz lo que ha ordenado Merik y acompáñanos.

El rostro de Evrane se tensó, y cuando habló, lo hizo en tono tajante. Impaciente. Ofendido.

—Merik olvida que soy una monja entrenada para el combate. Me enfrentaré a Aeduan yo misma, y vosotras dos cabalgareis a Lejna. Montad. —Le tendió su mano crispada a Safi, y aunque no le hacía falta, ella la aceptó.

Después de ayudar a Iseult a montar, Evrane caminó con decisión hasta la alforja del caballo y sacó la piedra alertadora de cuarzo. Tenía un brillo gris como el del cielo antelucano, y cuando la monja murmuró la palabra «alerta», una intensa luz azul destelló en su interior.

—Ahora Merik os encontrará. —Le tendió la piedra a Safi—. Dejadla a la vista siempre que vuestro camino os lleve junto al mar.

Safi miró fijamente a Evrane. Su cabello plateado ondeaba con la brisa del amanecer y la luz zafirina de la piedra se reflejaba en él. Safi extendió los dedos para aceptar la pesada piedra de cuarzo.

Evrane asintió, tranquilizada. Luego se soltó el cinto de la espada.

—Iseult, coge el sable de Merik. Está atado a la silla del ruano. Y Safi, tú coge esto. —Dejó su espada envainada en el regazo de Safi—. Después de todo, el acero Carawen es el mejor.

Safi tragó saliva. Aquel intento de broma la había devuelto al momento presente, a la pesada realidad: que mucha gente estaba arriesgando la vida para asegurarse de que Safi llegara hasta Lejna y que Merik obtuviera su acuerdo comercial.

Safi no iba a decepcionarlos.

—Iseult —dijo, sacando las palabras de lo más profundo de su ser, del centro mismo de su brujería—. Nos vamos a Lejna. No nos detendremos ni frenaremos ante nada.

Las miradas de Safi e Iseult se encontraron; el color avellana de los ojos de Iseult parecía verde intenso a la luz de la piedra alertadora. Aquella fiereza suya, que siempre conseguía que Safi se sintiera más fuerte, se dejó ver cuando levantó la barbilla y respondió:

—Adelante, Safi. Sabes que siempre te seguiré.

Al oír esas palabras, Evrane sonrió.

—No tenéis ni idea del tiempo que he estado esperando a oír esas palabras. De veros a las dos, hombro con hombro. *Vivas*. —Había un brillo extraño en sus ojos—. Sé que mis palabras no significan nada para vosotras ahora mismo, pero lo harán muy pronto.

»Después de que me enfrente a Aeduan, después de que le recuerde por quién lucha, os buscaré a las dos en Lejna. Grac… —Se le hizo un nudo en la garganta al pronunciar la palabra, y se echó a reír de nuevo—. Gracias por darme esperanza, chicas. Después de todos estos siglos, "El lamento de Eridysi" por fin se está haciendo realidad: he encontrado a los Cahr Awen y habéis despertado el Pozo Originario del agua. Y ahora, como exigen mis votos, os protegeré con todo cuanto tengo. —Se inclinó solemnemente, y la magia de Safi reaccionó cantando ante la verdad que había detrás de su gesto.

Y entonces, Evrane Nihar se dio la vuelta y se marchó.

—Que la Madre Luna nos proteja —susurró Iseult—. ¿Q-qué…

qué ha querido decir?

Safi miró de nuevo a Iseult, que había recuperado su máscara de bruja de los hilos, aunque no el control total de su lengua.

—No lo sé, Is. ¿Acaso cree que tú y yo somos los…?

—Cahr Awen —concluyó Iseult—. Creo… creo que sí.

—Dioses del subsuelo, hoy ya no puedo soportar más sorpresas. —Safi tiró de las riendas para guiar a su montura hacia el amanecer, aplastando su confusión y sus dudas para dejarlas muy muy lejos de su alcance.

Y mientras conducía a su yegua hacia el camino, le agradó ver que esta mordía el bocado. Los caballos estaban listos para galopar, Iseult también, y Safi estaba lista para *terminar* con todo aquello.

Hundiendo los talones en los flancos de la yegua, Safi se lanzó a un vertiginoso galope y puso rumbo a Lejna de los Cien Islotes.

TREINTA Y SEIS

Había un gran revuelo en el Jana cuando Merik aterrizó finalmente en la cubierta principal. Ahora navegaban rumbo oeste, y el furioso sol naciente asomaba justo por detrás del barco.

Merik miró hacia el timón, entornando los ojos para protegerlos del sol. Kullen estaba allí. Una silueta encorvada y resollante que, de algún modo, mantenía las velas hinchadas. «Kullen». Merik corrió por la cubierta; los truenos eclipsaban el estruendo del tambor de viento.

Toda una comitiva seguía sus pasos.

—Almirante —dijo Ryber.

Merik agitó la mano desdeñosamente.

—Hermin —dijo jadeando, intentando correr, hablar y recuperar el aliento al mismo tiempo. Si él ya se sentía cansado, no podía ni imaginar el agotamiento de Kullen—. ¿Qué sucede? Hermin caminó cojeando hasta Merik.

—Yoris encontró al príncipe Leopold inconsciente, junto al Pozo Originario. Por lo visto, el brujo de la sangre lo atacó y lo traicionó.

Los pasos de Merik trastabillaron. ¿Leopold también estaba allí? ¿Qué diablos iba a hacer?

Apartó mentalmente ese pensamiento para más tarde.

—¡Almirante! —volvió a exclamar Ryber—. ¡Es importante, señor!

—Ahora no. —Merik subió los escalones hasta el alcázar, donde el viento azotaba con mayor fuerza y estruendo. Al acercarse a Kullen, encorvado junto al timón, se preguntó por qué Ryber había consentido que su hilo del corazón hiciera tantos esfuerzos.

—¡Detén el barco! —rugió Merik—. ¡Detén tu viento! —Agarró a Kullen por las solapas y lo obligó a enderezarse de un tirón.

El rostro de Kullen estaba descolorido, pero su mirada era intensa tras los anteojos de viento.

—No puedo… parar —jadeó—. Tenemos que… alcanzar a los… marstokíes.

—Y lo haremos, pero no necesitamos tanta velocidad…

—¡Ese es el problema! —gritó Ryber, poniéndose delante de Merik—. Sí que necesitamos velocidad, porque el brujo de la sangre está aquí.

Durante medio segundo, Merik no pudo hacer otra cosa que mirar fijamente a Ryber. El aire embrujado le picaba en los ojos y le aullaba en los oídos. Entonces se acercó a la borda a toda prisa y sacó su catalejo.

—¿Dónde? —dijo con un hilo de voz y el corazón en la garganta.

—Más al este. —Ryber orientó con suavidad el catalejo de Merik hasta que este lo vio: una solitaria mancha blanca que avanzaba por la carretera costera.

Merik siguió girando hacia el este con el catalejo hasta que… Allí. Dos siluetas, una vestida de blanco y la otra de negro, a caballo. Todas avanzaban por la misma carretera, y las dos muchachas no le sacaban más de un kilómetro de ventaja al brujo de la sangre. Se les echaría encima antes de que Merik tuviera tiempo de regresar volando a la costa.

Merik bajó el catalejo y se obligó a tomar aire por la nariz. «El olor denso de la lluvia inminente». Después soltó el aire entre sus

dientes apretados.

No sirvió de nada.

—¿Cómo diablos —escupió— ha podido ese monstruo llegar aquí tan rápido?

—Por todo lo sagrado —juró Hermin, escudriñando la costa con su propio catalejo—, ¿esa mancha blanca es él?

—Sus poderes proceden directamente del vacío —dijo Ryber con gravedad antes de gritar—: ¡Kullen! —Se apartó rápidamente de la borda.

Merik salió tras ella. Con la ayuda de Ryber, separó la crispada mano de Kullen del timón. Después pasó el brazo bajo la axila de su hermano de hilos.

Kullen estaba demasiado frío al tacto y su ropa estaba demasiado empapada en sudor.

—¡Tienes que parar! —exclamó Merik—. ¡Detén tus vientos, Kullen!

—Si lo hago —respondió Kullen con sorprendente energía—, perderemos tu contrato.

—Tu vida vale más que un contrato —dijo Merik, pero Kullen se echó a reír con carcajadas roncas y húmedas, y levantó débilmente un brazo en dirección al sur.

—Tengo una idea.

Merik siguió el dedo de Kullen, pero lo único que veía eran cielos oscuros y los lejanos destellos de los relámpagos.

Pero entonces Ryber susurró «no», y a Merik le dio un vuelco el estómago.

—No —repitió Merik. Le dio la vuelta a Kullen para mirarlo a la cara. El cabello del primer oficial estaba tan apelmazado por el sudor que el viento ni siquiera lo agitaba—. Eso no es una opción, Kullen. Ni se te ocurra.

—Pero es la única opción. Nubrevna necesita este… acuerdo comercial.

—Apenas puedes tenerte en pie.

—No necesito tenerme en pie —dijo Kullen— si me monto en la tormenta.

Merik sacudió la cabeza desesperadamente, preso del pánico, mientras Ryber susurraba una y otra vez:

—No lo hagas, por favor, no lo hagas, por favor, no lo hagas, por favor.

—¿Has olvidado lo que pasó la última vez que invocaste una tormenta? —Merik miró a Ryber en busca de apoyo, pero esta se había echado a llorar y Merik comprendió, con enfermiza certeza, que la muchacha ya se había resignado.

Pero ¿cómo? ¿Cómo podía rendirse tan deprisa, con tanta facilidad?

—No necesitamos el acuerdo comercial —insistió Merik—. Las tierras Nihar vuelven a ser fértiles. *Fértiles*, Kullen. Como almirante y como príncipe tuyo que soy, te ordeno que no lo hagas.

Las toses de Kullen disminuyeron. Tomó una larga y penosa bocanada de aire, que sonó a cuchillos y a fuego.

Y entonces sonrió. Una sonrisa plena, aterradora.

—Y como hermano de hilos tuyo que soy, elijo no escucharte. —Con un restallido de calor y poder, la magia cobró vida y los ojos de Kullen temblaron. Se estremecieron. Sus pupilas encogían… se desvanecían…

Un viento barrió la cubierta; al chocar contra Merik y Ryber, a punto estuvo de derribarlos. Merik ya no tenía alternativa.

Se arrancó la chaqueta y Ryber se acercó para agarrarla. El viento los zarandeó, pero los dos se agazaparon y caminaron: ella hacia la bodega, llevando la chaqueta de Merik, y él tambaleándose hacia el timón.

Mientras se colocaba en posición, al timón del buque de guerra de su padre, Merik rezó una vez más a Noden, pero esta vez para implorarle que Kullen y todos los demás miembros de su tripulación sobrevivieran a aquella noche.

Porque se avecinaba tormenta, y Merik no podía hacer nada para impedirlo.

* * *

Safi nunca había llevado a un caballo tan al límite. El sudor corría por los flancos de su yegua y el ruano de Iseult echaba espuma por la boca. En cualquier momento, alguno de los dos perdería una herradura o se torcería una pata, pero hasta que eso ocurriera, hasta que los animales cayeran rendidos de puro agotamiento, a Safi no le quedaba otra que seguir galopando por aquella carretera bordeada de acantilados.

Las alargadas sombras de las dos muchachas cabalgaban a su lado, proyectadas por el sol del amanecer, una llama pálida sobre el Jadansi que iluminaba una bahía tan amplia que Safi no alcanzaba a ver su final. Islas de roca desnuda, de todas las formas y tamaños posibles, salpicaban las luminosas aguas.

Los Cien Islotes.

La carretera iba descendiendo y trazando una curva hasta dar a parar al nivel del mar… y a Lejna. Después de un kilómetro de verdor, de repente habían regresado a un páramo desierto. Todo estaba demasiado en silencio. Demasiado muerto. A Safi no le gustaba el brillo de la piedra alertadora colgada de sus alforjas. Literalmente, estaban pidiendo a gritos que se fijaran en ellas.

—¿Alguien? —exclamó Safi, haciéndose oír sobre el rítmico martilleo de los cascos.

Iseult cerró los ojos fugazmente y volvió a abrirlos de par en par.

—Nadie. Todavía no.

Safi agarró las riendas con más fuerza, y acercó una mano a la empuñadura de su espada. «Solo hay que llegar al embarcadero». Eso era lo único que tenía que hacer.

—¡Un letrero! —ladró Iseult.

Safi entrecerró los ojos. Lo que antaño había sido un letrero ricamente decorado ahora pendía torcido de una columna de hierro. Era el cuarto que habían visto ya:

LEJNA: 1 KILÓMETRO

Un kilómetro: apenas unos minutos más. Pese a las lágrimas de

sus ojos por el viento y el polvo, pese al hecho de que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho de puro miedo, y pese a que Iseult y ella podían morir a manos de un brujo de la sangre de un momento a otro, Safi sonrió.

Tenía a su hermana de hilos a su lado. Eso era lo único que importaba, lo único que había importado siempre.

Su caballo dobló un recodo del camino y el bosque fantasma se abrió, dejando ver la ciudad que había más adelante. Lejna tenía forma de luna creciente: la ciudad parecía abrazar la costa. Las hileras de casas que bordeaban sus calles antaño habían estado llenas de color, pero ahora se caían a pedazos y sus tejados estaban combados y hundidos. Únicamente había tres embarcaderos en pie; de los demás solo quedaban postes solitarios y abandonados que asomaban entre las olas.

Safi azuzó a su yegua más deprisa. Con más fuerza. Iba a conseguirle a Merik aquel acuerdo comercial, maldito fuera tres veces.

—¿Ese es Merik? —preguntó Iseult, disolviendo las divagaciones de Safi.

Safi escudriñó el mar con la mirada, sintiendo un rayo de esperanza… hasta que vio el buque de guerra nubrevnés que avanzaba hacia la bahía de Lejna. Se movía a toda velocidad, y sus velas desplegadas tenían un brillo naranja bajo el sol.

La cubierta estaba repleta de marineros vestidos de verde.

La esperanza de Safi cayó a plomo hasta sus pies. Le gritó a Iseult que se detuviera y tiró de las riendas de su yegua para hacer lo mismo.

El ruano de Iseult frenó, levantando una columna de polvo, y las dos muchachas llevaron a sus caballos hasta el acantilado y entornaron los ojos. Los caballos resollaban de extenuación, pero todavía tenían las orejas erguidas.

—Creo que ese es el barco que les dejamos a los marstokíes —dijo finalmente Safi—. El barco de la princesa Vivía.

—Desde luego, parecen sus uniformes. Eso quiere decir que podríamos tener que vérnoslas con brujos del fuego.

Safi soltó un juramento y se pasó la mano ardiente por el rostro. Lo tenía áspero por el polvo. Todo estaba áspero: su garganta, sus ojos, su mente… y no dejaba de entrar más y más polvo. «¿Por qué hay tantos soldados en un solo barco?».

Restalló un trueno desde el sur, fugaz y ensordecedor. Safi giró la cabeza para mirar… y una nueva retahíla de juramentos brotó de sus labios.

Las nubes tormentosas se acercaban muy deprisa, y en la entrada de la bahía había más barcos: galeones de la Marina marstokí que esperaban en fila, como si quisieran proteger los Cien Islotes.

O impedir que el Jana entrara allí.

—Merik no podrá llegar navegando. —La yegua de Safi avanzó con un lento trote. El camino se desviaba tierra adentro; tal vez los bosques de pinos muertos las protegerían del vendaval y las ocultarían ante los ojos de los marineros marstokíes.

—Esa es la menor de nuestras preocupaciones —dijo Iseult, acelerando el ritmo de su ruano—. El primer barco casi está en el muelle de Lejna. Está claro que es una emboscada… —Se interrumpió cuando una nueva racha de viento las golpeó a Safi y a ella.

Las dos volvieron el rostro, tapándose los ojos y la cara. El aire se enredaba en sus ropas y su pelo, agitaba los arreos de sus caballos y silbaba entre las ramas marchitas. Lo único que no se doblegaba a la voluntad del viento era la luz de la piedra alertadora; Safi comprendió que seguramente era mejor guardarla. No le convenía llamar la atención de los marstokíes.

Mientras desataba la piedra de las alforjas, Iseult le preguntó:

—¿A qué embarcadero tienes que llegar?

Buena pregunta. Safi no tenía ni idea de cuál era el «séptimo embarcadero»: había demasiados postes vacíos como para saberlo.

—Habrá que probar con los tres que quedan. —Le dio unas palmadas a la yegua, que seguía húmeda de sudor pero parecía agradecer el trote. Guio a su montura hasta los pinos muertos—. ¿Alguna idea?

—Pues ahora que lo dices —respondió lentamente Iseult—,

puede que sí. ¿Recuerdas aquella vez, a las afueras de Veñaza? ¿Cuándo nos intercambiamos la ropa?

—¿Te refieres a cuando casi nos matan aquellos bastardos que odiaban a los matsíes, en una taberna?

—¡Justo! —Iseult acercó a su ruano al caballo de Safi; estaba claro que prefería no tener que comunicarle su plan a gritos. El cabello le caía sobre el rostro—. Les dimos a esos tipos lo que querían ver, ¿recuerdas? Pero la chica nomatsí a la que creían haber acorralado resultaste ser tú.

—Uno de nuestros trucos más ingeniosos. —Safi esbozó un tensa sonrisa, apartándose también el cabello rebelde de los ojos.

—¿No crees que podría funcionar el mismo plan ahora? —preguntó Iseult—. Todavía podemos intentar llegar a Lejna antes que ese barco, pero si no lo conseguimos…

—Y no parece que lo vayamos a conseguir.

—… podemos dejar a los caballos, esconder la piedra alertadora y separarnos. Yo seré el cebo y los atraeré al interior de la ciudad para que tú puedas ir a los embarcaderos. Cuando hayas pasado por los tres, ve a por la piedra alertadora, enciéndela e iré a buscarte.

—¿Qué? De eso nada. —Safi fulminó con la mirada a Iseult—. Es la peor idea que has tenido jamás. ¿Por qué ibas a ponerte tú en peligro…?

—De eso se trata —la interrumpió Iseult—. La tregua dice que no se puede matar a nadie en suelo extranjero, ¿verdad?

—También dice que no pueden desembarcar aquí, pero está claro que eso les da igual.

—En realidad, lo que dice la tregua es que no pueden desembarcar navíos *extranjeros* —replicó Iseult—. El suyo no es extranjero.

—¡A eso me refiero, Is! Están burlando esa cláusula, ¿qué les impide hacer lo mismo con el resto? Ni siquiera sabemos si les importa romper la tregua.

Eso consiguió que Iseult se quedara callada un momento (gracias a los dioses), pero cuando Safi alzó las riendas para reanudar la marcha, Iseult levantó una mano.

—Las piedras hilanderas —dijo sin más—. Sabrás si estoy en peligro gracias a tu piedra hilandera. Si se ilumina, puedes venir a rescatarme.

—No…

—Sí. —Una sonrisa asomó en la comisura de la boca de Iseult mientras sacaba su piedra hilandera y la apretaba con fuerza—. Sabes que el plan podría funcionar, y es la única estrategia decente que se me ocurre. Demos gracias de que Lejna sea una ciudad fantasma; así nadie puede resultar herido.

—Salvo nosotras, querrás decir.

—Deja de discutir y desvístete. —Iseult bajó de su silla y ató las riendas a una rama, antes de empezar a desabotonarse la blusa—. Se avecina tormenta, Safi, y tú estás en el centro. Yo seré la mano derecha y tú la izquierda.

«La mano izquierda confía en la derecha», solía decir Mathew. «La mano izquierda no mira atrás hasta que la bolsa ya está robada».

Iseult siempre había sido la mano izquierda; siempre había confiado hasta el final en que Safi creara una distracción. Ahora le tocaba a Safi.

El aire cargado atravesó el bosque, azotando a Safi, arremolinándose a su alrededor… y a sus espaldas. Miró de reojo hacia atrás, con los ojos húmedos. Las nubes tormentosas, negras como la pez, avanzaban sobre las copas de los árboles.

—Esto no me gusta —dijo Safi, desgañitándose para hacerse oír —. De hecho, lo *odio*. Todo ello: la tormenta y el plan. ¿Por qué tenemos que hacerlo las dos? ¿Por qué no solo yo?

—Porque nosotras no somos así —le respondió Iseult a gritos—. Yo siempre te seguiré, Safi, y tú siempre me seguirás a mí. Hermanas de hilos hasta el fin.

Un impulso ardiente y feroz brotó en los pulmones de Safi al oír esas palabras. Quería decirle a Iseult todo lo que sentía: gratitud, amor, terror, fe… pero no lo hizo. Se limitó a sonreír sombríamente.

—Hermanas de hilos hasta el fin.

Y entonces hizo lo que Iseult le había ordenado: desmontó y

empezó a desvestirse.

* * *

Aeduan detectó el olor de su vieja mentara a un kilómetro de distancia. Su esencia (fría agua de manantial y acantilados salados) era inconfundible. Era tan familiar para Aeduan como el latido de su propio corazón.

Y tan inevitable como la muerte, a menos que Aeduan estuviera dispuesto a desviarse del camino (y no lo estaba) o a matarla allí mismo (y tampoco lo estaba).

Estaba a un kilómetro de ella; el trayecto transcurrió en una mancha borrosa de bosque verde y piedra amarillenta, luz antelucana y tormenta marina. Cuando llegó al punto más estrecho del camino, un lugar bordeado de salientes rocosos a un lado y acantilados azotados por las olas al otro, Aeduan dejó de espolear su propia sangre. Devolvió a su cuerpo el control de su pulso y sus músculos y frenó hasta detenerse.

La monja Evrane estaba ante él, inmóvil como una estatua. El único movimiento era el del cálido viento que le agitaba el pelo y la capa Carawen. Le faltaban todos los cuchillos de su tahalí salvo dos. Tampoco veía su espada.

La vieja monja no había cambiado nada en los dos años que habían pasado desde que Aeduan abandonara el monasterio. Tenía el rostro algo más tostado, quizás, y se la veía cansada, como si llevara días sin dormir. Semanas, incluso. Pero su cabello era tan plateado como siempre.

Y su expresión, tan gentil y compasiva como Aeduan la recordaba.

Eso le enfureció. Ella nunca había tenido derecho a preocuparse por él… y desde luego tampoco lo tenía ahora.

—Ha pasado demasiado tiempo —dijo con aquella voz áspera suya—. Has crecido.

Aeduan notó que su mandíbula se crispaba y le temblaban los ojos.

—Hazte a un lado.

—Sabes que no puedo hacer eso, Aeduan.

Este desenvainó su espada; el sonido fue un tenue susurro en comparación con el estruendo de las olas.

—Te mataré.

—Pero te costará trabajo. —Evrane levantó la muñeca y una hoja de aspecto temible apareció en su mano. Retrocedió un paso y se colocó en posición defensiva—. Has olvidado quién te adiestró.

—Y tú has olvidado mi brujería, monja Evrane. —Aeduan desenvainó su daga de mano izquierda de la cintura y, flexionando las rodillas, imitó la pose de Evrane.

Con un veloz giro, Evrane hizo volar su capa. Era una distracción, sin duda, pero Aeduan tenía los ojos fijos en su mano. Después de todo, era ella la que le había enseñado que la clave de una pelea a cuchillo era controlar la mano armada.

Evrane se lanzó al ataque y él se agazapó para recibirla.

Pero no fue la hoja de Evrane lo que llegó, sino su pie: el tacón de su bota le golpeó el cuello y, acto seguido, Evrane le atacó con el cuchillo.

Aeduan retrocedió, pero no tan deprisa como habría querido, como habría hecho de haber estado luchando contra cualquier otro que no fuera ella.

Con un acelerón de su magia, Aeduan retrocedió diez pasos a toda velocidad, asegurándose de estar a suficiente distancia de ella. Solo entonces bajó la mirada.

El cuchillo le había alcanzado: tenía cuatro tajos poco profundos. Su brujería los curaría aunque él no quisiera. Malgastaría su poder en heridas superficiales e inofensivas.

—Ya sabes quiénes son —dijo Evrane, caminando con calma hacia Aeduan—. Tu deber es protejerlas, tal como juraste.

Aeduan la observó, bajando la cabeza.

—¿Así que has oído los rumores? Te aseguro, monja Evrane, que ellas no son Cahr Awen. Las dos son brujas del éter.

—No importa. —Evrane sonrió con una terrorífica sonrisa de éxtasis y violencia embriagadora—. Habremos malinterpretado los registros y no hace falta ningún brujo del vacío. Lo he visto, Aeduan: esas dos muchachas han despertado el Pozo Originario de Nubrevna…

Aeduan atacó entonces, extendiendo la espada, pero por algún motivo, su estocada no fue tan profunda como debería. No enarcó la espada en el último segundo ni arrojó rápidamente sus cuchillos. Se limitó a extender el arma y, como era de esperar, Evrane se echó hacia la izquierda y detuvo el golpe con facilidad.

—Fueron nadando hasta el centro del manantial —dijo Evrane.

—Imposible. —Aeduan giró hacia la izquierda.

—Las vi yo misma. Vi cómo la magia se encendía y la tierra temblaba. —Atacó a Aeduan con sus cuchillos, y después le dio un puntapié en la rodilla.

En la puntera de la bota tenía una cuchilla oculta.

Aeduan sintió un estallido de dolor en la pierna, y manó sangre. Reprimió un rugido y se echó a un lado antes de que le alcanzaran más hojas.

Evrane estaba intentando cansarlo, causarle heridas menores que lo ralentizaran.

Pero Evrane respiraba pesadamente, algo que habría sido impensable dos años antes. Estaba cansada. Nunca podría aguantar más que Aeduan. A pesar de sus ataques veloces e implacables. A pesar de que él no se estuviera empleando a fondo.

—Lo que has visto —dijo Aeduan, retrocediendo— es lo que querías ver. El pozo nunca les permitiría alcanzar su centro.

—Pero así fue. —Evrane se detuvo, con las manos y las armas listas y su mirada exultante clavada en Aeduan—. Esas chicas tocaron la fuente del manantial y este se despertó. Y entonces las aguas sanaron a Iseult.

«Iseult». La muchacha nomatsí sin esencia sanguínea.

Ella no era una de los sagrados Cahr Awen. Aeduan se negaba a creerlo. Era demasiado corriente. Demasiado oscura.

En cuanto a la bruja de la verdad, si realmente fuera la otra

mitad de los Cahr Awen, entregársela a su padre equivaldría a romper sus votos Carawen. La sola idea de hacerlo encendió la ira en las venas de Aeduan. No pensaba perderlo todo solo porque la monja Evrane fuera una vieja necia, crédula y desesperada.

Con un estallido de velocidad, Aeduan lanzó un cuchillo arrojadizo.

Evrane lo desvió en el aire y aprovechó la inercia del movimiento para arrojar uno de los suyos.

Aeduan se echó hacia la izquierda, atrapó el cuchillo y se lo devolvió.

Pero Evrane ya ascendía por el saliente rocoso, aprovechando el terreno en su beneficio. Trepó con facilidad por las rocas, desenvainó su estilete (su última arma) y se abalanzó sobre Aeduan.

Este se echó hacia delante, dando una voltereta y pasando por debajo de ella. Se puso de pie y lanzó un tajo con la espada…

La hoja chocó contra el estilete de Evrane, inmovilizándolo. El brazo de la monja temblaba. Su pequeño estilete no podía medirse con una espada; su fuerza no podía medirse con la de Aeduan.

—Recuerda… quién eres —dijo ella entre dientes. El acero de la espada de Aeduan se deslizaba… acercándose más y más a ella. En cualquier momento, el codo de Evrane cedería y la espada de Aeduan le cortaría el cuello—. Las Cahr Awen han venido a salvamos, Aeduan. Recuerda cuál es tu deber.

El estilete resbaló.

La espada de Aeduan descendió y se deslizó por su cuello…

Pero Aeduan la detuvo. Paró la hoja en la última fracción de segundo. La espada se manchó de sangre y Evrane abrió los ojos de par en par, sin aliento.

—Se acabó —dijo Aeduan. Bajó su espada y las gotas de sangre salpicaron el rostro de Evrane y el uniforme de Aeduan.

El rostro de Evrane se descompuso, y su mentora se convirtió en una anciana cansada ante sus ojos.

Era más de lo que Aeduan podía soportar; sin decir otra palabra, envainó su espada y echó a correr por el camino.

Pero mientras doblaba un recodo que se adentraba en el bosque,

y mientras los truenos restallaban mucho más cerca de lo que deberían, un acero se hincó en la espalda de Aeduan. Le arañó las costillas. Le perforó el pulmón derecho.

Reconoció la sensación: era un cuchillo arrojadizo Carawen, el mismo que él le había lanzado a Evrane momentos antes.

Dolía bastante, por no hablar de la sangre que se agolpaba en su garganta y le dificultaba la respiración. Pero Aeduan no pudo reprimir una sonrisa, porque Evrane seguía siendo tan implacable como siempre. *Eso* sí que no había cambiado.

TREINTA Y SIETE

Acabo nunca. Por la Madre Luna, más valía que Merik y su contrato merecieran la pena.

Aquel podía ser perfectamente el peor plan que Iseult había llevado

«Ochenta pasos», se dijo Iseult mientras observaba a los diecisiete marineros que marchaban hacia ella por la avenida marítima de Lejna. Otros doce descendían al primer embarcadero, donde había echado el ancla su barco.

Porque claro, como no podía ser de otra forma, los marstokíes habían llegado a la ciudad exactamente al mismo tiempo que Iseult y Safi. Y ahora los soldados, entre los cuales sin duda había brujos del fuego… o cosas peores, avanzaban hacia ella con un ímpetu aterrador.

Iseult no se movió. No retrocedió. Permaneció en el límite mismo de la ciudad. Cuando los marineros estuvieran a veinte pasos de distancia, se pondría en marcha. Sería distancia suficiente para llevarles ventaja, al menos hasta adentrarse en la ciudad.

Iseult había echado un buen vistazo al terreno al llegar, pero la mayor parte de su plan se basaba en conjeturas.

Gran parte de lo que creía saber sobre las calles adoquinadas y los atajos de Lejna podía ser erróneo, y si aquellos huecos entre los

tejados resultaban no ser calles y aquel gran hueco cuadrado no era un patio central… en pocas palabras, habría metido la pata.

Ese no era el único agujero de su plan. Por ejemplo, la pañoleta blanca que se había hecho con un retal de la camisa de Safi (para taparse el pelo) podría salir volando con todo aquel viento. Además había escogido un callejón espantoso: estaba sumido en sombras oscuras y la cuesta era muy empinada.

Y uno más: su posición era excesivamente vulnerable, con los brazos en alto y el sable aún envainado.

«Sesenta pasos». Ya veía los ojos de los marinos. Tampoco podía ignorar el brillo de sus sables extendidos ni el impaciente color púrpura de sus hilos.

«No te van a matar», se recordó a sí misma por enésima vez. «Estabilidad. Estabilidad en los dedos de las manos y los pies».

Iseult sentía los hilos de Safi detrás de ella, ardiendo con el verde oscuro del apresto mientras se deslizaba entre las sombras del bosque. Si Safi estaba preparada, Iseult también lo estaría. Iniciar, completar… pero esta vez al revés.

«Treinta pasos».

Iseult clavó los talones en el suelo, tomó aire…

«Veinte pasos».

Y echó a correr.

Las sombras se la tragaron entera, pero más adelante brillaba una luz gris. Adoquines y escaparates.

Los pasos la seguían. Pese a que sus botas eran ligeras y que los ensordecedores truenos se acercaban cada vez más, el redoble de los pies marstokíes era inconfundible.

Iseult frenó al final del callejón y giró bruscamente a la derecha. «Una calle amplia». Era exactamente lo que había esperado.

Ascendía en diagonal, desembocando a lo lejos en algún lugar que tal vez podría ser un patio.

Más valía que fuera un patio.

Pasó de largo junto a puertas rotas y ventanas hechas añicos. El viento parecía darle impulso. También había empezado a llover. Las gotas de agua salpicaban las calles, cubriendo los adoquines con una

fina capa resbaladiza.

Iseult dedicó un rinconcito de su mente a tener en cuenta la lluvia cuando llegara al patio. Afectaría a su táctica…

O no, ya que decididamente se acercaban más hombres desde la siguiente calle. Los del muelle debían de haber atajado por la colina para cortarle el paso.

Iseult se había metido sola en un callejón sin salida, y su plan se había echado a perder antes de empezar.

No, no. No podía dejar que el pánico se apoderara de ella. Lo único que necesitaba era un momento, un breve segundo sin marstokíes pisándole los talones.

Iseult giró repentinamente a la izquierda; sus pies resbalaron, cayó hacia delante… y se agarró a un poste indicador para mantener el equilibrio. Perdió un tiempo precioso, pero precisamente por eso no podía perder el que le quedaba en lamentarse. Tomando aire, obligó a sus piernas a correr a toda velocidad una vez más. Seguro que aquel callejón la llevaría hasta otra calle principal. Seguro que encontraría un momento para pensar.

Iseult se concentró en cada uno de los adoquines, en poner un pie delante del otro, en tomar aire una vez… y otra. «Estabilidad. Estabilidad». Podía lograrlo.

Giró para entrar en otra amplia avenida.

En la cual había *más* marstokíes que se acercaban a toda prisa desde otro callejón. Corrían hacia ella en fila. Estaba atrapada. O…

Iseult se lanzó a la izquierda y atravesó una puerta rota.

El impacto le provocó un estallido de dolor en el hombro. Se mordió la lengua, llenándose la boca y la mente con el ladrido de dolor y el gusto a sangre. Era justamente la distracción que necesitaba. La invadió una calma fugaz que le permitió inspeccionar el terreno: una tienda con mostrador y una puerta al fondo.

Iseult saltó por encima del mostrador. En ese momento, la ventana explotó y la tormenta entró por ella.

Los soldados también entraron, pero Iseult ya estaba incorporándose y saliendo por la puerta trasera hasta un callejón. Giró a la derecha a toda velocidad. Sobre su cabeza veía el destello

de los rayos y oía el silbido del viento, pero los edificios la protegían.

Iseult llegó a una esquina, la rodeó… y unos dardos envenenados se clavaron en la pared que tenía a sus espaldas. Habían entrado en acción los brujos de los venenos. Los víboras marstokíes.

De pronto, los edificios desaparecieron. La luz y el viento cayeron sobre ella. Iseult se encontraba en un patio. El patio que había estado esperando. En el centro había una vieja fuente deslucida y sucia. La estatua era del dios nubrevnés Noden, todo músculos tallados y cabello ensortijado, sentado sobre su trono de coral.

Iseult se subió de un salto al borde del pilón, que estaba resbaladizo por las algas y la mierda de pájaro. La humedad de la piedra le ayudó para volverse hacia los marstokíes, pero dejaba mucho que desear en cuanto a estabilidad.

Mientras tanto, los marinos avanzaban hacia Iseult, una marea de uniformes empapados e hilos decididos. Algunos pequeños y ágiles, otros anchos y membrudos; unos decididamente femeninos y otros que podían ser cualquier cosa.

Con el viento, la lluvia y las nubes negras que se cernían sobre ellos, el oído de Iseult era inútil y su piel húmeda estaba entumecida.

Entonces los primeros soldados llegaron al patio… y frenaron. Se detuvieron con precaución, y una voz de mujer bramó sobre el aullido de la tempestad:

—¡No es ella!

A Iseult se le hizo un nudo en el estómago. Se llevó la mano a la cabeza. El pañuelo había desaparecido. Su cabello negro estaba empapado y totalmente visible.

—¡Encontrad a la domna! —ordenó la mujer—. ¡Volved al muelle!

El hielo que Iseult sentía en el estómago se extendió por su cuerpo. La dejó sin aire. ¿Iban a marcharse sin más?

—¡Esperad! —vociferó, bajando de un salto de la fuente. Si conseguía entretener a unos cuantos y mantenerlos allí, tal vez Safi aún podría lograrlo.

Iseult se lanzó tras los soldados en retirada. Varios se habían detenido y se daban la vuelta muy muy despacio. Iseult echó mano a su espada, lista para atacar.

Hasta que un chasquido abrasador la atravesó. Inmediatamente notó una distensión en los hilos, tan repentina y violenta que a Iseult casi le fallaron las rodillas.

En apenas un segundo, incontables hilos se habían partido sin más. Se habían quebrado.

Se habían sajado.

El soldado más cercano terminó de darse la vuelta y miró a Iseult. Tenía los ojos negros y la piel le bullía.

Empezó a hacerse jirones las mangas y la carne con las manos, mientras a su espalda más y más soldados se daban la vuelta hacia Iseult.

Todos ellos se estaban sajando.

TREINTA Y OCHO

Escondida tras un aliso descolorido, Safi observaba la ruinosa avenida portuaria. Daba golpes en el suelo con los pies y hundía las uñas en la áspera corteza. El impulso de ayudar a Iseult prácticamente le desgarraba el espinazo.

Pero se ciñó al plan y esperó a que todos y cada uno de los marstokíes siguieran a Iseult por el callejón antes de echar a correr hacia Lejna.

Mantuvo la vista fija en el barco que se balanceaba violentamente en el primer embarcadero. Varios marinos caminaban por cubierta, pero estaban demasiado ocupados con la inminente tormenta como para fijarse en Safi. Aun así, Safi desenvainó su espada Carawen, por si acaso.

Sus ojos oscilaban entre la carretera y el embarcadero más cercano. Vacío, vacío… no había ni un alma en ninguno. Uno de aquellos tenía que ser el séptimo embarcadero que el tío Eron había especificado en su contrato.

De todas formas, a esas alturas a Safi no le habría sorprendido descubrir que el séptimo muelle no existía, que el tío Eron nunca había tenido la menor intención de cumplir con su parte del trato.

Pues su tío iba a volver trasquilado, porque Safi estaba decidida a

conseguirle a Merik aquel contrato, aunque vinieran a por ella las llamas infernales o los peces bruja.

Un goterón de lluvia le cayó en la cabeza justo cuando pisaba los primeros adoquines. Miró de reojo el cielo y soltó un juramento. La tormenta casi había llegado a Lejna, y definitivamente aquellas nubes negras no eran naturales.

«¿Qué estás haciendo, príncipe?».

La lluvia arreciaba. Una repentina ola cayó sobre el muelle, sumergiendo el primer embarcadero y cubriendo de fango los adoquines.

Al garete con el sigilo, pues. Safi apretó el paso… y enseguida echó a correr. Con el ritmo que estaba alcanzando la tormenta, los tres embarcaderos quedarían sumergidos por completo en unos minutos.

Safi llegó a la primera tarima de madera. Estaba cubierta de algas y crujía de forma alarmante bajo sus botas. Avanzó cuatro pasos sin dejar de mirar el buque de guerra que se mecía al fondo del muelle y se dio la vuelta, lista para echar a correr hacia el siguiente.

Pero el suelo estaba resbaladizo, las olas eran demasiado violentas y el viento demasiado fuerte. Safi estaba tan concentrada en dónde ponía los pies, en cuándo saltar para esquivar la siguiente ola, que no se fijó en la silueta oscura que se acercaba.

Hasta que Safi regresó a la calle no se fijó en el víbora marstokí, a treinta pasos de distancia, que se interponía entre ella y el siguiente embarcadero.

—¡Si te rindes —gritó el víbora, con una voz y unas formas decididamente femeninas— nadie saldrá herido!

«No, gracias», pensó Safi, blandiendo su espada. Aquella mujer estaba desarmada, y Safi no.

—¡Te estoy dando una oportunidad, bruja de la verdad! ¡O te unes a Marstok como aliada o mueres como enemiga!

Safi casi se echó a reír, con una carcajada oscura y rabiosa, porque *aquel* era el momento que llevaba toda su vida esperando: el momento en que su brujería le pondría una diana en la frente y vendrían soldados a capturarla.

La verdad es que siempre había supuesto que esos soldados serían bardas infernales, pero los víboras también servían.

Safi se colocó en guardia, lista para atacar. Destelló un relámpago. No pudo evitar parpadear, y cuando volvió a abrir los ojos, el viento la azotaba. La lluvia la apuñalaba. Y, por supuesto, la mujer ya no estaba desarmada. Hacía un momento no tenía nada en las manos, pero ahora blandía un mangual, con una bola de hierro del tamaño del cráneo de Safi.

—¿De dónde puñetas has sacado eso? —murmuró Safi—. ¿Esa bola tiene púas? —Retrocedió de un brinco, aunque el viento apenas la dejaba moverse, y consideró por un instante si el acero Carawen sería lo bastante fuerte para atravesar el hierro.

Concluyó que no lo era justo cuando aquella espinosa masa mortal volaba hacia su cabeza.

Safi se echó a un lado para esquivarla. El mangual pasó silbando junto a su frente, y una de las púas le rasgó la piel. La sangre le cayó en los ojos, y durante una fracción de segundo, las palabras del contrato aparecieron en su mente: *Todas las negociaciones quedarán anuladas en caso de que se derrame la sangre de la pasajera*.

Pero un segundo después, la bota de la víbora se acercaba al rostro de Safi, y esta ya no tuvo tiempo para pensar.

Safi apartó el pie de la víbora de un codazo, consiguiendo desequilibrar a la mujer y que esta bajara el mangual.

Safi golpeó la cadena de metal con su espada. Creía que la inercia de la bola haría que la cadena se enrollara en su espada, permitiéndole desarmar a la víbora… pero el hierro pareció fundirse… deslizarse sobre su acero… y recuperar la forma al otro lado.

Safi parpadeó para quitarse la sangre y la lluvia de los ojos. Seguro que su vista la engañaba. Pero no. La mujer ahora estaba fundiendo los eslabones de la cadena con la bola de hierro, agrandando el mangual y alargando sus púas.

«Oh, mierda». Safi se enfrentaba a una bruja del hierro. «Mierda, mierda, mierda». Había subestimado por completo a su oponente. No podía luchar sola contra aquella mujer. El acero

Carawen no dejaba de ser hierro, así que su única oportunidad era dejar la espada, eludir a la víbora y correr como si el vacío le pisara los talones.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Arrojó su espada lateralmente, pidiéndole disculpas mentalmente a Evrane, y cuando la víbora blandió su mangual, atacando los muslos de Safi, esta saltó tan alto como pudo.

Pero no fue suficiente. El mangual se acercaba a sus tobillos; el hierro y las púas estaban a punto de aplastarle los huesos.

El instinto se apoderó de ella. En medio del salto, Safi giró y estiró la pierna derecha, impactando con el talón en la garganta de la víbora.

No tuvo oportunidad de ver lo que pasaba después. Un fuerte viento sopló a sus espaldas, y antes de darse cuenta estaba volando por encima de la víbora, *transportada* por la tormenta. Los adoquines se acercaron a su cara muy deprisa, demasiado, y Safi se estrelló. El dolor recorrió todo su cuerpo.

Llovía. Los relámpagos siseaban y restallaban, arrastrados por aquel viento huracanado.

Safi se puso en pie a duras penas y parpadeó para apartar el agua y el dolor que le hacía castañetear los dientes. Echó a andar otra vez, con paso decidido, hacia el segundo embarcadero.

Como la vez anterior, avanzó cuatro pasos por la tarima de madera antes de regresar rápidamente al muelle.

La víbora ya estaba allí.

De modo que Safi hizo lo único que se le ocurría. Levantó las manos y exclamó:

—¡Me rindo!

Pero la víbora no bajó su mangual.

—¡Deja que te encadene, bruja de la verdad, y te creeré!

—¿Bruja de la verdad? —dijo Safi, encogiéndose de hombros con gesto inocente—. ¡Creo que te has equivocado de chica! —«Falso», susurró su magia—. ¡Yo no soy más que una domna, y ni siquiera de unas tierras decentes!

—No vas a engañarme —rugió la mujer. Su uniforme se agitaba

con el viento, que le desenrollaba el pañuelo, haciéndolo ondear como una bandera negra.

Por algún motivo, Safi no podía dejar de mirar aquella tela negra… ni acallar su brujería. «¡Falso, falso, falso!», gritaba una y otra vez. «¡No, no, no!». Era una reacción demasiado intensa para una simple mentira.

Y entonces Safi lo entendió. Lo reconoció.

«La sajadura».

En cuanto esas palabras cruzaron su mente, el cielo explotó.

Una oleada de luz y calor brotó de las nubes, cubriendo toda imagen, tragándose todo sonido, enmascarando toda sensación.

A Safi le fallaron las rodillas. Cayó hacia delante, parpadeando, estirando los brazos y luchando por no perder la noción de dónde estaba ella, de dónde estaba la víbora…

Y por encima de todo, saber quién se estaba sajando.

Una imagen borrosa apareció: la víbora. Estaba de rodillas y se miraba los brazos con horror, unos brazos cuyas mangas estaban arrancadas.

¿La sajada era aquella mujer?

Safi empleó todas sus fuerzas en sentarse erguida, en luchar contra el viento y la energía para poder observar a la mujer en busca de indicios de aceite o de sangre negra…

Y entonces se dio cuenta de que el pañuelo de la víbora había desaparecido. Se había desenrollado del todo y ahora el cabello negro de la mujer flotaba en todas direcciones, enmarcando un rostro broncíneo, afilado y hermoso.

Safi tenía delante a la emperatriz de Marstok.

* * *

La tormenta embrujada había afectado a la magia de Aeduan, embotando la esencia de Safiya. O tal vez la muchacha se hubiera vuelto a proteger con fibras de salamandra. Fuera como fuera, no

había tenido más remedio que dejar a un lado su poder y limitarse a seguir a los marstokíes por Lejna, confiando en que le condujeran hasta Safiya. Cuando se dio cuenta de que los marinos convergían en un patio, se encaramó a los tejados para ver mejor y, con un poco de suerte, para moverse con más rapidez.

Pero cuando Aeduan llegó al patio, vio que los marinos regresaban rápidamente hacia el mar… y que la muchacha nomatsí que carecía de esencia sanguínea estaba al lado de una estatua del dios nubrevnés. Los había burlado a todos. Era un señuelo.

Aeduan maldijo, extendiendo de inmediato su magia para buscar a la bruja de la verdad. Ya se ocuparía más tarde de la chica nomatsí. Pero entonces Aeduan captó la esencia de algo familiar: «heridas negras y muerte rota. Dolor y mugre y hambre infinita».

Sajados.

La brujería de Aeduan quedó en segundo plano, entumecida fugazmente por la sorpresa. Por la repugnancia, mientras los marstokíes se arrancaban los uniformes. Mientras el aceite negro bullía bajo su piel. Mientras la muchacha nomatsí se disponía a enfrentarse a ellos.

Aeduan sabía que debía largarse ya mismo. Pero no lo hizo. Esperó. Observó… y tomó una decisión.

Un gruñido brotó de sus labios. Aquello era obra de la Titiritera. Aeduan ya reconocía su firma a esas alturas. Había averiguado dónde estaba la bruja de la verdad y ahora intentaba ayudar a Aeduan a su manera, con su estilo retorcido y sajador.

Y por eso, si Iseult moría allí, la culpa sería de Aeduan; y eso era justamente lo contrario de saldar una deuda vital.

Aeduan corrió hasta el extremo del tejado y saltó. Voló tres pisos hasta la fuente. El fuerte viento le silbaba en los oídos. Cuando su pie derecho tocó tierra, transformó la energía de la caída en una voltereta y se puso de pie, con el tiempo justo para frenar y no estamparse contra la bruja de los hilos.

La cual descargaba su sable contra la cabeza de Aeduan. Este se agachó y el acero cortó el aire con un silbido.

—¡No! —Fue todo lo que pudo decir antes de desenvainar su

propia espada y volverse hacia el primer sajado. El hombre era un víbora; se había arrancado la capucha negra y su piel estaba aceitosa y palpitante. Lanzó dentelladas al aire, en busca de algo digno de ser devorado.

Aeduan le atravesó el hombro al víbora con su hoja… y la liberó de un tirón. El ácido caliente salpicó la capa de Aeduan, pero una gota le cayó en la cara descubierta, quemándole la mejilla.

«Así que es verdad que su sangre es venenosa».

No había tiempo para reflexionar sobre su hallazgo. El sajado ya se estaba arrastrando hacia él. Su sangre ácida le corroía el uniforme, dejando al descubierto un pecho y unos brazos a punto de reventar por las pústulas.

—¡La cabeza! —gritó la muchacha antes de lanzar un tajo con su sable.

El acero alcanzó la carne. Atravesó nervios y huesos. La cabeza del víbora salió volando y su cuerpo se tambaleó con indecisión mientras el ácido brotaba como una fuente. Salpicó las ropas de la muchacha, devorando el tejido. Ella retrocedió… y le dio una patada al cuerpo decapitado, que se derrumbó.

La chica miró boquiabierta sus mangas, como si le sorprendieran aquellos agujeros. «Necia». ¿No había visto lo que hacía el ácido? Era culpa suya haberse expuesto de esa forma. Pero, aun así, la boca de Aeduan se abrió y las palabras «ponte detrás de mí» salieron de su garganta.

Acto seguido se giró hacia otros cuatro marstokíes y se puso manos a la obra. Se lanzaron contra Aeduan… y, por supuesto, la estúpida bruja de los hilos no se quedó atrás, como le había dicho. En vez de eso se abalanzó sobre ellos, blandiendo su espada a la altura del cuello.

Y falló; el sajado más cercano retrocedió de un salto con una velocidad antinatural. «Un brujo del viento», comprendió Aeduan mientras estocaba con su propia espada. El hombre volvió a saltar; su piel negra bullía.

El viento golpeó a Aeduan, que retrocedió hacia la fuente. La bruja de los hilos también fue zarandeada, aunque mantuvo la

posición algo mejor.

Un crujido ensordecedor surgió a espaldas de Aeduan. Tuvo el tiempo justo para darse la vuelta y ver la grieta que surcaba la fuente, antes de que la bruja de los hilos le agarrara de la capa y tirara con fuerza.

La fuente explotó en un borrón de piedra añeja y agua, pero Aeduan y la muchacha llamada Iseult ya corrían a toda velocidad hacia el callejón más cercano. Evidentemente, uno de aquellos marstokíes era brujo de las mareas, y ahora que tenía materia prima, Aeduan no sería rival para él.

Un viento embrujado golpeó la espalda de Aeduan como un cuchillo, buscando rasgarle la piel. Pero la capa de Aeduan le protegió, y también a la chica.

Aeduan bombeó más sangre hacia sus piernas y empujó a Iseult.

—¡Derecha! —bramó, y ella se deslizó hacia la siguiente calle.

La lluvia era intensa. Casi dolorosa. Aumentaría el poder del brujo de las mareas sajado. Un chillido inhumano se alzó por encima de las calles. Varios gritos. Decenas, tal vez.

—¡Izquierda! —ladró Aeduan al llegar al siguiente cruce bañado en sombras. No tenía ni idea de adonde iba; solo sabía que necesitaba poner mayor distancia entre él y los sajados. Podía ocultar a la chica nomatsí hasta que todo aquello terminara.

Sí. Aeduan saldaría la deuda que tenía con Iseult y después no volvería a pensar en ella jamás. No era una Cahr Awen; no era problema suyo.

Aeduan se fijó en un umbral escondido al final de la calle. La puerta colgaba de sus goznes, torcida.

—¡Allí! —gritó—. ¡Adentro!

La bruja de los hilos aminoró el ritmo y miró atrás, con los ojos como platos.

—Vamos. —Aeduan la agarró por el brazo con rudeza y bombeó su brujería a través de su propia sangre. Su velocidad se duplicó, el callejón se convirtió en una mancha borrosa y la muchacha gritó. Ella no corría tan deprisa ni podía acelerar su sangre.

Pero enseguida llegaron al umbral y él la empujó para que entrara, tiró de ella hacia el fondo de la casa y la llevó hasta una cocina; sus jadeos eran casi tan fuertes como el viento aullante y el golpeteo de la lluvia del exterior.

«Una despensa». Aeduan vio una alacena alta al fondo de la estancia, peligrosamente cerca de una ventana rota… pero era el único escondrijo a la vista. Empujó a la muchacha hacia la alacena.

—Métete dentro.

—No. —Ella se dio la vuelta para mirarlo—. ¿Qué pretendes?

—Saldar mi deuda. Me perdonaste la vida; ahora yo voy a salvarte a ti. —Con un movimiento de la muñeca, se desabrochó la capa de salamandra—. Cúbrete con esto. No podrán olerte. —Se la tendió.

—No.

—¿Eres sorda, o solamente tonta? Esos sajados están a punto de llegar. Confía en mí.

—No. —Sus ojos de color avellana temblaron, pero no de miedo. De obstinación.

—Confía. En. mí. —Aeduan habló en voz más baja, buscando con su oído y su magia cualquier indicio de los sajados. Llegarían en cualquier momento, y aquella nomatsí estaba empeñada en no moverse.

Y si no se movía, Aeduan no saldaría su deuda.

Por eso, recurrió a las únicas palabras que sabía con certeza que la harían reaccionar:

—*Mhe varujta* —dijo—. *Mhe varujta*.

Ella alzó las cejas.

—¿Cómo… cómo conoces esas palabras?

—Del mismo modo que tú. Ahora, entra. —Aeduan la empujó con brusquedad hacia la alacena. Se le había agotado la paciencia, y ya olía a los sajados. «Secretos manchados de sangre y mentiras encostradas de mugre».

La chica obedeció. Entró en la despensa y miró fijamente a Aeduan con aquel extraño rostro suyo. Él le lanzó su capa y ella la atrapó al vuelo.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar? —preguntó antes de mirarlo de arriba abajo—. Estás sangrando.

Aeduan miró de reojo las manchas de sangre de sus viejas heridas y de las que le había infligido Evrane.

—No es nada —murmuró, antes de cerrar con suavidad la puerta. Una sombra cubrió el rostro de la muchacha, pero Aeduan se detuvo antes de cerrar del todo.

—Mi deuda está saldada, bruja de los hilos. Si nuestros caminos vuelven a cruzarse, tenlo claro: te mataré.

—No, no lo harás —susurró ella mientras la puerta se cerraba.

Aeduan se obligó a permanecer callado. No merecía respuesta; se equivocaba seriamente si pensaba que Aeduan le perdonaría la vida.

Levantando la nariz y dando rienda suelta a su brujería de sangre, Aeduan se dio la vuelta y salió a un mundo de lluvia, viento y muerte.

* * *

Merik volaba preso de un terror ciego. Kullen casi había llegado a Lejna y se disponía a aterrizar en el primer embarcadero. Pero algo iba mal. Se había alejado de Merik más deprisa de lo que él era capaz de volar, con una violencia incontrolada que Merik nunca había visto en él y que lo había zarandeado furiosamente, mientras intentaba recuperar un mínimo control.

Cuando Merik llegó por fin a la ciudad, aterrizó violentamente en los restos astillados del primer embarcadero, donde había avistado a Kullen. Pero ahora no veía nada con aquella tormenta salvaje. Lo que le daba más miedo era que notaba su magia palpitando en sus entrañas. Le arañaba furiosamente bajo la piel, como si hubiera personas sajándose cerca. Como si también Merik estuviera a punto de caer por ese abismo.

Con grandes saltos, Merik cruzó el embarcadero hasta la ciudad.

Un relámpago iluminó un escaparate cercano, y Merik pudo ver a Kullen. Estaba arrodillado a la entrada de un callejón, y unas venas gruesas y cegadoras de electricidad pura recorrían todo su cuerpo. Cuando el relámpago se apagó, Kullen quedó oculto por el aire, el agua de mar, las algas y la arena.

Merik alcanzó la calle y se lanzó de cabeza hacia aquel muro giratorio de relámpagos y viento.

No… había algo más. Cristales y madera astillada. Kullen estaba derribando edificios enteros.

Merik chocó contra todo ello con un rugido de luz, sonido y energía que lo arrastró hacia el interior. El viento lo doblegaba. El agua lo golpeaba. La magia lo engullía.

Y Merik no podía resistirse. No era ni la mitad de poderoso que Kullen, y ahora que sentía que sus propios poderes podían sajarse de un momento a otro, Merik no podía hacer otra cosa que dejarse llevar.

El ciclón lo arrastró hacia lo alto, tan deprisa que le pareció que su estómago se quedaba en tierra. Subía y subía sin parar. Cerró los ojos con fuerza. Los escombros lo apaleaban y los cristales le arrancaban la piel expuesta.

Pero entonces la tormenta soltó a Merik tan rápido lo había absorbido. Los giros cesaron y el viento lo liberó. Pero la tormenta seguía tronando. Merik la oía, la sentía…

Por debajo de él.

Abrió los ojos y obligó a su brujería a mantenerlo en el aire el tiempo justo para evaluar lo que estaba pasando.

Merik estaba entre las nubes, muy por encima de la tormenta de Kullen. Pero el ciclón ascendía, absorbiendo las nubes que rodeaban a Merik. Muy pronto lo absorbería también a él.

Pero allí, a cientos de metros por debajo de él, había una mota negra en el centro de la tormenta. Kullen.

Sin pensar, Merik se impulsó hacia delante con una desesperada ráfaga de su propio viento. Después detuvo su poder y cayó en picado. Se desplomaba hacia las calles más deprisa de lo que había ascendido gracias a la tormenta. Mientras volaba por un mundo

infernal de tormentas embrujadas, no dejó que sus ojos llorosos perdieran de vista a su hermano de hilos.

Kullen lo vio. Estaba agazapado sobre los adoquines, al lado de un edificio que acababa de destruir… no, de un edificio que *todavía* estaba destruyendo. Kullen se agarró el pecho, inclinando la cabeza hacia atrás, y Merik supo que Kullen le había visto.

Kullen levantó las manos y una ráfaga de viento golpeó a Merik, atrapándolo en plena caída y depositándolo suavemente sobre la calle. En el ojo de la tormenta de Kullen.

En cuanto las: botas de Merik tocaron el suelo, se lanzó hacia su hermano de hilos. Kullen estaba arrodillado, con la cabeza gacha.

—¡Kullen! —exclamó Merik, desgañitándose para producir algún sonido que pudiese oírse por encima del trueno infinito de aquella tormenta, del derrumbe de los edificios y del estallido de las ventanas. Se arrodilló, clavándose esquirlas de cristal en la carne—. ¡Kullen! ¡Detén la tormenta! ¡Tienes que relajarte y detener la tormenta!

La única respuesta de Kullen fue un temblor en su espalda, un temblor que Merik conocía demasiado bien. Lo había visto demasiadas veces en su vida.

Merik tiró de su hermano de hilos para que se irguiera.

—¡Respira! —rugió—. ¡Respira!

Kullen volvió el rostro hacia Merik, moviendo inútilmente los labios. Tenía la piel grisácea y burbujeante…

Y los ojos tan negros como el acuático infierno de Noden.

Respirar no salvaría a Kullen de aquel ataque. El hermano de hilos de Merik se estaba sajando.

Durante un solo y agónico momento, Merik miró fijamente a su mejor amigo. Buscó en el rostro de Kullen algún indicio del hombre que conocía.

Kullen abrió la boca de par en par, mientras el ciclón gritaba con su misma furia, y su magia corrompida invadió a Merik, amenazando con sajarlo a él también.

Pero Merik no se amilanó ni se apartó de Kullen. La tormenta exterior no era nada en comparación con la que arreciaba en su

interior.

Los dedos de Kullen, repletos de pústulas reventadas que rezumaban sangre negra, aferraron la camisa de Merik.

—Mátame… —gruñó.

—No. —Era lo único que podía decir Merik. La única palabra capaz de contener todo lo que sentía.

Kullen lo soltó y, durante una breve fracción de segundo, la oscuridad de sus ojos se redujo. Sonrió a Merik con tristeza y desesperación.

—Adiós, majestad. Adiós, amigo mío.

Y entonces, convertido en una mancha borrosa de velocidad y poder, Kullen se levantó de un salto y salió volando del muelle a toda velocidad. El viento y los escombros cayeron sobre Merik, aplastándolo contra la calle y abrumando todos sus sentidos. Durante una eternidad, Merik no sintió ni fue nada más que el ciclón de Kullen.

Hasta que un gran chasquido fracturó aquel caos, precipitando una lluvia de madera y dolor.

Y el mundo de Merik se tiñó de negro.

TREINTA Y NUEVE

Iseult estaba sentada en la alacena con los ojos cerrados, expandiendo sus sentidos para buscar con su brujería algún indicio de vida. De los sajados.

En cuanto al brujo de la sangre llamado Aeduan, sus hilos seguían siendo tan invisibles como antes para Iseult. Solo mirándole a la cara podía hacerse alguna idea de lo que sentía; y por lo que había visto, no sentía nada en absoluto. Y aunque Iseult había confiado en que Aeduan no la mataría y que probablemente tampoco la dejaría como alimento para los sajados, allí no había *varujta*.

Mhe varujta. Era la frase más sagrada entre los nomatsíes, una expresión que significaba «confía en mí como si mi alma fuese la tuya».

Era lo que la Madre Luna le había dicho al pueblo nomatsí al guiarlo en su huida de las lejanas tierras orientales, arrasadas por la guerra. Era lo que los padres les decían a sus hijos al darles un beso de buenas noches. Lo que los hilos del corazón decían al pronunciar sus votos nupciales.

Que Aeduan conociera esa frase quería decir que había vivido con una tribu nomatsí… o que él mismo *era* nomatsí.

Pero el motivo era irrelevante. Había ayudado a Iseult y ahora se había marchado.

La magia de Iseult se erizó al presentir que un marstokí sajado pasaba junto a la ventana rota. Tres hebras de muerte se movían y se retorcían con él, iguales a las que había visto sobre aquel cadáver en Veñaza. Iguales a las que había visto a través de los ojos de la Titiritera.

Pero aquellos hilos eran más grandes. Más gruesos, y extrañamente largos. Se dividían en finos zarcillos que se desvanecían en el cielo, como los hilos de una marioneta sobre un escenario…

Iseult se quedó sin aliento. «La Titiritera». Aquello era obra de la Titiritera. Iseult estaba segura de que aquellos hilos segados se extendían hasta Poznin. La Titiritera había sajado a todos aquellos hombres desde muy lejos, aunque Iseult no sabía cómo.

Sí, sí que lo sabía. Lo había hecho con ayuda de Iseult.

«Todos esos planes y lugares que guardas en tu cerebro», había dicho la Titiritera, «han hecho muy feliz al rey saqueador. Por eso me ha encargado esta importante misión para mañana. De manera que gradas, eres tú quien ha hecho que esto sea posible».

La Titiritera se había dado cuenta de que Iseult y Safi se dirigían a Lejna, y había sajado a cuantos hombres había podido alcanzar.

De pronto, Iseult ardía bajo la capa. Se ahogaba en aquella alacena. El cerebro le quemaba. Debería haberse enfrentado a la Titiritera con mayor decisión. Debería haber evitado dormirse para alejarse de las sombrías garras de aquella mujer.

Iseult empezó a sentir náuseas…

Le entraron arcadas. Aquellos sajados ahora pesaban sobre su alma. Los había matado ella con su debilidad.

Un nuevo grupo de hilos aparecieron en la consciencia de Iseult. Unos hilos vivos y brillantes que se abrieron paso entre las náuseas de Iseult. Conocía aquellos hilos, aquella tonalidad característica del verde de la determinación y el ocre de la preocupación.

«Evrane». La monja estaba al otro lado de la ventana.

Iseult salió de la alacena sin perder un instante. No podía

permitir que Evrane también muriera. Salió de un salto por la ventana rota. El cristal roto le arañó la capa, pero la hebilla aguantó. Echó a correr por la estrecha calle, hacia la derecha, la dirección en la que sentía los hilos de Evrane.

La lluvia la azotaba y le ardía en la herida del rostro. La tormenta estaba empeorando; el cielo había cobrado vida. Toda la tempestad se arremolinaba y giraba en una única dirección: hacia el puerto.

A través de la lluvia, Iseult entrevió algo blanco. Obligó a sus piernas a acelerar más, gritando:

—¡Evrane!

La mancha blanca se detuvo. Se transformó en la silueta y el cabello plateado de Evrane. La monja miró hacia atrás; su rostro era una máscara de sorpresa, pero sus hilos brillaron con el azul del alivio.

Algo negro se movía por los tejados. Salía de un escaparate sombrío.

Los sajados.

—¡Detrás de ti! —exclamó Iseult, desenvainando su sable.

Era demasiado tarde. Los sajados cayeron sobre Evrane y la monja desapareció bajo una horda de muerte.

Iseult recorrió la calle tan deprisa como pudo, gritando y acuchillando sin parar. Sus armas cortaban cuellos y rajaban piernas. Las pústulas reventaban y su ácido siseaba en las paredes y en la capa de Iseult.

Pero ella siguió atacando, jadeando y cercenando, sin dejar de gritar el nombre de Evrane.

Hasta que ya no quedó nadie a quien matar. Los sajados huían… y allí donde Evrane había caído no quedaba más que una gran mancha roja.

Iseult se dio la vuelta, buscando desesperadamente en los umbrales y las sombras.

Pero no veía a la monja por ninguna parte.

Iseult cerró los ojos con fuerza y trató de buscar hilos. «Allí». Al otro lado del callejón más cercano había un grupo de hilos blancos

de miedo, en los que brillaba también el gris del dolor. Muchísimo dolor.

Iseult se enfrentó a la fuerza del viento, arrebujándose en la capa de Aeduan. Este le había dicho la verdad: los sajados eran incapaces de olería.

Llegó a un cruce de calles de casas estrechas. Había un reguero de sangre por el suelo, que empezaba a diluirse por la lluvia.

Iseult aceleró el paso y siguió el rastro de Evrane hasta donde pudo, pero el aguacero no tardó en hacer desaparecer por completo la sangre. Aunque se esforzó por detectar los hilos de la monja, también terminó por perderlos. Se movían muy deprisa. Mucho más deprisa de lo que Iseult podía desplazarse bajo aquella tormenta.

Iseult dio a parar a una calle que le resultaba familiar y avistó el puerto arrasado por las olas, algo más adelante. Estaba en el extremo oeste de la ciudad, el mismo por el que había entrado. La arena y la espuma del mar se abatían sobre ella; la tormenta arreciaba. La madera crujía y los edificios se desmoronaban.

Con un brazo en alto para protegerse el rostro, Iseult buscó desesperadamente algún indicio de Evrane. Un destello blanco en la tormenta o el movimiento de los hilos de la monja. Pero no veía nada. La tormenta lo devoraba todo. Iseult ya apenas era capaz de sentir a los sajados. De hecho, estos parecían estar huyendo de la ciudad a toda velocidad, rumbo al norte.

Un relámpago estalló. Los ojos de Iseult se cerraron para protegerse de la luz y del calor. Oía el estruendo de la magia por encima de su cabeza; le estremecía la piel y los pulmones. Se acurrucó contra la pared más cercana y se escondió bajo la capa.

Durante un segundo interminable, Iseult se quedó paralizada por la culpa. Por lo mucho que se odiaba a sí misma, a su magia y a la Titiritera.

Pero entonces la tempestad amainó. El ruido, la presión y la lluvia incesante se retiraron…

Y los hilos aparecieron en la consciencia de Iseult. Había hilos *vivos* cerca. Se irguió y salió de debajo de la capa; el ciclón se marchaba. Giraba en espiral sobre el mar, como una gran serpiente

negra.

Iseult avanzó cojeando hasta un callejón derruido, en busca de aquellos hilos supervivientes. Sus pies hicieron crujir el cristal hasta que, al fin, encontró al príncipe de Nubrevna, magullado, sangrando y atrapado debajo de los restos de un edificio destruido.

Pero seguía vivo, e Iseult seguía viva para salvarlo.

* * *

Una carcajada se revolvía en la garganta de Safi mientras miraba estupefacta a Vaness. Pues *claro* que era la emperatriz de Marstok. ¿Quién sino ella tendría agallas para luchar con un mangual? ¿Quién podía estar lo bastante loco como para perseguir a Safi personalmente?

Llovía. El viento soplaba con la fuerza de un buey, y las olas amenazaban con sumergir la calle entera. Un huracán rugía al otro extremo de la ciudad, pero Safi no despegó la mirada de la emperatriz Vaness. Si aquella mujer se sajaba…

Pero, por los dioses del subsuelo, ¿sería capaz de matar a una emperatriz?

Los ojos de Safi se desviaron al mangual, que estaba abandonado en el suelo, al alcance de la mano de Vaness. Si la emperatriz se estaba sajando, aquella arma era la única opción de Safi…

Vaness se quedó inmóvil. Dejó de rascarse los brazos. Se quedó totalmente quieta. Su mirada estaba fija más allá de Safi.

—Que los Doce me protejan —dijo.

«Si habla, es que no se está sajando», pensó Safi. A pesar de que la magia corrupta había invadido a Vaness, la emperatriz no había sucumbido.

Pero entonces Safi cometió el error de seguir la mirada de Vaness. La tempestad se alejaba, y una solitaria figura se encontraba en su centro. Los relámpagos recorrían su silueta negra, que se retorcía, se encorvaba y se lanzaba hacia el mar.

«Kullen».

Oh, dioses. Safi se tambaleó, pero se obligó a mantener la cabeza erguida para escudriñar la calle. No veía señales de Merik. No podía estar muerto. Pero antes de que Safi pudiera echar a correr en esa dirección, Vaness exclamó:

—Ríndete, bruja de la verdad.

«Mierda». Muy lentamente, Safi se volvió de nuevo hacia Vaness, que blandía ya su mangual.

Safi se humedeció los labios. Le sabían a sal y a sangre. Tal vez, si lograba distraer a Vaness, podría escabullirse.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué no enviáis a vuestros soldados a matarme? ¿Por qué os arriesgáis personalmente?

—Porque soy la sierva de mi pueblo. Si alguien tiene que ensuciarse las manos, siempre lo haré yo.

Safi parpadeó y se echó a reír, con una ronca carcajada de sorpresa. Parecía que Vaness era igualita que Merik a ese respecto. Pero…

—Esto es mucho más que… *ensuciaros* las manos, emperatriz. Casi os mata un huracán, y casi termináis sajada.

—Si mis enemigos te hubieran reclamado primero, podrías destruirme. Pero en mis manos, salvarás un reino. El mío. Para mí, eso es algo por lo que merece la pena morir.

«Ah». Safi suspiró al oír esas palabras, y algo antiguo y profundo despertó en su interior. «Uno por el bien de muchos». Ahora lo entendía.

—Ríndete. —Vaness agitó la mano, y la bola con púas osciló—. No puedes hacer nada.

«Mentira», susurró la magia de Safi. Con esa punzada de poder, todo lo acaecido en los últimos días la invadió. Una avalancha de palabras y mentiras que todo el mundo creía. Mentiras acerca de ella.

«… seguir viviendo la misma vida sin ambiciones con la que tanto has disfrutado siempre… No penséis solo en vos… Solo tú podrías ser tan imprudente… No puedes hacer nada…».

Entonces, un único pensamiento resplandeciente salió a la

superficie: «Si tú quisieras, Safiya, podrías dar forma al mundo».

Se lo había dicho el tío Eron, y Safi comprendió, casi riendo, que tenía razón. No estaba atrapada dentro de su piel y sus errores, y no tenía necesidad de cambiar quién era. Todo cuanto necesitaba lo tenía en su interior: las herramientas de Mathew y Habim (e incluso del tío Eron) y el amor firme e inquebrantable de su hermana de hilos.

Safi *podía* dar forma al mundo.

Y había llegado el momento de hacerlo.

Con un solo movimiento fluido, Safi trabó el tobillo de Vaness con su pie y le propinó un puñetazo en la nariz. Vaness cayó de espaldas sobre los adoquines de la calle.

Y Safi echó a correr directamente hacia el tercer embarcadero. Sin mirar atrás, sin pensar. *Esa* era la verdadera naturaleza de Safi, eso era lo que quería ser. Pensaba con las plantas de los pies, sentía con las palmas de las manos. Una masa de músculos y poder perfeccionada para luchar por la gente a la que amaba y por las causas en las que creía. Su vida no la había conducido hasta Veñaza ni hasta su huida del baile. La había conducido hasta aquella carrera en dirección al último embarcadero.

No era libertad lo que quería, sino creer en algo, tener una meta lo bastante grande por la que correr, luchar y esforzarse a cualquier precio.

Ahora tenía una meta. Corría por Nubrevna. Corría por Merik. Corría por Iseult. Corría por Kullen y Ryber y Mathew y Habim. Y por encima de todo, corría por sí misma.

Por el rabillo del ojo veía a los soldados que se acercaban, una mancha desdibujada de uniformes verdes que brotaban de las calles secundarias de Lejna. Pero eran demasiado lentos para atraparla antes de que Safi llegara a su objetivo.

Lo notaba en su brujería, en la esencia misma de su poder, y con cada grito explosivo de «verdad, verdad, verdad» que sentía en el pecho, Safi aguijoneaba a sus piernas para que corrieran más.

Estaba a diez pasos del embarcadero.

A cinco.

Algo pequeño y duro, como la empuñadura de un mangual, impactó contra la rodilla de Safi. Se cayó, pero el instinto tomó el mando. Se agachó para dar una voltereta muy poco elegante… y siguió corriendo a toda velocidad.

Pero entonces pisó el primer tablón del embarcadero, y el dolor la atenazó.

Era tan intenso que enmascaraba cualquier imagen.

Tan explosivo que engullía cualquier sonido.

Safi gritó. Cayó de bruces. Se aplastó los brazos bajo el tronco.

La *cabeza* erizada de púas del mangual la había golpeado en el pie izquierdo. Tenía los huesos aplastados. Sangraba.

Pero ya estaba en el embarcadero. Con sangre o sin ella, el contrato tenía que haberse cumplido. Tenía que haberse cumplido.

Por todas partes aparecieron botas negras. En unos segundos, dos víboras la auparon hasta ponerla de pie y le pusieron unas esposas.

Mientras la emperatriz se acercaba, ladrando órdenes en marstokí que a Safi le costaba demasiado comprender, le agradó comprobar que uno de los ojos de la emperatriz empezaba a amoratarse. Ah, y también le sangraba profusamente la nariz.

Los dos víboras aferraron los hombros de Safi, pese a que esta no habría podido huir (ni caminar) aunque lo hubiera intentado. De hecho, de no ser por las manos que la sujetaban, probablemente no habría podido ni tenerse en pie mientras Vaness se aproximaba.

Y aunque Safi solo tenía ganas de parpadear, de llorar, de *suplicar* que alguien le curara el pie, le sostuvo la mirada a Vaness.

Finalmente, Vaness sonrió; su sonrisa era *terrorífica* por toda la sangre que le goteaba entre los dientes.

—Ya no puedes escapar de mí.

—No… no lo pretendía —gruñó Safi, aunque en realidad lo único que quería era gritar. Se obligó a soltar una ronca carcajada—. Si es mi magia lo que queréis, emperatriz… si me creéis tan poderosa… os equivocáis. Sé distinguir la verdad de la mentira, pero nada más. E incluso cuando conozco la verdad… no siempre la *digo*.

Vaness tensó la mandíbula. Se inclinó hacia ella como

intentando leer los secretos que ocultaban los ojos de Safi.

—¿Qué haría falta para ganarme tu lealtad, pues? ¿Para asegurarme de que me cuentas las verdades que necesito saber y me ayudas a salvar mi reino? Fija tu precio.

Safi miró fijamente el rostro hinchado y amoratado de Vaness, y le pidió a su brujería de la verdad que buscara indicios de la sinceridad de aquella mujer. Le parecía imposible que Vaness le ofreciera algo tan grande… Pero bajo todo el ardiente dolor que sentía Safi, notó el temblor de su brujería, que se lo confirmaba.

Una sonrisa triunfante apareció en sus labios, aunque bien podría haber sido una mueca de dolor. A esas alturas ya era difícil saberlo.

—Quiero que comerciéis con Nubrevna —dijo—. Quiero que enviéis un emisario a Lovats y que negociéis la exportación de alimentos a cambio de… de lo que os ofrezcan los nubrevneses.

Vaness enarcó una ceja ensangrentada y una brisa le echó el cabello húmedo sobre el rostro.

—¿Por qué ibas a querer algo así?

—Por lo mismo que vos. —Safi señaló la ciudad con la frente… y deseó no haberlo hecho. Estaba perdiendo demasiada sangre como para hacer movimientos rápidos. O movimientos de cualquier tipo, en realidad—. Me ensuciaré las manos por la gente que me importa. Correré y lucharé tanto como deba, como pueda. Si eso es lo que hace falta para ayudarles, eso es justo lo que haré.

Para sorpresa de Safi, Vaness le mostró una leve y sincera sonrisa.

—Entonces tenemos un trato, bruja de la verdad.

—Podéis disponer de mi magia. —Safi sintió un estremecimiento de alivio… o tal vez fuera una convulsión por la pérdida de sangre.

Safi miró con ojos turbios hacia la calle en la que le parecía haber visto desaparecer a Merik… no estaba lejos de donde había visto por última vez a Iseult. Durante un largo momento, lo único que oía Safi era el chapoteo del agua en el puerto. Lo único que sentía era la suave lluvia purificadora en las mejillas. Lo único en lo

que pensaba era en su familia.

Inclinó la cabeza en dirección a sus amigos, en un mudo gesto de despedida. Rezando por que estuvieran bien… y sabiendo que vendrían a por ella.

Entonces, el ruido sordo de las pisadas interrumpió los pensamientos de Safi y la devolvió a su agónico dolor.

—Iremos volando —dijo Vaness, llamando al marino más bajo de los que estaban allí. En su mano lucía el tatuaje de un brujo del viento—. Nuestra flota no está lejos. ¿Podrás hacerlo, bruja de la verdad?

—Sí —susurró Safi, apoyándose en uno de los hombres que la sujetaban. Le sonrió y dijo—: Soy Safiya fon Hasstrel, y puedo hacer cualquier cosa.

Mientras pronunciaba esas palabras, su magia reaccionó… y ronroneó como un león bajo los rayos del sol.

«Verdad», decía su magia. «Una verdad eterna e inquebrantable».

CUARENTA

Actuado sin pensar, lanzándose a rescatar su cuerpo ensangrentado. Al ver que los sajados atacaban a su mentora, Aeduan había Tajando, acuchillando y destripando a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Una vez llegó hasta ella y cogió en brazos su cuerpo inerte, Aeduan tomó el control de la sangre de Evrane para impedir que la herida de su cuello la desangrara.

Luego, Aeduan se marchó corriendo de Lejna tan deprisa como pudo, impulsado por su brujería. Iba a llevar a Evrane hasta el Pozo Originario, porque era el único lugar que se le ocurría. Si era verdad que sus aguas volvían a fluir, tal vez pudiera curar a Evrane de sus heridas.

Cuando ya no pudo seguir corriendo a toda velocidad, Aeduan continuó al trote.

Cuando ya no pudo más, fue caminando, sin dejar que su magia soltase la sangre de Evrane ni un solo momento. Distraídamente, se dio cuenta de que había perdido la oportunidad de capturar a la bruja de la verdad, pero no le importaba. Ahora no.

Aeduan cargó con Evrane kilómetro tras kilómetro, acantilado tras acantilado, un paso vacilante tras otro. Por primera vez desde

hacía años, tenía miedo.

Tardó la mitad de la jornada en reconocer lo que sentía. El vacío en el pecho, el bucle infinito de sus pensamientos: «No te mueras. No te mueras».

Sabía que aquello iba más allá de cualquier deuda vital. Que, en contra de todo lo que Aeduan quería ser, en contra de todo lo que *creía* ser, tenía miedo.

Antes de avistar el río, oyó su rumor por encima del zumbido de los insectos vespertinos y el chillido de las aves. Sintió la humedad que se desprendía de sus rápidos e impregnaba el aire. También olió a los ocho soldados que esperaban junto a las escaleras del Pozo Originario. Alguien debía de haber encontrado al príncipe Leopold, y había pensado que Aeduan regresaría.

De modo que Aeduan utilizó el escaso poder que le quedaba para dejar inconscientes a aquellos soldados. Tardó una eternidad. Aeduan estaba débil y los ocho hombres no. El viento lo zarandeaba tanto como a los árboles. Tendría que soltar a Evrane si permanecía en pie mucho más.

Los soldados cayeron finalmente a tierra con un ruido sordo, y Aeduan pasó a su lado. Subió los gastados escalones que conducían al Pozo Originario, despacio pero con decisión. Cruzó las losas de piedra hasta la rampa. Entró en las aguas y dejó a Evrane flotando de espaldas.

Y la monja empezó a curarse.

Más que verlo, Aeduan lo sintió. Las fuerzas que se habían puesto en marcha allí se movían tan gradualmente que su cuerpo tardaría días en restablecerse por completo. Pero Aeduan notó que su sangre empezaba a fluir de nuevo por su cuenta. Sintió que volvía a crecer la carne en el corte de la garganta.

Ann así, siguió controlando su sangre hasta que la garganta de Evrane cicatrizó lo suficiente como para volver a respirar y que su corazón palpitara sin impedimentos.

Entonces Aeduan llevó cuidadosamente a Evrane hasta la rampa del pozo y la dejó sobre los escalones. Mantuvo parte de sus piernas sumergidas para que siguiera sanando y salió del pozo, chorreando

agua sobre las losas. A pesar del peso adicional de sus ropas empapadas, le sorprendió lo fácil que se erguía su espalda. Su brujería estaba totalmente restablecida…

Y su mente era incapaz de ignorar lo que tenía claramente ante sus ojos: el Pozo Originario volvía a estar vivo. Aunque no hubiera visto la magia funcionando, al entrar en aquellas aguas había sentido una consciencia.

Unidad.

Culminación.

Aquel Pozo estaba abriendo un único ojo somnoliento, y no tardaría en despertar por completo.

Lo cual quería decir, por imposible que le resultara a Aeduan aceptarlo, que la bruja de la verdad era la mitad de los Cahr Awen, y que Iseult…

Aquella bruja de los hilos nomatsí sin esencia sanguínea, otra bruja del éter…

Ella era la otra mitad. Eran la pareja a cuya protección Aeduan había dedicado su vida. Los votos que había jurado a los trece años, antes de que su padre entrara de nuevo en su vida, ahora le reclamaban, pero Aeduan no era capaz de decidir si debía responder.

Nunca había pensado que aquel día llegaría de verdad, que un día tendría que entregar todo su entrenamiento y su futuro a los antiguos y míticos Cahr Awen.

Para Evrane era fácil, llevaba toda su vida siendo creyente. Para ella, el regreso de los Cahr Awen era el colofón de su vida.

Pero para Aeduan era un obstáculo. Habían sido las circunstancias las que le habían llevado al monasterio, y se había quedado porque no tenía ningún lugar mejor al que ir, ningún lugar donde la gente no mataría a un brujo de la sangre nada más verlo. Sin embargo, ahora tenía planes. Planes propios. Planes para su padre.

Aeduan no sabía a quién le debía lealtad, si a sus votos o a su familia, pero al menos estaba seguro de una cosa: estaba agradecido de que el pozo le hubiera salvado la vida a la monja Evrane.

Tal vez por eso los pasos de Aeduan lo llevaron hasta el ciprés

más cercano. Su tronco brillaba con una luz roja bajo el intenso sol del amanecer, y sus ramas verdes y lozanas susurraban en la brisa húmeda.

Habían crecido más hojas desde el día anterior.

Aeduan se arrodilló sobre las losas de piedra. El agua goteaba sin parar de su ropa, de su cabello e incluso de su tahalí, que había olvidado desabrocharse. Apenas reparó en ello. Se inclinó y apoyó las palmas de las manos en el tronco del ciprés. Entonces recitó la plegaria de los Cahr Awen.

Tal y como se la había enseñado Evrane.

A quien trae la luz lo guardo,
al que da la oscuridad protejo.
Por el creador del mundo vivo,
por el destructor de sombras muero.
Mi sangre doy sin reservas.
Mis hilos doy por entero.
Mi eterna alma inmortal a nadie más se la entrego.
Lleva mi éter.
Guía mi espada.
Desde ahora y para siempre.

Cuando terminó de pronunciar las palabras memorizadas, le agradó comprobar que le resultaban tan insulsas como siempre, y que mientras las recitaba había ido preparando una lista mental en su cerebro. «Mis armas están húmedas; tengo que engrasarlas. Necesito otra capa de salamandra y un caballo. Uno rápido».

Era liberador saber que podía ignorar su voto Carawen tan fácilmente, incluso cuando estaba al lado mismo del Pozo Originario. De momento tenía una caja de tálaros de plata que entregarle a su padre, y eso era lo único que importaba.

Aeduan miró por última vez a su vieja mentora, la monja llamada Evrane. Le estaba volviendo el color a las mejillas.

Bien. Por fin había saldado una de sus deudas vitales.

Flexionando los dedos y rotando las muñecas, el brujo de la sangre llamado Aeduan se puso en marcha para reunirse con su padre, el rey saqueador de Arituania.

* * *

Con gran trabajo y *todas* las fuerzas que le quedaban, Iseult levantó, acarreó y apartó vigas de madera del cuerpo de Merik Nihar. Los rayos del sol de la mañana ya asomaban entre las nubes grises. El primer embarcadero y una calle entera de edificios habían quedado arrasados. Reducidos a madera astillada por la tormenta de Kullen, una tormenta que también debía de haber terminado con el primer oficial. En las aguas, ya tranquilas, no se veían ni almas ni hilos. Los pájaros no aleteaban, los insectos no zumbaban, no existía vida…

Salvo por una mancha verde que volaba hacia el horizonte. En su mismo centro, Iseult percibió el leve destello de unos hilos deslumbrantes.

«Safi».

Se había marchado. Marchado. Iseult la había perdido, un error más que añadir a su alma.

Pero se obligó a dejar atrás esos pensamientos y continuó su agotadora lucha contra la estructura del edificio. Todo aquel ruido y movimiento sacaron a Merik de su inconsciencia, y sus hilos cobraron vida violentamente. El gris metálico del dolor y el azul de la pena.

Se tumbó boca arriba; le faltaban fragmentos de piel y tenía esquirlas de cristal profundamente clavadas.

—¿Qué os duele? —preguntó Iseult, agachándose a su lado. No tartamudeó. Ninguna emoción la dominaba.

—Todo —respondió Merik con voz ronca, abriendo los ojos.

—Voy a ver si tenéis algún hueso roto —dijo Iseult. «O algo peor». Merik no discutió, así que Iseult empezó a palpar suavemente

su cuerpo, desde la cabeza hasta las puntas de los pies. Lo había hecho cien veces con Safi a lo largo de los años (Habim le había enseñado). Se perdió en aquellos movimientos rápidos y metódicos.

«Estabilidad». La brisa azotaba las ropas húmedas de otra, besaba la piel de otra. Las heridas de Merik sangraban encima de otra. Iseult no iba a pensar en la Titiritera. Ni en los sajados. Ni en Evrane, ni en Kullen ni en Safi. «Estabilidad».

Durante la exploración, los ojos de Iseult miraban los hilos de Merik, en busca de cualquier destello de dolor especialmente intenso. Cada esquirla que le quitaba los hacía brillar, pero solo cuando Iseult tocó las costillas los vio arder de agonía. Un gemido escapó de sus labios. Tenía las costillas rotas; podía haber sido peor.

Después, Iseult centró su atención en la piel de Merik, asegurándose de que el cristal y la madera que le había quitado no hubieran abierto ninguna herida peligrosa. La sangre manchaba la calle, y mientras le vendaba un corte del antebrazo con un trozo de tela de su propia manga desgarrada, Merik dijo:

—¿Dónde… está Safi?

—Los marstokíes se la han llevado.

—¿La… traerás de vuelta?

Iseult exhaló con rigidez, sorprendida de lo mucho que le dolieron los pulmones al hacerlo. ¿La traería de vuelta?

Presa del pánico, terminó de envolver el vendaje improvisado y sacó su piedra hilandera. No parpadeaba ninguna luz, lo que significaba que Safi estaba a salvo. Ilesa.

También significaba que Iseult no tenía manera de seguir a su hermana de hilos. Pero ¿qué le había dicho Safi? Que uno de los hombres de Eron acudiría allí a una cafetería. Iseult podía esperarle. Tenía que hacerlo. Él la ayudaría a alcanzar a Safi, fuera quien fuera.

Soltó la piedra hilandera, que le golpeó el esternón. Después volvió a mirar a Merik y dijo:

—Necesitáis un sanador. —En cuanto pronunció las palabras deseó poder retirarlas, porque, por supuesto, Merik preguntó con un hilo de voz:

—¿Y… mi tía?

La necesidad de mentir era abrumadora, y no solo por Merik, sino también por sí misma, para tener una historia a la que aferrarse.

«No ha sido culpa mía», quería decir. «Los sajados la alcanzaron, y eso tampoco ha sido culpa mía».

Pero sí que era culpa de Iseult, y ella lo sabía.

—A Evrane la atacaron los sajados. —El tono de Iseult era sobrio. Deliberado. Era una voz que salía de la boca de otra persona, a un millar de kilómetros de distancia—. No sé si ha sobrevivido. La seguí, pero se fue de la ciudad.

Los hilos de Merik cedieron en ese momento. El azul de la pena los tiñó por entero, y el príncipe parpadeó para contener las lágrimas. Su respiración entrecortada debía de provocarle un dolor agónico en las costillas rotas.

Fue entonces cuando el glaciar se quebró por fin e Iseult perdió todo su control. Se acurrucó de rodillas al lado de Merik y, por segunda vez en su vida, Iseult det Midenzi se echó a llorar.

Había matado a mucha gente aquel día. No lo había hecho a propósito, ni tampoco directamente, pero no por ello el peso le parecía menor, Menos absoluto.

Casi… casi deseaba que la maldición de Corlant la hubiera terminado matando. Al menos así todas aquellas almas perdidas tal vez seguirían con vida.

Finalmente, el estado de Merik empeoró tanto que Iseult ya no pudo seguir ignorándolo. Estaba pálido, temblaba y sus hilos perdían el color demasiado deprisa.

Así que Iseult empujó a un lado todo lo que sentía, todos los hilos que nunca podría dominar, y se aproximó más a Merik.

—¿Dónde está el Jana? —preguntó, pensando que su tripulación podría llevar a Merik hasta un sanador. Safi y ella habían abandonado a los caballos, e Iseult no tenía ni idea de dónde podía estar la ciudad habitada más cercana—. Alteza, necesito saber dónde está el Jana. —Tomó su rostro con ambas manos—. ¿Cómo puedo llegar hasta él?

Merik se estremecía y se abrazaba el pecho, pero su piel ardía. Sus hilos palidecían cada vez más…

Pero Iseult no iba a dejarlo morir; antes se la llevarían los demonios a ella. Se inclinó hacia Merik y le obligó a mirarla.

—¿Cómo puedo contactar con el Jana, alteza?

—El tambor… de viento de Lejna —graznó Merik—. Golpéalo.

Iseult soltó su rostro y levantó la vista hacia la calle… «Allí». En el extremo este de la ciudad, a solo unas calles de distancia, había un tambor idéntico al del Jana.

Iseult se puso en pie a duras penas. El cielo de la mañana daba vueltas, y sus músculos parecían hechos de cristal molido, Pero logró poner un pie delante del otro… hasta que finalmente llegó al tambor.

Enarboló el mazo; solo había uno, e Iseult rezó por que fuera un mazo embrujado, capaz de proyectar el viento muy lejos y en línea recta. Iseult golpeó el tambor una y otra y otra vez.

Mientras lo aporreaba, mientras estampaba su alma y sus errores contra el parche de piel del tambor, se puso a trazar planes. Porque eso no lo había perdido. Todavía poseía la habilidad de analizar el terreno y a sus oponentes. Todavía tenía el instinto necesario para elegir el mejor campo de batalla.

Safi había iniciado algo un poco más gordo esta vez (que la secuestraran los marstokíes era definitivamente un nuevo hito), pero costara lo que costara, Iseult lo resolvería.

Llevaría a Merik hasta un sanador.

Encontraría el modo de detener a la Titiritera, de asegurarse de que aquella muchacha de sombras no volviera a sajar a nadie jamás.

Obtendría respuestas sobre la maldición de Corlant, y tal vez encontraría de nuevo a Gretchya y a Alma.

Y, por encima de todo, Iseult iría en busca de Safi. Igual que estaba golpeando aquel tambor de viento, igual que ignoraba el dolor aullante de sus brazos y el agotamiento de sus piernas, seguiría a Safi y la rescataría.

Hermanas de hilos hasta el final.

Mhe varujta.

* * *

Merik estaba inconsciente cuando llegó el Jana. Para cuando lo llevaron a Regalo de Noden y al Pozo Originario, estaba casi muerto. Le había entrado agua de mar en las heridas, había llevado su brujería casi al límite y las tres costillas rotas no querían curarse.

Cuando finalmente despertó en el catre de un camarote invertido, en Regalo de Noden, encontró a su tía junto a él, con su cabello plateado tan radiante como siempre. Su sonrisa tierna temblaba de alivio.

—Tengo buenas noticias —le dijo, transformando rápidamente su sonrisa en un ceño fruncido mientras extendía un ungüento por los brazos, el rostro y las manos de Merik—. Los brujos de la voz de Lovats llevan todo el día llamando a Hermin sin parar. Parece que, pese a su ataque en Lejna, los marstokíes desean comerciar. Pero insisten en negociar contigo, Merik, y supongo que Vivía se estará subiendo por las paredes.

—Ah —suspiró Merik, sabiendo que la noticia debería alegrarle. Era todo lo que siempre había deseado. Había demostrado que podía traer el comercio de vuelta a Nubrevna.

Pero el triunfo le sabía a ceniza, y no era capaz de convencerse de que había valido la pena.

—¿Dónde está… Iseult? —preguntó, con voz ronca y débil.

La expresión de Evrane se ensombreció.

—Tu tripulación la dejó en Lejna. Por lo visto, convenció a Hermin de que no le pasaría nada, de que iba a reunirse con alguien en una cafetería.

Mientras Merik intentaba imaginar con quién podía encontrarse Iseult allí, Evrane pasó a describir cómo el príncipe Leopold se había desvanecido de Regalo de Noden.

—Estaba en el calabozo, fuertemente custodiado, y un segundo después, su celda estaba totalmente vacía. Lo único que se me ocurre es que un brujo de las ilusiones le ayudara a escapar.

Era demasiado para la mente de Merik, abrumada por el dolor y

la pena. Sacudió la cabeza, murmuró algo sobre ocuparse de ello más tarde y se sumió en un sueño reparador.

Dos días después, y tres días después de perder a Kullen, Merik recorrió finalmente el trayecto desde Regalo de Noden hasta la cala Nihar. Evrane se despidió de él, afirmando que tenía que acudir de inmediato al monasterio Carawen, y Merik no pudo renunciar a su orgullo lo bastante como para pedirle que se quedara.

Llevaba yendo y viniendo desde que Merik era un niño. ¿Por qué iba a dejar de hacerlo ahora?

Y así, con Hermin cojeando a su lado, Merik paseó entre los troncos y las ramas donde cada vez brotaba más vida. Líquenes, insectos, verdor, verdor, verdor, Merik no podía explicarlo… y no dejaba de desear que Kullen estuviera allí para verlo.

En realidad, Merik era incapaz de dejar de pensar en Kullen. Los recuerdos se agolpaban en su mente, y su pérdida palpitaba en la base de su cráneo. Incluso mientras observaba a las aves que sobrevolaban la cala, mientras Hermin remaba en el esquife hasta el barco y los peces chapoteaban inexplicablemente entre las olas… a Merik todo le sabía a ceniza.

La tripulación de Merik había formado filas en la cubierta principal cuando finalmente subió a bordo del Jana. Todos los hombres llevaban brazaletes de lino de color azul para recordar a su camarada caído, y saludaron a Merik cuando este pasó a su lado.

Pero él apenas reparó en ello. Solamente había una persona a la que quería ver; la única persona que entendería cómo se sentía Merik.

Miró de reojo a Hermin.

—Llamad a Ryber, por favor.

Herman esbozó una mueca.

—Se ha… ido, señor.

—¿Ido? —Merik frunció el ceño; la palabra se le antojaba incomprensible—. ¿Adónde?

—No lo sabemos, señor. Estaba en el barco cuando fuimos a buscaros a Lejna, y pensábamos que estaba a bordo cuando llegamos de nuevo a la cala Nihar. Pero… no estamos seguros. Lo único que

sabemos es que ahora no está a bordo.

Merik siguió frunciendo el ceño. ¿Adónde podría ir Ryber? ¿Y *por qué* iba a marcharse?

—Os dejó una nota, aunque no dice nada sobre su paradero. Está sobre vuestra cama, señor.

Merik echó a andar hacia el camarote del capitán; sus costillas lanzaban alaridos de protesta por aquel brusco movimiento. Recorrió la estancia con grandes zancadas, casi corriendo, y encontró su chaqueta arrugada echada sobre el jergón. Encima había una hoja de papel.

Merik la recogió y sus ojos se posaron en los garabatos casi ilegibles de Ryber.

Mi almirante, mi príncipe:

Siento tener que irme, pero volveremos a vernos algún día.

En mi ausencia, debéis convertiros en el rey que Kullen siempre creyó que erais.

Por favor. Nubrevna os necesita.

Ryber

(Ah, mirad en el bolsillo de vuestra chaqueta).

La frente de Merik se tensó al leer las últimas palabras. ¿El bolsillo de la chaqueta? «El acuerdo comercial».

Merik cogió su chaqueta con manos temblorosas y sacó cuidadosamente el contrato. La última página estaba cubierta de huellas de ceniza… y unas toscas palabras:

Tío Eron:

No seas tan cargante con este acuerdo comercial. El príncipe Merik Nihar ha hecho todo lo que ha podido por traerme a Lejna sana y salva, así que

Merik le dio la vuelta a la página.

si resulto herida de camino o no llego a ese embarcadero que has elegido al azar, la culpa no es suya. El príncipe Merik y Nubrevna merecen un acuerdo comercial con los Hasstrel.

Te prometo una cosa, tío: si no cumples este contrato y no estableces comercio con Nubrevna, tendré que redactar yo misma otro acuerdo. Y será un acuerdo malísimo, que le dará a Nubrevna todas las ventajas y todo el dinero.

Recuerda: mi nombre tiene poder, y al contrario de lo que piensas de mí, no carezco totalmente de iniciativa.

Después, con una caligrafía horrendamente descoordinada, había una firma:

Safiya fon Hasstrel
Domna de Cartorra

Merik notó una sensación cálida en la garganta. Volvió a darle la vuelta al contrato y vio que su firma y la de dom Eron todavía estaban allí, y que toda referencia a la «sangre derramada» había sido borrada del contrato.

Merik no podía creerlo. Tenía la mente entumecida y el corazón había dejado de latirle. Aquella noche, al despertarse con la mano de Safiya en su pecho… había sido por eso. Le había robado el documento y había escrito en él con ceniza de la hoguera.

Y ahora Merik había establecido comercio con los Hasstrel. Y también con los marstokíes.

Una risa muda e histérica brotó de su garganta. Había perdido más de lo que nunca creyó que podría perder, pero a pesar de todo, una dolorosa certeza le llenaba los pulmones.

Lentamente, casi mareado, Merik se sentó al borde de la cama. Alisó el acuerdo comercial, manchándose los dedos de negro, y lo dejó a un lado.

Entonces Merik Nihar, príncipe de Nubrevna, echó la cabeza hacia atrás y rezó.

Por todo lo que había amado, por todo lo que había perdido y por todo lo que él y su patria aún podían recuperar.

* * *

Safiya fon Hasstrel se apoyó en la regala del galeón personal de la emperatriz de Marstok, muleta en mano. La frondosa costa de las tierras reclamadas por Dalmotti pasaba frente a ella, y Safi intentaba aparentar que no se estaba abrasando bajo aquel sol de mediodía.

Aquella era una tierra de palmeras y jungla, con abundantes aldeas de pescadores y una humedad tan densa que uno podía nadar en ella. Quería disfrutar de su belleza, no derretirse con aquel horrible calor.

Cientos de años atrás, aquella tierra había pertenecido a una nación llamada Biljana. O eso era lo que Safi recordaba de sus lecciones. Ahora ya no se fiaba de los libros de historia.

A pesar del calor, su vestido de algodón blanco era relativamente fresco, aunque el incómodo cinturón de hierro que le ceñía la cintura no lo era en absoluto. El hierro era la última moda en Azmir, sin duda porque la propia Vaness lo había popularizado. Al fin y al cabo, ella era capaz de controlar a cualquiera que lo llevara.

Pero incluso con el cinturón, Vaness había insistido en que Safi se pusiera también un collar de hierro. Era una cadena delicada y fina, pero sin principio y sin fin. La emperatriz la había fusionado en tomo al cuello de Safi, y por mucho que esta luchaba y gruñía, no había podido quitárselo.

Gracias a los dioses, la piedra hilandera de Safi le había parecido inofensiva a Vaness.

Sonriendo mientras contemplaba el paisaje, Safi apoyó su peso en la muleta. Tenía el pie izquierdo vendado y curándose, gracias al esfuerzo conjunto de seis brujos sanadores de la flota de Vaness. Por lo visto, Vaness no pretendía hacerle tanto daño a Safi (no dejaba de repetirlo). Sencillamente, Safi era demasiado valiosa para «tratarla

con brusquedad», y su vida nunca había estado en peligro en Lejna.

La brujería de la verdad de Safi le había revelado que eso no era verdad, pero había dejado correr aquella mentira.

Oyó unos pasos a su espalda; la emperatriz de Marstok apareció a su lado. Su vestido de algodón negro ondeaba al viento; era un tributo a los dieciocho víboras y marineros que habían sido víctimas de la sajadura en Lejna. Vaness celebraría un homenaje cuando llegaran a su palacio de Azmir.

—Tengo noticias para ti —dijo, hablando en marstokí—. La Tregua de los Veinte Años ha terminado. —Vaness no mostró ninguna emoción—. Cartorra ya prepara su primer ataque para intentar recuperarte. Así que esperemos —alzó una ceja con frialdad — que valgas la pena, bruja de la verdad.

Le ofreció una sonrisa inescrutable y sin emoción. Sin decir nada más, la emperatriz de Marstok regresó por donde había venido.

Y Safi se dejó caer sobre su muleta, aturdida. Perdida. No sabía si era mejor reírse en voz alta o sollozar histéricamente, porque aquello era justo lo que el tío Eron (y todos los demás miembros de su conspiración) habían intentado evitar, ¿verdad? La tregua se había disuelto pronto; ahora ya no habría paz.

Y desde luego, Safi no estaba contribuyendo en absoluto a los planes de su tío al aliarse con Vaness y, en consecuencia, con todo el Imperio de Marstok. Aun así, se negaba a sentir culpa o arrepentimiento por sus recientes decisiones. Por una vez en su vida, Safi se había labrado su propio camino. Había jugado sus propias cartas y nadie había guiado su mano, únicamente ella misma.

«Una mano de cartas que incluye a la Emperatriz y a la Bruja», pensó distraídamente, aunque pensar en el taro la hacía acordarse del Musculitos Mentiroso… y eso la hacía enfurecer. Algún día recuperaría su dinero.

Arrugando la frente, Safi sacó su piedra hilandera. El rubí relucía al sol; al ver las fibras de color coral enrolladas en la piedra, se sintió menos sola. Le gustaba pensar que Iseult, dondequiera que estuviera, también sostenía la suya.

Aunque Safi no estaba con su hermana de hilos, aunque las dos

no iban a comprar una casa en Veñaza, y aunque técnicamente la habían hecho prisionera, no le daba miedo lo que le deparara el futuro.

«Todo ese entrenamiento físico», le había dicho Merik, «y una brujería por la que los hombres matarían. Piensa en todo lo que podrías hacer. Piensa en todo lo que podrías ser».

Safi suspiró, soltando todo el aire de sus pulmones y liberando algo que estaba preso en su pecho y que relajó su corazón como nunca antes, consiguiendo que dejara de menear por fin las piernas inquietas. Del todo.

Porque ahora ya sabía lo que era capaz de hacer. Lo que era capaz de ser. Le había conseguido a Merik su acuerdo, además de abrir negociaciones con Marstok. Le había dado al mundo una forma mejor.

La magia de Safi ronroneó de felicidad y calidez ante aquella verdad, y después de guardar su piedra hilandera bajo el vestido, abrió los brazos e inclinó la cabeza hacia atrás.

Y entonces, Safiya fon Hasstrel se deleitó con el sol que le iluminaba las mejillas. Con la espuma de mar que le salpicaba los brazos. Y con el futuro que la aguardaba en Marstok.

AGRADECIMIENTOS

Antes de nada, quiero dar las gracias a mi hermana de hilos, Sarah J. Maas. *Mhe varujta, braj*. Eres el alma gemela sin la cual no puedo vivir; la mejor amiga que lee borrador tras borrador; la animadora que siempre me saca a rastras de mis maratones de comer galletas y jugar a videojuegos y, en resumidas cuentas, la inspiración de toda esta saga. La amistad puede ser tan épica como el romance (tal vez más incluso) y quería que el mundo también lo viera. Además, si tú y yo viviéramos en las Tierras Embrujadas, seguro que seríamos las Cahr Awen, ¿no? O como mínimo seríamos dos zorros marinos devorando a todo el que osara interponerse en nuestro camino («¡Apartaos!»).

A Amity Thompson: has leído muchísimas versiones de este libro y lo has hecho mientras lidiabas con bebés y libros propios. Siempre me has ayudado cuando necesitaba desenredar algún punto problemático del argumento, descargar mi frustración infinita o cotorrear sobre *Dragon Age*. Así que gracias.

Un agradecimiento enorme a Erin Bowman, por ser mi eterna hermana del Hero Squad, por escucharme cuando necesitaba que me escucharan, por criticarme cuando necesitaba que me criticaran y por estar ahí. Siempre.

A Ashley Hubert: eres increíble. Leiste *La bruja de la verdad* y me diste consejos (y un subidón de ego) justo cuando más falta me hacía. Cuánto me alegro de que nos hiciéramos amigas.

A Nicola Wilkinson, el cerebro que se oculta tras el equipo callejero de las Tierras Embrujadas: Merik es tuyo. O el Nene Especial K. O cualquier otro personaje, en realidad, porque lo has dado todo por este libro y esta saga. No hay palabras para expresar lo agradecida que estoy por todo lo que haces y todo lo que has hecho.

A Maddie Meylor: has estado conmigo desde el principio y todavía no te has hartado de mí, no sé cómo. Gracias por todas las lecturas, las charlas y por el simple hecho de ser tú.

A mi compañera asesina de engendros tenebrosos, Rosanna Silverlight: tú sola conseguiste salvar a mi musa con tus arengas. Además, tus consejos eran justo lo que necesitaba y cuando lo necesitaba.

Al resto de mi familia de hilos, Dan Krokos, Derek Molata, Biljana Likic, Alexandra Bracken, Vanessa Campbell, Sarah Jae-Jones, Jodi Meadows y Amie Kaufman: gracias. Por el apoyo, los hombros en los que llorar, las muy necesarias lecturas beta y las abundantes risas.

Gracias a Lori Tincher por responder a mis dudas sobre caballos, y a Cindy Vallar por ayudarme con los temas náuticos.

Un agradecimiento gigantesco a Jacqueline Carey por soportar a mi yo ingenuo y fascinado. Gracias.

Y a los equipos de Tor y New Leaf, que han trabajado sin descanso para vender mis libros y transformar mis chorradas en algo que mereciera la pena leer, además de envolver y diseñar el mundo de *La bruja de la verdad*: sin vosotros estaría perdida. Gracias desde el fondo de mis tres corazones de Link (esa va por ti, Jo). Y Whitney, tienes «una relación con los productos lácteos que no alcanzo a comprender».

A los Misfits & Daydreamers (y a todos los demás lectores, blogueros y aspirantes a escritor que hay por ahí): no tengo palabras para expresar mi gratitud. Me escucháis, me apoyáis y me recordáis

todos los días por qué hago esto.

A mi familia (mamá, papá, David y Jen), gracias por aguantar (y a menudo fomentar) mis fantasías y distracciones durante todos estos años… Y gracias también por presumir de mí en el supermercado. Eso me hace sentir muy especial.

Y por último, pero no por ello menos importante, tengo que dar las gracias a mi marido Sébastien. Nunca habría podido escribir este libro (ni ningún otro) de no haber sido por ti y por tu apoyo infinito e incondicional. Te querré eternamente y un poco más.

SUSAN DENNARD nació en un pequeño pueblo de Georgia. Debido a su trabajo en biología marina, ha viajado mucho y ya ha visitado seis de los siete continentes del mundo (solo le queda Asia, y planea ir en algún momento); actualmente se dedica a dar rienda suelta a su creatividad mediante su obra literaria y a impartir clases de escritura. Con su saga *Las Tierras Embrujadas* ha llegado a entrar en la lista de los libros más vendidos del New York Times. Cuando no está escribiendo, suele invertir su tiempo en hacer senderismo con sus perros, matar demonios en su Xbox o renovar su repertorio de moratones en el dojo.